

NÚMERO DOBLE

AMAUTA



AÑO II

LIMA, DICIEMBRE DE 1927

10

Fábrica de Sombreros
"La Moderna"

La Pelota 672

LUIS BLEJER

Tiene el agrado de poner a disposición de su distinguida clientela y del público en general, la nueva existencia de sombreros de toda clase, de modelos completamente nuevos para el país, escogidos personalmente en Europa i que se venden a precios sin competencia.

Además a todas las sombrererías ofrece toda clase de materiales de confección: adornos, cintas, alfileres, etc.

Lima, Diciembre de 1927.

EDITORIAL MINERVA

HA PUBLICADO:

José Carlos Mariátegui.—"LA ESCENA CONTEMPORANEA"

Mariano Ibérico Rodríguez.—"EL NUEVO ABSOLUTO"

Panait Istrait.—KIRA KIRALINA (Traducción de J. Eugenio Garro)

Precio de cada volumen S. 1.80. Se envía a provincias franco de porte al recibo del valor en estampillas

Luís E. Valcárcel.—TEMPESTAD EN LOS ANDES

Precio S. 2.00

PUBLICARA PROXIMAMENTE

José M. Eguren.—POEMAS (Selección de su obra completa)
y otras obras escogidas.

APOYE UD. ESTA EMPRESA DE CULTURA NACIONAL —SUSCRIBASE A NUESTRAS EDICIONES

Sagástegui 669—Lima—Perú

CONSULTE AL

Banco Alemán Transatlántico

**Para cualquier operación bancaria
grande o pequeña**

Teléfono general

No. 45-50

CALLE DE LA COCA

"AMAUTA"

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

DIRIGIDA POR

José Carlos Mariátegui

Doctrina · Arte · Literatura · Polémica

Con "Amauta" recibirá Ud. "Libros y Revistas". Valor de la suscripción en Lima y provincias: por un año, S. 4.00; por un semestre S. 2.20. Si quiere Ud. apoyar este esfuerzo cultural e ideológico, pida Ud. desde ahora su suscripción a Sagástegui 669 o casilla 2107—LIMA.

Recomendamos la suscripción especial "AMIGOS DE AMAUTA" a la edición de lujo, numerada, de esta revista. El valor de esta suscripción al año es de S. 10. El precio de cada ejemplar de la tirada es de S. 1.

Invitamos a las personas que simpatizan con esta revista a inscribirse en el grupo de "AMIGOS DE AMAUTA"

"La Aurora Literaria"

Esta antigua y acreditada Librería recibe constantemente variado surtido de obras de Ciencia, Literatura, Arte y Educación. Por su vinculación con Editoriales de Europa y América es la que puede servir con mayor eficiencia a los numerosos lectores de la Capital y provincias.

AGENTES DE LA "ENCICLOPEDIA ESPASA"

Admite suscripciones a las revistas "Para Ti", "Atlántida", "Caras y Caretas", "Gráfico", "Plus Ultra", "Hogar", "Billiken".

Etc. etc....

UNION (BAQUIJANO) 758—763—TEL. 3003. APART. 810
LIMA, PERU. S. A.

BOTICA INGLESA

DR. O. WAGNER

1838 - 90 años de eficacia - 1928

Solicitamos pedidos de provincias

Espaderos 518 Lima, Apartado 2788

Lea Ud:

"TEMPESTAD EN LOS ANDES"

POR

LUIS E. VALCARCEL

Primer volumen de la Biblioteca "Amauta"

El mejor libro del año.
Prólogo de José Carlos
Mariátegui y Colofón
de L. Alberto Sánchez



EDITORIAL
MINERVA.

Precio S. 2, franco de
porte

Editorial Minerva

Sagástegui 6 6 9

Casilla 2 1 0 7

MIGUEL A. CORDOVA

NOTARIO

Unica Oficina que conserva su archivo
en verdadera bóveda incombustible

OFICINA

Negreiros 573—Teléfono 1244

DOMICILIO

San Carlos (Azángaro) 809 - Teléfono 3722

Dr. EMILIO ROMERO

ABOGADO

Estudio: Edificio Italia 204 — LIMA

Dr. JUAN A. JIMENEZ F.

ABOGADO

Estudio: Edificio Italia 204 — LIMA

SOCIEDAD EDITORA

" AMAUTA "

CON EL PRESENTE NUMERO ORGANIZAREMOS DEFINITIVAMENTE LA SOCIEDAD EDITORA "AMAUTA", INTERRUPTIDA POR LA SUSPENSION DE LA PUBLICACION DE LA REVISTA. RENOVAMOS, CON ESTE MOTIVO, EL LLAMAMIENTO QUE DIRIGIMOS A LOS AMIGOS Y SIMPATIZANTES DE ESTA EMPRESA DE CULTURA EN EL No. 8 DE "AMAUTA". TODOS LOS INTERESADOS PUEDEN OBTENER DE NUESTRO DIRECTOR, EN WASHINGTON IZQUIERDA 544, LOS DATOS QUE DESEEN SOBRE LA MARCHA ECONOMICA DE LA REVISTA. NUESTROS LIBROS ESTAN TOTALMENTE A DISPOSICION DE LOS ACCIONISTAS.

LAS ACCIONES SOLICITADAS PASAN YA DE 50.

BASES DE LA SOCIEDAD EDITORA "AMAUTA"

PRIMERA.—El objeto de la Sociedad es la publicación de la revista "Amauta" y de sus ediciones de la biblioteca del mismo nombre.

SEGUNDA.—La Sociedad Editora "Amauta" es una sociedad anónima.

TERCERA.—El capital de la Sociedad es de Lp. 500.0.00, dividido en cien acciones de Lp. 5.0.00 cada una. Todas las acciones son efectivas. No hay acciones deliberadas.

CUARTA.—El directorio de la Sociedad estará compuesto por cinco miembros designados por los accionistas reintegrado por el director de la revista "Amauta" y el gerente de la Editorial Minerva, en virtud del contrato a que se refiere la base séptima.

QUINTA.—La dirección de la revista y sus ediciones será ejercida por José Carlos Mariátegui y en caso de ausencia o enfermedad de él, por la persona que proponga al directorio y que éste acepte.

SEXTA.—La gerencia de la Sociedad será ejercida por un miembro del directorio, designado por éste.

SEPTIMA.—Para la impresión de la revista "Amauta" y de sus ediciones, la Sociedad celebra un contrato con la Editorial Minerva, propietaria de los talleres de imprenta de este nombre, en virtud del cual ésta se obliga a facturar los trabajos de la Sociedad al precio de costo, calculando naturalmente, el porcentaje correspondiente en los gastos generales de la imprenta, y tendrá como provecho el 25 por ciento de las utilidades de la Sociedad.

OCTAVA.—Los sueldos y partidas extraordinarias de administración y propaganda serán fijadas por el directorio que oirá las sugerencias del Director Gerente.

NOVENA.—El directorio se reunirá ordinariamente todos los meses y extraordinariamente cada vez que el gerente solicite su reunión.

DECIMA.—La asamblea ordinaria de accionistas se reunirá cada semestre. A pedido de la tercera parte de los accionistas o por acuerdo del directorio, pueden tener lugar asambleas extraordinarias.

UNDECIMA.—Se distribuirá entre los accionistas como dividendo, todos los años, el cincuenta por ciento de las utilidades. Un veinticinco por ciento corresponde, como queda dicho, a la Editorial "Minerva" y el otro veinticinco por ciento se aplicará a la constitución de un fondo de reserva.

DUODECIMA.—El estatuto de la Sociedad requiere para ser definitivamente sancionado el voto de setenta y cinco acciones. Para cualquier modificación del estatuto se requiere la misma mayoría.

DECIMOTERCERA.—La Sociedad asume la propiedad y administración de la revista "Amauta" a partir del número diez de ésta, corriendo a cargo de su fundador y director José Carlos Mariátegui la liquidación de las cuentas de la revista hasta el número nueve. La Sociedad le abrirá una cuenta especial para las cobranzas pendientes de éste y anteriores números, que se efectúen por la administración; y le cargará en cuenta los saldos a favor de los suscritores que resulten de las cuentas de éstos.

CUPON DE SUSCRICION

.....de.....de 192

Señor José Carlos Mariátegui

Washington izquierda 544-970

Lima

Apruebo las bases y fines de la Sociedad Editora "Amauta" y suscribo.....

acción.....cuya primera cuota abono.....



SUMARIO

SEGUNDO ACTO, editorial.—LA ESCUELA NUEVA EN NUESTRA AMERICA, carta de Gabriela Mistral a Julio R. Barcos.—LIBERTAD Y PROPIEDAD EN EL NUEVO DERECHO, por Carlos Sánchez Viamonte.—EL ESFUERZO, por Rafael Barret.—VINETA OSCURA, por José M. Eguren.—EL PROBLEMA DE LA TIERRA EN EL PERU, por José Carlos Mariátegui.—LA CASA DE CARTON, Martín Adán.—ARTE PERUANO: 4 maderas de José Sabogal.—VIAJE, por Armando Bazán.—CRIMEN EN SAN FRANCISCO, por Luc Durtain.—PANORAMA DE LA POLITICA MEXICANA, por Jacobo Hurwitz y Nicolás Terreros.—MOVIMIENTO FUTURISTA, por F. I. Marinetti.—EL FIN DE UN REDENTOR, por Enrique López Albujar.—MOSCU, LA CIUDAD MISTICA, por Carmen Saco.—DOS HOMBRES, por María Wiesse.—ENVERGADURA DEL ANARQUISTA, por Alberto Hidalgo.—VIDA ECONOMICA, crónicas de Finanzas, Industria, Comercio, Agricultura, Minería, Transportes, con graticos.—EL SENTIDO DEL RIDICULO EN LA EDUCACION, por Guillermo Mercado.—TAQUICARDIA. Del Sueño a la Creación, por Xavier Abril.—DESARROLLO DE LAS IDEAS SOCIALISTAS Y SINDICALISTAS EN LA ARGENTINA, por Oscar Herrera.—KESWA, por Xavier Abril.—NAVIDAD, por Martín Adán.—NEW YORK, por Oquendo de Amat.—ARTE VITAL, por Antenor Orrego.—MADRUGADA, por Estuardo M. Núñez.—CANPANARIOS, por José Rivas Panedas.—LOS CRIMENES DEL INVIERNO, por Félix del Valle.—JUBILO DEL AMIGO NUEVO por Oscar Cerruto.—BASES PARA REFORMAR LA UNIVERSIDAD DEL CUZCO. Ante-proyecto de un nuevo Estatuto Universitario. Principios y Ponencias Básicas. EL CUZCO CATOLICO, por Emilio Romero.—EL PROBLEMA INDIGENA, por Luis Carranza.—LA ACTUAL ETAPA DEL CAPITALISMO, por Eudocio Rabines.—ALABANZA POR LOS INSTANTES PUROS, por Blanca Luz Brum.—GRITO, por Graciela Garbalosa.—EL PROBLEMA RELIGIOSO EN HISPANO-AMERICA, por Dora Mayer de Zulen.—LAS IDEAS, LOS MOTES Y LOS HECHOS, por Sanin Cano.—ESCORZO DE ROMAIN ROLLAND, por Fernando Marquez Miranda.—UNA NOCHE TERRIBLE, por Migue Zoschenko.—LA CAPITAL PROLETARIA, por Ricardo Martinez de la Torre.

LIBROS Y REVISTAS: EN EL DOMINIO DE GUIRALDES, por Adalberto Varallanos.—INTERVIEWS URUGUAYAS. Acabo de ver a Jaime Morenza, por Alfredo Mario Ferreiro.—CRONICA DE LIBROS, notas críticas por Hugo Pesce y Luciano Castillo.

SEGUNDO ACTO

Todos los lectores de "AMAUTA" están enterados de las razones por las cuales nuestra revista ha dejado de publicarse desde junio hasta hoy. No nos detendremos en la consideración de un incidente que, en pocos meses, se ha quedado ya atrás en nuestra ruta. Un hecho nuevo nos reclama íntegramente: la reaparición de "AMAUTA". Nos interesa la meta más que el camino. Y queremos suprimir las palabras inútiles. La temporal clausura de "AMAUTA" pertenece a su biografía más propiamente que a su vida. El trabajo intelectual, cuando no es metafísico sino dialéctico, vale decir histórico, tiene sus riesgos. ¿Para quién no es evidente, en el mundo contemporáneo, un nuevo género de accidente del trabajo?

La vida de las clásicas "oposiciones" criollas era solo una serie de dramáticas protestas. La protesta, primero por abuso, enseguida por desuso, está hoy en el Perú desacreditada. Escondía, en el fondo, cierta insolvencia ideológica que necesitaba, como la insolvencia artística del teatro malo, disimularse con la bravata, la intriga y el "latiguillo". Donde antes se ponía declamación, hay que poner ahora pensamiento. Después de todo, es una ganancia. La palabra se contentaba con un servicio anecdótico requiere ahora calidad histórica. Ganaremos en ideas-gérmenes, en ideas-valores, lo que perdimos en artículos de fondo y en frases lapidarias. Si esto, en nuestro caso, pudiese ser pérdida.

No es ésta una resurrección. "AMAUTA" no podía morir. Habría siempre resucitado al tercer día. No ha vivido nunca tanto, dentro y fuera del Perú, como en estos meses de silencio. La hemos sentido defendida por los mejores espíritus de Hispano-América.

Desde las páginas del periódico que Eugenio D'Ors ha llamado "una institución del Espíritu", he agradecido los magníficos testimonios de solidaridad de los intelectuales argentinos y uruguayos, del grupo minoritario cuano, de García Monje y su "Repertorio Americano", etc. Y, en su oportunidad, desmentí, en una carta a la prensa de Lima y otra a la prensa latino-americana, las acusaciones lanzadas contra "AMAUTA" y sus redactores.

No tengo casi otra cosa que decir en esta nota de reaparición o continuación, sino que reitero mi reconocimiento a los que, en el Perú y en América, han alentado mi fe y sostenido mi esperanza. Lo demás, lo saben los lectores. Suprimamos, repito, las palabras inútiles.

JOSÉ CARLOS MARIATEGUI.

La Escuela Nueva en Nuestra América

Carta de Gabriela Mistral á Julio R. Barcos

Me ha llegado su libro en momento de intensa pesadumbre. (1) La Asociación de Profesores de Chile, la única agrupación de hombres que yó sentía viva en Chile, cuyo coraje me hacía esperar en una *volteadura* de la escuela primaria y cuyos pequeños errores yo miraba sin enfado, por agradecimiento de la entraña cargada de bien que les sentía, ó se ha acabado o se acabará pronto. Cae por un escándalo que se ha levantado en torno de ellos por gente que no los ha oído sino que ha obrado por el muy vil "dicen que dicen", con lo cual en nuestra América se mata la reputación de un hombre o de un grupo. Una Ud. este duelo casi personal a la pena cotidiana que siento observando en Europa el éxito creciente de un nacionalismo rabioso que prepara otra guerra para de aquí a 5 o 10 años. Los libros que leen los niños se hallan infectados de este paganismo brutal y estúpido que es la soberbia local y el odio hacia el que tiene su casa ahí cerca, al otro lado del río, como quien dice. Acaba de proponerse a la Cámara francesa una ley que movilizará viejos, mujeres, y niños en tiempo de guerra y que...declara que los intelectuales deberán ajustar su criterio al de la nación—léase del Estado—y adoptarlo en su trabajo (artículo de diario, libro etc.) Léa Vd. en la revista "Europa" la noble respuesta de Romain Rolland sobre esta movilización de las conciencias. Se mira la mitad de la América nuestra en cacicazgo, en no se qué resurrección de la tribu, y el corazón se aprieta....

Su libro me ha confortado un poco. *Un poco*, porque, aunque Vd. diga que el fondo suyo es optimista a mí me parece más bien desesperado. Los enemigos que Vd. señala son muy fuertes y hay todavía más enemigos de los que Vd. exhibe. De todos modos conforta ver un valor civil completo que se pone en medio de la plaza a pedir salud, desinfección, lealtad y hora meridiana para la educación popular, sacrificando con ello amistades, paz, sociogio y hasta reputación. Porque al voceador de males le va muy mal en este mundo, amigo Barcos.

Ordeno un poco esta carta, en bien suyo y mío.

LA ARGENTINA

Se conoce que vivimos "pared por medio" en la semejanza de nuestras miserias. Su formidable crítica conviene a la enseñanza nuestra absolutamente. Acaso sirve lo mismo para el resto de la América. Por ser común el mal, debería hablarse de él sin quemadura de amor propio. Hay verdaderas taras de raza en esta dolencia de la educación sudamericana. El español era, y sigue siendo, magnífico tipo de hombre, pero está tarado de estas llagas: el sentido aristocrático de la cultura, la pereza y la vanidad medidas dentro de su *aristos*, un desdén fabuloso, un desdén insensato hasta la estupidez, del trabajo manual, cierto apego a la *letra* que apaga el espíritu, a pesar de sus místicos que odiaron la letra; y la consabida falta de organización que hizo su fracaso de colonizadores. Vd. sabe, mi amigo, que muy a la larga se mella una herencia; un siglo apenas si la muerde.

Pero volvamos a la Argentina. Al revés de los que llaman a Vd. un sin patria, yo le siento un celo tan vehemente que quema, por la honra de su país. La Argentina se creó, con Sarmiento un prestigio educacional, cierto mayorazgo de la cultura democrática que fincaba—y finca todavía—especialmente, en la escuela primaria. Le tocó en suerte dar el primer presidente que no era ni un matón ni un trapecis-

ta de la política, es decir, que no pertenecía a ninguna de las dos castas fétidas del hombre público sudamericano. La Argentina es grande porque el anverso de su riqueza—cosa esta nociva de todos los tiempos—es precisamente el Sarmiento civilizador, con pasión no vista sino en nuestro Vasconcelos de construir al hombre español de nuevo, en igualdad humana y en cultura. Quítese a la Argentina su Sarmiento y, con San Martín y todo, y aunque yo respeto muchos hombres suyos, ella pierde los dos tercios de la mayoría de la edad que la atribuímos los segundos: Chile, Perú, etc, V., pues, con su sarmentismo, vigila lealmente la honra argentina. Es su país quien debe quemar el primero la escuela vieja, antes de que la polilla se extienda por su cuerpo con esa suavidad de algodón por la cual los otros maestros no se dan cuenta de su mal; es la Argentina quien debe volver a decir la palabra de salvación para ella y para los demás. Yo creo que lo hará: yo he sentido a su tierra un pulso vital y una voluntad de creación que sólo se siente en Norte América, y que me ha conmovido.

Dirá alguno: ¿Por qué se mantiene ese ritmo poderoso de vida si la escuela, como se dice, está agarrotada? Sencillamente porque en la Argentina las enfermedades criollas son contrapesadas y detenidas por esa inmigración enorme que los demás países nuestros no tienen y que le manda en 10 años la sangre que los demás rejuvenecemos en 50. Que la Argentina con esa intrepidez tan suya, que le aportan el alemán, el judío y el italiano, quiera ser el Discóbolo de ésta y todas las reformas, y siga aceptando *la honra de probar, de ensayar los tipos nuevos lo mismo de gobierno que de escuela*, los que pasarán desde ella a los otros países. Corresponde a los organismos ricos este *lote de riesgo y de hazaña*.

Mi amigo yo creo en su Ministro Sagarna. Le he conocido una sencillez llena de modestia, que es la puerta abierta por donde pueden pasar muchas iniciativas. Porque la soberbia mestiza, la ridícula soberbia de nuestra gente y que yo he probado cuántas veces en el Ministro analfabetamente olímpico (perdone el vocablo no castizo), señor tieso de puro miedo de que el moverse le descubra la armazón de pobre diablo, el meteco hecho personaje oficial por nuestras pobres políticas, ese sí para en seco las iniciativas. Un hombre que no oye porque no está nunca seguro si sabrá contestar, y que, sobre todo, hace entre él, ministro por una semana o un mes, y el maestro primario, hombre de vida entregada a un oficio, un espacio que ni los dioses griegos establecían de cielo a tierra, es criatura con la que no cabe sino la sonrisa o la desesperación. Yo que no sé reír y aliviarme con la ironía, viví mientras fui maestra, desesperada de mis manos y mis sesos inútiles, puestos por el reglamento, al margen de cualquier creación eficaz.

Hay más que acogida cordial en el Ministro Sagarna. él lee, él recibe el reflejo del movimiento educativo de otras partes. *Es un informado y un atento*. De su inteligencia no hablo, aunque la tiene; la inteligencia está desacreditándose mucho en la América...Se entiende casi todo y no se hace nada, porque la pasión del bien no la calienta.

¿Por qué no habíamos de formar una "Liga sarmentiana por la educación nueva" en la América y llevar al doctor Sagarna sus aspiraciones? Créame que cuanto he pensado en este grupo de libertadores de los niños (los libertadores de hombres hicieron su faena en San Martín) yo cuento de anticipado con él y no cuento con más de dos ministros de Estado de los otros países.

(1) "Como educa el Estado a tu hijo", por Julio R. Barcos. Véase la nota bibliográfica que aparece en este número en nuestra crónica de libros.

EL ESTADO DOCENTE

Como a Vd. me parece a mí calamidad el Estado docente, especie de trust para la manufactura unánime de las ciencias. Algún día los gobiernos no harán sino dar recursos a las instituciones y los particulares que *prueben* abundantemente su eficacia en la educación de los grupos. Pero Ud. odia la escuela católica, y ella dentro de esta norma nueva deberá tener el mismo derecho del grupo socialista o del judío a enseñar bajo su doctrina. La escuela neutra no existe, mi amigo, y lo que así llaman los ladinos es una criatura confesional como cualquiera. En Francia esta escuela neutra es Spenceriana o cosa semejante, jacobina, radical etc., no neutra. Entiendo su pensamiento y como Vd. amaría una especie de luz blanca, de escuela que respetara al niño en su alma prodigiosamente, sin armarle para matón de ninguna secta. Pero ya lo he visto con angustia: eso es utopía. El mal menor, el respiro de esta asfixia del Estado docente, está en el acrecentamiento de la iniciativa particular. El Estado sigue siendo y será siendo y será siempre Napoleón que movilizará las pobres almas de los niños para afianzar el imperio, dando credo social, credo económico y...credo religioso. Imposible —hoy por hoy— eliminarlo como educador de hecho, aunque no lo es de derecho. Disminuyámosle campo, reclamémosle la mitad del dinero de las contribuciones para levantar las escuelas libres; escuelas con ideales, mi amigo, con el suyo una, con el mío otra, organismos netos con rumbo confesado, socialista o capitalista, *sin caretas*.

Sé que Vd. se me ha entristecido en esta parte de mi carta. Ahonde en su pensamiento y verá que Vd., en el fondo, rehusa, y violentamente, la escuela neutra. Vd. quiere dar a los niños principios anti—capitalistas. No háy neutralidad en lo referente a la economía del mundo. Vd. desea soplar aventando del niño la idea religiosa (generalmente muy torcida e incompleta) que lleva el niño de su casa. Vd. sacará un *ismo* y pondrá otro, porque todo es *ismo*, mi amigo, y la luz blanca es artificial. Los únicos neutros verdaderos que yo conozco son los tontos. Nada dan, porque nada tienen; no pueden colorear si adentro les falta el añil o púrpura. Y aún éstos, por necios, suelen, pretenciosamente, para "hacer que hacen", juntar ideas opuestas y confeccionar para el pobrecito niño un tapiz insensato de remiendos imposibles.

Vd. se extrañará que una "que quiere la paz" esté aconsejando la guerra con esas escuelas, todas confesionales. Me he desengañado de muchas cosas; he visto la hipocresía estúpida de las neutralidades y estoy por las fisonomías netas: escuelas según Rosseau, o según don Bosco, o según Spencer. Me irrita de igual manera la extorsión al colegio católico que al libre. Hay una gran probidad en el patronato neto.

El Estado debería después de un censo de los habitantes, por credo, subvencionar 100, u 80, ó 50 escuelas de cada confesión. Tiene que servir a una masa heterogénea sin mano homogénea.

Su pensamiento, Barcos, es elevado y superior, le repugna que el niño asome a la vida con una marca: "católico" o "anarquista". Quiere robarlo al padre afiliado, atado a una fe o a una política, y que le traspasa su verdad o su error como el color de sus ojos. ¡Ay, mi amigo, pero recuerde que se lo da Vd. a otro "marcador"! Yo no sé donde hallaría Vd. los 10 ó 12 mil maestros "luz blanca", santos de desinterés cabal, *caballeros de la perfecta lealtad*, para poner cada uno en su escuela a crear niños sin confesión alguna.

Grave hasta lo trágico es la lucha de espadas en que veo a los pobrecitos niños y que yo he seguido de cerca: padres cristianos, dueños suyos medio día; maestras spencerianas que maniobran durante la otra mitad. En la desorientación enorme que se les crea. ¿no habrá daño mucho mayor que en un fanatismo unánime? Pero basta de esto.

Viñeta oscura

El capitán difunto,
en la noche ha venido a nuestra nave;
en la pasarela inclinado
de la proa vetusta
¡el mismo es!
El rojo timonel antaño
lo vió una vez cuando encalló la Andana
en la tarde melancólica.
Siempre llega la víspera nefasta,
siempre enlutado
de su muerte.
El timonel añoso nunca olvida
sus ojos blancos
como las algas yertas.
En el Santelmo triste,
ha visto anoche,
cerca al timón, morada,
su silueta angulosa
¡el mismo es!

JOSE M. EGUREN.

LOS MAESTROS

Vd. ha dicho en su librito algunas cosas fuertes a los maestros. Pudo ir mas lejos. En la calamidad pública que son nuestras escuelas, aunque el Estado lleve la mitad de la culpa, tenemos que decir honradamente, sin marras de compadrazgo, que la otra mitad se la dividen maestros y padres, y mucho más toca a aquellos que a éstos.

Yo conozco maestras que jamás han gastado un peso en un libro o una revista para no digamos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse de cuestiones de sueldos. Yo conozco en ellas especialmente *el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo*, el olvido de toda solidaridad con su carne, el ningún sentido de clase, la *indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela*. Yo he visto—especialmente en las mujeres—una mundanidad desenfrenada, pasión ingenua y tonta del lujo, consecuencias limitadas y serviles, cargadas de lastres de perjuicios; *beatería sin cristianismo* y otras cosas más. Le habla a Vd. una antigua maestra primaria, que hizo su carrera desde la ayudantía de la escuela rural y que ha visto "el pez pedagógico" de las diversas zonas del mar, hasta llegar al *vanidoso pez secundario*.

Ustedes tienen que trabajar particularmente en hacer de nuevo como quien dice a la maestra primaria. *Es necesario que ella sea una mujer para la democracia americana*, toda una fuerza social que obre en beneficio de la purificación y la elevación de las masas populares; no una Luisa Michel de la barricada, pero sí una doctora Delpiane, una Luisa Luise, una Concepción Arenal, una Carmen Lira, una Palma Guillén, de México, una María de Maeztu, de España; todo esto sin desaforado sufragismo, con brasa espiritual, *ideas claras*, coraje y sentido heroico de la vida. Nuestro amigo García Monge cree mucho en una América echada a perder por los hombres y salvada por las mujeres. Dios le oiga y su hojita preciosa que se llama "Repertorio", las junte, las oriente y las *decida*. Yo, mi amigo, comienzo a envejecer. Procuro decir desde aquí cuanto cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fué poco. También pesó sobre mí el estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio —como hurtado— para poner sabor fuerte de alma.

Yo espero mucho de la lectura del maestro. No le pidamos, por ahora, sino que se informe de las escuelas nuevas, que gaste un centésimo de su sueldo (vea que poco es) en obras y revistas. Estimulen ustedes la lectura común, con comentario, con *ejercicio de discusión* y con ambiente familiar. Crean ese ambiente precioso de fraternidad de los primeros cristianos *que es más que la familia*, que es un estado sobrenatural de cariño por un pensamiento al que se le ha jurado la entrega de sí mismo. Yo desdeño esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con tiesura y *se pelean los cargos del directorio*. Otra cosa muy diversa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es el solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomeran hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Vea Vd. lo que son la mayoría de las sociedades pedagógicas: *¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!*

LA ESCUELA NUEVA

La Escuela nueva, mi amigo, es una creación espiritua y sólo la pueden hacer hombres y mujeres *nuevos*, verdaderamente asistidos de una voluntad rotunda de hacer *otra cosa*. El que la logra es la que la llevaba adentro. Perdóneme la palabra algo eclesiástica: necesita la escuela nuevos maestros que posean la gracia. La gracia significa para mí movimiento inédito del alma; cierta alegría de crear que Dios da, y que contiene su gozo del génesis, una convicción completa de que la verdad adoptada es la mejor, ninguna concesión a los consejos del pasado abolido; ningún resquicio por donde se cuelen la muerte, el desaliento, *el hombre viejo*; un fervor del niño que se vea en la cara y que caliente las palabras, que se mire en el gesto y se haga palpable en las menudas acciones: una fe desenfundada en que de veras el niño es la salvación de todos, *carne en que va a hacerse la justicia nueva*, carne que no va a oprimir, ni a matar y que *no ha venido en vano*. El niño es Cristo que trajo volteadura de los valores y que *no aceptó ninguna de las supersticiones sociales* del Imperio Romano, ni del pueblo judío.

Cuando la gracia nos ha cogido y nos ha quemado ideología, costumbre y manera vieja, entonces se puede ser maestro de la escuela nueva. Que los que no pueden con esto no vengán a hacernos adhesiones que, además de no servirnos, desnaturalizan nuestro trabajo y le ponen materia, pedantería o torpeza.

LOS PADRES

Vd. se queja de la influencia de los padres. Yo me quejo con Vd. especialmente del padre. La madre, ignorante y a veces torpe, da lo que tiene; el hombre no hace por el hijo más que el animal; le lleva el alimento (cuando se lo lleva), que ahora el feminismo victorioso permite también que la mujer a una vez alumbre, críe, trabaje y pague la casa.....

Con las madres puede hacerse mucho, con las no emancipadas, que renuncian a la vida social siquiera en parte, para educar a sus hijos, o cuanto menos asistirlos con su presencia. Con aquella legión de madres ricas, que han entregado sus niños a todos los extraños para que hagan de ellos lo que les plazca, a la niñera, a la maestra mala, a la calle todopoderosa, con tal de seguir los espectáculos estúpidos de la estación y hacer la "gran dama 1950", con esa no hay que hacer; *fué una máquina que a su pesar entregó un niño, pero que no muda el niño en hijo*.

Esas sociedades de madres anexas a las escuelas podrán asistir a las lecturas colectivas de los maestros, tomar parte en las discusiones, adoptar lentamente la escuela nueva. Maestra hábil cogerá siempre a la madre, con el interés que le pruebe, de su criatura. Yo vacilo en

aceptar el reemplazo que Vd. desea, de la madre por la maestra, por una razón: la maestra rara vez es digna de reemplazar aún a la madre mediocre: ve a los niños en montón, entiende el servirlos como a una clientela, con sus conocimientos, pero no los ama de manera profunda y no puede reemplazar a la otra para la cual el niño Pedro o Juan existen individualmente. La madre sigue siendo, mi amigo, la fuerza más linda de este mundo, con la renovación de la vida (siquiera física, que ya es material para que otros trabajemos en eso); la madre danzadora de charleston se suele mudar a los treinta años y volver a lo suyo; cuando en ella no obra el espíritu obra el instinto, lo cual ya es mucho, para sacrificar su bienestar a su criatura. Hay que ayudarla sin disputarle a su chiquito. *Yo no sé de pareja humana más maravillosa que la de una madre verdadera al lado de una maestra verdadera, inventando en juegos y en lecciones argucias y maneras para sacar luces de una criatura*. Con esa pareja se puede hacer el hombrecito nuevo que queremos, el de buenos humores, alegre, solidario y lleno de inteligencia.

Al lado de las torpezas y las atrocidades de la escuela zurda, las torpezas de la madre quedan pequeñas. Al cabo ella no ha estudiado para formar una mente; al cabo a ella no se le llama nunca "salvadora de la patria" y otras majaderías.

Por otra parte, si Vd. hurga con lentitud en la madre superficial o necia, le asoma tarde o temprano la maestra que a ella misma la hizo, sin ningún sentido superior de la vida y sin interés sobrenatural del prójimo. *Maestras que se avergüenzan de venir de la clase modesta, no son las que, llegadas a las alturas de un liceo, vayan a enseñar democracia*, a explicar con vehemente interés el trabajo de los hombres, el derecho de los obreros a vivir una vida hermosa, después de crear los objetos hermosos que crean, y sobre todo no son ellas, mujeres a veces de corazón seco y pobre, las que digan a la jovencita que educan que el oficio de ternura que es la maternidad supera a cualquiera otra excelencia humana.

NACIONALISMOS

Me han interesado enormemente sus opiniones sobre la incontinencia patriótica y el nacionalismo. En Europa yo leo con asco esta abundante literatura xenófoba, que cubre Italia, Francia y Alemania. En América se comienza a chupar este veneno. La idea de imperialismo hace olvidar todo a estas gentes: *religión cristiana, que es religión venida del ser que más olvidó el país suyo y que jamás nombró a su Judea*; cultura, que quiere decir en buena parte internacionalismo, aceptación del conocimiento superior, venga de donde venga; decencia en las costumbres—ya se apedrea aquí en Europa y se injuria al turista—; educación de los niños, que es enseñanza y aprovechamiento del mundo. La América nuestra, en esto como en otras cosas, recibe la infección y la adopta.

Barcos: se me quedan cuarenta asuntos de su libro sin tratar. Para otra ocasión, si yo lo veo en Buenos Aires un día, o si Vd. llega por aquí a visitar las lindas escuelas de Ferriere y de Decroly, hablaremos del formidable problema de las normales, y de otras cosas vitales.

He recibido en estos días la invitación a esa Convención Internacional que Vds. proyectan y de la que puede salir, fácilmente, la Liga Sarmentiana a que yo aludía, sobre reforma a la escuela americana, *con tendencia social*. *Ténganme por adherente*. No podré ir, pero procuraré mandarles algún trabajo. Y los felicito con el corazón entero.

Y dejo abierta la conversación, y lo felicito por el bravo corazón de hombre que Dios le ha dado para batallar contra la rutina y la estolidez, en bien de los pobres niños.

GABRIELA MISTRAL.

Libertad y Propiedad en el Nuevo Derecho

POR CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

He dicho en otra ocasión y repito ahora que no todos los derechos del hombre son verdaderos derechos individuales, ya que pueden ser clasificados: primero, derechos que atañen a la libertad política; segundo, derechos que atañen a la libertad civil; tercero, derechos que atañen a la libertad jurídica. Los derechos comprendidos en los dos primeros términos de la clasificación que antecede, son verdaderos derechos individuales, porque tienden a asegurar al individuo la integridad de su persona, permitiéndole hacer, sin restricción, todo aquello que se considera indispensable para su integridad fisiológica y moral.

De esa suerte, puede concretarse la doctrina de los verdaderos derechos individuales diciendo brevemente que son "facultad de hacer". En efecto: analicémoslos cuidadosamente uno por uno los derechos individuales que conciernen a la libertad política y civil y se hallará que todos ellos significan la facultad personal de hacer algo. Aun puede reducirse a esos términos el precepto constitucional que declara a todo individuo no obligado a hacer lo que la ley no manda, porque obligarlo, constreñirlo, implica siempre privarlo de la facultad de hacer lo contrario, facultad que le reconoce expresamente la Constitución por medio de los derechos declarados y enumerados.

En cuanto a los derechos erróneamente llamados individuales (dada su naturaleza social) que atañen a la libertad jurídica — por ejemplo, el derecho de propiedad — es imposible negar que se refiere a las cosas, a los bienes, no a las personas, y el régimen jurídico de los bienes es de diferente naturaleza institucional que el de la libertad de los individuos.

Para que se vea clara la diferencia entre el derecho de propiedad y un derecho individual auténtico, me basta hacer notar que la propiedad es enajenable — se puede ceder, donar, cambiar, vender — no obstante la declaración constitucional de su inalienabilidad — y eso no se puede hacer con ninguno de los verdaderos derechos individuales que atañen a la persona.

Podría asegurarse que la característica de los verdaderos derechos individuales consiste en que son siempre derechos del hombre sobre sí mismo, poder, de la conciencia y de la voluntad humana sobre el organismo que integra la personalidad, ejerciéndose por medio de la ejecución de aquellos actos que son propios de la naturaleza del individuo en estado de convivencia social.

Los derechos llamados individuales erróneamente porque atañen a la libertad jurídica, significan la existencia de un vínculo de las personas con las cosas o bienes, vínculo de carácter jurídico que se refiere al patrimonio y de ningún modo al individuo propiamente dicho.

Tomado al azar, cualquiera de los verdaderos derechos individuales permite la sustitución de la palabra "derecho" por la palabra "libertad", y ambas son empleadas indistintamente por la Constitución, de tal manera que puede decirse libertad de tránsito, libertad de palabra, de culto, etc., etc., pero no puede decirse libertad de propiedad.

Deteniéndose a realizar un breve análisis psicológico-jurídico, se verá cómo cualquiera de los derechos individuales amplía la personalidad de cada uno de los individuos en particular y la de todos en general. La verdadera libertad de un individuo no merma la verdadera libertad de otro, porque consiste en un aporte que cada uno se hace a sí mismo sin afectar a los demás, de tal suerte que la mayor riqueza de libertad posible no aumenta la pobreza de nadie, porque nada sustrae a los otros, dada la esencia y calidad individual subjetiva de su contenido.

Más aún, jamás podrá haber conflicto entre dos individuos respecto a un verdadero derecho individual, ya que — por serlo — es común a todos y en todos idéntico; de tal manera que se hace imposible establecer sobre él un privilegio y, mucho menos, exclusividad. Por el contrario, las cosas o bienes, objetos del derecho de propiedad, dan lugar al conflicto de intereses encontrados, porque no pertenecen a todos por igual, porque no son comunes, desde que "comunidad" es exactamente lo opuesto a "propiedad", que quiere decir facultad exclusiva y excluyente.

En los verdaderos derechos individuales el sujeto y el objeto del derecho se confunden e identifican; en el derecho de propiedad, el sujeto es una persona y el objeto un bien cuya pertenencia crea una desigualdad que proviene, no de lo que el individuo es, por sí mismo, sino de lo que le otorga la sociedad, que es, por definición, la propiedad titular de toda la riqueza social creada por obra del trabajo humano acumulado anónimamente.

Todo derecho individual verdadero es siempre, por su naturaleza cualitativa, y no se puede poseer en mayor o menor cantidad; se posee o no, eso es todo. En efecto: nadie puede ejercitar dos derechos de pensar, de escribir, de transitar, etc., y nadie puede apoderarse y usar, a más del propio, un derecho individual ajeno. Esto confirma y acentúa el carácter subjetivo de los verdaderos derechos individuales, a diferencia de los derechos patrimoniales, objetivos y cuantitativos.

La "facultad de hacer" es una "cualidad" del individuo, un atributo de la personalidad humana; la facultad de poseer, disfrutar y usar las cosas o bienes o disponer de ellos es una "cantidad" que el individuo se apropia, sustrayéndola a sus semejantes.

Si quedase alguna duda acerca de mi afirmación de que el derecho de propiedad (función social) no es un derecho individual o libertad propiamente dicha, me basta recordar que, tanto aquel derecho, como todos los que atañen a la facultad de contratar, comprar, vender, etc., tiene su régimen de legislación civil y penal con sus procedimientos y garantías propias. Así, existe una profusa y minuciosa legislación que defiende la propiedad con mucho mayor ahínco que a todos los otros derechos individuales juntos, hasta el extremo monstruoso de que un hombre puede apoderarse de otro sin que su acto reporte sanción penal efectiva, pero si en lugar de apoderarse de él íntegramente se apodera de su sombrero, por ejemplo, va a la cárcel, con toda seguridad. Por eso sería innecesario y absurdo el Habeas Corpus aplicado a los bienes.

Es evidente la aberración individualista-capitalista de que adolece nuestro orden jurídico siglo XIX, prestando mayor atención a las cosas que a las personas, como resulta de lo dicho y, entre otras extravagancias, de haber armado al propietario de un bien con acciones sumarisimas de retener o de recobrar, pero no ha establecido procedimiento semejante alguno para que cada hombre retenga o recobre la integridad de su ser fisiológico, moral, social y político.

Podría decirse que el Habeas Corpus es, en orden a la integridad de la persona humana, lo que el interdicto posesorio en orden a la propiedad inmueble y hasta puede afirmarse que el Habeas Corpus es, en realidad, un interdicto, de retener unas veces, y otras de recobrar la libertad personal, si se admite la doctrina que vengo desarrollando sistemáticamente.

Entre otras ventajas, esta comparación demostrativa ofrece la de poner en evidencia que el Habeas Corpus no es un recurso, sino una acción, como han sido siempre los interdictos de retener o recobrar la posesión de bienes raíces.

Es interesante observar que los interdictos posesorios han sido siempre calificados de acciones y a nadie se le ha ocurrido llamarles recursos, no obstante ser opuestos muchas veces a los actos de autoridad que vulneran el derecho privado de los particulares sobre el suelo. El Habeas Corpus es, como procedimiento, de una estructura jurídica análoga a los interdictos posesorios, pero, a diferencia de éstos, tiende a asegurar la posesión del individuo sobre sí mismo, lo que le da una significación social y hasta filosófica mucho más alta y trascendental e incluso de mayor urgencia.

Resulta así reconocida a los interdictos posesorios una superioridad jerárquica, dentro de la clasificación procesal negada empínicamente al Habeas Corpus que ampara la libertad de los individuos; de tal modo, que este rasgo de la fisonomía jurídica conservada por el siglo XIX sobre el significado de un síntoma revelador de que aún está por hacerse la rectificación constructiva sobre la cual se asentará el nuevo derecho.

En balde se habla de humanismo en las cátedras de filosofía y serán estériles todas las efusiones kantianas que afirman, en teoría, una libertad metafísica, limitada al claustro inviolable de la conciencia, si no se comienza por rectificar con claridad y firmeza el preconceito jurídico secular, mantenido por el liberalismo del siglo XIX aun en medio de la sonora declamación libertaria puramente sentimental.

Para establecer el verdadero carácter de la libertad del individuo, es indispensable realizar la previa discriminación de los aspectos formales y objetivos que esa libertad reviste, depurándola de todas las mezclas extrañas a su naturaleza, como son los derechos de índole patrimonial, que se refieren a los bienes o cosas.

El sistema jurídico del siglo XIX es contradictorio y frecuentemente anula el valor teórico de las declaraciones, reduciéndolas a simples fórmulas de aspiración idealista.

Ejemplo: la inalienabilidad e inviolabilidad absolutas de los derechos del hombre; las cuales, por extremosas y absurdas, resultan imposibles y contraproducentes, como lo prueba luego la necesidad de acordar y hasta de subordinar la mayor parte de tales derechos al interés social, que sólo se concilia con la verdadera libertad, es decir, con aquellos derechos individuales que aseguran, en la medida que corresponde, el logro de los legítimos fines del individuo.

No es difícil rastrear, entre la frondosidad doctrinaria del liberalismo jurídico en trance de caducidad inminente, la tentativa de una separación fundamental entre los verdaderos derechos individuales y los que se refieren al patrimonio. Basta para ello, recordar que, no obstante la insistencia con que se declara inviolable la propiedad privada, cuida el Estado de reservarse la facultad de expropiar, con propósitos de utilidad pública, lo que vale tanto como negarle prácticamente al derecho de propiedad el carácter esencial de un verdadero derecho del individuo, inherente a su condición de persona, tal como lo quiere el derecho natural que sirvió de fundamento filosófico al sistema.

En efecto, no sería posible expropiar el objeto o contenido de los verdaderos derechos individuales que integran la libertad personal, porque sólo son expropiables los bienes y de ningún modo la "facultad de hacer" que esos verdaderos derechos acuerdan. La limitación constitucional o legal que fija la medida de los derechos individuales en nombre del interés de la sociedad cuando llega a producirse conflicto entre ella y el individuo, no se parece en nada a una expropiación, sino que se convierte en el encauzamiento obligado y necesario de energías particulares, haciéndolas concurrentes cada vez que tiendan a ser divergentes y antisociales.

Cuando se consagre definitivamente la caracterización de los verdaderos derechos individuales constitutivos de la libertad personal, se desvanecerán todas las dudas acerca de la extensión del Habeas Corpus y a nadie se le ocurrirá aplicar esta preciosa garantía en favor de los bienes o de sus propietarios, poseedores o usufructuarios.

El proceso del Gamonalismo

A partir de nuestro próximo número reanudaremos la publicación de nuestro Boletín de Defensa Indígena. Las protestas y denuncias que componen el material con que contamos, por ahora, para esta sección corresponden a fechas atrasadas, de suerte que requieren confirmación por parte de los interesados.

PENSADORES DE LA RAZA

EL ESFUERZO

POR RAFAEL BARRET

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre que obstáculo crispar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro, o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos, son fuerzas de tempestad. *Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo se oyen en la noche.* Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarrá.

Poner el pié en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. *Mas vale lo horrible que lo viejo. Mas vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace.* Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el decenlace negro, si podemos contestar a la naturaleza: ¡No me creaste un vaso!

Es preciso que el hombre se mire y se diga:—Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una luminosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. *Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero.*

Hemos salido de las sombras para abrazarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros.

Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras, de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. *Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.*

El Problema de la Tierra en el Perú

Requisitoria contra el gamonalismo o feudalidad

POR JOSE CARLOS MARIATEGUI

I

EL PROBLEMA AGRARIO Y EL PROBLEMA DEL INDIO

Quienes desde puntos de vista socialistas estudiamos y definimos el problema del indio, hemos empezado por declarar absolutamente superados los puntos de vista humanitarios o filantrópicos, en que, como una prolongación de la apostólica batalla del padre de Las Casas, se apoyaba la antigua campaña pro-indígena. Nuestro primer esfuerzo ha tendido a establecer su carácter de problema fundamentalmente económico. Hemos insurgido primeramente, contra la tendencia instintiva—y defensiva—del criollo o "misti", a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía. Por esto, el más absurdo de los reproches que se nos pueden dirigir es el de lirismo o literaturismo. Colocando en primer plano, el problema económico social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible. No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricamente, su derecho a la tierra. Esta reivindicación perfectamente materialista, debería bastar para que no se nos confundiese con los herederos o repetidores del verbo evangélico del gran fraile español, a quien, de otra parte, tanto materialismo no nos impide admirar y estimar fervorosamente.

Y este problema de la tierra,—cuya solidaridad con el problema del indio es demasiado evidente—tampoco nos avenimos a atenuarlo o adelgazarlo oportunistamente. Todo lo contrario. Por mi parte, yo trato de plantearlo en términos absolutamente inequívocos y netos.

El problema agrario se presenta, ante todo, como el problema de la feudalidad en el Perú. Esta liquidación debía haber sido realizada ya por el régimen demo-burgués formalmente establecido por la revolución de la independencia. Pero en el Perú no hemos tenido en cien años de república, una verdadera clase burguesa, una verdadera clase capitalista. La antigua clase feudal,—camuflada o disfrazada de burguesía republicana—ha conservado sus posiciones. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada por la revolución de la Independencia,—como una consecuencia lógica de su ideología,—no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad. La vieja clase terrateniente no había perdido su predominio. La supervivencia de un régimen de latifundistas produjo, en la práctica, el mantenimiento del latifundio. Sabido es que la desamortización atacó más bien a la comunidad. Y el hecho es que durante un siglo de república, la gran propiedad agraria se ha reforzado y engrandecido a despecho del liberalismo teórico de nuestra Constitución y de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista.

Las expresiones de la feudalidad sobreviviente son dos: latifundio y servidumbre. Expresiones solidarias y consustanciales, cuyo análisis nos conduce a la conclusión de que no se puede liquidar la servidumbre, que pesa sobre la raza indígena, sin liquidar el latifundio.

Planteado así el problema agrario del Perú, no se presta a deformaciones equívocas. Aparece en toda su magnitud de problema económico-social—y por tanto político—del dominio de los hombres que actúan en este plano de hechos e ideas. Y resulta vano todo empeño de convertirlo, por ejemplo, en un problema técnico-agrícola del dominio de los agrónomos.

Nadie ignora que la solución liberal de este problema sería conforme a la ideología individualista, el fraccionamiento de los latifundios, para crear la pequeña propiedad. Es tan desmesurado el desconocimiento, que se constata a cada paso, entre nosotros, de los principios elementales del socialismo, que no será nunca obvio ni ocioso insistir en que esta fórmula—fraccionamiento de los latifundios en favor de la pequeña propiedad—no es utopista, ni herética, ni revolucionaria, ni bolchevique, ni vanguardista, sino ortodoxa, constitucional, democrática, capitalista y burguesa. Y que tiene su origen en el ideario liberal en que se inspiran los Estatutos constitucionales de todos los Estados demo-burgueses. Y que en los países de la Europa Central y Oriental—donde la crisis bélica trajo por tierra las últimas murallas de la feudalidad, con el consenso del capitalismo de Occidente que desde entonces opone precisamente a Rusia este bloque de países anti-bolcheviques,—en Checo Eslovaquia, Rumanía, Polonia, Bulgaria, etc., se ha sancionado leyes agrarias que limitan, en principio, la propiedad de la tierra, al máximo de 500 hectáreas.

Congruentemente con mi posición ideológica, yo pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya. Dejando aparte las razones doctrinales, considero fundamentalmente este factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y de la vida indígenas.

Pero quienes se mantienen dentro de la doctrina demo-liberal,—si buscan de veras una solución al problema del indio, que redima a éste, ante todo, de su servidumbre,—pueden dirigir la mirada a la experiencia checa o rumana, dado que la mexicana, por su inspiración y su proceso, les parece un ejemplo peligroso. Para ellos es aún tiempo de propugnar la fórmula liberal. Si lo hicieran, lograrían, al menos, que en el debate del problema agrario provocado por la nueva generación, no estuviese del todo ausente el pensamiento liberal, que, según la historia escrita, rige la vida del Perú desde la fundación de la República.

II

COLONIALISMO=FEUDALISMO

El problema de la tierra esclarece la actitud vanguardista o socialista, ante las supervivencias del Virreinato. El "perricholismo" literario no nos interesa sino como signo o reflejo del colonialismo económico. La herencia colonial que queremos liquidar no es, fundamentalmente, la de "tapadas" y celosías, sino la del régimen económico feudal, cuyas expresiones son el gamonalismo, el latifundio y la servidumbre. La literatura colonialista,—evocación nostálgica del Virreinato y de sus fastos—no es para mí sino el mediocre producto de un espíritu engendrado y alimentado por ese régimen. El Virreinato no sobrevive en el "perricholismo" de algunos trovadores y algunos cronistas. Sobrevive en el feudalismo, en el cual se asienta, sin imponerle todavía su ley, un capitalismo larvado e incipiente. No renegamos, propiamente, la herencia española; renegamos la herencia feudal.

España nos trajo el Medioevo: inquisición, feudalidad, etc. Nos trajo luego, la Contrarreforma: espíritu reaccionario, método jesuítico, casuismo escolástico. De la mayor parte de estas cosas, nos hemos ido liberando, peno-

samente, mediante la asimilación de la cultura occidental, obtenida a veces a través de la propia España. Pero de su cimiento económico, arraigado en los intereses de una clase cuya hegemonía no canceló la revolución de la independencia, no nos hemos liberado todavía. Los raigones de la feudalidad están intactos. Su subsistencia es responsable, por ejemplo, del retardamiento de nuestro desarrollo capitalista.

El régimen de propiedad de la tierra determina el régimen político y administrativo de toda nación. El problema agrario,—que la República no ha podido hasta ahora resolver,—domina todos los problemas de la nuestra. Sobre una economía semi-feudal no pueden prosperar ni funcionar instituciones democráticas y liberales.

En lo que concierne al problema indígena, la subordinación al problema de la tierra resulta más absoluta aún, por razones especiales. La raza indígena es una raza de agricultores. El pueblo inkaico era un pueblo de campesinos, dedicados ordinariamente a la agricultura y el pastoreo. Las industrias, las artes, tenían un carácter doméstico y rural. En el Perú de los Inkas era más cierto que en pueblo alguno el principio de que "la vida viene de la tierra". Los trabajos públicos, las obras colectivas, más admirables del Tawantinsuyo, tuvieron un objeto militar, religioso o agrícola. Los canales de irrigación de la sierra y de la costa, los andenes y terrazas de cultivo de los Andes, quedan como los mejores testimonios del grado de organización económica alcanzado por el Perú inkaico. Su civilización se caracterizaba, en todos sus rasgos dominantes, como una civilización agraria. "La tierra—escribe Valcárcel estudiando la vida económica del Tawantinsuyo—en la tradición regnícola, es la madre común: de sus entrañas no solo salen los frutos alimenticios, sino el hombre mismo. La tierra depara todos los bienes. El culto de la Mama Pacha es par de la heliolatría; y como el sol no es de nadie en particular, tampoco el planeta lo es. Hermanados los dos conceptos en la ideología aborígen, nació el agrarismo, que es propiedad comunitaria de los campos y religión universal del astro del día". (1)

Al comunismo inkaico,—que no puede ser negado ni disminuido por haberse desenvuelto bajo el régimen autocrático de los Inkas—se le designa por esto como comunismo agrario. Los caracteres fundamentales de la economía inkaica—según César Ugarte, que define en general los rasgos de nuestro proceso con suma ponderación—eran los siguientes: "Propiedad colectiva de la tierra cultivable por el ayllu" o conjunto de familias emparentadas, aunque dividida en lotes individuales intransferibles; propiedad colectiva de las aguas, tierras de pasto y bosques por la "marca" o tribu, o sea la federación de ayllus establecidos alrededor de una misma aldea; cooperación común en el trabajo; apropiación individual de las cosechas y frutos". (2)

La destrucción de esta economía—y por ende de la cultura que se nutría de su savia—es una de las responsabilidades menos discutibles del coloniaje, nó por haber constituido la destrucción de las formas autóctonas, sino por no haber traído consigo su sustitución por formas superiores. El régimen colonial desorganizó y aniquiló la economía agraria inkaica, sin reemplazarla por una economía de mayores rendimientos. Bajo una aristocracia indígena, los nativos componían una nación de diez millones de hombres, con un Estado eficiente y orgánico cuya acción arribaba a todos los ámbitos de su soberanía; bajo una aristocracia extranjera los nativos se redujeron a una dispersa y anárquica masa de un millón de hombres, caídos en la servidumbre y el "felahismo".

El dato demográfico es, a este respecto, el más fehaciente y decisivo. Contra todos los reproches que,—en el nombre de conceptos liberales, esto es modernos, de libertad y justicia,—se puedan hacer el régimen inkaico, está el hecho histórico—positivo, material—de que aseguraba la subsistencia y el crecimiento de una población que, cuando arribaron al Perú los conquistadores, ascendía a diez millones y que, en tres siglos de dominio español, descen-

dió a un millón. Este hecho condena al coloniaje y no desde los puntos de vista abstractos o teóricos o morales—o como quiera calificárseles—de la justicia, sino desde los puntos de vista prácticos, concretos y materiales de la utilidad.

El coloniaje, impotente para organizar en el Perú al menos una economía feudal, injertó en ésta elementos de economía esclavista.

III

LA POLÍTICA DEL COLONIAJE: DESPOBLACION Y ESCLAVITUD

Que el régimen colonial español resultara incapaz de organizar en el Perú una economía de puro tipo feudal se explica claramente. No es posible organizar una economía sin claro entendimiento y segura estimación, si nó de sus principios, al menos de sus necesidades. Una economía indígena, orgánica, nativa, se forma sola. Ella misma determina espontáneamente sus instituciones. Pero una economía colonial se establece sobre bases en parte artificiales y extranjeras, subordinada al interés del colonizador. Su desarrollo regular depende de la aptitud de éste para adaptarse a las condiciones ambientales o para transformarlas.

El colonizador español carecía radicalmente de esta aptitud. Tenía una idea, un poco fantástica, del valor económico de los tesoros de la naturaleza, pero no tenía casi idea alguna del valor económico del hombre.

La práctica de exterminio de la población indígena y de destrucción de sus instituciones—en contraste muchas veces con las leyes y providencias de la metrópoli—empobrecía y sangraba al fabuloso país ganado por los conquistadores para el Rey de España, en una medida que éstos no eran capaces de percibir y apreciar. Formulando un principio de la economía de su época, un estadista sudamericano del siglo XIX debía decir más tarde, impresionado por el espectáculo de un continente semi-desierto: "Gobernar es poblar". El colonizador español, infinitamente lejano de este criterio, implantó en el Perú un régimen de despoblación.

La persecución y esclavizamiento de los indios deshacía velozmente un capital subestimado en grado inverosímil por los colonizadores: el capital humano. Los españoles se encontraron cada día más necesitados de brazos para la explotación y aprovechamiento de las riquezas conquistadas. Recurrieron entonces al sistema más antisocial y primitivo de colonización: el de la importación de esclavos. El colonizador renunciaba así, de otro lado, a la empresa para la cual antes se sintió apto el conquistador: la de asimilar al indio. La raza negra traída por él le tenía que servir, entre otras cosas, para reducir el desequilibrio demográfico entre el blanco y el indio.

La codicia de los metales preciosos—absolutamente lógica en un siglo en que tierras tan distantes casi no podían mandar a Europa otros productos,—empujó a los españoles a ocuparse preferentemente en la minería. Su interés pugnaba por convertir en un pueblo minero al que, bajo sus inkas y desde sus más remotos orígenes, había sido un pueblo fundamentalmente agrario. De este hecho nació la necesidad de imponer al indio la dura ley de la esclavitud. El trabajo del agro, dentro de un régimen naturalmente feudal, hubiera hecho del indio un siervo vinculándolo a la tierra. El trabajo de las minas y las ciudades, debía hacer de él, un esclavo. Los españoles establecieron, con el sistema de las mitas, el trabajo forzado, arrancando al indio de su suelo y de sus costumbres.

La importación de esclavos negros que abasteció de braceros y domésticos a la población española de la costa, donde se encontraba la sede y corte del Virreinato, contribuyó a que España nó advirtiera su error económico y político. El esclavismo se arraigó en el régimen, viciándolo y enfermándolo.

El profesor Javier Prado, desde puntos de vista que no son naturalmente los míos, arribó en su estudio sobre

el estado social del Perú del coloniaje a conclusiones que contemplan precisamente un aspecto de este fracaso de la empresa colonizadora: "Los negros, dice, considerados como mercancía comercial, e importados a la América como máquinas humanas de trabajo debían regar la tierra con el sudor de su frente; pero sin fecundarla, sin dejar frutos provechosos. Es la liquidación constante siempre igual que hace la civilización en la historia de los pueblos: el esclavo es improductivo en el trabajo como lo fué en el Imperio Romano y como lo ha sido en el Perú; y es en el organismo social un cáncer que va corrompiendo los sentimientos y los ideales nacionales. De esta suerte ha desaparecido el esclavo en el Perú, sin dejar los campos cultivados; y después de haberse vengado de la raza blanca, mezclando su sangre con la de ésta, y rebajando en ese contubernio el criterio moral e intelectual, de los que fueron al principio sus crueles amos, y más tarde sus padrinos, sus compañeros y sus hermanos". (3)

La responsabilidad de que se puede acusar hoy al coloniaje, nó es la de haber traído una raza inferior—este era el reproche esencial de los sociólogos de hace medio siglo,—sino la de haber traído con los esclavos, la esclavitud, destinada a fracasar como medio de explotación y organización económicos de la colonia, a la vez que a reforzar un régimen fundado en la conquista y en la fuerza.

El carácter colonial de la agricultura de la costa, que no consigue aún librarse de esta tara, proviene en gran parte del sistema esclavista. El latifundista costeño no ha reclamado nunca, para fecundar sus tierras, hombres sino brazos. Por esto, cuando le faltaron los esclavos negros, les buscó un sucedáneo en los coolíes chinos. Esta otra importación típica de un régimen de "encomenderos", contrariaba y entrababa como la de los negros la formación regular de una economía liberal congruente con el orden político establecido por la revolución de la independencia. César Ugarte lo reconoce en su estudio ya citado sobre la economía peruana, afirmando resueltamente que lo que el Perú necesitaba no era "brazos" sino "hombres". (4)

IV

EL COLONIZADOR ESPAÑOL

La incapacidad del coloniaje para organizar la economía peruana sobre sus naturales bases agrícolas, se explica por el tipo de colonizador que nos tocó. Mientras en Norte América la colonización depositó los gérmenes de un espíritu y una economía que se plasmaban entonces en Europa y a los cuales pertenecía el porvenir, a la América española trajo los efectos y los métodos de un espíritu y una economía que declinaban ya y a las cuales no pertenecía sino el pasado. Esta tesis puede parecer demasiado simplicista a quienes consideran sólo su aspecto de tesis económica y, supérstites, aunque lo ignoren, del viejo escolasticismo retórico, muestran esa falta de aptitud para entender el hecho económico que constituye el defecto capital de nuestros aficionados a la historia. Me complace por esto encontrar en el reciente libro de José Vasconcelos "Indología", un juicio que tiene el valor de venir de un pensador a quien no se puede atribuir ni mucho marxismo ni poco hispanismo. "Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de orden físico,—escribe Vasconcelos—que explican perfectamente el espectáculo aparentemente desesperado del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos del Sur, sólo la comparación de los dos sistemas, de los dos regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste. En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor gracia de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada en el cual cada quien pagaba el precio

de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fué que en lugar de encomiendas hubo cultivos. Y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con tintes de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló una aristocracia de la aptitud que es lo que se llama democracia, una democracia que en sus comienzos no reconoció más preceptos que los del lema francés: libertad, igualdad, fraternidad. Los hombres del norte fueron conquistando la selva virgen, pero no permitían que el general victorioso en la lucha contra los indios se apoderase, a la manera antigua nuestra, "hasta donde alcanza la vista". Las tierras recién conquistadas no quedaban tampoco a merced del soberano para que las repartiese a su arbitrio y creáse nobleza de doble condición moral: lacayuna ante el soberano e insolente y opresora del más débil. En el Norte la República coincidió con el gran movimiento de expansión y la República apartó una buena cantidad de las tierras buenas, creó grandes reservas sustraídas al comercio privado, pero no las empleó en crear ducados, ni en premiar servicios patrióticos, sino que las destinó al fomento de la instrucción popular. Y así, a medida que una población crecía, el aumento del valor de las tierras bastaba para asegurar el servicio de la enseñanza. Y cada vez que se levantaba una nueva ciudad en medio del desierto no era el régimen de concesión, el régimen de favor el que privaba, sino el remate público de los lotes en que previamente se subdividía el plano de la futura urbe. Y con la limitación de que una sola persona no pudiera adquirir muchos lotes a la vez. De este sabio, de este justiciero régimen social procede el gran poderío norteamericano. Por no haber procedido en forma semejante, nosotros hemos ido caminando tantas veces para atrás" (5)

La feudalidad es, como resulta del juicio de Vasconcelos, la tara que nos dejó el coloniaje. Los países que, después de la Independencia, han conseguido curarse de esa tara son los que han progresado; los que no lo han logrado todavía, son los retardados. Ya hemos visto cómo, a la tara de la feudalidad se juntó la tara del esclavismo.

El español no tenía las condiciones de colonización del anglo-sajón. La creación de los EE. UU. se presenta como la obra del pionnier. España después de la epopeya de la conquista no nos mandó casi sino nobles, clérigos y villanos. Los conquistadores eran de una estirpe heroica; los colonizadores, nó. Se sentían señores, no se sentían pionniers. Los que pensaron que la riqueza del Perú eran sus metales preciosos, convirtieron a la minería, con la práctica de las mitas, en un factor de aniquilamiento del capital humano y de decadencia de la agricultura. En el propio repertorio civilista encontramos testimonios de acusación. Javier Prado escribe que "el estado que presenta la agricultura en el virreinato del Perú es del todo lamentable debido al absurdo sistema económico mantenido por los españoles", y que de la despoblación del país era culpable su régimen de explotación. (6).

El colonizador, que en vez de establecerse en los campos se estableció en las minas, tenía la sicología del buscador de oro. No era, por consiguiente, un creador de riqueza. Una economía, una sociedad, son la obra de los que colonizan y vivifican la tierra; no de los que precariamente extraen los tesoros de su subsuelo. La historia del florecimiento y decadencia de no pocas poblaciones coloniales de la sierra, determinados por el descubrimiento y el abandono de minas prontamente agotadas o relegadas, demuestra ampliamente entre nosotros esta ley histórica.

Tal vez las únicas falanjes de verdaderos colonizadores que nos envió España fueron las misiones de jesuitas y dominicos. Ambas congregaciones, especialmente la de jesuitas, crearon en el Perú varios interesantes núcleos de producción. Los jesuitas asociaron en su empresa los factores religioso, político y económico, nó en la misma medida que en el Paraguay, donde realizaron su más famoso y extenso experimento, pero sí de acuerdo con los mismos principios.

Esta función de las congregaciones no solo se conforma con toda la política de los jesuitas en la América española, sino con la tradición misma de los monasterios en el Medio Evo. Los monasterios tuvieron en la sociedad medioeval, entre otros, un rol económico. En una época guerrera y mística, se encargaron de salvar la técnica de los oficios y las artes, disciplinando y cultivando elementos sobre los cuales debía constituirse mas tarde la industria burguesa. Jorge Sorel es uno de los economistas modernos que mejor remarca y define el papel de los monasterios en la economía europea, estudiando a la orden benedictina como el prototipo del monasterio -empresa industrial. "Hallar capitales—apunta Sorel—era en ese tiempo un problema muy difícil de resolver; para los monjes era asaz simple. Muy rápidamente las donaciones de ricas familias les prodigaron grandes cantidades de metales preciosos; la acumulación primitiva resultaba muy facilitada. Por otra parte los conventos gastaban poco y la estricta economía que imponían las reglas recuerdan los hábitos parsimoniosos de los primeros capitalistas. Durante largo tiempo los monjes estuvieron en grado de hacer operaciones excelentes para aumentar su fortuna". Sorel nos expone, cómo "después de haber prestado a Europa servicios eminentes que todo el mundo reconoce, estas instituciones declinaron rápidamente" y cómo los benedictinos "cesaron de ser obreros agrupados en un taller casi capitalista y se convirtieron en burgueses retirados de los negocios, que no pensaban sino en vivir en una dulce ociosidad en la campiña". (7)

Este aspecto de la colonización, como otros muchos de nuestra economía, no ha sido aún estudiado. Me ha correspondido a mí, marxista convicto y confeso, su constatación. Juzgo este estudio, fundamental para la justificación económica de las medidas que, en la futura política agraria, concernirán a los fundos de los conventos y congregaciones, porque establecerá concluyentemente la caducidad práctica de su dominio y de los títulos reales en que reposaba.

V

LA "COMUNIDAD" BAJO EL COLONIAJE

Las leyes de Indias amparaban la propiedad indígena y reconocían su organización comunista. La legislación relativa a las "comunidades" indígenas, se adaptó a la necesidad de no atacar las instituciones ni las costumbres indiferentes al espíritu religioso y al carácter político del Coloniaje. El comunismo agrario del "ayllu", una vez destruido el Estado Incaico, no era incompatible con el uno ni con el otro. Todo lo contrario. Los jesuitas aprovecharon precisamente el comunismo indígena en el Perú, en México y en mayor escala aún en el Paraguay, para sus fines de catequización. El régimen medioeval, teórica y prácticamente, conciliaba la propiedad feudal con la propiedad comunitaria.

El reconocimiento de las comunidades y de sus costumbres económicas por las leyes de Indias, no acusa simplemente sagacidad realista de la política colonial sino se ajusta absolutamente a la teoría y la práctica feudales. Las disposiciones de las leyes coloniales sobre la comunidad, que mantenían sin inconveniente el mecanismo económico de ésta, reformaban, en cambio, lógicamente, las costumbres contrarias a la doctrina católica (la prueba matrimonial, etc.) y tendían a convertir la comunidad en una rueda de su maquinaria administrativa y fiscal. La comunidad podía y debía subsistir, para la mayor gloria y provecho del Rey y de la Iglesia.

Sabemos bien que esta legislación en gran parte quedó únicamente escrita. La propiedad indígena no pudo ser suficientemente amparada, por razones dependientes de la práctica colonial. Sobre este hecho están de acuerdo todos los testimonios. Ugarte hace las siguientes constataciones: "Ni las medidas previsoras de Toledo, ni las que en diferentes oportunidades trataron de ponerse en práctica, impidieron que una gran parte de la propiedad indíge-

na pasara legal o ilegalmente a manos de los españoles o criollos. Una de las instituciones que facilitó este despojo disimulado fué la de las "Encomiendas". Conforme al concepto legal de la institución, el encomendero era un encargado del cobro de los tributos y de la organización y cristianización de sus tributarios. Pero en la realidad de las cosas, era un señor feudal, dueño de vidas y haciendas, pues disponía de los indios como si fueran árboles del bosque y muertos ellos o ausentes, se apoderaba por uno u otro medio de sus tierras. En resumen, el régimen agrario colonial determinó la sustitución de una gran parte de las comunidades agrarias indígenas por latifundios de propiedad individual, cultivados por los indios bajo una organización feudal. Estos grandes feudos, lejos de dividirse con el transcurso del tiempo, se concentraron y consolidaron en pocas manos a causa de que la propiedad inmueble estaba sujeta a innumerables trabas y gravámenes perpetuos que la inmovilizaron tales como los mayorazgos, las capellanías, las fundaciones, los patronatos y demás vinculaciones de la propiedad". (8)

La feudalidad dejó análogamente subsistentes las comunas rurales en Rusia, país con el cual es siempre interesante el paralelo porque a su proceso histórico se aproxima el de estos países agrícolas y semif feudales mucho más que al de los países capitalistas de Occidente. Eugene Schkaff, estudiando la evolución del mir en Rusia, escribe: "Como los señores respondían por los impuestos, quisieron que cada campesino tuviera mas o menos la misma superficie de tierra para que cada uno contribuyera con su trabajo a pagar los impuestos; y para que la efectividad de éstos estuviera asegurada, establecieron la responsabilidad solidaria. El gobierno la extendió a los demás campesinos. Los repartos tenían lugar cuando el número de siervos había variado. El feudalismo y el absolutismo transformaron poco a poco la organización comunal de los campesinos en instrumento de explotación. La emancipación de los siervos no aportó, bajo este aspecto, ningún cambio". (9) Bajo el régimen de propiedad señorial, el *mir* ruso, como la comunidad peruana, experimentó una completa desnaturalización. La superficie de tierras disponibles para los comuneros resultaba cada vez más insuficiente y su repartición cada vez más defectuosa. El mir no garantizaba a los campesinos la tierra necesaria para su sustento; en cambio garantizaba a los propietarios la provisión de brazos indispensables para el trabajo de sus latifundios. Cuando en 1861 se abolió la servidumbre, los propietarios encontraron el modo de subrogarla reduciendo los lotes concedidos a sus campesinos a una extensión que no les consintiese subsistir de sus propios productos. La agricultura rusa, conservó, de este modo, su carácter feudal. El latifundista empleó en su provecho la reforma. Se había dado cuenta ya de que estaba en su interés otorgar a los campesinos una parcela, siempre que no bastara para la subsistencia de él y de su familia. No había medio más seguro para vincular el campesino a la tierra, limitando al mismo tiempo, al mínimo, su emigración. El campesino se veía forzado a prestar sus servicios al propietario quien contaba para obligarlo al trabajo en su latifundio—si no hubiese bastado la mieria a que lo condenaba la ínfima parcela—con el dominio de prados, bosques, molinos, aguas, etc.

La convivencia de "comunidad" y latifundio en el Perú, está, pues, perfectamente explicada, no solo por las características del régimen del Coloniaje sino también por la experiencia de la Europa feudal. Pero la comunidad, bajo este régimen, no podía ser perfectamente amparada sino apenas tolerada. El latifundista le imponía la ley de su fuerza despótica sin control posible del Estado. La comunidad sobrevivía, pero dentro de un régimen de servidumbre. Antes había sido la célula misma del Estado que le aseguraba el dinamismo necesario para el bienestar de sus miembros. El coloniaje la petrificaba dentro de la gran propiedad, base de un Estado nuevo, extraño a su destino.

El liberalismo de las leyes de la República, impotente para destruir la feudalidad y para crear el capitalismo, de-

bía, más tarde, negarle el amparo formal que le había concedido el absolutismo de las leyes de la Colonia.

VI

LA REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA Y LA PROPIEDAD AGRARIA

Entremos a examinar ahora cómo se presenta el problema de la tierra bajo la República. Para precisar mis puntos de vista sobre este período, en lo que concierne a la cuestión agraria, debo insistir en un concepto que ya he expresado respecto al carácter de la revolución de la independencia en el Perú. La revolución encontró al Perú retrasado en la formación de su burguesía. Los elementos de una economía capitalista eran en nuestro país más embrionarios que en otros países de América donde la revolución contó con una burguesía menos larvada, menos incipiente.

Si la revolución hubiese sido un movimiento de las masas indígenas o hubiese representado sus reivindicaciones, habría tenido necesariamente una fisonomía agraria. Está ya bien estudiado cómo la revolución francesa benefició particularmente a la clase rural, en la cual tuvo que apoyarse para evitar el retorno del antiguo régimen. Este fenómeno, además, parece peculiar en general así a la revolución burguesa como a la revolución socialista, a juzgar por las consecuencias mejor definidas y mas estables del abatimiento de la feudalidad en la Europa central y del zarismo en Rusia. Dirigidas y actuadas principalmente por la burguesía urbana y el proletariado urbano, una y otra revolución han tenido como inmediatos usufructuarios a los campesinos. Particularmente en Rusia, ha sido ésta la clase que ha cosechado los primeros frutos de la revolución bolchevique, debido a que en ese país no se había operado aún una revolución burguesa que a su tiempo hubiera liquidado la feudalidad y el absolutismo e instaurado en su lugar un régimen demoliberal.

Pero, para que la revolución demo-liberal haya tenido estos efectos, dos premisas han sido necesarias: la existencia de una burguesía consciente de los fines y los intereses de su acción y la existencia de un estado de ánimo revolucionario en la clase campesina y, sobre todo, su reivindicación del derecho a la tierra en términos incompatibles con el poder de la aristocracia terrateniente. En el Perú, menos todavía que en otros países de América, la revolución de la independencia no respondía a estas premisas. La revolución había triunfado por la obligada solidaridad continental de los pueblos que se rebelaban contra el dominio de España y porque las circunstancias políticas y económicas del mundo trabajaban a su favor. El nacionalismo continental de los revolucionarios hispano-americanos se juntaba a esa mancomunidad forzosa de sus destinos, para nivelar a los pueblos más avanzados en su marcha al capitalismo con los más retrasados en la misma vía.

Estudiando la revolución argentina y por ende, la americana, Echevarría clasifica las clases en la siguiente forma: "La sociedad americana, dice, estaba dividida en tres clases opuestas en intereses, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política. Componían la primera los togados, el clero y los mandones; la segunda los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna; la tercera los villanos, llamados "gauchos" y "compadritos" en el Río de la Plata, "cholos" en el Perú, "rotos", en Chile, "leperos" en México. Las castas indígenas y africanas eran esclavas y tenían una existencia extrasocial. La primera gozaba sin producir y tenía el poder y fuero del hidalgo; era la aristocracia compuesta en su mayor parte de españoles y de muy pocos americanos. La segunda gozaba, ejerciendo tranquilamente su industria y comercio, era la clase media que se sentaba en los cabildos; la tercera, única productora por el trabajo manual, componíase de artesanos y proletarios

de todo género. Los descendientes americanos de las dos primeras clases que recibían alguna educación en América o en la Península, fueron los que levantaron el estandarte de la revolución." (10)

La revolución americana, en vez del conflicto entre la nobleza terrateniente y la burguesía comerciante, produjo en muchos casos su colaboración, ya por la impregnación de ideas liberales que acusaba la aristocracia, ya porque ésta en muchos casos no veía en esa revolución sino un movimiento de emancipación de la corona de España. La población campesina, que en el Perú era indígena, no tenía en la revolución una presencia directa, activa. El programa revolucionario no representaba sus reivindicaciones.

Mas este programa se inspiraba en el ideario liberal. La revolución no podía prescindir de principios que consideraban existentes reivindicaciones agrarias, fundadas en la necesidad práctica y en la justicia teórica de liberar el dominio de la tierra de las trabas feudales. La República insertó en su estatuto estos principios. El Perú no tenía una clase burguesa que los aplicase en armonía con sus intereses económicos y su doctrina política y jurídica. Pero la República—porque este era el curso y el mandato de la historia—debía constituirse sobre principios liberales y burgueses. Solo que las consecuencias prácticas de la revolución en lo que se relacionaba con la propiedad agraria, no podía dejar de detenerse en el límite que les fijaban los intereses de los grandes propietarios.

Por esto, la política de desvinculación de la propiedad agraria, impuesta por los fundamentos políticos de la República, no atacó al latifundio. Y—aunque en compensación las nuevas leyes ordenaban el reparto de tierras a los indígenas—atacó, en cambio, en el nombre de los postulados liberales, a la "comunidad".

Se inauguró así un régimen que, cualesquiera que fuesen sus principios, empeoraba en cierto grado la condición de los indígenas en vez de mejorarla. Y esto no era culpa del ideario que inspiraba la nueva política y que, rectamente aplicado, debía haber dado fin al dominio feudal de la tierra convirtiendo a los indígenas en pequeños propietarios.

La nueva política abolía formalmente las "mitas", encomiendas, etc. Comprendía un conjunto de medidas que significaban la emancipación del indígena como siervo. Pero como, de otro lado, dejaba intactos el poder y la fuerza de la propiedad feudal, invalidaba sus propias medidas de protección de la pequeña propiedad y del trabajador de la tierra.

La aristocracia terrateniente, si nó sus privilegios de principio, conservaba sus posiciones de hecho. Seguía siendo en el Perú la clase dominante. La revolución no había realmente elevado al poder a una nueva clase. La burguesía profesional y comerciante era muy débil para gobernar. La abolición de la servidumbre, no pasaba, por esto, de ser una declaración teórica. Porque la revolución no había tocado el latifundio. Y la servidumbre no es sino una de las caras de la feudalidad, pero nó la feudalidad misma.

VII

POLITICA AGRARIA DE LA REPUBLICA

Durante el período de caudillaje militar que siguió a la revolución de la independencia, no pudo lógicamente desarrollarse, ni esbozarse siquiera, una política liberal sobre la propiedad agraria. El caudillaje militar era el producto natural de un período revolucionario que no había podido crear una nueva clase dirigente. El poder, dentro de esta situación, tenía que ser ejercido por los militares de la revolución que, de un lado gozaban del prestigio marcial de sus laureles de guerra y, de otro lado, estaban en grado de mantenerse en el gobierno por la fuerza de las armas. Por supuesto, el caudillo no po-

día sustraerse al influjo de los intereses de clase o en las fuerzas históricas en contraste. Se apoyaba en el liberalismo inconsistente y retórico del "demos" urbano o el conservantismo colonialista de la casta terrateniente. Se inspiraba en la clientela de tribunos y abogados de la democracia ciudadana o de literatos y retores de la aristocracia latifundista. Porque, en el conflicto de intereses entre liberales y conservadores, faltaba una directa y activa reivindicación campesina que obligase a los primeros a incluir en su programa la redistribución de la propiedad agraria.

Este problema básico habría sido advertido y apreciado de todos modos por un estadista superior. Pero ninguno de nuestros caciques militares de este período lo era.

El caudillaje militar, por otra parte, parece orgánicamente incapaz de una reforma de esta envergadura que requiere ante todo un avisado criterio jurídico y económico. Sus violencias producen una atmósfera adversa a la experimentación de los principios de un derecho y de una economía nuevas. Vasconcelos observa a este respecto lo siguiente: "En el orden económico es constantemente el caudillo el principal sostén del latifundio. Aunque a veces se proclamen enemigos de la propiedad, casi no hay caudillo que no remate en hacendado. Lo cierto es que el poder militar trae fatalmente consigo el delito de apropiación exclusiva de la tierra; llámese el soldado, caudillo, Rey o Emperador: despotismo y latifundio son términos correlativos. Y es natural, los derechos económicos, lo mismo que los políticos, solo se pueden conservar y defender dentro de un régimen de libertad. El absolutismo conduce fatalmente a la miseria de los muchos y al boato y al abuso de los pocos. Solo la democracia a pesar de todos sus defectos ha podido acercarnos a las mejores realizaciones de la justicia social, por lo menos la democracia antes de que degenerare en los imperialismos de las repúblicas demasiado prósperas que se ven rodeadas de pueblos en decadencia. De todas maneras, entre nosotros el caudillo y el gobierno de los militares han cooperado al desarrollo del latifundio. Un examen siquiera superficial de los títulos de propiedad de nuestros grandes terratenientes, bastaría para demostrar que casi todos deben su haber, en un principio a la merced de la Corona española, después a concesiones y favores ilegítimos acordados a los generales influyentes de nuestras falsas repúblicas. Las mercedes y las concesiones se han acordado, a cada paso, sin tener en cuenta los derechos de poblaciones enteras de indígenas o de mestizos que carecieron de fuerza para hacer valer su dominio." (11)

Un nuevo orden jurídico y económico no puede ser, en todo caso, la obra de un caudillo sino de una clase. Cuando la clase existe, el caudillo funciona como su intérprete y su fiduciario. No es ya su arbitrio personal, sino un conjunto de intereses y necesidades colectivas lo que decide su política. El Perú carecía de una clase burguesa capaz de organizar un Estado fuerte y apto. El militarismo representaba un orden elemental y provisorio, q' apenas dejase de ser indispensable, tenía q' ser sustituido por un orden mas avanzado y orgánico. No era posible que comprendiese ni considerase siquiera el problema agrario. Problemas rudimentarios y momentáneos acaparaban su limitada acción. Con Castilla rindió su máximo fruto el caudillaje militar. Su oportunismo sagáz, su malicia aguda, su espíritu mal cultivado, su empirismo absoluto, no le consintieron practicar hasta el fin una política liberal. Castilla se dió cuenta de que los liberales de su tiempo constituían un cenáculo, una agrupación, mas no una clase. Esto le indujo a evitar con cautela todo acto seriamente opuesto a los intereses y principios de la clase conservadora. Pero los méritos de su política residen en lo que tuvo de reformadora y progresista. Sus actos de mayor significación histórica, la abolición de la esclavitud de los negros y de la contribución de indígenas, representaban su actitud liberal.

Desde la promulgación del Código Civil se entró en el Perú en un periodo de organización gradual. Casi no hace falta remarcar que esto acusaba entre otras cosas la decadencia del militarismo. El Código inspirado en los mismos principios que los primeros decretos de la República sobre la tierra, reforzaba y continuaba la política de desvinculación y movilización de la propiedad agraria. Ugarte, registrando las consecuencias de este progreso de la legislación nacional en lo que concierne a la tierra anota que el Código, "confirmó la abolición legal de las comunidades indígenas y de las vinculaciones de dominio; innovando la legislación precedente, estableció la ocupación como uno de los modos de adquirir los inmuebles sin dueño; en las reglas sobre sucesiones, trató de favorecer la pequeña propiedad." (12)

Francisco García Calderón atribuye al Código Civil efectos que en verdad no tuvo o que, por lo menos, no revistieron el alcance radical y absoluto que su optimismo les asigna. "La constitución—escribe—había destruido los privilegios y la ley civil dividía las propiedades y arruinaba la igualdad de derecho en las familias. Las consecuencias de esta disposición eran, en el orden político, la condenación de toda oligarquía, de toda aristocracia de los latifundios; en el orden social, la ascensión de la burguesía y del mestizaje." "Bajo el aspecto económico, la partición igualitaria de las sucesiones favoreció la formación de la pequeña propiedad antes entrabada por los grandes dominios señoriales." (13)

Esto estaba sin duda en la intención de los codificadores del derecho en el Perú. Pero el Código Civil no es sino uno de los instrumentos de la política liberal y de la práctica capitalista. Como lo reconoce Ugarte, en la legislación peruana se vé el propósito de favorecer la democratización de la propiedad rural, *pero por medios puramente negativos* aboliendo las trabas mas bien que prestando a los agricultores una protección positiva." (14) En ninguna parte la división de la propiedad agraria, o mejor, su redistribución, ha sido posible sin leyes especiales de expropiación que han transferido el dominio del suelo a la clase que lo trabaja.

No obstante el Código, la pequeña propiedad no ha prosperado en el Perú. Por el contrario el latifundio se ha consolidado y extendido. Y la propiedad de la comunidad indígena ha sido la única que ha sufrido las consecuencias de este liberalismo deformado.

VIII

Los dos factores que se opusieron a que la revolución de la independencia planteara y abordara en el Perú el problema agrario—extrema incipiencia de la burguesía urbana y situación extra-social, como la define Echevarría, de los indígenas,—impidieron más tarde que los gobiernos de la República desarrollasen una política dirigida en alguna forma a una distribución menos desigual e injusta de la tierra.

Durante el periodo del caudillaje militar, en vez de fortalecerse el **demos** urbano, se robusteció la aristocracia latifundista. En poder de extranjeros el comercio y la finanza, no era posible económicamente el surgimiento de una vigorosa burguesía urbana. La educación española, extraña radicalmente a los fines y necesidades del industrialismo y del capitalismo, no preparaba comerciantes ni técnicos sino abogados, literatos, teólogos, etc. Estos, a menos de sentir una especial vocación por el jacobinismo o la demagogía, tenían que constituir la clientela de la casta propietaria. El capital comercial, casi exclusivamente extranjero, no podía a su vez hacer otra cosa que entenderse y asociarse con esta aristocracia, que, por otra parte, tácita o explícitamente, conservaba su predominio político. Fué así como la aristocracia terrateniente y sus "rallies" resultaron usufructuarios de la política fiscal y de la explotación del guano y del salitre. Fué así también como esta casta, forzada por su rol económico, asumió en el Perú la función de clase burguesa, aunque sin perder

sus resabios y prejuicios coloniales y aristocráticos. Fue así, en fin, como las categorías burguesas urbanas—profesionales, comerciantes—concluyeron por ser absorbidas por el civilismo.

El poder de esta clase—civilistas o “neogodos”—procedía en buena cuenta de la propiedad de la tierra. En los primeros años de la Independencia no era precisamente una clase de capitalistas sino una clase de propietarios. Su condición de clase propietaria—y no de clase ilustrada—le había consentido solidarizar sus intereses con los de los comerciantes y prestamistas extranjeros y traficar a este título con el Estado y la riqueza pública. La propiedad de la tierra, debida al Virreinato, le había dado bajo la República la posesión del capital comercial. Los privilegios de la colonia habían engendrado los privilegios de la República.

Era, por consiguiente, natural e instintivo en esta clase el criterio más conservador respecto al dominio de la tierra. La subsistencia de la condición extra-social de los indígenas, de otro lado, no oponía a los intereses feudales del latifundismo las reivindicaciones de masas campesinas conscientes.

Estos han sido los factores principales del mantenimiento y desarrollo de la gran propiedad. El liberalismo de la legislación republicana, inerte ante la propiedad feudal, se sentía activo sólo ante la propiedad comunitaria. Si no podía nada contra el latifundio, podía mucho contra la “comunidad”. En un pueblo de tradición comunista, disolver la “comunidad” no servía a crear la pequeña propiedad. No se transforma artificialmente a una sociedad. Menos aún a una sociedad campesina, profundamente adherida a su tradición y a sus instituciones jurídicas. El individualismo no ha tenido su origen en ningún país ni en la Constitución del Estado ni en el Código Civil. Su formación ha tenido siempre un proceso a la vez más complicado y más espontáneo. Destruir las comunidades no significaba convertir a los indígenas en pequeños propietarios y ni siquiera en asalariados libres, sino entregar sus tierras a los gamonales y a su clientela. El latifundista encontraba así más fácilmente, el modo de vincular al indígena al latifundio.

Se pretende que el resorte de la concentración de la propiedad agraria en la costa ha sido la necesidad de los propietarios de disponer pacíficamente de suficiente cantidad de agua. La agricultura de sécano, en valles regados por ríos de escaso caudal, ha determinado, según esta tesis, el florecimiento de la gran propiedad y el sofocamiento de la media y la pequeña. Pero ésta es una tesis especiosa y sólo en mínima parte exacta. Porque la razón técnica o material que superestima, únicamente influye en la concentración de la propiedad desde que se han establecido y desarrollado en la costa, vastos cultivos industriales. Antes de que estos prosperaran, antes de que la agricultura de la costa adquiriera una organización capitalista, el móvil de los riegos era demasiado débil para decidir la concentración de la propiedad. Es cierto que la escasez de las aguas de regadío, por las dificultades de su distribución entre múltiples regantes, favorece a la gran propiedad. Más no es cierto que esta sea el origen de que la propiedad no se haya subdividido. Los orígenes del latifundio costero se remontan al régimen colonial. La despoblación de la costa, a consecuencia de la práctica colonial, he ahí, a la vez que una de las consecuencias, una de las razones del régimen de gran propiedad. El problema de los brazos, el único que ha sentido el terrateniente costero, tiene todas sus raíces en el latifundio. Los terratenientes quisieron resolverlo con el esclavo negro en los tiempos de la colonia, con el coolí chino en los de la república. Vano empeño. No se puebla ya la tierra con esclavos. Y sobre todo no se la fecunda. Debido a su política, los grandes propietarios tienen en la costa toda la tierra que se puede poseer; pero en cambio no tienen hombres bastantes para vivificarla y explotarla. Esta es la defensa de la gran propiedad. Más es también su miseria y su tara.

La situación agraria de la sierra, demuestra por otra parte lo artificioso de la tesis antecitada. En la sierra no existe el problema del agua. Las lluvias abundantes permiten, al latifundista como al comunero, los mismos cultivos. Sin embargo, también en la sierra se constata el fenómeno de concentración de la propiedad agraria. Este hecho prueba el carácter esencialmente político-social de la cuestión.

El desarrollo de cultivos industriales, de una agricultura de exportación, en las haciendas de la costa, aparece íntegramente subordinada a la colonización económica de los países de América latina por el capitalismo occidental. Los comerciantes y prestamistas británicos se interesaron por la explotación de estas tierras cuando comprobaron la posibilidad de dedicarlas con ventaja a la producción de azúcar primero y de algodón después. Las hipotecas de la propiedad agraria las colocaban, en buena parte, desde época muy lejana, bajo el control de las firmas extranjeras. Los hacendados, deudores a los comerciantes, prestamistas extranjeros, servían de intermediarios, casi de **yanacones**, al capitalismo anglo-sajón para asegurarle la explotación de campos cultivados a un costo mínimo por braceros esclavizados y miserables, curvados sobre la tierra bajo el látigo de los “negreros” coloniales.

Pero en la costa el latifundio ha alcanzado un grado más o menos avanzado de técnica capitalista, aunque su explotación repose aún sobre prácticas y principios feudales. Los coeficientes de producción de algodón y caña corresponden al sistema capitalista. Las empresas cuentan con capitales poderosos y las tierras son trabajadas con máquinas y procedimientos modernos. Para el beneficio de los productos funcionan poderosas plantas industriales. Mientras tanto, en la sierra las cifras de producción de las tierras de latifundio no son generalmente mayores a las de tierras de la comunidad. Y, si la justificación de un sistema de producción está en sus resultados, como lo quiere un criterio económico objetivo, este solo dato condena en la Sierra de manera irremediable el régimen de propiedad agraria.

- (1) Luis E. Valcarcel, *Del Ayllu al Imperio*, p. 166.
- (2) César Antonio Ugarte, *Bosquejo de la Historia Económica del Perú*, p. 9.
- (3) Javier Prado, *Estado Social del Perú durante la dominación española*, en “*Anales Universitarios del Perú*”, tomo XXII, p. 125 y 126.
- (4) Ugarte, ob. citada p. 64.
- (5) José Vasconcelos, *Indología*, p.
- (6) Javier Prado, ob. citada, p. 37.
- (7) Georges Sorel, *Introduction a l'economie moderne*, p. 120 y 130.
- (8) Ugarte, ob. citada p. 24.
- (9) Eugene Scaff, *La Question Agraire en Russie*, p. 118.
- (10) Esteban Echeverría, *Antecedentes y primeros pasos de la revolución de mayo*.
- (11) Vasconcelos, conferencia sobre “*El Nacionalismo en la América Latina*”, en “*Amauta*” No. 4, p. 15.
- 12 Ugarte, ob. citada, p. 57.
- 13 *Le Pérou Contemporain* p. 98 y 99.
- 14 Ugarte, ob. citada, p. 58.



LA CASA DE CARTON

POR MARTIN ADAN (1)

1

¿Cuáles eran nuestras ideas? La verdad, no las teníamos. Creíamos vagamente en vaguedades vaguísimas. Ramón lo dudaba todo. Yo soñaba a gritos con la monarquía. Un rey loco y santo, un Felipe Segundo que me hiciera su primer ministro....Enviaría yo a Ramón de embajador extraordinario a Pequín, y edificaría un castillo de azulejos en la cima del San Cristóbal..... Daría yo de comer a todos, y al que se quejara lo haría mi privado..... Ramón creía que alimentar imbéciles era una imbecilidad, pero esto lo creía de mala gana. Lucho Mos era terriblemente socialista; llevaba una caricatura verduzca de Marx y una lista de ajusticiables en la cartera; no oía misa los domingos y fiestas de guardar, aunque comulgaba en la cuaresma. Manuel era el absurdo mentor de estos muchachos absurdos: a cita insigne de uno de nosotros, repetía puntualmente la réplica famosa de Fulano en tal capítulo de tal libro, en letra cursiva. Manuel creía todo lo que decía en el momento mismo de decirlo, y era, por lo tanto, el más seguro en sus palabras, ajenas pero magníficas.

2

La tía de Ramón se bañaba largo. Con una mano gruesa mojaba el gorro de trapo, y con la otra domaba las olas. A veces una zapatilla asomaba a trecho corto de su busto insumergible: era su pie mataperro. Era una vieja que temía las piedras, gorda, humedona, buena veraneante; venía con el primer calor y se iba con el último. Alquilaba un ranchito temblón, con una ventana grande y un transparente inmenso. Un gato que parecía una negrita, y una negrita que parecía un juguete; la Parroquia detrás, y un fonógrafo de lata y palo. El patiecito era un cesto de papeles amarillos: la tía de Ramón no leía nunca los diarios. Ella escuchaba la retreta desde su comedor en una bata de motas. Una buena vieja. Gorda. Volverá en diciembre. Ramón, en cambio, no volverán nunca.

3

Nosotros leíamos a los españoles, a nadie más que a los españoles. Sólo Raúl hojeaba libros franceses, ingleses, italianos, en traducciones de un tal Sánchez o de un tal Gonzáles de Mesa, o de un tal Zapata y Zapater. Así,

(1) Estas páginas pertenecen a un libro de Martín Adán,—prosa y poeta peruano—, que se titula también "La Casa de Cartón". Martín Adán es un debutante que desde su ingreso en nuestra asamblea literaria se sienta con desenfado entre los primeros. No tenemos ningún empeño en revelarlo, porque es de los que se revelan solos. Su presentación no necesita padrinos. Aunque acaba de llegar, Martín Adán tiene ya el aire desenvuelto de un antiguo camarada. No diremos siquiera a qué generación pertenece, para que nadie afirme que le abrimos un crédito excesivo e imprudente a la "nueva generación". Su ficha bio-bibliográfica está todavía en blanco. Pero "La Casa de Cartón" es un documento autobiográfico: memorias novelescas de la adolescencia estudiosa y aplicada, aunque un poco impertinente, de un colegial que, a pesar suyo, ganó siempre en sus exámenes las más altas notas. Si todo debut es un examen, Martín Adán tiene asegurado otro 20. Su nombre, según él, reconcilia el Génesis con la teoría darwiniana. Le hemos objetado, privadamente, que Martín se llaman los monos solo en Lima y el Barranco y que Adán es un patronímico inverosímil. Mas si Martín Adán se llama así realmente, no cabe duda que se trata de un humorista y hereje de nacimiento. Lo sacamos al público en flagrante heregía. La primera consecuencia de este debut será, acaso, una expulsión de la A. S. J. Lo deploraríamos mucho, porque Martín Adán, además de ser una persona muy bien educada, como los demócratas equívocos de Don Nicolás de Piérola, cuando "no se sienten tales, se marchan solos".

nosotros teníamos, apesar de Belda y Azorín, una imagen pintoresca de la literatura universal. Así, nosotros supimos la vida, eterna como la de Dios Padre, de ese pobre Stephen Dédalus, "un cuatro-ojos muy interesante, nacido en Dublin y que mojaba la cama". Así supimos la trastada que seis personajes jugaron a un buen director de teatro, de cómo le tentaron de escribir y de cómo acabaron no existiendo. Así supimos de un mozo que pretendía ser discípulo del Diablo, como si éste quisiera desprestigiarse en la enseñanza. Y nombres raros que eran hombres—Shaw, Pirandello, Joyce—le bailaban a Raúl en la lengua como títeres embrujados por una bruja analfabeta. Conocernos a nosotros.....Stephen Dédalus no era el de Joyce: era sin duda un muchacho ambicioso que soñaba con desposar una yanqui rica; un muchacho muy inteligente y muy seguro de su conducta, tanto, que engañó a un convento de jesuitas. En cuanto al Hijo de Pirandello, opinó Mera que era inmoral por parte del padre—un cornudo cínico—imponer a un hijo de quien nada malo se decía, una madre putativa. Ramón se mordía el labio. El Discípulo del Diablo era un mozo vicioso y testarudo, seguramente lampiño. Teníamos un concepto behaviorista de la humanidad. ¿Joyce?... Un idiota. ¿Pirandello?... Otro idiota. ¿Shaw?... Un tercer idiota, más idiota que los dos anteriores, con su conceto histórico de la literatura, sus chistes fallidos y su manía de llevar la contraria; y sobre todo esto, casto, viejo y vegetariano; y sobre todo, irlandés, es decir, inglés, apesar del Papa y del "home rule".

Nosotros, excepto Raúl, nos ateníamos a la olla podrida literaria española y americana. Hay en ella como en ninguna otra cosas de gusto y provecho. Por esto es manjar, como en la insula Barataria, de canónigos y richachones. Allá Wilde para los curiosos que pecan por aburrimiento. Vengan los confidentes asexuales de Don Jacinto Benavente, con barba en punta, vientres parabólicos y pantalones de fantasía; sus hadas, que saben las costumbres de la buena sociedad; sus adúlteras, por mandato del confesor; sus vidas perfectamente humanas e inútiles; sus morales centrípetas; sus conversaciones cursis, todo lo de Benavente. Y venga también la literatura de Fernán Caballero, literatura credulona y bienaventurada, con licencia eclesiástica. Y la de la Pardo Bazán, que huele a ropero de vieja, con vagos efluvios de tomillo, llena de pecados que no llegan a cometerse—piadosa intención la de la escritora!—Y la acatarrada y bravía de Pereda, con sus muchachas severas, ceñudas, sombrías, que se dan al prójimo por amor de Dios. Y la de Pérez Galdós, práctica y peligrosa, con tísicos y locos y criminales y apestados, pero que el lector ve de lejos, sin peligro. Y la de Maetzu, tabla de logaritmos que huele a agua de Colonia y en la que cabe todo, como en un saco de mano de Manchester, todo condensado por supuesto, llena de guarismos, digna como una soltera inglesa. Y la de Camba, diálogo de ferrocarril con un joven sin familia, sin empleo y sin filosofías, literatura calaverona, ingeniosa que tira a charla de fraile y se queda en falsa confidencia de periodista. Y la del Padre Coloma, llena de ángeles prudentes y escamados que no abandonan un momento la citara, y de cortesanas de buena índole, y de consejos a los aristócratas católicos. Y las digestiones de Baroja, y los maitines de Azorín, y las vísperas de Valle Inclán, y las noches de Zamacois. Todo, todo, así, como venga, como caiga, pero sin inhumanidades; leernos a nosotros mismos, imaginarnos a nosotros mismos, enfurecernos contra nosotros mismos, despreciarnos a nosotros mismos, admirarnos a nosotros mismos.....

ARTE PERUANO



VIEJAS CUZQUEÑAS, madera

J O S E S A B O G A L



"EL INDIO SULLCA", mader.



"TINTORERO DE PUNO", *madera*



"INDIOS DE PUCARA", madera.

4

Lulú vestía una batita fresca y dura como una hoja de col. Su rostro, de muñeca de solterona, tenía los colores demasiado vivos. Había, sin duda que dejarla envejecer, descolorarse.... Daba ganas de colgarla, al sol, de la trenza. Era el terror de las beatas parroquiales: regaba tachuelas en las bancas del templo, llovía el agua bendita sobre las fieles, enamoraba al sacristán, desconcertaba al coro, pisaba todos los callos, apagaba todas las velas..... Y era buena. Una almita pura que sólo quería alegrar a Dios con sus travesuras. Era una santa a su manera. Y en medio de aquel rebaño apretado y terco de santas a la manera eclesiástica, la santidad salvaje y humana de Lulú descollaba como una zarza sobre un sembrío de coliflores.

5

Un alemán zapatonudo que olía a cuero y a jabón sanitario alquiló un cuarto lleno de telarañas en casa de Ramón. Había otro, recién empapelado y también en alquiler, pero el telarañoso tenía una ventanaza que daba a un jardín ageno lleno de saúcos, con un Eros de yeso y una lora terrible sobre la cabeza de éste. Una golondrina que cazaba pulgas en el suelo cuando Herr Oswald Teller examinaba la habitación atentísimamente con la lupa redonda de su frente, le decidió a alquilarla sin demo-ras, temeroso de que un tal Herr Zemmer o un tal Herr Dabermann llegara a saber que se alquilaba un cuarto con golondrinas y jardín, con Amor y con aires del mar. A la mañana que siguió á esa tarde, los ojos desengañados y legañosos de Ramón vieron bajar de una carreta el retrato de Bismarck, el violín, las polainas, el Rucksack, los siete idiomas, el microscopio, el crucifijo y el jarro cervicero de Herr Oswald Teller, quien se mudaba "mit Kind und Kegel", con todo lo suyo.

Al fin descendió de la carreta Herr Oswald Teller, con la almohada bajo el brazo, gordo y mojado como la mañana; venía él al lado del carretero, y las piernas diminutas se le enredaban en las cerdas de la cola de la mula que halaba la torpe carreta de plancha. La Martinita, mula inmensa, vieja y mañosa como una tía política... Y Herr Oswald Teller hablaba al carretero de las mañanas de Hannover, de la luna llena, de la industrialización de América, de la batalla de Marne; y las erres le salían del estómago; y las miradas le fluían del cerebro; y los recuerdos le patinaban en la nieve azulina de las pupilas; y Herr Oswald Teller paró en seco su charla cuando la Martinita paró en seco su halar. El negro Joaquín mascaba su jeta negra e imaginaba el mar, remoto y perpendicular, en el mar de la niebla, por entre las orejas de su mula, con un hermetismo y una hosquedad de ídolo javanés.

La niebla de la mañana olía a marisco, y el mar estaba suspenso en la niebla. Se desató sobre la vereda una lluvia oscura, densa, parva, breve, de periódicos ilustrados alemanes "Fliegende Blätter", "Garten und Laube", revistas de carátulas en que había desnudos horribles, bravos júbilos de una pintura arquitectural, wagnerizante. Después, todo estuvo en el cuarto de Herr Oswald Teller. Herr Oswald Teller lo acomodaba todo. El pregón de una lechera cayó inesperado en medio del cuarto y, al cabo de un minuto, las seis campanadas de las seis de la mañana. Las seis campanadas de las seis de la mañana se las metió Herr Oswald Teller en un bolsillo de la cazadora, y el pregón de la lechera lo prendió en el peine con que se peinaba la calva. (—Un día Herr Oswald Teller confesó a Ramón que, al peinarse él se sentía feliz, olía establos, se creía en Hannover; y el pregón de la lechera todavía era en el peine un reflejo de luz campesina, celesta y quieta.—)

En las tardes, en las largas prenoches del invierno de Lima, Herr Oswald Teller, desde su cuarto mohoso, anegaba la casa de música y recuerdo y genialidad. Mozart,

liquidado, descendía las escaleras y se empózaba en las oquedades como una lluviaza que hubiera traspasado los techos. Ramón rabiaba. Retreta clásica.... Brrrr... Música vieja, intransigente, que se impone a la admiración de los veinte años á fuerza de advertencias, de horribles advertencias de abuela, llenas de sensatez.... Y Ramón se alagaba en su butaquita, y se endurecía, y escuchaba, y acababa mareándose, con una flauta mágica en los tímpanos.

6

Sol amplio, duro, firme, del acabar de febrero. No hay sombra posible en este mediodía, artificial, exacto, inalterable. La noche no llegará nunca. Son las dos de la tarde, y el sol aún está cenital, a la mitad del cielo en una atracción terca y boba de la tierra. Resplandece el yeso de las calles—el blanco, el amarillo, el verde claro, el azul celeste, el gris perlino—, los colores perfectos y prudentes de las casas de Barranco. No huele a nada sino a calor, solamente a calor — un sólido olor de aire máximamente dilatado —. Suenan metales y lozas en las ventanas. Astas sin banderas con una cuerda lasa que se hace un lazo en cima de las cornisas. La campanada de la una del día deshace en el aire fofo su borra de sonido, y cae sobre Barranco un vuelo de parvas, leves blancu-ras, plumón de hora que voló al mar.

Fin de almuerzo, que es soledad de calles; y argentino, cálido silencio; y rebrillar de calzadas, de redondas piedras auríferas, de piedras de lecho de río, sedientas y acezantes. Una carreta se lleva, en su chirriar y en su golpear, toda la fiebre de un jirón de calles que ha recorrido—pesadillas, sedes, palatales amarguras, sístoles y diástoles sordos.... Y el jirón, tras la carreta, queda convalesciente y pálido, sin dolencia y sin salud. Y la carreta se va a los extramuros a quemar el mal de las calles en la fogata del ocaso remoto. Platanares en la memoria. El aire se endurece. Cada ruido choca con el aire duro, y es un golpe. Las tres de la tarde. Y un tran-via canta con todo el alma, con la guitarra del camino de Miraflores, guitarra parda, jaranera, tristonra, con dos cuerdas de acero, y en el cuello de ella, la cinta verde de una alameda que bate el aire del mar. Tranvia, zambo tenorio....

7

Malecón, el último de Barranco yendo a Chorrillos, zigzagueante, marina en relieve tallada á cuchillo, juguete de marinero, tan diferente del malecón de Chorrillos, demasiada luz, horizonte excesivo, cielo obeso en cura de mar. Malecón de Chorrillos, superpanorama con una cuarta dimensión de soledad.... Y todo el mar varía con los malecones: en éste, viaje trasatlántico; en ese, ruta de Asia; en aquél, la primera enamorada. Y el mar es un río de Salgari o una orilla de Loti o un barco fantástico de Verne, y nunca es el mar glauco, de zonas lívidas, incoloras, con hilos de patillos, pleno de costas mínimas y lejanías blancas. El mar es un alma que tuvimos, que no sabemos dónde está, que apenas recordamos nuestra; un alma nueva que es dos ojos llenos de amplitudes y memorias y límites; un alma que siempre es otra en cada uno de los malecones. Y el mar nunca es el mar frío y nervudo que nos apretaba, en sus lujurias estivales, la niñez y las vacaciones. Malecón lleno de perros lobos y niñeras inglesas, mar doméstico, historia de familia, el bisabuelo capitán de fragata o filibustero del mar de las Antillas, millonario y barbudo. Malecón con jardines antiguos, de rosales débiles y palmeras enanas y sucias; un fox-terrier ladra al sol; la soledad de los ranchos se asoma a las ventanas a contemplar el mediodía; un obrero sin trabajo; y luz, la luz del mar, luz húmeda y cálida. Malecón con cuadros de césped seco; la inquietud de la primera cita con la muchacha que no amábamos del todo; sobre este malecón hay un cielo que detona junto al cielo del mar; malecón con sólo una hora de quietud: la de las seis de la tarde.

Sergio..... El tenía un nombre que no le convenía, un nombre sereno y casto con algo de estepa, fatalidad y popería. El era un muchacho de ojos porcinos que, a veces, en las malicias, tenían miradas de simio, pequeñas, agudas y negras. Todo él estaba en su piel, de una frialdad y un matiz y una tersura y una luz de ámbar. El también estaba en su cabeza, que era una moña brillante de crespos y duros cabellos castaños en la frente calva. Yo no puedo recordarle sino como un hombre que pasa rapidísimamente por una calle populosa, gacho, alambrado, que oculta la cara en la prisa. El también era en el sonido de sus tacos al caminar, sonar incoloro, seco, de madera golpeada. Sergio estaba en toda su figura. Era imposible saber más de él: Sergio mentía como nadie, con el alma toda, más allá de la verdad y la verosimilitud, más allá..... Y así, siempre. Un día, Sergio se metió a fraile. Y nada más se ha sabido de él. Eugenio d' Ors, distinguido filósofo dominico, puede escribir su vida—la de Sergio—con santa esperanza de averiguar con verdad por qué se metió a fraile un muchacho que tenía los ojos de puerco y que mentía como nadie. Y hasta podría D' Ors relatarnos su muerte bajo un crucifijo grande e impiadoso como la muerte, cogido de una palabra postrera tan simple de soledad y con toda la mañana en el judas de la celda. Y podría añadir gordas sutilezas a la sencillez de la muerte de un fraile de barbas viejas que alguna vez fué joven y sexual. ¡Oh, que libro maravilloso podría hacer Eugenio d' Ors con la vida y la muerte de Sergio! ¡Cómo conviene a una vida inmotivada e insensata, la filosofía bienplantada, buenamozza, rica de ovarios, tan sabidora de hombres, salerosa, ingenuaza, del Glosador! Me parece estarlo leyendo..... y así..... Pero examinemos, Glosador, y que el amor no nos arrastre: medir, comparar..... "Pero, no sé por qué, yo creo de vez en cuando que Sergio no morirá nunca; que, a la hora de morir, hará el muerto; que se dejará enterrar, y que, a los dos días, se desenterrará el mismo y volverá a Lima a mentir del convento y a principiar vida nueva. Ojalá sea así..... Pero el libro de Eugenio de Ors quedaría sin ser escrito, y yo, sin saber cómo era Sergio. Pero ello no ha de suceder. La muerte no es una verosimilitud: es una verdadera verdad.

Ella me gritó que me quería, con toda su cara, fresca y cubierta más que nunca de pelusas de toalla; desnuda, fría y jugosa en el mameluco amarillo, como las naranjas por dentro; casi me cayó en los brazos: lo impidió un aire contrario, súbito; le dije que estaba aterradora e inofensiva como un lobo de mar; no me creyó; le temblaron las pantorrillas, glúteas, lívidas; yo la reproché su impertinencia, su impudicia, su mala fé, sus diecisiete años, sus pies descalzos que podían herirse; ella advirtió que mordía como los tramboyos en tierra y me enseñó su dentadura piscina; también sabía arañar, como las nutrias perseguidas, y desenvainó lentamente sus uñas—nada córneas: calinas, opacas—; dejó que yo me asustara; bajamos al playón, creo que por una sogá, como los gatos de los vapores caleteros; retornamos a la gloria en el agua; me midió la locura en los ojos con los suyos; se afirmó con un esguince los tirantes de su desnudez en los hombros, pálidos; quiso decirme, como a los niños caprichosos: ¡seriecito, o no hay merienda....., pero temió hacerme llorar; mi tórax de muchacho estudioso la disuadió de mis palabras; me perdonó; se puso natural; el frío le radiografió los muslos y le anudó los brazos; miró a lo lejos del muelle redondo; de pronto, en una parábola estupenda, incomprensible, se arrojó en el seminar de los bañistas, de cabeza, detrás de su peluca invertida, que pendía como los tentáculos de un pulpo de un garfio en el mercado; hubo que esperarla en la playa, en la penumbra de caverna marina, entre comerciantes mayoristas cetáceos friolentos y peludos y ver-

*Para que te olvidara
el mar me abrió su brazos de horizonte.*

*En los claustros lejanos de la noche
se hunden la luz y las gaviotas*

*y vuelven a volar ante mis ojos
desde las manos blancas
de la aurora.*

*Por el mismo camino de este barco
tus huellas florecen en la
e s p u m a*

*Viene a cantar nostalgias
tu ausencia hecha sirenas
Viene a cantar nostalgias
entre los heliotropos
del poniente.*

*Y el mar me abrió sus brazos
para que te olvidara.*

ARMANDO BAZAN.

ticales y hedores de marisco humos verdes; ella salió de su remojón vestida de agua, y ya no me quería; los dos bajo la plataforma; pensé en una aguamala, cáustica y linda, pero no, no..... la cogí de una mano, que se escurría como un pez; y la arrastré en una dolorosa carrera sobre guijarrones esféricos hasta la luz y lo desierto; se me insensibilizaron los talones; tropezamos las manos enlazadas con un riel erecto, inútil, que equilibraba una piedra tonta en la punta y nos desunimos; ella quiso ser un riel que no se pudiera arrastrar por la playa así nomás; una lagartija de azogue se llevó una triste mirada suya; quiso perdonarme con toda su alma, y yo no lo permití; se cayó el vestido de humedad de ella; golpeó la playa con las rodillas, y dijo que no.

Al acabar la calle urbanísima, principia bruscamente el campo. De los ranchos, con sus patiecitos y sus palmeras y sus matas de campanillas, se cae en las matas de retamas, en los montículos de tierra fofa, en las tapias de adobe, en los parvos sembríos de legumbres, en los azules monótonos del cielo.... Piaras de asnos, en una parda nube de polvo, cargan adobes todo el día de Dios. Un jacarandá muy viejo, que es un inspector municipal de ornato jubilado, mata el tiempo, tan largo, de esta primera tarde, haciendo unas pocas flores, de una prolija perfección, que, ya acabadas, echa de sí, con aburrimiento impacible de mandarín en su rincón de este súbito suburbio. Y en el horizonte, un olor ciego de humo barre la perspectiva de álamos y mámoas, de un pálido color de granito, casi azules. Una paloma pasa, baja, llevando en el pico una campanada de la Parroquia, y la campanada es una paja para el nido. Una cholita tira del ronzal de una mula inmensa; y la cholita no tiene todavía quince años; y la mula se enterca en no moverse; y la cholita tensa más y más el arco de su cuerpo fragilísimo; y la mula se afirma en las patas delanteras; y yo quiero raptar a la cholita y fugarme con ella en la mula a la sierra, tan próxima, que sus cimbras me arañan la piel de la nariz, haciendome bízquear, cuando la miro fijamente. Y yo descendería, con la cholita en mis brazos y la mula entre mis piernas, a una sima sombría llena de cactus, con una sonámbula seguridad en la pesadilla feliz; y.... la mula ha hecho escapar el ronzal de las manos de la cholita, y ahora corre, bruta, gacha, curva, en un rápido y sordo pateo por el camino pegada a la tapia, sin saber a donde ir.... Y el ronzal, que se arrastra, medio hundiéndose en el polvo, es la pulcra y perversa ironía de un rabo de rata....

Panorama de la Política Mexicana

El Movimiento Reaccionario Gómez-Serrano-De la Huerta

ANTECEDENTES

Tres candidatos figuraban para la sucesión presidencial: (período 1928--32)

General Alvaro Obregón.—Representa la Revolución Mexicana que, iniciada con vagos principios en 1910, concretóse en 1915 en claras disposiciones que cristalizaron en la Constitución de 1927, concediendo amplias garantías al pueblo, asegurando la restitución y dotación de tierras a los campesinos y la organización de éstos y de los obreros. La misma Constitución sin embargo, prohibía en sus artículos 82 y 83, en forma absoluta la *Reelección*. Pero el Congreso nacional y la mayoría de las legislaturas estatales, ante un imperativo manifiestamente popular, reformaron dichos artículos, abriendo así campo constitucional a la candidatura incontestable del ex-mandatario Alvaro Obregón, reconocido defensor de los principios revolucionarios y garantía indudable contra los esfuerzos activos de la reacción. Su pasada política se caracteriza por la dotación y restitución de tres millones de hectáreas de tierra en los diversos estados de la República. Bajo su gobierno cobró fuerza la libertad de organización de los obreros y campesinos, que hoy se traduce en una agrupación de más de dos millones de obreros y otra de más de medio millón de campesinos. Su política se completó con la incorporación de las masas obreras y campesinas a la vida activa, económica y política, del país; masas que hasta los primeros años de la Revolución, sometidas por sucesivas tiranías feudales, permanecieron al margen y excluidas de la vida nacional.

Generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano.—Representaban la *Reacción*: el latifundismo, el clericalismo, el imperialismo yanqui y la dictadura militar. La resistencia del Imperialismo Yanqui aliado de los grandes terratenientes, y la crisis económica, han sido los obstáculos por los cuales, no se ha podido fraccionar todos los latifundios a pesar de los 17 años de revolución ya transcurridos. Pero la tendencia de los gobiernos revolucionarios promete en forma efectiva la realización total del programa agrario. Las candidaturas de Gómez y Serrano representaban la conservación de los latifundios por fraccionar y la reintegración de los ya fraccionados. Para poderse enfrentar a la ya clara conciencia campesina, se disfrazaba la política de éstos dos candidatos con un engañoso programa de colonización que, según declaraciones de los mismos candidatos, se realizaría dotando las tierras áridas e insalubres, sin propósitos de saneamiento e irrigación.

Es conocida la resistencia del clero a acatar las disposiciones constitucionales. La tendencia clerical de los dos candidatos implicaría necesariamente, la reforma de la Constitución, precisamente en la parte que se mantiene casi inalterada desde 1857 a raíz de la Guerra de la Reforma. Por ésta razón el mundo católico, especialmente el clero, apoyaba moral y materialmente tales candidaturas. Así es cómo la campaña electoral de ambos aspirantes a la presidencia de la República se ha identificado con los grupos de rebeldes que al grito de "Viva Cristo Rey" vanamente trataban de subvertir el orden público.

La primera manifestación del Gral. Gómez al lanzar su candidatura fué una declaración en el sentido de una supuesta necesidad de llegar a un arreglo amistoso y definitivo con el capitalismo yanqui. Los pasos del Gral. Serrano han seguido la huella de ésta manifestación, la que significaría la entrega anticonstitucional de la riqueza del sub-suelo al enemigo rapaz, facilidades a la penetración de la explotadora industria manufacturera yanqui y, por tanto, golpe de muerte a la naciente industria nacional,

sometiendo así nuevamente al proletariado a las condiciones que se registran en los países coloniales. Los petroleros norteamericanos naturalmente opuestos a la nacionalización del sub-suelo apoyaban, pues, logicamente, junto con los mineros y demás industriales del país vecino que tenían intereses en México, toda actividad "gómez-serranista".

Subsisten en el Ejército Nacional numerosos elementos porfiristas (del régimen de Dn. Porfirio Díaz) que han logrado mantener sus posiciones haciendo un juego de equilibrio, válidos de careta revolucionaria, tendiente a la reconquista de los poderes públicos. Estos elementos sueñan con el establecimiento de una Dictadura Militar Fascista. De estas filas han salido: Victoriano Huerta, responsable del asesinato de Madero en 1913; Adolfo de la Huerta que se levantó en armas contra el gobierno Constitucional de Obregón en 1923; y ahora Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano, quienes para organizar impunemente nuevo movimiento armado, fingieron durante varios meses una campaña electoral legal para la sucesión presidencial.

LA SEDICION

Cuando el domingo 2 de octubre, estalló el movimiento subversivo, el gobierno estaba en antecedentes de los preparativos que se venían haciendo. Este movimiento debió estallar según parece, a mediados del mes; pero las causas que pasamos a exponer precipitaron los acontecimientos:

1a. La popularidad de Obregón daba lugar a que día a día su candidatura conquistara mayores sectores del país, haciéndose de tal manera fuerte e incontestable que tanto Gómez como Serrano temían que sus afiliados en buena parte oportunistas, abandonaran sus filas para engrosar las de Obregón. Solo una acción y rápida podía evitar la desbandada.

2a. La identificación del obregonismo con la política gubernamental de Calles hacía temer a los contrarios un apoyo oficial que por razón de la fuerte popularidad expresada no era necesario. Durante largos meses la actitud de las autoridades fué imparcial hasta el grado de tolerar la campaña sediciosa que los reaccionarios venían realizando encubiertos por la fingida campaña electoral.

3a. Según se afirma, las candidaturas reaccionarias contaban con apoyo pecuniario de la Huasteca Petroleum Company interesada en la conservación de vastos yacimientos petrolíferos de México. Los fondos proporcionados por esta compañía imperialista se venían agotando rápidamente en la propaganda por lo que se vieron obligados a proceder antes de fracasar por falta de recursos.

4a. En los últimos tiempos venía intensificándose poderosamente la preparación de las organizaciones campesinas que han de dar el triunfo a Obregón en las próximas elecciones. Los candidatos de la reacción esperaban arrastrar a las masas campesinas a la acción armada antes de que llegaran a definirse políticamente; y

5a. Conocedor el Gobierno de la propaganda sediciosa comenzó a decretar cambios militares de importancia. Los candidatos coaligados comprendieron la necesidad de actuar militarmente antes de que se procediera al cambio de jefes con ellos comprometidos.

La noche del domingo 2, aprovechando unas maniobras militares en un campo militar de esta capital, el General Hector Ignacio Almada, Jefe de la Guarnición del Valle de México, logró desviar desapercibidamente a cuatro batallones de infantería y parte de un regimiento de artillería, para salir del Distrito Federal rumbo a Texcoco,

Estado de México, con propósito de alcanzar la ciudad de Puebla.

El General Arnulfo Gómez, ex-Jefe de Operaciones Militares de Veracruz, salió de la capital con rumbo al Puerto para sublevar a dos regimientos federales.

El General Francisco Serrano, ex-Gobernador del Distrito Federal, salió de la capital en compañía de trece amigos rumbo a Cuernavaca, Estado de Morelos, donde creía contar con el General Domínguez, Jefe de la Guarnición del Estado.

La misma noche, el Gral. Manzanillo, Jefe del 16o. Batallón de Infantería de la Guarnición de Torreón, Edo. de Coahuila, sublevó a la tropa. Al amanecer del día siguiente el Gral. Luis Vidal, Gobernador del Edo. de Chiapas, acompañado de un grupo de amigos, se declaró en abierta rebelión.

En el Estado de Tamaulipas se alzó con un reducido número de tropas, un sobrino del mencionado Gral. Gómez.

Finalmente, un grupo de alzados, comandados por el Gral. Alfonso de la Huerta, hermano de Adolfo de la Huerta director del movimiento armado debelado por Obregón en 1923, pretendió provocar una sublevación en el Norte de la República (Estado de Sonora).

Acción del Gobierno y de las Fuerzas Legales.—El movimiento de Chiapas fué rápidamente sofocado por las tropas leales, muriendo en el combate el Gral. Luis Vidal, de quien ya se ha hecho mención.

Las reducidas fuerzas alzadas en Tamaulipas, perseguidas por las tropas afectas al actual régimen, huyeron dispersándose sin dejar vestigios de revuelta.

El Gral. Domínguez, ya mencionado, al frente de tropas zapatistas, de la vieja guardia del apóstol agrarista Emiliano Zapata, de la Guarnición de Cuernavaca, al arribar el Gral. Serrano y conocer sus intenciones, lo aprehendieron junto con sus acompañantes, instaurándoles un juicio sumarísimo, a consecuencia del cual fueron pasados por las armas horas más tarde, los catorce infidentes. Los cadáveres fueron traídos a la capital, autopsiados y entregados a sus familiares. Las exequias, fueron públicas y anunciadas previamente por periódico.

El levantamiento de Sonora fué exterminado en breves horas, cayendo en la refriega Alfonso de la Huerta y todos sus oficiales.

Arnulfo R. Gómez se dirigió rápidamente al Estado de Veracruz, sublevando a dos guarniciones y se atrincheró en la región de Perote, contando aproximadamente con dos mil hombres armados.

El Gral. Almada que, como hemos dicho, salió rumbo a Texcoco, incorporó en sus tropas a las fuerzas de dicho lugar, con la complicidad del Gral. Rueda Quijano, a la sazón Jefe de la Guarnición de la Plaza. Fueron atacados por tropas federales al mando del Gral. González Escobar. La tropa del Gral. Rueda Quijano al percatarse de que salía de Texcoco en son de rebeldía, desconoció a su jefe, aprehendiéndolo. El Gral. Rueda Quijano fué traído a esta capital, donde fué ejecutado después de un juicio sumario. Las fuerzas de Almada, perseguidas por las federales se orientaron a marchas forzadas hacia la región de Perote donde se incorporaron a las de Gómez. Fuerzas agraristas al mando del líder campesino Carolino Anaya engrosadas por tropas federales atacaron el reducto de Gómez y Almada, los que se vieron obligados a batirse en retirada hacia el sur-este, tratando de alcanzar la costa para poder huir al extranjero aunque su plan, cuando creyeron contar con fuerzas eficientes en todo el país, fué internarse en la región de la Huasteca Petroleum Company para incendiar los pozos petroleros, creando así al gobierno un serio conflicto internacional.

Las fuerzas del Gobierno.—El ejército que se consideraba dividido, ha demostrado su unidad de criterio permaneciendo fiel al Gobierno Revolucionario de Plutarco Elías Calles, aún contra la actitud de los pocos jefes que pretendieron arrastrarlo al cuartelazo reaccionario.

El Congreso de la Unión, los Gobiernos y Congresos Locales y los Ayuntamientos de la República han manifestado su adhesión al Gobierno, obrando en consecuencia.

Las organizaciones obreras y campesinas de todo el país se han aprestado a tomar las armas en apoyo del gobierno de Calles, aunque su acción no ha llegado a ser necesaria. Pero para caso de emergencia el Gobierno ha proporcionado a la Liga Nacional Campesina 3,500 fusiles, parque y demás elementos de combate. En el Edo. de Veracruz, amagado por la revuelta, se han organizado 86 guerrillas de agraristas en defensa de las comunidades campesinas y sus tierras, siendo de notar que Gómez y sus secuaces, si bien han esquivado el encuentro con las tropas federales, no han desperdiciado oportunidad de atacar cruelmente a las pequeñas rancherías y comunidades agrarias, con el ridículo propósito de reducir las a la impotencia.

El Partido Comunista y las organizaciones obreras y campesinas que controla y la Federación de Juventudes Comunistas se han destacado activamente en el movimiento defensivo de las instituciones revolucionarias. El Partido Comunista de México fiel a los dictados del Leninismo, defiende las conquistas ya alcanzadas, contra los propósitos fascistas de la reacción. Considera que el sostenimiento del Gobierno de Calles y de la candidatura de Obregón significa la defensa de los artículos 27, 123 y 130 constitucionales que entrañan las legislaciones agraria, obrera y anticlerical respectivamente. Asume en todo momento la actitud marxista de defender y apoyar todo aquello que signifique una conquista o beneficio para el proletariado, sin que este indique una solidaridad definitiva con las instituciones actuales.

Contrasta con la política de este Partido la de los grupos anarquistas que por no estar conformes con el actual régimen, se han plegado al movimiento armado sosteniendo así, inconscientemente, las traidoras pretensiones de la reacción.

Situación Actual.—Subsiste una inicial declaratoria de huelga y sabotage para los casos y lugares de ocupación de las fuerzas subversivas. No pueden contar, pues, los alzados con elementos obreros ni campesinos, para el transporte de armas y otras actividades básicas para la campaña y la subsistencia.

Salvo la región de Perote, Estado de Veracruz, todo el país está en calma, habiendo servicio regular de ferrocarriles, otros medios de transporte, telegrafía y telefonía.

El Gobierno ha tomado rápidas y severas medidas contra el alza de los artículos de primera necesidad, provocada en los primeros días por comerciantes inescrupulosos, en su mayoría extranjeros.

En esta capital no se observa mas anomalía que el movimiento de algunas tropas rumbo a Veracruz y el paso de numerosos aviones que en esta ocasión han prestado valiosos servicios al Gobierno (1).

JACOBO HURWITZ.

NICOLAS TERREROS.

(1)—Llegada esta correspondencia, el cable anuncia la destrucción del último grupo de rebeldes.



De "Crimen en San Francisco"

POR LUC DURTAIN (1)

I

—Tenga Ud. joven. ¡Maravilloso! Observe Ud. los bigotes de los monstruos: se puede contar los pelos.

Ralph se sobresaltó como cogido en falta por uno de sus jefes en el Banco. Desde hacía algunos minutos se encontraba paralizado por un sueño vacío y singular: cautivas las miradas en el horizonte lanoso del Pacífico como las patas de un insecto en el vellón. Así, no había prestado atención a la vaga forma femenina que, a su izquierda, acababa de inclinarse sobre una especie de larga-vista: el TELESCOPE PUBLIC, 5 CENTS, que orna la terraza de Cliff House. Ralph no se había servido nunca de este aparato, aunque desde hacía años hubiese mirado cien veces desde la costa esas rocas pobladas de leones marinos que son, para sus visitantes, una de las curiosidades de San Francisco. El hombre del telescopio se volvía en ese momento hacia él con un no sé qué de severo, de policial, tan frecuente en los Estados Unidos en cualquier comercio: pareciendo medir las facultades pecuniarias del cliente y de instante en instante, pedirle cuenta del tiempo que empleaba en revelarlas. ¿No es un insulto respirar cerca de una mercadería sin quererla y un deshonor no poder sacar la plata del bolsillo? Obedeciendo a una de las leyes no escritas de su país, Ralph se inclinó a su turno, sin mirar a la desconocida, sobre el binóculo que ésta acababa de dejar libre.

Al principio, nada: oscuridad. El novicio había puesto mal el ojo. Después una claridad al final del tubo: espacio luminoso e indistinto. Ralph no había tenido tiempo de descubrir que había apuntado al cielo cuando, caída vertiginosa, un movimiento brusco del larga-vista, lo condujo a una superficie minuciosamente plisada, cintilante y movable: el Océano.

—Maniobre lentamente, dijo la voz del hombre del telescopio, tan imperiosa como los "conducid lentamente" que se leen a la entrada de los parques.

Otra voz, más dulce:

—Allá. Alce un poco. Eso es.

El joven tuvo la impresión de chocar con la roca blanca e irregular, leche cortada, ennegrecida abajo por las olas: a tal punto la proximidad le pareció asombrosa. Las gruesas masas rugosas, desfilaban al alcance y aún al contacto de su mano. Ralph comenzaba apenas a controlar sus nuevos poderes, cuando surgió lo que buscaba: un "monstruo", tan inmediato, tan viviente que parecía nacer de él mismo, de Ralph F. Sexton, hombre sin embargo y además, ciudadano americano.

Un cuerpo de superficies onduladas, enorme, gordo y resbaloso, tan informe que semejaba, más una víscera que un animal, casi obscuro, a tal punto aparecía turgente, repleto de materia, dormitaba pesadamente aban-

donado sobre la roca. A su lado otro león marino, completamente igual, con su pelaje hispido, todavía mojado, rampaba sobre sus muñones con una grotesca agilidad. El animal se detuvo, volvió la cabeza, parpadearon sus ojos y el observador tuvo la impresión de ser espiado a su vez, a pesar del octavo de milla que lo separaba del islote. El cuello singularmente grueso y flexible, tendía con una extraña rigidez un craneo chato, sin pensamiento, cuya línea fugaba hasta la punta de un hocico guarnecido de bigotes amarillos. Se podía, en efecto, contar los pelos. Esto era una certidumbre.

Quizás Ralph se hubiera dedicado a esta aritmética, si el marroquín negro de la boca no se hubiera abierto, bajando una corta mandíbula y levantando un ángulo agudo, marcado de palpitantes vírgulas por las narices. La imagen de un ronquido brutal fué tan visible que el joven no solo creyó escucharlo a través de los cristales, vecino, inmediato, sino que se sintió participar en él. ¿Cómo, por qué prodigio, "un hombre eficaz, cerebro y poder" (tal era la noción de sí mismo en la cual Ralph creía con mas complacencia) puede por algo de este mundo suponerse presente en un animal? ¿Qué parte de su ser podía expresar este bramido? ¡Absurdo!

El león marino cerró la boca. Brillando bajo el craneo liso, sus ojitos miraron al fondo del alma del joven con tal fijeza que este sintió que se ruborizaba.

—Este es Presidente Wilsson, dijo con énfasis el vendedor de proximidad. Lincoln y Mac Kinley estaban ahí hace poco. Mac es el mas grande, pesa mas de mil libras. Estos animales emigran a las islas Farallone, particularmente, (el hombre bajó la voz) en la época del celo. Hace veinte años, se veía hasta trescientos juntos. Disminuyen de número. Tienen miedo de los vapores. La caza está estrictamente prohibida.

Bruscamente cambió de tono: otros curiosos se acercaban.

—¡Telescopio que aumenta cincuenta veces! ¡Los leones marinos a una yarda! ¡La curiosidad más grande del Pacífico!

Ralph retiró su mano del cilindro duro y derecho que le salía de la cara. Ignoraba que, en ciertas estampas japonesas, el artista ha pintado sexos monstruosos sobre la frente de los amantes: sin embargo, fué con el sentimiento de volver a la decencia como recibió nuevamente en el rostro, con el perpetuo soplo frío del Pacífico, la visión de la inmensidad, cielo y mar. Los tres peñones de focas, que habían retrocedido de un salto a quinientos metros de distancia, no mostraban sino como detalles casi imperceptibles, del tamaño de huevos de hormigas, los cuerpos de los animales. Entre tanto, mas allá, tres o cuatro grandes navíos, de la China o de Australia, abatiendo sus humaredas hacia tierra, se dirigían a la estrecha entrada de la bahía sanfranciscana: la Puerta de Oro, umbral de la América.

Como desconfiando de las sugerencias del espacio Ralph se sintió feliz de en contrar otra vez a su izquierda un paisaje mas familiar (igual que cuando uno toca con la mano su pipa y su cortaplumas en el bolsillo). En la perspectiva de la ribera, hasta donde se perdía la vista, el boulevard del Océano: separado por una playa de arena y una zona de espuma de esas olas mucizas, de tres millas de largo, que arriban del horizonte. Detrás del boulevard, la extremidad del continente americano: siluetas de usinas, bloques de villas, verduras del Park, dominadas por las alas de los molinos holandeses, andamios de Scenic Railways, techos, kioscos, reclames. El lugar de diversiones populares, donde tantas veces como hoy había venido el sábado en la tarde. Todo un paisa-

(1) Luc Durtain no es, seguramente, tan conocido ni estimado como Paul Morand por la gente de letras de Hispano América. Señal de que los descubrimientos de la gente de letras no se anticipan demasiado a los del público. Luc Durtain, poeta y novelista notable, no ha industrializado su ingenio. Desde "Douze Cent Mille", "La Source Rouge" y "Ma Kimbell" su presencia en la literatura francesa, se ha hecho, sin embargo, demasiado evidente. René Lalou escribe, a propósito del último libro, "Quarantième Etage", que "cada libro de Luc Durtain quiere ser a la vez una obra de arte y una conquista del mundo".

Las páginas que traducimos para los lectores de "AMAUTA" forman parte, precisamente, de este libro, magnífica conquista de Estados Unidos, lograda en tres novelas. De su excursión por el alma, el pueblo y la naturaleza de Yanquilandia, Luc Durtain regresó a Francia con estas tres novelas y varios hermosos "poemas norte-americanos". De su viaje a Rusia, con George Duhamel, hay derecho para esperar análogas captaciones. En la maleta de Luc Durtain, que no es un profesional del arte cosmopolita, viaja siempre una nueva "conquista del mundo".

je abreviado por la bruma, achatado por la altura del viento intenso.

Mientras tanta, un obstáculo. A dos pasos de Ralph, detenida junto al parapeto, un ejemplar de la otra especie de humanidad: la mujer joven que hacía un instante le había presentado el lente. El ser temible, armado de atributos: senos y ancas anchas, en las cuales sería indecente detener la mirada, contemplaba o fingía contemplar el horizonte marino con extremo interés. Hay que percibir sumariamente el cabo que se va a voltear. Ralph supo que la mujer era alta, bruna, con uno o dos años más que sus veinticinco años. En su rostrio un poco largo, sembrado aquí y allá de ligeras manchas, dos peligros de tropezar para un vehículo masculino: una sonrisa, superficial, encantada de sí misma y, al rededor del ojo verde, una ligera lividez.

Ralph iba en cuatro pasos a franquear, a evitar esta mujer. Aparte de algunos flirts en la escuela y al margen de los negocios, Ralph, como muchos americanos de su edad, no había conocido aún la unión de los sexos. Ninguna colisión todavía, ni sobre el terreno preparado de los lechos ni en otra parte. El joven no se representaba sino con horror la posibilidad de semejante catástrofe. ¿El amor físico? Choque horrible, engranajes que se penetran los unos a los otros, luego el neumático reventado, yaciendo en el lodo. Amor, goce de perros, sucia cosa controlada por los médicos, interdicta por los jueces. Ralph, sin conocerla, la había rechazado. Abreviación. Simplificación. Nada más que ocho o diez interdicciones anonadando por ejemplo no sólo el llamado de los sexos, sino el alcohol, el pensamiento individual, las naciones no virtuosas, las marcas de cigarrillos o de automóvil distintas de las que vosotros honrais con vuestra elección, bastan para limpiar de obstáculos vuestro camino y para dar a vuestros actos toda facilidad, toda prontitud. Una serie de amputaciones de esta clase, unida á la práctica asidua del fool—ball o del golf, crea un admirable tipo de hombre, mandíbulas apretadas, mirada clara, extrictamente superficial, gestos decisivos. Poco importa que al decir de los maldicientes, este hombre no tenga ni vértebras ni entrañas. Aún si su secreto es el del vacío ¿no es hermoso ver bajo el Sol una nación casi enteramente compuesta de individuos que tienen una respuesta para todo: provistos en toda materia de esa certidumbre a la cual, los mismos hombres de genio, no saben llegar?

Acaso la desconocida había ya frecuentemente sufrido—sus párpados lo dejaban suponer—la catástrofe, después de la cual las máquinas humanas circulan, según parece, tan bien como antes. Ella reflexionaba con un aire serio, mordiéndose los labios. En un segundo encontró su resolución.

—¿Sabe Ud. donde están los jardines de Sutro? preguntó al joven cuando pasaba delante de él.

Ralph se detuvo. No abrió la boca sino para una palabra. Señalando las pendientes que conducían a la ribera:

—Allá.

Ella insistió.

—¿Son jardines públicos, creo?

—Sí.

Las dos ligeras livideces, semejantes a ojos de carne, parecieron mirar al hombre fijamente con dulzura, en tanto que brillaban las pupilas impenetrables. Mientras tanto, está faz masculina de rasgos fuertes, nariz dura, boca firme, aunque con un hoyuelo de niño en la mejilla izquierda, frente guarnecida de cabellos sólidamente plantados; esta faz, se volvía ya; estas anchas espaldas, iban a alejarse.

¿Por qué una caja chata y redonda, atada con un hilo, que la desconocida llevaba bajo el brazo, se le escapó justamente en este instante? Por un azar, menos previsto que el primero, el objeto rodó por la pendiente del boulevard y saltó de la acera a la calzada, en medio de la cual, con una bella curva, se fué a acostar blandamente.

La mujer, con la mirada en su propiedad, alzó la mano y dió un paso. Iba a descender derecho de la acera. ¿Lo hubiera hecho o nó sin asegurarse de que la calzada estaba libre? Ralph se hallaba en estado de alegría, de decisión. Extendió el brazo delante de la desconocida y, con ese tono de maestro de escuela con el cual se dá en Norte América los consejos elementales:

—Seguridad, ante todo.

En el mismo momento, como una gruesa nube negra y silenciosa, un pesado automóvil pasó sobre el objeto.

Hay países donde la cortesía no tiene reglas sino reglamentos. Fué sin espontaneidad, hasta cierto punto administrativamente, y además con una agilidad esportiva, como el joven recogió la caja para el ser representante del sexo al cual se deben todas las cortesías.

Seis o siete pasos de ida y otros tantos de regreso, pues la desconocida no se movió. Tal vez el tiempo para ella de reflexionar de nuevo.

—Ud. me ha salvado la vida. Aturdidamente, yo soy tan aturdida, me arrojaba bajo las ruedas, cuando Ud. me ha detenido. Pensar que yo estaría triturada allá.... horrible. ¿Vuestro nombre, joven? ¿quién es mi salvador? quiero saberlo.

El se defendió.

—Oh, no es nada, no hablemos de esto.

Después halagado por el papel de estrella que jugaba en este episodio de cinema:

—Ralph E. Sexton de la North American Bank.

Luego recobró el tono de maestro de escuela.

—Es una propaganda realmente útil la de las manifestaciones por la seguridad. Quizá porque yo he marchado dos horas en la última, no ha sido usted aplastada.....

(Sí; dan una alta medida del pensamiento americano esos desfiles de decenas y a veces de centenas de millares de personas que avanzan alineadas bajo los letreros, repitiendo y pensando con toda su fuerza las principales verdades religiosas: "No queremos ser aplastados". O: "No escupiremos en el suelo". O: "No tocaréis nuestros alimentos con las manos").

En seguida:

—Así debe ser, dijo ella, Ud. ha salvado a Dorothy Tumbridge, de Duluth, Minnesota.

Abrió la caja.

—Le ruego que pruebe uno de estos CANDIES: verdaderamente, son de Ud.

Mezclas arbitrarias de menta y chocolate, de almendra y nuez de coco, al lado de las cuales las combinaciones de nuestros más mediocres confiteros, sujetas a reglas eternas, parecen representar las más sublimes cualidades del tacto y del gusto. La arbitrariedad, que entre los yanquis, coloca el queso sobre la tostada o un helado sobre una galleta, ha depravado los paladares. No hay necesidad para imponerlos de esos inmensos reclames de dibujo tímido que ofrecen horribles dulzuras tales como el O'Freddy o como los Richard Sweets: la gente sabe suficientemente extraviarse ella misma.

El hombre y la mujer se miraban, mascando a la vez ante la caja como ante una mesa improvisada. Un viento prodigiosamente amplio no cesaba de venir del más vasto objeto de la Tierra: el Pacífico, y las brumas del cielo tan pronto se espesaban, tan pronto entreabriéndose dejaban caer una claridad más precisa. El sombrero de cuero de la joven, la gabardina beige, las medias de seda, los zapatos a la mexicana: elegancia un poco corriente, de un tipo barato, pero nueva y neta. Lo que ella llevaba encima de masculino, hombros cuadrados, gestos bruscos, tranquilizaba la virginidad del hombre. El apoyó en la caja una mano casi tan grande, pero más delicada que la de ella y de uñas cuidadas.

—Desolado,—dijo sinceramente.

Ella lo observaba tomando sus referencias de manera más atrevida que él: la anchura, el cuello robusto, la laringe masculina que subía y bajaba delante de largos músculos oblicuos, el mentón bien afeitado, la nariz no dura

como la había visto al principio sino de alas temblorosas, dilatadas. Sensible a lo que había en él de certidumbre, ella saboreaba también su timidez, el rubor más pronto que el suyo. Tal como una mujer de Londres o de Estocolmo, al llegar a Italia se maravilla del tinte moreno y de la agilidad cálida del pasante que se acerca a ella como delegado por los palacios de mármol, las iglesias color naranja y los horizontes de zafir sobre los cuales se perfila: así Dorothy, la mujer del duro Middle West, resumía en el encuentro de este hombre las múltiples novedades de un viaje soñado desde los años de la escuela superior. Qué importaba que en este momento en Duluth, con un agosto tórrido parecido a la boca de un alto horno, se errase sobre un asfalto ablandado por el calor y se buscara en vano el abrigo de verduras polvorizadas. Aquí, en esta sorprendente península de San Francisco, el aire, es decir, la brisa de Pacífico, es igual en temperatura de un extremo a otro del año, acaso más fresca en verano. La mujer, pues, con el anacronismo de este frescor que a ella la obligaba a ponerse su gabardina y colgaba sobre los hombros de los paseantes el eterno sobre todo sanfranciscano, con la novedad del océano (a pesar de que la había decepcionado un poco: sin darse cuenta, ella habría querido ver en el horizonte las costas del Japón) se complacía de la manera de este hombre: algo de más fino, de más ligero que la de los hombres de Minnesota, la mirada más decidida alrededor suyo, una agilidad que irritaba su deseo.

—Yo suponía al Pacífico más verde. Con olas más altas. Se diría el Lago Superior, visto de Beaver Town.

—¿Deveras? ¿Tiene olas tan fuertes el lago?

—Claro. Tenemos verdaderas tempestades y naufragios con gruesas cifras de vidas perdidas. No solamente colisiones e incendios. Oh, se respira aquí el mismo viento, se diría.

—No debe haber el mismo olor allá. Aquí la brisa huele a esponja.

—¿A esponja? dijo ella asombrada.

No conocía sino las esponjas de caucho y se acordó de diversos objetos de toilette íntima; después, de un neumático roto durante una expedición con una amiga a Ashland. Viajaban sin recambio las imprudentes. Se habían ensuciado inútilmente las manos hasta que pasó un auto. Solícitos jóvenes trabajaron con esa conmovedora devoción sin recompensa que caracteriza ahí la actividad del hombre: las dos mujeres miraban de lo alto de una rambla, sentadas sobre las americanas de sus esclavos. Ella se vio en seguida, en un bosque cercano: los labios carnudos y vivientes del tercer gentleman, el que no bombeaba.

Dorothy palideció: el ronquido del león marino, que había resonado silenciosamente en Ralph, se hacía escuchar en ella, sin imágenes particularmente marinas.

Las alturas de Suto tienen por ornamento un jardín público creado por una de esas fortunas que asumen en Estados Unidos los roles del Estado. El Dodge de Ralph depositó a los jóvenes en una magnífica avenida de palmeras. Dorothy no había conocido jamás este árbol sino en los conservatorios y en el cinema. Detrás de las palmeras tropicales completamente abiertas, creía ver mares poblados por bandidos y piratas, templos misteriosos y esos héroes simpáticos que van a descubrir en islas preñadas de peligros, las pruebas de la inocencia de su madre o de la pureza de su novia, sólidamente recompensados por innumerables dólares. El hombre que marchaba a su lado estaba como en su casa: a cada nueva mirada, la joven lo agregaba a sí mismo, creando una especie de multitud de imágenes movientes cuya caricia desean vagamente todas las Dorothy de América. En verdad, la espalda fuerte bajo el delgado sobre todo tenía gestos de *METTEUR EN SCENE*.... De otro lado, ¿acaso, porque la desconocida sonreía frecuentemente le pareció a Ralph, al cual se le había antojado al principio un poco vieja, bastante rejuvenecida cuando pasaron el enorme portal?

En seguida, después de que Dorothy hubo admirado la piscina, sus vastas pozas de agua fría y caliente, ambos se arrojaron en el tumulto de las diversiones amontonadas entre el parque y Sntro: se hicieron sacudir, chocar retornar, precipitar, soplar en la cara; cayeron en los abismos y se deslizaron sobre las cimas de las montañas rusas; se llenaron de confites y de helados. Ralph, por decencia, rehusó los "perros calientes", esas populares salchichas con mostaza servidas calientes en un pan abierto.

El automóvil rodaba ahora a lo largo del Océano por la Esplanada. La mujer embriagada respiraba el cielo, Ralph se ofreció a acompañarla a visitar el palacio de la Puerta de Oro, largo puente de verdura que el corazón de San Francisco tiende al Pacífico.

Entre los tamarindos secos enraizados en la arena, consumidos y cepillados por el soplo perpetuo de la mar aparecieron unos mástiles tras las rejas.

—El navío de la expedición de Admudsen. ¡Atrevido viaje!

—¿Naufragado aquí? preguntó Dorothy.

—No. Comprado muy caro. Y donado a la ciudad.

—Oh espléndido! dijo ella, conmovida a la vez por uno y otro excitante: el peligro y el dinero.

Los dos dejaron atrás rápidamente el caparazón de navío heroico, alfileteado como un coleóptero por las lantzas de las rejas. La viajera quería ver cerca estos curiosos molinos traídos de Europa, cuyas alas giraban al soplo del Pacífico.

Encima de las dunas y de los pinos, la gruesa torre terminaba redondeada en domo: una de esas abominables ideas que conciben las imaginaciones inexpertas, pasó por el espíritu del hombre que se ruborizó mucho.

—Se diría dos aeroplanos en cruz, dijo la mujer señalando las alas. ¿Polaco?

—Holandés, rectificó él, feliz de escapar a la obsesión por un detalle preciso de otro orden.

—Polonia es acaso, una provincia de Holanda, ¿no es cierto?

—Sin duda, dijo él, sacudiendo el canasto de sus recuerdos geográficos. A menos que no sea lo contrario, Holanda una provincia de Polonia.

Como dos sábios que discuten un raro fenómeno y no sin orgullo ven manifestarse en la discusión sus profundos conocimientos, así con cierto sentimiento de eruditos, evocaban los dos jóvenes americanos, la pequeña Europa lejana que había regido antes el globo: demasiado honrada ahora de que se ocupasen de ella en San Francisco.

Los hermosos paisajes del parque se aglomeraban entre tanto en el parabrisa que, no pudiendo contenerlos, los volcaba como un cuerno de abundancia de cada lado. El auto se deslizaba sobre ese maravilloso concreto cuyo lujo esparcen las rutas americanas a profusión sobre millares de millas: y surgían masas de follajes, se abrían valles salvajes, huían lagos inaccesibles. Sobre praderías apenas cercadas, rebaños de bisontes y de elks, antiguos poseedores del suelo americano, husmeaban un suelo que parecía todavía virgen del paso de los conquistadores. Mientras el jardinero francés se conduce como un déspota con el suelo y los árboles y mientras sutiles arreglos subsisten en el parque inglés, lo que necesita el americano, a algunos cientos de pasos de sus rasca-cielos, son trozos de naturaleza conservados salvajes, con su verdadera roca y su verdura intacta, fragmentos puros del continente. ¿Condimentos talvez de la civilización? En todo caso, belleza singular de las ciudades americanas.

El Museum. Macizas columnas egipcias bajo las pirámides del techo aplastante. El jardín japonés: es cómico ver las pagodas como sobre cajas de té. Más divertido es todavía subir sobre el puente en semicírculo. ¿No son los monumentos grandes objetos destinados, como las atracciones de las exposiciones, a haceros mover de manera extraña, a haceros girar la nuca, para sorprender su secreto? Si penetráis, hay que voltear a derecha, a izquierda, o trepar sobre gradas. He ahí la Arquitectura.

Ralph, se sentía deslizar, poco a poco, en una dirección inquietante. La cara de Dorothy comenzaba a devenir un fondo completamente normal. Ralph se recuperó con un esfuerzo, y con un aire despreocupado interrogó a la joven. No, ella no tenía necesidad de que la regresaran a la ciudad. Prefería permanecer, visitar el conservatorio. Ah, ¿habría música mañana en el Stand del Park? Ella vendría. ¿Y él?

El respondió de modo vago: decididamente turbado ante este ser portador de senos que a él le parecía hendido por el sexo, desde los talones hasta el mentón. ¿Qué cosa comenzaba a establecerse entre ambos? Ralph se acordaba en este parque de la historia del paraíso terrestre, ya con un poco de arrepentimiento.

Habían llegado delante de un coloso de bronce, una copia del "Pensador" de Rodin, colocado con bastante gusto sobre el suelo en un sitio donde afloraba una vena de piedra bruta.

Heroicamente desnudo, como lo es siempre el alma, sentado sobre una piedra estrecha que parece el último fragmento de un mundo destruido. Nó; no es sobre tal o cual cuestión que se inclina sino sobre el espantoso abismo que se abre más allá de todo problema. Con el brazo derecho, acodado sobre el muslo izquierdo, se curva potentemente: solo logra asir su propia rodilla, con el puño crispado, mientras que la otra mano entreabierta, vacía como una concha muerta, participa sin saberlo en el peso abrumador de la cabeza. Cabeza formidable, cerebro y hueso, ojos abiertos como bocas, dejando caer para siempre en el vacío lo que hay de más pesado en el mundo: la mirada.

No se le podía ocurrir al espíritu de Mr. Ralph E. Sexton que esta ansiosa imagen era la misma de su alma secreta y verdadera. Hablábamos de certidumbre; nó.... En el fondo de todo americano, las afirmaciones superficiales—huecas máximas sociales o pueril teología—no descubren cuando se las penetra de veras, una insatisfacción total, una inquietud grandiosa e ilimitada? Además, la actitud secreta del pensamiento es bastante parecida en todos los pueblos, pero solo a distancias muy desiguales de ella es que, en las diversas civilizaciones, saben establecerse las ideas comunmente adoptadas y manifestarse los actos. Distancia seguramente más grande en los Estados Unidos que en cualquier otra parte, y es ahí donde reside, entre todos los records del mundo que detentan los americanos, el más significativo.

—Un hombre demasiado grueso, creyó pensar Ralph. Un mal "tres cuartos" en juego.

La afiliada del MINNESOTA FEMININE CLUB, exclamó con una virtuosa intransigencia que la realzó mucho a los ojos de Ralph:

—Vergüenza! En Duluth, habríamos roto la estatua a martillazos. No precisa quitarse la camisa para pensar.

II

El lunes en la mañana, Ralph salió del Banco un cuarto de hora después de haber entrado. Dejaba tras él, con un perfecto desapego, no solamente las columnas dóricas del pórtico, sino todo el establecimiento "americano de nombre, de espíritu y de propiedad": las enormes balastradas de cobre, los plafonds artesonados, las mesas desnudas y limpias, ese aspecto frío de iglesia metodista, detrás del cual se acumulan y luchan las cifras y, de todas partes, a todos los pisos, resbalan frenéticamente por los tubos neumáticos, las cajas de cuero conteniendo las notas de servicio, correspondencia y moneda. Abandonaba también sin pena la cara exclusivamente social del director, Mr. T. S. Tawison, eficaz y neta a la manera de un cheque, sonriente como una cuenta acreedora. Una de esas caras convencionales tras las cuales son ciertas, sin embargo, las geniales invenciones químicas y las tu-

chas atrevidas de las células y, en los tubos de las arterias, los glóbulos rojos de una sangre que, desprovista de pudor, va a todas, a todas las regiones del cuerpo.

Mr. Tawison había dicho simplemente:

—Entendido. Le deseo buenas vacaciones.

Diez días de libertad. Ralph dejaba a los rayos tibios, mezclados de buen viento fresco, inundarle el cuerpo, en tanto que se dirigía hacia el garage. Seguramente, en ese momento, en la espesura de la California, del lado de Mariposa o de la Villa de los Ahorcados, un cielo ardiente debía petrificar los campos antes devastados por los surcos de los buscadores de oro, o abrumar en el valle de Santa Clara, a los recolectores de frutas: la fruta, el oro anual que se levanta solo de la tierra. No era el caso de ir al interior como en otoño. Entonces, ¿por qué no la excursión soñada desde hacía años: descender a lo largo de la costa hasta los Angeles?... Groseras y vanidosas, verdad, las gentes de la ciudad rival e incapaces de elevarse a la distinción de los sanfranciscanos, pero, después de todo ¿no es también una ciudad californiana y propiedad americana?

Era verdaderamente una iluminación esta idea de vacaciones. Le había atravesado el espíritu la vispera en la noche, en el momento de separarse de Dorothy después de haberse encontrado—por azar—en el Stand y haber cenado juntos. Sin saber bien lo que iba a decir, él se había ofrecido a la joven para mostrarle California antes de que ella partiera para Washington. Se pasearían con el querido Jerry y el íntimo Philip. Pero Ralph no había telefoneado ni a Jerry ni a Philip.

Aquella "a la que él había salvado la vida" no tenía ya cuando él la volvió a ver esta mañana ni la efusión del primer día ni la reserva en la cual se había atrinchado de modo irritante cuando su paseo después del Stand. Una mezcla de confianza y de intimidación. Cold cream sobre sus rasgos; pero los labios, tocados con un poco de ROUGE, sabían tomar pronto un acento tan vivaz! Ella lo mandaba como un suboficial a un recluta. Y dócilmente él obedecía. El mismo ciudadano que, en los conflictos de los negocios, lucha con independencia, con ferocidad, no se siente, fuera de su despacho, satisfecho sino cuando obedece en forma pasiva a las dos potencias de América: el policeman y la mujer.

Permanecerían primero tres días en San Francisco: así decidió Dorothy, apesar de la prisa de Ralph por evadirse. Ella le hizo en seguida trazar todo un programa. Miraba de arriba a abajo, como en la rambla de Ashland. Aceptaba o declinaba guiñando los párpados. A veces las ligeras manchas de su rostro parecían remontar el vuelo en una sonrisa. O bien, inclinando la cabeza, recibía en ella los proyectos del hombre con una especie de ardor.

Esta mañana el auto rodó primero hacia el Norte de la ciudad, Marina Park. El margen habitual de las ciudades del Oeste: vastos territorios, cuadrículados por calles futuras, donde los blocs marcados ya por las aceras de cemento, exhiben aquí y allá los affiches de los especuladores de terrenos: los "mercaderes de realidad" como se les llama. Esta especie de paisaje produjo en los dos visitantes un enérgico placer. Era algo más que nuevo. Era lo que está todavía por construir. Cerca de la bahía, un aerodromo con aviones de alquiler. ¿Quería Miss Tumbrige volar sobre la Puerta de Oro? El aire se había tornado de pronto frío, el viento áspero y el agua del estrecho, sobre la ribera del cual se elevaban las formas brumosas del Tamalpais, parecía terriblemente negra y profunda: Dorothy se sintió súbitamente mujer para rehusar con un estremecimiento.

Detrás de una sábana de agua durmiente, donde crecían los juncos, se alzaban un arco de triunfo, columnatas corintias, pórticos. Ruinas bárbaras, grandiosas como templos sicilianos. No faltaban sino los búfalos y la mataría.

(Pasa a la página 74)

MOVIMIENTO FUTURISTA

POR F. T. MARINETTI

La Medición Futurista

Los futuristas pensamos que la crítica en sus formas actuales, usadas por el diario, no responde ya á las necesidades del espíritu moderno enamorado de exactitud, velocidad y simultaneidad. Es necesario suprimirla o modificarla integralmente. Por eso nosotros transformamos la crítica en MEDICION SINTETICA con epígrafes distintos netamente separados.

Las ventajas de la medición son numerosas e importantes:

1o.—Obtener la máxima síntesis eliminando toda repetición, toda divagación, todo circunloquio, toda fraseología decorativa.

2o.—Alcanzar la máxima sinceridad. Estando automáticamente obligado a declarar con brevedad y sin reticencia el valor de cada parte de la obra de arte, quien mide se expresa con sinceridad absoluta y sinceramente prepara la sinceridad del juicio total.

3o.—Ofrecer una síntesis clara al lector que puede leyendo una medición distinguir los diversos y con frecuencia contrastantes valores de la obra medida.

4o.—Hacer separadamente justicia al autor, a sus intenciones, al éxito de sus esfuerzos artísticos, a los actores, al escenógrafo y al público mediante las diversas secciones o epígrafes de la medición. El medidor puede exaltar el valor literario pasado o presente de un autor aún condenando su último trabajo. El medidor puede condenar la ejecución de una obra teatral exaltando la obra misma. El medidor puede constatar el entusiasmo del público condenando la obra que suscitó este entusiasmo. Sin estas separaciones cerradas entre AUTOR CONCEPCION DESCUBRIMIENTOS EJECUCION ESCENOGRAFIA PUBLICO la crítica actual hace con frecuencia una mistela más o menos coloreada de valutaciones imprecisas que conducen al engaño inteligencia del lector.

5o.—Informar rápidamente al lector dinámico y muchas veces distraído. Una ojeada fulminea a la medición puede bastarle a éste para darse cuenta de la obra teatral representada.

6o.—Sopralvalutar la originalidad creativa en arte en la sección de las invenciones. La existencia de éstas deviene así el pulso revelador de la obra de arte. Las partes de la medición de la obra teatral son:

AUTOR — CONCEPCION — TRAMA — INVENCIONES — EJECUCION — ESCENOGRAFIA Y LUCES — PUBLICO.

Las partes de la medición de un libro son las siguientes:

AUTOR — ARQUITECTURA — MATERIAL VIVO O DOCUMENTOS HISTORICOS — INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS — ESTILO Y CUALIDAD NARRATIVA — EDITOR — ANECDOTA.

Estética de los Avisos Luminosos

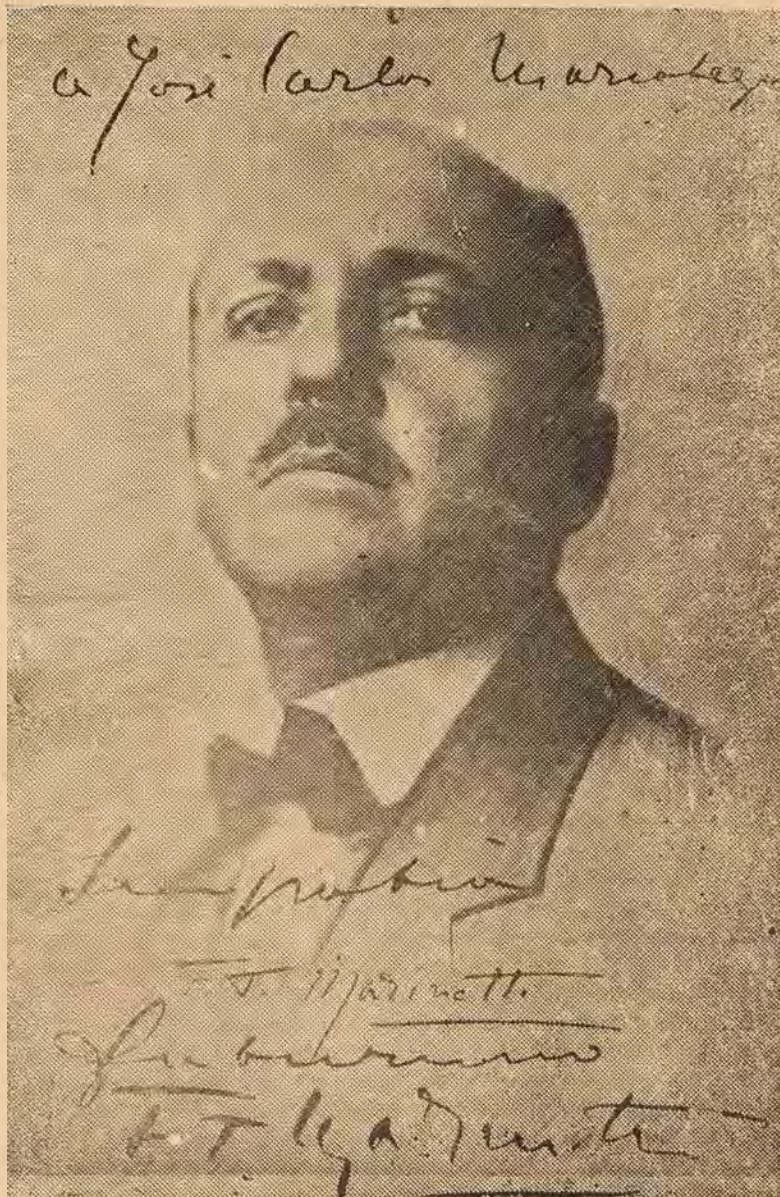
El valor espiritual y el significado futurista de los avisos luminosos fueron definidos hace quince años por nosotros los futuristas.

Los avisos luminosos han entrado hoy en la sensibilidad artística de todos los habitantes de las grandes capitales.

Son nuestras ardientes plegarias nocturnas al Sol para que retorne pronto a calentar de vida al mundo.

Los avisos luminosos son un sano optimismo embriagante que se opone obstinadamente a la desesperación de la oscuridad.

Los avisos luminosos son las flores excitantes, los frutos jugosos de la nueva estética futurista del hierro veloz y del audaz cemento armado.



Autógrafo para "Amauta"

Los avisos luminosos son la higiénica desvalorización y denigración de los crepúsculos enfermos, de la luna nostálgica y de las estrellas pródigas de deprimente melancolía.

Son nuestras constelaciones artificiales, hijas de nuestra implacable voluntad, ágiles constelaciones al alcance de la mano para consolarnos de las que son inaccesibles.

Los avisos luminosos son los profundos dinamismos científicos industriales y comerciales de la ciudad, trepados sobre los techos para competir con los dinamismos estelares.

Bellos, de una novísima pero segura belleza, los avisos luminosos responden a la más noble y más tormentosa de nuestras necesidades: la de sufrir a medias la muerte del sueño y de la noche.

Los avisos luminosos son los parientes y los libros ilustrados de los aviadores.

Los avisos luminosos son los parientes, los imitadores y los enamorados de los faros blancos que acuchillan los enredos barbudos de los puertos, de los altos trenes que escalan las ciudades, de los túneles, de los humos de cigarrillos, de los humos de chimeneas, de los altos hornos,

EL FIN DE UN REDENTOR

POR ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR

I

Pocas noches como aquella noche lunar. Su nítida opalescencia hacía resaltar la sombra de los algarrobos, en torno de los cuales los chilcos se apretujaban como manada de carneros en torno de su pastor. Las chozas, a la vera del camino, silenciosas y amodorradas, no daban más indicio de vida que los ladridos de algún perro malhumorado o las guiñadas de algún candil agonizante.

Aquí y allá los maizales agitaban sus pompones floridos, y por entre sus filas, espaciadas y simétricas, los algodonereros, escarchados por el ampo de sus bellotas reventonas, se extendían hasta perderse en el horizonte como serenos lagos de sombra.

El ambiente convidaba una aventura dieciochesca, Prestábase para una cita de amor como para una emboscada de odio; para el parrandeo bullicioso, como para la meditación melancólica. Tal vez si por eso los siete mozos que aquella noche tornaban de una excursión á la bahía de Bayóvar, excitados por el romanticismo del paisaje y la sensación de la velocidad automovilística, unos tumbados sobre los mullidos asientos del studebaker y otros de pié, saludaban, botella en mano entre grandes risotadas, á los transeúntes que iban encontrando en el camino.

El chófer, que era el mismo dueño del automóvil, contagiado también por la alegría, lanzaba de cuando en cuando un hurra y se volvía para decirles alguna chuchufleta, que todos celebraban bulliciosamente.

—¡Cincuenta kilómetros!—ordenaba uno por ahí.

—¡Sesenta!—agregaba otro.

—Cien y déjame bajar primero, cholito—exclamó un tercero, hipando y haciéndose sobre la boca la señal de la cruz con un vaso de *whisky*.

Y el studebaker rodaba, rodaba con empuje mastodóntico, bebiéndose a grandes tragantadas la cinta de luz que él mismo se iba tendiendo por delante, y dejando detrás, entre una ancha y espesa cola de polvo, las maldiciones de los jinetes asustados. Unas veces, contenido en su carrera por las ondulaciones del terreno, los baches y los troncos á flor de tierra, o las cuevas arenosas, parecía encabritarse y tascar impaciente el freno que lo sujetaba. Otras, libre de obstáculos y tentado por la dureza de la pista, entregábase audaz al riesgo de los sesenta kilómetros por hora, á ese suave deliquio de la carrera rauda y fascinante.

de los espirales incendios con melena de chispas, de las nubes, de los aeroplanos, de las trayectorias de los automóviles en las plazas desiertas, de los carriles cintilantes y de las constelaciones.

La belleza de los avisos luminosos tiene por elementos:

1o la originalidad sorprendente.

2o la síntesis fascinante.

3o la alegría infantil.

4o la ilusoria joyería efímera.

5o la velocidad de la luz que corre dibujando el borde de la palabra o el diseño de la cosa por gloriificar.

6o las pausas de tiniebla que interrumpen y avivan la luz creando una música.

7o la respiración coloreada y palpitante de las letras y de los números que refuerza y avalora el lenguaje humano.

8o la clara é inconfundible elocuencia a distancia de los hombres futuros.

F. T. MARINETTI.

Y en estas alternativas de la marcha, que hacía estremecer al auto y zarandear y reír a los viajeros nerviosamente, que lo llevaba y lo traía entre la transición de dos velocidades, como la burbuja de un nivel en balance, el chófer, pegado á la rosca del volante, iba indicando, con cierta suficiencia, los puntos del camino: "San Clemente.... Cruz Tume.... Vamos á entrar ya en el callejón de Miraflores...."

Todos lanzaron una exclamación de alegría. Muñuela estaba cerca. Allí pensaba el grupo hacer un gran alto, como decía militarmente el director de la banda, y llegar á cierta casa, echar abajo las puertas, si era necesario, y *uanear* un poco con las chicas, que eran cariñosas y entradoras como diablos.

—Yo—dijo el que iba al lado del chófer—vuelvo con hambre de bailar.

—¿Con hambre o con sed....?—preguntó uno.

—No me corrijas, que yo se lo que digo: *con hambre*. Bailar es lo mismo que comer. Cuando uno está con una muchacha entre los brazos, bien ceñidita, cara con cara y haciéndola girar, qué cosa hace sino comérsela, comérsela con los ojos, y la boca, y las manos, y....

—¡Basta, hombre, basta! Comprendido y aprobado—asintió el de adelante.

—Conste entonces que en materia de léxico estoy á la misma altura que en materia de *whisky*, que no es poco decir.

—Ya. Y en lexicomanía, lexicografía, y lexicowhisky...

—Oye—exclamó uno de los de atrás, que había estado dormitando, a pesar de los zarandeos del auto—, y en materia de burrología ¿como andas...?

—Ahí voy contigo. Es cuestión de puntos de vista, que diría Einstein. Porejemplo: si tú te subes á una torre y me ves desde allí, claro es que me ves menos burro que tú; pero si bajas y te pones junto a mí, tú resultas más borrico que yó.

Una carcajada formidable cayó como un chubasco sobre el aludido, celebrando la chusca chirigota, y el vaso de licor comenzó á circular.

—Bebe, hombre, bebe—añadió el de la chirigota, dirigiéndose al mozo de la comparación—, que esta es mi sangre, porque la tuya no la hemos visto venir hasta ahora.

—Te equivocas. Yo soy el que ha costado la gasolina.

—Bueno; esa es para que el auto beba, pero la que has debido obsequiar para beber nosotros, esa se te quedó en la tienda. Y cuidado que, si mucho me apuras, te descubro que la gasolina ha sido *capoteada* del *garage* de tu hermano.

—¡Capoteada! Mi plata que me cuesta. ¿No es verdad, Ricardo?

—Hombre, ni aunque pusieras por testigo á Santo Tomás, porque tú en lo de no dar eres como Tunney: ni quien te quite el cinturón.

—¡Señores!—gritó uno de los asientos del medio, al parecer el más prudente y el menos bebido—, atención, que ya estamos en Miraflores.

—Pero qué suerte la tuya, Montenegro. No has de abrir la boca sin hacer verso. Ya me explico por qué tienes á la Juanita como una ñoña romántica. Desde que le dijiste en un poema vanguardista que su boca era un binomio de treintidós incógnitas perladas, por ningún algebrista despejadas, no sabe ya más que entornar los ojos y lenguetearse los labios.

Las risotadas no le permitieron contestar de pronto al aludido. Pero en el momento que se abría de brazos, reclamando silencio y se echaba atrás, con afectada im-

portancia oratoria, u viraje violento, hecho para evitar un tronco atravesado en el camino y que el chófer no había podido ver á tiempo, distraído con la charla intencionada de los mozos y la cómica actitud de Montenegro, lo despidió contra un cerco de alambre, haciéndole dar un gran salto mortal y caer á los bordes de un zanjón, estrellándose.

Al estrépito de la caída, que atronó el bosque, una extraña mezcla de ruidos, sucedió a la breve y aparatosa agonía del auto, y a los alaridos de los excursionistas. Bajo el despanzurrado vientre de la bestia tres o cuatro de los viajeros se debatían inútilmente por librarse del peso abrumador y lacerante. Los demás yacían desparramados, a algunos metros de distancia, azorados, mudos con las pupilas clavadas en la enorme masa deshecha, mientras allá, en el fondo del bosque, un confuso tropel de bestias hacía trepidar el suelo.

De repente comenzaron á aparecer por distintos puntos algunas sombras, que fueron acercándose cautelosamente al lugar del desastre. Con sus ropas negras y su andar vacilante, parecían una bandada de buitres atraídos por el olor de la carroña fresca. Eran algunas docenas de indios, hasta cuyas chozas llegara el estruendo del accidente. Las mujeres, que parecían las más resueltas fueron las primeras en acercarse y hablar.

—Si es el *jierro*, mama; el *jierro* que está tumbado boca arriba y adebajo unos *zambios* que se quejan.

—¡Velay! Así son estos malditos. Llevan a los cristianos a la carrera, cómo si fueran a quitárselos y, a lo mejor ¡zas! dan un corcobo y los revientan.

—No hay como el piajenito, mama.

—Pero estos blancos, condenaus, por llegar pronto son capaces de compautarse con el diablo.

—¿Que estás hablando, Sunciona?—exclamó un indio viejo y grave, que parecía el jefe de la tribu y el marido de la india maldiciente.—Acércate y ayúdame a sacar a este señor, que parece el más apersonao.

Y poco a poco la indiada fué extrayendo a todos los que se encontraban debajo del auto y acostándolos cuidadosamente en la parte mas arenosa del suelo. La operación fue larga y difícil. Sin herramientas y dirección inteligente, cada uno hacía lo que le dictaba su voluntad y le permitía sus fuerzas. Dos de los extraídos estaban muertos: el uno con el tórax deshecho y el otro con los intestinos vaciados y molidos. El cuadro era para horripilar, pero los indios, después de una exclamación más o menos dolorida y sincera, se limitaban a santiguarse y a decir a una voz, a manera de responso:

—¡Pobrecito el difuntito! ¡Cómo se ha ido sin olearse!

Después se dedicaron a auxiliar al resto de los accidentados, ayudando a levantarse a los que solo estaban aturdidos por el golpe, quienes, ya de pie, comenzaban por sacudirse el polvo con seriedad de clown y a preguntarse lo que les había pasado. Luego se comenzó a disponer.

—Bueno, bueno; dejemos la pena y las lamentaciones para después—exclamó Montenegro, el involuntario causante del infeliz suceso—Lo que precisa ahora es llevar a los heridos al pueblo más cercano, que es la Muñuela. Tú, que pareces el más formal y voluntario, vé a decir lo que nos pasa. Ahí tienes una libra para lo que se ofrezca y otra para ti por el mandado, y a ver si se puede pedir un médico a Piura por teléfono. Pero antes de partir, díme como te llamas.

—Calixto Viera, señor.

—¿Viera....? Motape, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Entonces no vayas tú. Quiero otro.

—Yo, señor, iré—exclamó resueltamente un indio mozo.—En una carrerita voy y vuelvo y sin necesidad de que se me pague el servicio.

—Tu nombre.

—Sunción Yovera.

—¡Ah, *melén!* Buena gente. Pues tú serás el que vaya. Recibe las dos libras de Viera y andando. Los demás a hacer parihuelas.

Y así se hizo. Las dos libras tuvieron la mágica virtud de improvisarlo todo, de aliviar en algo el horror de la tragedia y atenuar la ojeriza legendaria del indio contra el blanco.

II

El auto se había quedado solo. Fracturada su osamenta en varias partes, su agonía fué breve: un estallido y un parpadeo. Vaciadas sus entrañas y apagados sus ojos, de la bestia, que una hora antes rodara, soberbia y rugiente, sólo había un triste hacimiento de cosas deshechas sobre un charco de vísceras humanas, dejadas ahí por la prematura del socorro y la poca diligencia con que se prestara.

Los que no quisieron ir hasta Muñuela acompañando a los muertos y heridos, se habían ido retirando lentamente a sus chozas, asqueados, conmovidos y a pesar de su egoísmo inhibitorio para todo lo que no fuera de su raza y de su mundo, convencidos una vez más de la inutilidad y del peligro que encerraban las invenciones del blanco. ¡El *jierro!* ¿Para qué servía eso habiendo tantos animales en el mundo, buenos, sufridos, sobrios, valientes y, más que todo, amigos del hombre? A burro o a caballo se iba a cualquier parte, mientras que á esa cosa brutal y vo-cinglera había que prepararle el terreno para que pudiese andar. Y al andar lo hacía como queriendo el camino para ella sola, atropellando a gentes y bestias, triturando a los perros, que eran como hijos del indio, espantando a las aves, asustando a los chiquillos, quitándole a los campesinos el sueño, escandalizando la paz y la quietud de las noches aldeanas.

¿Para qué, pues, servía el *jierro*? Lo que acababa de pasar era indudablemente un castigo. No en vano desafiaba el hombre la voluntad de Dios, que le ha dado pies a las cosas que deben andar. No en vano se pasa delante de los pobres indios, ostentando báquica alegría, en desenfrenada carrera, mientras ellos tiritan bajo la garra implacable del paludismo, sucumben diezmados por la siega feroz de alguna epidemia, desamparados y sumidos en la más triste de las inopias. Dios no podía permitir agravios semejantes.

Y todos ellos pensativos, aferrados a sus creencias punitivas, volvían a sus chozas, limpiando las manos pero con la mente llena de superstición y misterio.

La soledad del auto duró apenas. De repente comenzó a agitarse en torno suyo un mundo heterogéneo de animales, salidos de todos los extremos del bosque. Caballos, mulos, burros, toros, ovejas, cabras, perros y hasta patos que era lo que menos podía suponerse en un potrero de algarrobos. Todos parecían atraídos por una misma causa: la curiosidad, contenida al principio por la presencia del hombre.

Y es que todos querían ver de cerca aquella cosa que yacía muda e inmóvil, venida de quién sabe qué parte y con qué siniestras intenciones. La mayoría de ellos sólo la habían visto de día, a lo lejos, tambaleándose con su trompa negra, y de noche, deslumbrándoles con sus ojos fosforescentes de bestia rabiosa. Los demás sólo la habían oído gritar y estremecer el suelo a su paso. Apenas si unos pocos se habían rozado con ella en la ciudad y en los caminos.

El primero que se acercó decididamente al auto fué un burro anciano, de ancas peladas y espinazo roído por viejas mataduras. Lo miró con cierta petulancia de filósofo hastiado, lo olfateó por todas partes, tal vez para inquirir por el olor si se trataba de alguna bestia muerta o viva y, después de un gesto depectivo y muy suyo, alejóse más meditabundo que nunca, sacudiendo negativamente las peludas orejas.

Un caballo de gran alzada que parecía el barba de la cuadrúpeda tropa, le salió al encuentro al burro y le interrogó:

—No es un caballo, ¿verdad?

—Es una cosa más despreciable todavía — respondió el asno desdeñosamente — ¡Qué manera de apestar! Me ha dejado sin resuello. Un gallinazo es más tolerable. Y tú sabes lo que hiede ese animal asqueroso.

—Como que es el depósito donde vamos a parar todos nosotros. ¿Pero qué ha venido a hacer esta bestia aquí?

—Yo creo que ha dado un mal salto y se ha reventado el vientre.

—¡Infeliz! — murmuró un buey, berrendo en negro y cari blanco, interviniendo en la conversación y lamiéndose, con cierta delectación, la flema del hocico. Es de lamentarlo porque es un buen amigo nuestro. Ustedes no saben lo que estos animales hacen por nosotros, especialmente por la familia caballar que es la que más padece los maltratos de los hombres.

—¿Qué hay, qué hay — preguntó un mulo cojitranco, interesado al parecer con la noticia—. ¿Qué es lo que sabe hacer ese espantapájaros por nosotros, que hasta hoy no lo he visto todavía?

—Tú siempre renegón ó taimado — replicó el buey—. Siempre jactándote de que lo más pesado y rudo es para ti. ¡Si fueras buey por un día!

—¡Ya! — exclamó el mulo con sorna—. Tienes razón. No es poca cosa perder uno lo mejor que tiene.

—¿Qué hablas tú de eso, bastardo del demonio? Preferible es perder eso que tú dices, que no es culpa de uno sino de la perversidad del hombre, a nacer sin parecerse a sus padres.

—¡Tómame ésa! — rezongó por ahí el cerdo, mientras disputaba a los perros unos intestinos—. Venir con soberbitas para que, a lo mejor, nos saquen a relucir nuestro origen cochino.

—¡Cochino tú! — bufó el mulo, volviendo las ancas y tirándole una coza al puerco, quien la evitó con una agilidad impropia a su gordura.

—¡Paz!, ¡paz!, ¡paz! — moduló, conciliador, un pato de plumaje negro y brillante como un cofre chino laqueado. No hemos venido aquí a disputar ni reñir. Dejemos eso para los hombres, que nunca pueden estar mucho tiempo juntos sin decirse groserías y golpearse.

—¡Cállate, petulante! — gruñó un perro sarnoso, irritado porque sus compañeros no le habían dejado nada que roer—. ¿Qué sabes tú de los hombres? De nada sabes nada. Ni de nadar, ni de volar, ni de andar, ni de comer. Tú no eres más que una regadera con patas.

Todos los animales patearon la ocurrencia y con más furia las cabras, quienes mudas, discretas y modestas hasta entonces, se desataron en cabrioleos y estornudos, esquivando a la vez los asedios de un macho cabrío, hediente y barbudo, que, indiferente a la disputa, las perseguía, olisqueándolas y tartamudeando.

Pero el buey, que a pesar de la embestida maligna del macho, lo que le interesaba era desvanecer cualquier concepto erróneo de sus camaradas sobre aquella cosa que estaba ahí delante, y conservar también su prestigio de cornudo experimentado y entendido en los artefactos del hombre, volvió a tomar la palabra diciendo:

—Oye, Leal, tu inmemorial servidumbre al hombre, y a la cual tú tan ingenuamente llamas amistad, no te autoriza para faltarme el respeto que merezco y agraviar a mis camaradas por menos patas que tú que tengan. Tú bien sabes que todos los que estamos aquí hemos aceptado al fin el ser manejados y comidos porque éste nos ha convencido de que es más malo y bruto que nosotros; pero al someternos no hemos transigido con su maldad, no menos traicionado a nuestra especie. Está bien que él nos monte, nos cargue y nos coma, ya que no lo podemos evitar; pero que nosotros por conservar la vida y por roer un hueso hagamos lo que ustedes los perros, en olerle los pies y lamerle las manos, eso nunca, nunca! No tienes,

pues, derecho a lanzarle a nadie tus ladridos. Sigue tú envanecido de que en las historietas y cuentos te pinten como amigo del hombre. No nos importa. Yo me río de esas paparruchas. Amigos nosotros, que somos iguales. Pero tú, que en cualquier momento recibes un puntapié de tu amigo y te quedas tan fresco.... Por eso, ante este horrible cuadro hay que lamentarse. Tú, precisamente por perro, no puedes comprender todos los alcances de este accidente desgraciado. Se trata de un amigo del mejor de nuestros amigos. Y esto hay que decirlo, delante de todos ustedes y muy alto.

—Yo sí, yo sí lo comprendo — relinchó un caballo de gran alzada, que acababa de llegar y oír las últimas palabras del buey—. Un automóvil menos es un caballo más. ¡Ah, si cada hombre tuviese una cosa de éstas! ¿Para qué mas caballos que montar?

—¡Magnífico! — exclamó el mulo—. ¡Qué burro soy! Cómo no se me había ocurrido semejante cosa.

—¿Qué mulo, dirás — protestó el burro.

—Dá lo mismo — añadió el puerco—. Burro es el hijo de burro, aunque su madre sea....

Pero esta vez el puerco sí fué alcanzado. Una violenta coza del macho lo hizo rodar por tierra, dejándole en suspenso la frase intencionada. La familia caballar protestó bulliciosamente. El barba de la tropa se le echó encima al mulo a mordiscos y patadas y éste, por no ser menos, le respondió en igual forma, produciéndose tal estrépito y confusión que las aves del bosque se espantaron, mientras los burros a prudente distancia, rasgaban socarronamente sus entrecortados acordes, haciendo de contrabajos en esa endiablada sinfonía zoológica.

—¡Paz!, ¡paz!, ¡paz! — volvió a graznar el pato negro, aleteando furiosamente—. Van ustedes a concluir matándose y a eso no hemos venido aquí, sino a ver como mueren los que nos matan.

—Sí, compañeros; paz o me retiro sin decirles todo lo que creo necesario exponerles esta noche — mugió el buey, visiblemente malhumorado.

—¡Qué hable! — clarineó en tono subversivo el caballo que había causado el alboroto, sacudiéndose los hijares con la cola y volviendo a entrar en el círculo que rodeaba al automóvil—. Ya no volveré a hacer caso de ese hijo de mala madre.

—Belicosos se han vuelto ustedes — murmuró una de las vacas, las cuales hasta entonces se habían limitado a rumiar y lamerle el ombligo a sus crías—. Cuando recién llegaron ustedes al potrero no estaban así. Había que verlos. Tú, al menos, eras una alforja vieja y acia. ¿De dónde has sacado tanta susceptibilidad y brío?

—De la algarroba, de la algarroba, señora mía — contestó un burro medio balandrón. Usted ya sabe cuales son las virtudes de la algarroba. Uno es según lo que se come, y según lo que se come es lo que produce. Y esto no es una burrada, como podría usted creerlo. Y si no, allí está usted: buen pasto, buena leche. Así les he oído decir a los hombres. Y por algo lo dirán.

—Y a la algarroba le debemos también nuestros mejores hijos — añadió un asno joven, echándole miradas estrábicas a una burra de buenos cuartos, la cual a cada insinuación de aquel soltábale una coza, estirando el cuello y castañueleando las orejas coquetonamente—. Y parece que los hombres lo han entendido también así, pues yo tuve un patrón que sólo desayunaba con *yupislingua* y el cual decía a los que le observaban maliciosamente el desayuno: "¡Hay que ayudarse, mi querido amigo, hay que ayudarse!"

—¡Basta! ¡Basta! No siga usted, joven, con esas conversaciones, impropias de la seriedad de este acto. Déjelas usted para cuando esté usted entre los suyos.

—Muy bien dicho — asintió el puerco, a quien le había pasado ya el dolor de la patada mular. Esas cosas para burros, pero no para animales bien criados como nosotros.

—¿Vuelves a tus marranadas — observó el buey? Mira que animal bien criado tú..... Cállate definitivamente,

porque si vuelves a hablar me olvido de lo que soy y te tiro una cornada que te vas a estar un día entero en el aire.

Y luego, héchose ya el silencio.

—Les decía a ustedes que este montón de fierro y palo que está delante de nosotros son los restos de nuestro mejor amigo y he dicho una gran verdad. El automóvil nos está reemplazando a todos nosotros, a todos los que el lenguaje humano llama hipócritamente animales domésticos. Pues bien, si como ha dicho con mucha sensatez un caballo de por ahí, cada hombre tuviera su automóvil, cada animal tendría su redentor. El automóvil es, pues, el benefactor de nuestra especie. ¿No han visto ustedes desde aquí pasar esas máquinas, cargadas de esas panzudas y odiosas pacas de algodón, que antes pesaban sobre el lomo de muchos de ustedes, derrengándolos? Esas máquinas cargan y soportan todo impasiblemente: maderos, piedras, barriles, fardos, leña, fierros y hombres.

—¿Y yeso?—preguntó un pobre burro, asmático y canijo, que no había logrado restablecerse aún por más panzadas de algarroba que se daba.—¡Qué felicidad si yo dejase para siempre de cargar yeso! El yeso es un tósigo para nuestros pulmones.

—¿Y la leña?—añadió otro burro.—La leña nos rasga cruelmente al andar. No hay carguío de leña que hagamos sin que quedemos con los hijares o las ancas en carne viva y sangrante.

—¡Verdad!—repuso el buey.—Me alegro de que ustedes digan aquí estas cosas horribles. Todo eso proviene de la necesidad que tiene el hombre de valerse de nosotros. El día en que todo lo que trabaja para el hombre se vuelva máquina, fuera mulos y burros para cargar; fuera caballos para los viajes, para los cuarteles y para la guerra; fuera bueyes para el arado y castramientos para algunos de nosotros. Sobre todo, esto último, que es la cosa más cruel y vil que puede cometer el hombre. ¡Ah, ver pasar al lado a tanta vaca joven, a tanta vaca madre y no poder sino recordar lo que fuimos! Oír latir a los toros mozos, saber por qué laten así, por qué se retan desde lejos y antes de verse, por qué resregan sus cuernos en los troncos y se echan tierra a los hijares, y no poder hacer lo mismo!

—¿Cómo, eso es todo lo que usted quería decirnos, señor Buey?—murmuró irónicamente el cabrón, dejando a su serrallo por un momento en paz y sonriendo ante las filosofías del buey—pero de todo esto ¿qué vamos a sacar nosotros los chivos, vamos a ver? ¿Qué, los puercos y qué la gente de pluma?

—Es lo que estaba pensando yo—murmuró el puerco poniéndose a salvo, temeroso de que el buey cumpliera su amenaza.—Haya o no esas cosas de fierro no por eso van a dejar los hombres de hacer chicharrones y salchichas de ni; y de los cabritos, seco; y de los toros, bisteques; y de los bueyes, zurriones y maletas, y hasta de los caballos y burros, charqui, pues ni a burros ni caballos dejan los hombres morir en paz.

El caballo de la riña, pagado hasta ese momento de sí mismo y lleno de arrogancias y posturas, exclamó:

—Alguna vez habías de hablar bien, puerco. Jamás hubiese creído que desde el fango en que te revuelcas tuvieras ideas tan elevadas y ciertas sobre nuestro destino. Tu discurso me ha recordado muchas cosas. Diez años he vivido al lado del hombre y durante ese tiempo he podido conocerle muy bien. Yo he pasado por muchos amos y muchos oficios. He sido caballo de oficial, de médico, de agricultor y, últimamente, de arriero. Por el militar supe que todas sus atenciones y cuidados conmigo eran asquerosamente interesadas. El médico no pudo tratarme con más egoísmo y crueldad. A la hora de curar curaba a todo el mundo menos a mí. El agricultor de lo que más se preocupaba era de lo que podía sacar a la tierra, pero no de lo que la tierra podía dar para nosotros. Y el arriero, sólo se interesaba porque llegásemos pronto a donde íbamos.

El buey, que veía que el auditorio le defeccionaba, pasándose impudicamente a este nuevo orador, joven y de posturas tribunicias y que temía perder para siempre su prestigio de buey reflexivo y sesudo, interrumpió al hípico orador con estas dogmáticas palabras:

—La vida y la experiencia de nuestra especie no se aprenden en los cuarteles, ni a las puertas de las casas de enfermos, ni en los pesebres o corrales de una hacienda, ni al servicio de la gente de campo. Ni la experiencia tuya es la de todos los que estamos aquí. Hay que sufrir y meditar bajo el yugo, saber lo que es el oprobio de servirle al hombre y la vergüenza de verse uno mutilado porque así le conviene a su mezquino interés. Todos—oíganlo bien—todos los animales domésticos, cuando al hombre le interesa, caen bajo la infamia de la castración. Esta es la manera cómo paga el hombre nuestros servicios. Unas veces nos pone así, para desbravarlos, para humanizarnos, y otras, para hacer nuestras carnes más sabrosas. Es el pillastrón más cobarde e hipócrita de la tierra. A ver tú, puerco, ¿cómo andas de integridad? ¿Estás realmente completo?

El cochino, un tanto extrañado, tartamudeó:

—A mí... a mí... no me falta... na... nada. No sé de que me hayan quitado nada jamás. Una vez, estando yo lechón, me cogieron unos hombres, hierro en mano, y después de tumbarme me hicieron chillar. Después no volví a acordarme más de eso. Desde entonces todo mi pensamiento es comer, que me parece lo único importante en la vida.

Todo el auditorio estalló en una gritería ensordecedora, tras de la cual una puerca joven, que, echada largo amamantaba a una decena de lechoncillos, arrojó esta chuscada:

—¡Me consta! Ese cochino jamás me ha dicho buena trompa tienes.

—Yo lo creo—agregó el burro.—Eso sólo se dice cuando es uno un animal completo, como nosotros, a quienes el hombre no nos juega nunca esa mala pasada, dicho sea en su honor.

—¿Pero saben ustedes por qué?—mugió el buey insidioso y sin querer perder resquicio para echar todo su encono contra el hombre.—Porque a ustedes no se les puede comer, porque ustedes no pueden tener el honor de ser servidos en una mesa decente. ¿Cuándo han oído ustedes decir potaje de burro? Esta es la razón porque se les deja como están. Y es en la reproducción donde está precisamente, la desgracia de ustedes. Burros habrá sobre la tierra por todos los siglos de los siglos.

—¡Amén!—baló una oveja, que seguramente había sido oveja de cura, porque lo dijo con oportunidad y cierta unción sacerdotal.

—¡Véan a la mosquita muerta!—mugió despectivamente el buey— Cuando las personas de respeto hablan la gente menuda escucha. Es lo primero que te han debido enseñar. Que no tenga que repetir esto.

—Sí, sí—farfulló, casi sin entendersele, la oveja.—Persona de respeto y siempre con el trasero sucio.

—¿Qué dice esa? A ver si la hago callar de una testarada—rugió el buey, sacudiendo amenazador la desmochada cornamenta.

Y luego con tonante voz, para que todo el auditorio pudiera escucharlo, y posando una de sus manos sobre la trompa hendida del automóvil:

—¡Compañeros!, después de todo lo que les he dicho en pró de este invencible corredor que tenemos aquí delante, yo propongo erigirle en este bosque un monumento, que perpetúe al redentor de nuestra especie.

—¡Sí, sí!—gritaron todos los bueyistas—. ¡Que viva nuestro redentor!

Y el buey, enardecido por primera vez desde que dejó de ser toro, hizo culminar el entusiasmo con esta reflexión un tanto bolchevique:

—Y aunque no fuera por ser nuestro redentor como dignamente lo ha calificado el más barbón de nosotros.

MOSCU, LA CIUDAD MISTICA

POR CARMEN SACO

Para ir a Moscú hay que desdoblarse, dejando el alma europea y los prejuicios, porque no podemos apreciar la enorme y chata ciudad con el criterio de Occidente: ni sus calles, ni su suelo, ni su aire lo permiten. Yo he visto casas, palacios y teatros y me decía: son como en París, pero sentía que no: las ventanas, las columnas, la masa tal vez tenían las mismas proporciones; pero la gente que circulaba, el pavimento de cantos redondos, los lindos caballitos del Turquestán, mil cosas sutiles los cambiaban, trasmutando el estilo, el carácter, con mil cosas que escapaban a mi análisis, quedando solo las sensaciones, en las que fué Moscú para mi fantasía una ciudad asiática. En sus calles ví pulular todas las razas de Oriente, desde el finlandés de blanco cabello, hasta el caucasiiano de ojos negros y brillantes; desde el amarillo de pómulos salientes, hasta el tolstoyano de barbas de apóstol; ví también mujeres alargadas con caras de íconos bizantinos y mujeres bajas regordetas como esquimales, de regiones desconocidas para mí. Circulaban estas gentes en multitudes rápidas, corrían casi, pareciendo querer alcanzar algo, se pasaban unos a otros como en una apuesta, iban sonrientes y callados por las calles tortuosas, por las inmensas plazas. En estas plazas que parecen hechas para el desfile de ejércitos, cuelgan las cúpulas como racimos de peras enormes. Las hay de todos tamaños y de todos colores, estrelladas, verdes, amarillas, doradas y plateadas, como piñas rugosas y talladas como diamantes, con mil detalles de puntas, ángulos, geometrías simbólicas y flores, y en su punta cruces de filigrana de oro, sostenidas por hilos de oro. El más bello y raro ejemplar es la iglesia de San Basilio en donde se coronaban los zares, construída por Iván el Terrible. Tiene una gran perspectiva en la inmensa Plaza Roja. Ante ella, a una gran distancia el espacio libre para que podamos abarcar la familia de cúpulas: el padre, la madre, los dos hermanos mayores y el más pequeño en arquitectura simbólica, como si estuvieran encargadas de representar un poder que protege, porque siempre hay una grande que es como la cabeza y las menores que se apiñan a su alrededor como seres débiles que buscan amparo. Es por dentro San Basilio como un misal iluminado con viñetas en sus tabernáculos, y muros de oro en sus numeras capillas circulatorias.



Las Cúpulas de Moscú, apunte de Carmen Saco.

La Plaza Roja,—se llamaba así desde antes de la Revolución,— está llena de significados trascendentes en la historia; en el centro se alza el monumento a los fundadores de la carta rusa, a un lado inmensos almacenes para el pueblo y al otro la ciudad fortaleza del Kremlin sobre el que ondea la bandera del comisariado general del pueblo, clavada sobre una cúpula chata. Bajo la bandera y al pie de la muralla del Kremlin, la sepultura de Lenin.

En Moscú todas las plazas son inmensas. Una de las más notables después de la Plaza Roja, es la del teatro imperial con el edificio de la Gran Opera de Moscú estilo renacimiento, decorado con una cuadría de bronce en el frontón; hoy a su lado están los inmensos almacenes del pueblo, "Moctep", de varios pisos, por los que pasa todo el día una enorme multitud.

Los contrastes de las nuevas arquitecturas americanas, avaloran las cúpulas de oro y de estrellas, y los estilos barroco ruso, bizantino y finlandés, se caracterizan con la fantasía de una ciudad de las mil y una noches.

Al lado del edificio del Comité regional del partido comunista de Moscú, de estilo severo, gris, uniforme, un puñado de cúpulas repican y lo golpean con sus curvas hinchadas y doradas. Y de repente en la alegría triunfal de colores y de brillos, un sueño de Edgar Poe me detiene y me alucina; es una enorme iglesia toda roja, coronada por cinco cúpulas de oro y más allá otra toda blanca como una castidad. Rojo y blanco son los colores dominantes, sobre todo el rojo.

Son tantas las cúpulas en Moscú que aparecen en todos lados; brillan entre las arboledas como frutos raros, y otras veces no son ajos ni peras, sino flechas de oro agudas que se clavan en el cielo como una llamada en punta, porque Moscú es la ciudad mística con íconos vestidos y aureolados de plata, con lámparas encendidas, y bajo un domo añil estrellado hay símbolos de bronce, luces, flores, incienso. Moscú es la ciudad del pueblo

Levantémoselo siquiera por ser un buen matador de hombres.

Todos los congregantes, á excepción de los porcinos, cabrunos y palmídeos, se pusieron a vocear y aplaudir el arranque tribunicio del buey, mientras sus opositores, entre ellos el macho cabrío y el burro á la cabeza de los chivatistas, se alejaron, perdiéndose en el bosque y haciendo el primero de ellos esta sangrienta alusión:

—A ése... a ése... todo lo que... le hace mal... al hombre... le... le encanta. Para lo que nos importa... esa caja... que está ahí patas arriba con... con la vidita que nos damos...

—Ya lo creo—asintió el burro, con la suficiencia de un juez viejo.— Y en gran parte hay que agradecerse-lo al algarrobo. A este árbol sí que deberíamos levantarle todos nosotros, astados y orejudos, una pirámide como las que vieron mis antepasados en otras tierras.

E. LOPEZ ALBUJAR.

Piura, 1927.

D O S H O M B R E S

POR MARIA WIESSE

Por la ventana entraba una claridad pura, que venía a posarse como una gran pincelada de oro sobre un yeso, reproducción de la Victoria de Samotracia.

Así, bañada de luz la gloriosa mutilada se erguía aún más palpitante, más llena de vida, toda resplandeciente, como un símbolo de triunfo, como un espíritu inmortal y sagrado.

Miguel Elguera trabajaba con ardoroso ahinco, aprovechando la luz próxima a extinguirse. Una hora, quizás menos, duraría aquel esplendor sereno y el cielo comenzaría a teñirse de oro y carmín; el taller se llenaría de sombras; sería preciso dejar el trabajo y cubrir el barro con un lienzo mojado.

Las manos de Elguera, nerviosas, inteligentes, robustas, animaban poco a poco la morena arcilla; el modelo era un muchacho muy hermoso, que bajo la mirada fulgurante del escultor guardaba una inmovilidad casi perfecta, el ritmo de su respiración levantaba apenas su fuerte y armonioso pecho.

Miguel Elguera sentía que la fiebre del trabajo le quemaba la sangre. Se le escapaba el tiempo y todo él ardía en el deseo de realizar algo aquella tarde. Su mirada dominaba al mozo, que no se atrevía a moverse, a pesar del cansancio. Bajo los dedos del artista el barro iba tomando forma; en la materia se encarnaba la idea.

Sin interrumpir su labor, Elguera contestó al saludo de Carlos Oliver y de Pablo Mansilla, que entraron al taller. Los dos jóvenes se sentaron y, después de encen-

mistico! del ideal que se siente en el canto de las campanas que juntan sus sonidos como orquestas; en su baile impresionista; en su música lacerante. El pueblo ruso es bueno, dulce, servicial, ingenuo como un niño. He observado que le gusta instruírse. En los museos hay siempre grupos numerosos de pueblo que escuchan a un maestro, que les da lecciones de estética. Yo vi un inmenso grupo, ante una escultura de Rodín, haciendo comentarios, discutiendo casi con el maestro; porque el pueblo de Moscú es en general instruído; las institutrices y las profesoras campesinas conocen el movimiento literario moderno, hablan de literatura y de música de ante-guerra con un conocimiento catedrático, sobre todo de lo que se relaciona con Francia, porque los rusos la aman. En el teatro de la Gran Opera de Moscú pude apreciar el espíritu de este pueblo singularísimo, lo vi escuchar en silencio, recogido, la ópera de Borodine, "El Príncipe Igor". Esta sala magnífica de la Opera Imperial hecha solo para príncipes y grandes damas, es ocupada hoy por los trabajadores de blusa; yo los vi sentados desde el primer piso al sétimo. Presentaba la sala aunque sin mujeres enlucidas un aspecto magnífico, con sus innumerables candlabros de cristal y su gigantesca araña en el centro toda irisada como un chorro de agua que colgara. Los cortinajes riquísimos de damascos y de terciopelos, daban un encontrón calofriante a las blusas, y fulgor a las caras que escuchaban atentas. En las butacas talladas y doradas de los grandes palcos escénicos, colgados de riquísimas sedas, los trabajadores se solazaban, descansaban de sus fatigas, como los soberanos del nuevo imperio, y en el centro del teatro, partiéndolo en dos como un resplandiente altar de oro y de rojo, el palco del zar vacío y trágico, coronado por el escudo de los soviets: el martillo y la hoz sobre un mundo azul y rojo rodeado de espigas simbólicas de oro atadas con cintas. El escudo soviético sobre el palco del zar vacío era el símbolo que da la soberanía al trabajo.

der unos cigarrillos, se pusieron a charlar. Algunos instantes después llegaron Luis Esteves, Ricardo Paz y Julio Silva. Eran las seis y media de la tarde.

—Basta por hoy, dijo Miguel al modelo. Ven mañana a las nueve. Y arrojó su mandil de labores con aire de satisfacción; había logrado, venciendo la hora, abocetar la cabeza del muchacho, que ahora se vestía, tras de un biombo, apresuradamente.

El escultor hundió sus afiebradas manos en una palangana de agua, después alisó sus rebeldes cabellos negros y arregló el nudo un poco bohemio de la corbata.

—Has trabajado bien, anotó Carlos Oliver mirando el boceto de su amigo. Vas a realizar una hermosa obra.

—Cada día siento más ardor para trabajar, respondió el artista, y cada día amo más apasionadamente mi arte. No sé si lo que ahora estoy haciendo será bueno o malo; sé únicamente que en este barro voy poniendo todo mi espíritu y todo mi corazón.

—¿Cómo se va a llamar tu nueva obra? preguntó Ricardo Paz.

—"Un joven" y nada más. Creo que eso basta.

—Sabes, que me parece que no es lo suficientemente expresivo ese nombre. ¿Porqué no le das otro más simbólico, más ideológico?

Elguera rió con aquella risa sonora y franca, que le era peculiar, al oír las observaciones de su amigo. Paz— en su afán de sutileza y profundidad—oscurecía, a veces su pensamiento. Por lo demás era un buen diablo entusiasta por todas las cosas de arte y muy sincero en la amistad.

Afectuosamente le objetó Miguel:

—Algún nombre literario o filosófico para epatar a los burgueses de las letras y a los "parvenus" del arte. Algún nombre que dé margen a que los pseudo-críticos citen a Oscar Wilde y a Camille Maclair. Querido Ricardo, no seas tan literato. Déjame mi rústica sencillez. Esta obra se llamará un joven y nada más, porque no quiere ser mas que eso: un joven. ¡Oh si pudiera encerrar en este barro la juventud y la hermosura de mi modelo, si verdaderamente esta obra llegara a ser un joven radiante, dinámico y musical!

Un noble ardor iluminaba el rostro varonil de Elguera. A sus fervientes palabras sucedió un momento de silencio y luego prosiguió la charla vehemente, cálida, chispeante. Todos eran jóvenes; el mayor, Pablo Mansilla, no había cumplido aún treinta y dos años. Miguel Elguera estaba en toda la plenitud triunfante de sus treinta años; sus amigos lo admiraban ya como a un maestro y diariamente venían a su taller como a un foco de claridad, de energías espirituales, de altísimas aspiraciones hacia la belleza. El grupo juvenil se prodigaba en discusiones apasionadas y conversaciones inteligentes; unos a otros se comunicaban su fervor por el arte y las ideas. Era justificada la admiración que por Miguel Elguera, sentían sus amigos. Después de los ensayos y tanteos—interesantísimos en Elguera— de los primeros años, después de un estudio a conciencia y de una formidable disciplina, Miguel había entrado de lleno en el camino de una magnífica producción original y viviente; cada obra nueva del joven escultor iba mostrando la fuerza de su talento, que se renovaba constantemente en un perenne anhelo de perfección.

Elguera no seguía ninguna escuela, ni se había enroldado bajo ninguna bandera; era un artista sincero, audaz, libre, inquieto y disciplinado a la vez. Entre sus amigos el mas querido era Carlos Oliver, un muchacho de fino espíritu, gran corazón y luminosa inteligencia, que impulsado por una verdadera vocación había seguido cursos de medicina. Ahora, desinteresadamente, curaba a todos los pobres que lo solicitaban. No era Oliver de los médicos desti-

nados a hacer fortuna—graves señores pulcramente trajeados, dueños de un "Buick" o de un "Hudson".—Presentaba Carlos la extraña particularidad de ser generoso, compasivo abnegado. Además con aficiones literarias y artísticas y un poco bohemio, no se preocupaba de conseguir una clientela seria y puntual en sus pagos; lo esperaba una vida pobre, modesta y oscura.

Por estas cualidades y excelencias espirituales, por su sensibilidad y su comprensión del arte, por su fuerte y clara cultura, Elguera quería y estimaba a Oliver. Habían vivido muchas horas de bohemia juntos. Al taller del escultor, Carlos, cuando estudiante, traía sus libros. Miguel había acompañado muchas veces a su amigo al hospital. Y las mismas desigualdades y diferencias de sus caracteres los unían más; Elguera era alegre, expansivo, locuaz, más sensual que sentimental, quizás un poco egoísta. Oliver triste, silencioso, huraño, escondía bajo su reserva, un poco altiva, un gran sentimentalismo. Y frente a la vida estaba desarmado por ese mismo sentimentalismo. Miguel, en quien la sensualidad era más fuerte que el sentimiento, estaba llamado a dominar, a vencer a triunfar; había en él, a veces algo de un Benvenuto Cellini.

Esa tarde—como todas—Elguera y Oliver salieron juntos del taller, una vez idos todos. Descendía la noche sobre la ciudad. En el cielo de un azul violeta brillaba ya un lucero. En silencio los dos amigos fueron caminando. De una confitería iluminada a profusión, venían rumores de voces, de risas, de violines que repetían una tonada de moda. Sobre el asfalto reluciente corrían los automóviles, mezclándose sus bocinazos y sus clamores, a la música que resonaba en los cafés y en las confiterías.

Elguera y Oliver, insensiblemente, habían llegado a un paseo situado en las afueras de la ciudad. Amplia, agreste, con majestuosos árboles un poco inclinados, la avenida se encontraba, a esa hora, casi solitaria. Solamente un hombre y una mujer, cerca de una fuente, bajo un ficus inmenso, se miraban sin hablar, las manos enlazadas.

Un estremecimiento sacudió a los jóvenes; en Oliver fué el corazón que se emocionó. Elguera sintió el anhelo de una efímera comunión carnal, de una embriaguez física ardiente y fugitiva.

—¡Que tarde es! dijo el escultor, después de un momento.

Le respondió Oliver. Volvamos....

—Confíesalo, Carlos. Eres un romántico incorregible, un sentimental candoroso e ingenuo.

Y Miguel, cariñosamente, tomaba el brazo de su amigo para quitarle toda acritud a su ironía.

—Seguramente que sí. Yo creo que el amor es toda a vida; a lo menos *sería toda mi vida*.

La voz del joven médico temblaba un poco y su rostro se tornó grave.

—No. (Miguel hablaba con energía.) El amor no puede ser toda la vida de un hombre. Es un episodio; el arte, las ideas la ciencia, las actividades intelectuales son más grandes, más nobles que el amor de una mujer. Yo nunca sacrificaría mi arte a una mujer.

Las palabras del escultor vibraron duras, retadoras, audaces.

Lentamente murmuró Carlos:

—Pues, yo por una mujer amada creo que daría mi vida.

MARIA WIESSE

EN VERGADURA DEL ANARQUISTA

soy apretón de manos a todo lo que vive

poseo plena la vecindad del mundo

*mi alma lame las paredes de la humanidad como una llama
y chamusca el dolor asomado a algún balcón.*

el arroyo usa un ritmo asilábico aprendido a mi acento

el futuro va enroscado a la inflexión madura de mi voz

voy colocando postes en las parcelas del tiempo

soy el amundsen de mí mismo

cuantos explorándose se acercuen al infinito

comprobarán las dilatadas leguas de mi viaje

habrá un cartel en cada incertidumbre

*hablo, y a mis palabras no les falta ni una probable
dimensión*

marcho, y los caminos quedan habitados para siempre

*grito, y de las campanas gotean sonidos
porque mis iras apuñalean todas las torres*

*donde siembro un odio crece una bandera
para los hombres de imposible presente*

nada de sangre: me corre un viento por las venas

mi corazón es una veleta en lo más alto de mi vida

Aiberto HIDALGO.

LA VIDA ECONOMICA

Finanzas - Comercio - Agricultura y Ganadería
Minería - Industria - Transportes - Seguros
Estadística

Inauguramos en este número una sección de necesidad fundamental para el estudio científico y orgánico de los problemas peruanos que constituye, como anunciamos en nuestro artículo de presentación, uno de los objetos sustantivos de "Amauta". Hemos publicado en nuestros números anteriores diversos ensayos económicos, entre los cuales recordaremos los de José Carlos Mariátegui y Jorge Basadre. En este mismo número aparece la primera parte de un trabajo de Mariátegui sobre el problema agrario, que concluirá en el número de enero. Pero, aparte de estos estudios panorámicos, hace falta una sección que exponga, con datos y cifras, el curso mismo del movimiento económico del país, en sus diversos aspectos. En esta sección no habrá campo para el debate doctrinal; pero sí para la acotación sintética. La economía explica, en nuestro tiempo, mejor que ninguna otra cosa, la vida de un país. Aún quienes no acepten el materialismo histórico,—mal entendido cuando se le concibe como una filosofía de la historia que reduce a ésta a historia de la economía,—convienen sin duda en que vivimos una época singularmente dominada por los factores económicos. Ningún trabajo nos parece, por eso, tan concordante con nuestros puntos de vista, esbozados en los ensayos de Mariátegui (1) como el de ir diseñando con datos y notas, el perfil económico de la historia peruana. Para esta labor, recurriremos en algunos casos a la encuesta, no a la que provoca un certamen de opiniones genéricas o convencionales, sino a la que allega elementos para la investigación metódica de un asunto, o invita a las personas responsables y autorizadas a tomar posición frente a un problema. Organizaremos, ante todo, una encuesta sobre la situación agraria de cada departamento, con el mayor acopio posible de datos sobre la división de la propiedad, régimen de trabajo, etc.

FINANZAS

Empréstito Nacional Peruano

El Congreso ha votado una ley que autoriza la emisión de un empréstito que se llamará Empréstito Nacional Peruano, de monto indefinido, regido solo por la capacidad deudora del Erario, que es estimada sobre la base de la tercera parte de sus rentas. El objeto de este empréstito, que se colocará a un tipo no menor del 86 % y con un interés no mayor del 6 %, es la cancelación de los empréstitos externos actuales,—por los cuales se paga un interés de 7 y $\frac{1}{2}$ a 8 %,—con excepción del empréstito del guano que conforme al contrato respectivo no puede ser amortizado extraordinariamente antes de 1933. El sobrante del empréstito, que se emitirá en series, de cincuenta millones de dólares la primera,—el Ejecutivo queda autorizado a emitir en una o más series adicionales otros 50.00.000 de bonos, en las mismas condiciones, se aplicará a la ejecución de obras públicas y en primer lugar de las obras portuarias del Callao. El Gobierno, en uso de esta autorización legislativa, ha suscrito el contrato para la emisión de la primera serie con un grupo de banqueros norte-americanos (J. & W. Seligman & Co., The National City Bank of New York y The National City Company), quienes según se anuncia, colocarán una parte de los bonos en Europa. Este empréstito excluye toda garantía prendaria de rentas públicas; y es en esto que se diferencia principalmente de los empréstitos anteriores que ponían en manos de los prestistas la recaudación de las rentas afectadas, como garantía, a su servicio.

(1).—Véase en el No. 2 de "Amauta" el estudio de José Carlos Mariátegui, "LA EVOLUCION DE LA ECONOMIA PERUANA".

Recaudación de las Rentas Públicas

Ha aprobado también el congreso un proyecto de ley que concentra en la Caja de Depósitos y Consignaciones, a partir del 1º de enero próximo, la recaudación de todas las rentas de la República sea cual fuere su origen y denominación, exceptuando por ahora únicamente las rentas afectadas como garantía específica de empréstitos externos y cuya recaudación mientras estén vigentes los respectivos empréstitos, se encuentra encomendada irrevocablemente a entidades especiales, en conformidad con los respectivos contratos de empréstito. Se exceptúan también, hasta que el Poder Ejecutivo lo considere conveniente, las rentas de correos y telégrafos y las de Aduana que no se hallen afectadas como garantías específicas de empréstitos externos (Art. 1º) Esta ley, sometida al congreso, al mismo tiempo que la del empréstito, contempla así la restitución al fisco de la administración de las rentas afectadas a los empréstitos externos.

BANCOS

Las cifras totales de los balances de los 12 bancos establecidos en el Perú, correspondientes a 1926 son las siguientes, conforme al "Extracto Estadístico del Perú", del cual las tomamos:

Capital pagado	Lp. 2.606.027
Fondos de Reserva y otros	906.810
Depósitos	16.951.208
Préstamos y descuentos	16.186.395
Encaje	2.630.645

El capital, reservas, dividendos y utilidades de los Bancos constituidos con capitales nacionales, ascendieron en el mismo año de 1926 a las siguientes cantidades:

Capital	Lp. 1.731.027
Reservas	905.903
Dividendos	240.714
Utilidades	442.585

Las cifras de capital y reservas bancarias acusan una ininterrumpida ascensión de 1897 a 1926. En las cifras de depósitos y préstamos y descuentos, la línea de ascensión naturalmente no presenta la misma continuidad.

CAMBIOS

La cotización de la libra peruana en New York el 21 de diciembre en curso fué de 3.93 dólares. En 1926, como se recuerda, el cambio sobre New York bajó, en el mes de octubre, hasta \$ 3.50 por libra peruana. El cambio más bajo de diciembre del mismo año fue de \$ 3.52 $\frac{1}{2}$. El descenso de nuestra moneda, que durante los años de 1923 y 1924 se había mantenido por encima de 4, no llegando sino en sus mínimas a 3.90, empezó en julio de 1925, año de las lluvias y de la depresión del volumen de nuestras exportaciones, con una baja a 3.87 que debía acentuarse en los meses siguientes.

El curso más alto de la libra peruana que registra la estadística del periodo 1902-1926 es el de mayo a junio de 1918 en que la libra peruana se cotizó hasta a 5.65.

AHORRO

El movimiento de los depósitos en cuenta corriente de la Caja de Ahorros de Lima, marca un descenso en 1926. Los depósitos del año ascendieron a Lp. 365.205 contra 410.971 de 1925 y 401.859 de 1924. Lo pagado en el año sobre pasó la cifra de los depósitos; subió a Lp. 402.594. Esta disminución no se explica

sólo por la competencia de los bancos que tienen abiertas cuentas de ahorro, pues también los depósitos de estos bancos que en 1925 sumaron Lp. 1.800.228 bajaron en 1926 a Lp. 1.721.251. Los pagos del año no excedieron a los depósitos: montaron a Lp. 1.660.716. No obstante el saldo favorable y el número de libretas abiertas que alcanzó a 19.177 contra 10.763, resulta evidente que el ahorro experimentó en 1926 cierta depresión, a consecuencia de la crisis económica, depresión ostensible por que el hábito mismo del ahorro aparece, en el incremento del número de correntistas crecientemente difundido.

INDUSTRIA

Tópicos de su desarrollo

La Feria de la Industria Manufacturera Peruana, efectuada en los meses de mayo y junio último, señala el comienzo de una activa propaganda industrialista. Dentro de un plan de nacionalización de la economía del país, el fomento de la industria tiene, necesariamente, un lugar importante. El desarrollo de la industria manufacturera encuentra sus mayores y primeros obstáculos en el interés extranjero de mantener al Perú como país productor de materias primas y mercado de consumo de la manufactura europea o norte-americana.

La industria,—por el carácter de economía colonial, que tiene la economía peruana en el cuadro económico mundial,—representa, bajo cierto aspecto, en el Perú, una tentativa o un elemento de gradual emancipación, aunque en parte permanezca todavía enfeudada a firmas importadoras y exportadoras que necesariamente subordinan su actividad manufacturera al juego de intereses ajenos a la industria misma.

Desde el punto de vista de la educación técnica, significa la posibilidad de que una parte de la población obrera evite la proletarización embrutecedora de la mina y la hacienda, donde el número de operarios especializados es siempre una ínfima minoría dentro de la masa de peones u braceros, mano de obra primaria en la cual solo la cantidad se toma en cuenta. En una etapa en que los oficios y las artes populares declinan y en que la pequeña industria indígena desaparece casi, la industria es un factor de instrucción profesional o técnica.

Socialmente, el desenvolvimiento de la industria crea núcleos de proletariado industrial y urbano en los cuales espontáneamente arraiga, con el espíritu de clase, la doctrina socialista y la práctica sindical. La fábrica es la mejor propagadora de ideas cuya coincidencia con el industrialismo muchos no aciertan todavía a explicarse.

La naciente industria manufacturera nacional se acoge a la barrera de los aranceles para defenderse de una difícil competencia con los artículos de importación. En un país donde dominan los impuestos directos, y que ha extraído siempre de las aduanas su renta más saneada, la industria manufacturera halla un proteccionismo natural y espontáneo. Pero, por supuesto, no le basta, y propugna un absoluto proteccionismo aduanero, actitud que se conforma, por lo demás, con la tradición de un país donde el fisco ha abrigado siempre el muy incipiente espíritu de empresa de los individuos.

No hay ningún interés social en fomentar industrias artificiales y onerosas, que pesarían injustificadamente sobre el consumidor y que, sujetas a la inestabilidad de lo precario, expondrían a frecuentes crisis de desocupación a los obreros que reclutasen, anulando así la contingente ventaja social y técnica más arriba apuntada.

El Perú necesita aumentar su equipo industrial. A este respecto no hay duda. El socialismo por lo que a él concierne, no ha sido hasta hoy en el mundo, ni proteccionista ni libre cam-

bista rígida e invariablemente. Ha compulsado conforme a su método, los factores concretos que, en cada caso, pudiesen hacer preferible una u otra política. En una época ha podido pasar por libre-cambista; en otras por proteccionista. Dentro del orden vigente, la cuestión no existe para él doctrinal sino concretamente. El librecambio es un principio de economía liberal; pero ésta misma ha tenido que renunciar a él, prácticamente, cada vez que sus intereses se lo han aconsejado. El tema es vasto y merece detenido esclarecimiento.

AGRICULTURA

Lo Convención Azucarera

Las empresas azucareras consideran, actualmente, la invitación recibida por el Perú para adherir a la convención que, con el objeto de restringir la producción, patrocina y organiza Cuba. "La Prensa" recomienda, en esta materia, una resolución seriamente meditada, que consulte del mejor modo posible los intereses de la industria azucarera peruana, destacando dos elementos de su situación; la necesidad en que se ven las empresas de mantener sus cultivos proporcionados al desarrollo de sus ingenios que, si trabajan a menos de su capacidad normal, resultan antieconómicos; y la excelencia de las tierras cálidas de la costa, próximas a ser aumentadas por las obras de irrigación, para la producción de azúcar. En esto mismo piensan, sin duda, las empresas azucareras, que no pueden dejar de darse cuenta de que el Perú ganará poco con asistir a la conferencia, pero ganará menos si no asiste. Hay un antiguo proverbio que dice que "los ausentes yerran siempre"; y esto es particularmente exacto cuando los ausentes no son fuertes. La industria azucarera en el Perú que destina el 87 % de su producción a los mercados extranjeros es un industria colonial que por tanto, no puede suponerse excesiva independencia. La discusión de la concurrencia del Perú es, en verdad, ociosa. Lo que más claramente se desprende de cuanto se ha dicho, en esta ocasión, sobre la industria azucarera, es que debe sus utilidades al bajo costo de su producción, léase a la mano de obra barata. Cuando se discutió en el Congreso los impuestos de exportación, los memoriales de la industria azucarera argüían, solicitando alivio, que los precios altos habían venido a redimirlos de las hipotecas y obligaciones contraídas en un dilatado período de crisis. Se puede decir así que la industria azucarera no conoce la prosperidad sino como excepción y, en todo caso, gracias a factores externos, como la gran guerra; y que su situación natural y constante es de crisis, no obstante los jornales bajos. No se sabe verdaderamente, qué le quedaría, si este elemento no subsistiera. Peruana es cada día menos, sobre todo después de las últimas transferencias de dominio de algunos grandes fundos ("Roma", "Paramonga").

El Cultivo del Trigo

Los ensayos de cultivo de trigo en la costa del Perú ofrecen una buena perspectiva a nuestra agricultura. La rutina nacional se había habituado a la creencia de que las tierras de la costa no servían para el trigo. Y el Perú continuaba pagando, por su consumo de este cereal, un fuerte tributo al extranjero. La importación de trigo y harina ha sido siempre uno de los gruesos renglones de nuestra importación. En 1924 importamos trigo por valor de Lp. 1.145.762 y harina de Lp. 131.223; en 1925 trigo por valor de Lp. 1.337.563 y harina de Lp. 175.343. En un país fundamentalmente agrícola, con tierras adecuadas a todos los cultivos, esta importación acusaba una mala organización económica y agraria. El éxito de los ensayos practicados en el fundo "Salamanca", del

A los Anunciadores

"Amauta", por su circulación en Lima, Provincias i el extranjero, ofrece las mejores ventajas.

AGRICULTURA Y COMERCIO INDIGENAS



EL INDIO GAÑAN



LA FERIA DE HUANCAYO

departamento de la Libertad, por el ingeniero agrónomo Alberto Martín Lynch, para cultivar una variedad inmune a la “roya”, la plaga que impedía el cultivo del trigo en la costa desde los tiempos coloniales, franqueó el camino, en los últimos años, a más extensos y decisivos experimentos. Ya en 1918, un ministro de hacienda, el doctor Víctor Maurtua había planteado la cuestión del abastecimiento del trigo como una de las más urgentes de nuestra economía; pero entonces se creía que este cultivo no podía prosperar sino en la sierra, hecho que lo subordinaba a la solución del problema de los transportes. Pero, constatada la inmunidad de la variedad “Kappli Emmer” a la roya, se abría una perspectiva nueva, que la Comisión Impulsora del Cultivo del Trigo, ha aprovechado continuando a los experimentos a lo largo de la costa, con los mejores resultados según se anuncia, pues se ha obtenido apreciables rendimientos aún en las “lomas” que hasta hoy parecían exclusivamente aptas para una periódica producción de pastos naturales. La cuestión técnica queda así resuelta; subsiste solo la cuestión económica.

SEGUROS

El crecimiento de las Compañías de Seguros prosigue sin interrupción. El seguro se extiende, a medida que se acentúa el tenor moderno de la vida citadina. A las antiguas categorías de seguro, se agregan constantemente categorías nuevas. Los segu-

ros contra riesgos automovilísticos, por ejemplo, aumentan con el rápido desenvolvimiento del tráfico de automóviles. Y la aplicación de la ley de riesgo profesional, ha traído como consecuencia el establecimiento del seguro contra accidentes del trabajo. La creación del fondo de garantía obligatorio para los industriales que no estén asegurados, obliga a las empresas a tomar el seguro respectivo. Finalmente, se ha constituido la Compañía Difusora del Seguro con el objeto de propagar el seguro, mediante el empleo de timbres que los comerciantes distribuirán entre sus clientes como reclame mercantil, proporcionándoles el medio de adquirir una póliza o de sufragar una parte de la que tenga ya tomada.

Las cifras globales de las cinco compañías de seguros sobre la vida establecidas en el país, fueron en 1906 las siguientes:

Sumas aseguradas	Lp. 2.413.474
Primas cobradas	463.610
Siniestros pagados	102.093

El movimiento de las 7 compañías nacionales de seguros contra incendio y riesgos marítimos en el mismo año, re resume en las cifras siguientes:

Premios	Lp. 701.893
Intereses y arrendamientos.....	70.604
Siniestros	161.927
Reaseguros	309.469
Comisiones	68.465
Gastos generales y en fincas, patentes y contribuciones	100.123

No. 184.-Estado de la Deuda Pública al 31 de diciembre, en el período 1918-1926.

DEUDAS	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926
I-Deuda Externa									
a) Consolidada:									
Empréstito de la Sal - 5 1/4% - 1909 - £ 1.200.000.00 - Ley N° 1082 - (a la par)...	Lp. 1 009 680	Lp. 980 960	Lp. 950 640	Lp. 918 620	Lp. 884 820	Lp. 849 140	Lp. 811 460	Lp. 771 686	Lp. 729 680
Empréstito Municipal del Callao - 8% - 1910 - £ 100,000.00 - (Nacionalizado por ley N° 4126) - (a la par).....	---	---	79 600	74 200	69 100	63 300	57 100	52 300	48 000
Empréstito Municipal de Lima - 5% - 1911 - £ 600,000.00 - (Nacionalizado por ley N° 4013) - (a la par).....	---	---	575 800	571 800	565 100	557 400	553 300	540 500	531 200
Préstamo Sindicato Grace - 6 1/2% - 1914 - £ 200,000.00 - Ley N° 1831 - (a la par).....	68 580	---	---	---	---	---	---	---	---
Bonos de Oro de la República del Perú - 5% - 1920 - £ 720,620.00 - Ley N° 4181 - (Empréstito del Ferrocarril de Lima a Huacho) - (a la par).....	---	---	720 620	720 620	699 002	677 388	670 090	653 566	644 986
Empréstito del Guano - 7 1/4% - 1922 - £ 1,250,000.00 - Leyes N° 4544 y 4574 - (a la par).....	---	---	---	---	530 000	1 250 000	1 231 300	1 211 100	1 189 500
Bonos de la Deuda Externa - 8% - 1922 - \$ 2,500 000.00 - Leyes N° 4387 y 4544 - (a la par).....	---	---	---	---	488 030	438 713	367 307	---	---
Empréstito de Saneamiento - 8% - Serie de 1924 - \$ 7,000,000.00 - Leyes N° 4126 y 4603 - (a la par).....	---	---	---	---	---	---	1 435 323	1 242 679	1 137 265
Empréstito del Petróleo - 7 1/2% - 1925 - \$ 7,500,000.00 - Ley N° 5249 - (a la par).....	---	---	---	---	---	---	---	1 541 149	1 438 405
Empréstito de Saneamiento - 8% - Serie de 1926 - \$ 2,000,000.00 - Leyes 4126 y 4603 - (a la par).....	---	---	---	---	---	---	---	---	404 603
Bonos de Oro - 7 1/2% - Serie de 1926 - \$ 16,000,000.00 - Ley N° 5461 - (a la par).....	---	---	---	---	---	---	---	---	3 287 784
Monto de la transacción de intereses del Ferrocarril de Lima a Huacho - Letras del Anglo South American Bank Limited de Londres - £ 100,000.00 - (a la par).....	---	---	100 000	86 114	78 308	65 388	49 759	47 535	36 079
Pagares especiales para adquisiciones nu- vales - 1926 - \$ 3,681,640.78 - Leyes 4480 y 4936 - (a \$ 4 por Lp.).....	---	---	---	---	---	---	---	---	394 410
Total.....	1 078 260	980 960	2 426 680	2 371 354	3 314 358	3 901 324	5 175 639	6 060 703	10 341 906
b) Reclamaciones.									
Dreyfus Hnos. - Ley 1800 - (Cotización la del día).....	---	---	---	659 558	470 768	265 060	284 024	63 495	---
Diversas reclamaciones - Fcs. 34,354.00 - (Cotización la del día).....	1 296	700	191	781	610	440	---	---	---
Deuda al Correo Francés - Fcs. 545,000.00 (Cotización la del día).....	20 566	---	---	---	---	---	---	---	---
John C. Landreau - 1922 - \$ 138,395.00 - (a la par).....	28 438	28 438	28 438	28 438	28 438	27 513	---	---	---
Total	50 300	29 138	28 929	688 777	499 816	293 013	284 024	63 495	---
Total de la deuda externa.....	1 128 560	1 010 098	2 455 589	3 060 131	3 814 174	4 194 337	5 459 663	6 124 198	10 341 906

El Sentido del Ridículo en la Educación

POR GUILLERMO MERCADO

Hay el peligro del profesionalismo con su carga de preceptos, y puramente preceptos, que va ganando en gordura académica al hondo y sencillo emotivismo educacional. El duro tecnicismo del profesor primario va dejando pasar en balde ricos caudales de sugerencias por empezar en sus acerbos de consumo diario supérfluos y extrañas metodizaciones de enseñanza. Verdaderas plagas emigratorias a la inteligencia del magisterio nacional.

Como si el raciocinio lo conformara todo, lo definiera todo, se han dejado de lado razones y circunstancias hijas del medio; hechos y motivos psicológicos de la raza que, en oscura confusión, modulan sin embargo en mentes de privilegio la voz de la personalidad de que son esencia. Ellos que son el oro más puro y el grito más salvaje de nuestra nacionalidad, urgen y han urgido siempre de la lámpara del vetador o del afán del artista para alcanzar su expresión final en el teatro del mundo o desfilar en la marcha de los pueblos en la forma de una cultura original y respetable.

Esto deviene del comienzo de la vida social del hombre, mejor y más justamente, esto deriva de la cuna de toda nacionalidad que es la escuela primaria. En ella, como en la tierra, hay que abonar sabiamente antes de sembrar mecánicamente. La plasticidad infantil impone fuertes ventilaciones y profundos desentrañamientos hereditarios antes de su consiguiente modelado; espera los grados de una temperatura ad hoc y el comando de leyes subconscientes para la estupenda obra de arte que está llamada a ser. Es la misma función inicial del artista maleabilizando la arcilla hacia la mayor sublimidad de modelarse en la forma más bella.

Es evidente que el maestro, el nuevo maestro, dentro de la actual sensibilidad del mundo, va tornando su aspecto hierático de antiguo institutor por la actitud dinámica de un creador de fuerzas o por el gesto visionario de un descubridor de mundos. Arte y heroísmo son pues el alma de la pedagogía más cercana a la función de educar. Porque toda conformación del espíritu bajo ciertas normas de educación será cabal si su concepción bordea los lindes de lo perfecto o de lo bello; y será extensa si la voz del descubrimiento halló bases firmes en la tierra del alma.

A este mundo de cosas, si bien desapercibidas pero interesantes, pertenecen las rápidas experiencias, los análisis y las meditaciones que sobre sus consecuencias me regocija exponeros ahora someramente.

LO RIDÍCULO

El niño es una fuente de energías, un sistema de fuerzas violentas que se desplazan variadamente. Los instintos nunca colman mas satisfactoriamente sus apetitos que en este período de la vida del hombre. Sin referirnos a los enfermos mentales, el niño sano es robusto de goces y de actitudes, rápido en decidirse y radical en determinaciones; contento o malhumorado, triste o juguetón, deja huellas sensibles en el hogar o en la escuela con más que menos perdurable sensación. Dentro de su pequeño mundo es casi un dominador. Los hechos y fenómenos de la naturaleza los recibe desnudos, los recibe con verdadera trascendencia y los domina imitándolos. No es extraño ver a un niño construir casitas de madera y producir un terremoto, un incendio, imitaciones que nunca adolecen del más insignificante detalle añadido a la realidad. Imitar, copiar, remedar fielmente he ahí el placer más propio que el niño experimenta colmándose una felicidad. El niño al lado de los hombres serios, graves, es una hechura más compleja de sugerencias; mientras aquellas permanecen con una sola expresión frente a

nosotros, el niño dibuja y desdibuja un número infinito de ellas plenas de la risa que es la música de la salud. Cuando ríe o llora siempre hay cantando un canario en su frente. El niño es un regocijo sin tregua que llega a las notas más claras de la armonía, es un motivista sencillo y original; cuántas de sus recreaciones por lo ricamente emotivas podrían envidiar las obras de artistas adocenados. El niño es bello en sí y por sí mismo porque compendia toda la alegría en lactancia de la naturaleza.

Pero he aquí que de momento, el niño está maniataado por normas falsas de vida social. El hogar despreocupado y la escuela sin amor, le fatalizan ajustándole el espíritu y guillotinando la alegría por hacer de él un endeble modelo de cortesías rígidas de sociedad. El padre de la casa, en quien también se reflejan los tecnicismos escolares, busca en el alma del hijo escolar el saber rancio de la biblioteca guardada en vez de querer gustar la alegría cultivada y la voluntad virilizada en la forma de frutos que sazonan. El niño rigurosamente vigilado va perdiendo la alegría y hasta la percepción alegre de las cosas del mundo, para reemplazarla por un silencio temeroso, primero aprendido y después habitual hasta para contagiarse de lo que más propiamente le pertenece: sus juegos cotidianos. Va el niño en su propio hogar simula respeto lo que es puramente miedo, y en la escuela cariño a su maestro lo que es hipocresía. Su desbordante curiosidad por conocer las cosas y hechos exteriores tórnase en convencional interés de aprender una lección; ríe, juega, salta, en las horas que debe hacerlo, ya no en las horas que sentiría hacerlo; en la calle dá la limosna al mendigo orgullosamente por un deber de caridad que él no entiende, y no por la sencilla y humana voluntad de darle; entre sus compañeros quiere y estima a los bien vestidos por los vestidos solos, y desprecia a los pobres porque son andrajosos.

Así el niño a medida que avanza, va olvidando ese claro y bello sentido que tenía de las cosas y de sus semejantes; su actitud espontánea, rotunda frente a la vida, su captación vibrante ante el universo que corresponden a la libre sinceridad. Véase de pronto parado en medio de dos mundos distintos: un mundo interno con fuerzas propias, de anhelos y propósitos contenidos y el otro externo de convencionalismos impuestos y de heterogéneos mecanismos. El primero casi perdido en la oscuridad del olvido; atraente, acomodaticio el segundo, el niño véase absorbido por éste para constituir en él un nuevo factor militante, un ser ya psicológicamente ad hoc, un individuo en el noviciado del ridículo.

Encuétrase así el nuevo factor hasta que el momento psicológico, fotográficamente ridículo ha de llegar. Cuando el adolescente—prematuro pesimista ya del éxito sobre la vida—abandona la escuela, constituye un ente enfermizo, sin alegría en la marcha y sin valentía en el pensamiento. Es un abúlico, un ente ridículo. Los inmediatos estudios superiores los realiza perezosa y derrotadamente, hasta que la elección definitiva por el oficio o profesión que debe adoptar viene a desnudar por completo el tipo de nuestro estudio. Todas las profesiones han sido pintadas deslumbradoramente por los padres o tutores, el joven aspirante, hinchado de ilusión pero sin franqueza de actitudes que es la fuerza original de la voluntad, no escogerá aquella que le motive sacrificio ni le grite el propio ser, puesto que las determinantes fuerzas vocativas del espíritu han desaparecido suplantadas por el frío mecanicismo de las conveniencias, si no que le convendrá elegir aquella que le proporcione mayor lucro y mejor lustre social; adoptará una falsa resolución, se resolverá mentidamente, ridículamente; porque el camino de su escogimiento no es para sus pies sino para la vanidad de su parte a los ojos de los demás. De donde se tiene que todo lo

hecho o pensado sin calor de vida y sin fuerza volitiva es un remedo defraudado, un ridículo de lo que debió hacerse o pensarse.

Este el momento inicial ridículo—como le llamo—en que el ya estudiante universitario entra al cultivo de una vida artificiosa, superficial, epidérmica día a día más lejos de su auténtica individualidad.

LEJANAS Y POSIBLES CONSECUENCIAS

El nuevo profesional encarna ya las características de un interesante personaje. Es el personaje-caparazón, que diríamos, que envuelve al otro, que conforma la propia personalidad humana, el hombre mismo. Desgraciadamente este es el que piensa, hace y manda a despecho del profesional brillante, del personaje ostentoso. Este hombre original, hondo, que nos lo figuraríamos con muletas, permanece siempre oculto al mundo de los otros, solo en trances irremediables, en acontecimientos extraordinarios, en que el personaje inútil cae como un mascarón, saldrá a lucir la deformidad de sus hechos. Hay pues, y muy de veras, arrogantes profesionales deformes espiritualmente.

Uno de esos momentos, síntesis de grandes acontecimientos, un flujo de circunstancias, como en un mar, pueden elevar al hombre tipo a la dirección de un grupo de fuerzas institucionales o a la regencia de un estado. Su azoramiento momentáneo pronto se convertirá en una lograda ficción de serenidad; sintiéndose inhábil para el lleno completo de sus funciones, no renunciará a ellas por temeraria audacia lo que llamará carácter. Entonces en los hechos de la realidad, en los actos de trascendencia, en los que nada desempeña la simpática máscara social, el hombre oculto, el hombre único que hay debajo, ese hombre con muletas que ya conocemos, será el que malhadadamente, legítimamente tome en sus manos la responsabilidad de su consecución, vale decir, el único que responda por el destino de esa institución o de aquel estado. Puede colegirse de aquí lo que este tipo de hombre, cuyo fatal desarrollo psicológico hemos seguido desde la escuela, puede suponerse, repito, lo que este pensará, administrará y ejecutará. Fallido de bellas virtudes mentales, defectuoso, ridículo ya desde antaño, sus hechos serán desatinos, sus obras administrativas, confesos alardes personales, sus posturas de carácter, enanas tiranías.

La historia de las naciones—si ella está fresca en la memoria—puede ofrecernos cabales ejemplos de casos semejantes colocados en el estrado del dominio, o de tipos, llamados por lo menos, representativos de acontecimientos trascendentales, humanos o históricos. La historia contemporánea de Sud América nos ofrece un ejemplario inacabable casi de hombres representativos, reacios a la justicia cuyo bufo definido ha sido don Arturo Alessandri. Hay en nuestra historia, entre muchísimos otros y muy interesantes, el caso de Hernández de Girón y señora en el desenfado de anhelar ser emperadores del Perú revolucionando a la colonia. Europa actual, si la examinamos, analíticamente, puede arrojarnos la muestra estupenda de un hombre ridículo.

Pero no es solo en este plano, en esta categoría de hombres que el ridículo se manifiesta, se anuncia con iguales síntomas y aparece con idénticas manifestaciones en todos los hombres de diversos niveles y de múltiples actividades humanas, en los que hubo un guillotinado proceso educativo que, engrampando ridículamente en el todo social, dan lugar incuestionablemente a una defectuosa nacionalidad.

GÈRMENES Y ESTIMULOS DEL RIDICULO

CONCLUSIONES

La escuela, cuyo papel en el mundo ya conscientemente conoce y ya deliberadamente la constituye como hacedero único de la humanidad, único organizador de las células para los grandes organismos sociales, no debe

olvidar que para cumplir con la finalidad suprema que le es dada, o sea la formación de hombres en la más elevada traducción del vocablo; es urgente, siempre lo ha sido, educar el espíritu antes que congestionar la mente; antes que industrializarse, mejor apostolizarse, y que, frente a desviaciones educativas que entrañan serios problemas en el desarrollo mental del niño, se responsabilice con propósitos de amor y de heroísmo.

Puédense establecer las conclusiones apuntadas enseguida:

El niño escolar en cuya psicología han desaparecido las tres fuerzas creadoras del espíritu que son la Alegría, la Iniciativa y la Voluntad, fatalmente irá cuajándose en él un hombre ridículo.

Este estado penumbroso de la sensibilidad del niño se le llamará, y muy adecuadamente, el estado germen del ridículo.

Entran a animar la vida psicológica del niño malogrado, el pesimismo, el interés grueso y el rutinarismo.

ESTIMULOS PODEROSOS

Señalo como estímulos poderosos:

EN EL HOGAR

La falta de conceptos en los padres que transforman a sus hijos, calientes dinamismos de espontaneidad, de voluntad y de alegría, en esqueléticos niños educados, ovejunamente disciplinados y purulentos de hipocresía.

EN LA ESCUELA

La atosigante cantidad de ceremonias llamadas patrióticas por lo públicas o familiares por lo privadas en las que circunstancias y hechos en vez de formar un todo armónico bajo las leyes únicas de la estética, proporcionando a los niños el claro sentido de lo bien hecho, de lo bien sazonado, constituyen solo compromisos aparatosos mortificantes para alumnos y maestros.

PALABRAS AL MAESTRO

Procure el maestro moderno, dentro mismo de su propio yo, formarse el más bello concepto de la alegría, como un nuevo factor descubierto que rige e impulsa el alma del mundo.

Cultive en el niño esta virtud y anote en ella un positivo síntoma de salud mejor que de inteligencia.

Sumérjase la labor diaria de esa desbordante inquietud interior del niño de manera que el deber lo cumpla en la forma de una colmada felicidad propia.

Realice la disciplina por el trabajo mismo y estimule la rebeldía porque ella ha de cuajar a la postre en una continuada virilidad de Hombre.

Procure la amistad-cooperación en vez de la amistad inútil de lamentables consecuencias entre hombres y entre pueblos.

Haga en el niño el sentimiento perdurable de que el trabajo es la manifestación más heroica de patriotismo.

A excepción de muy escogidas fechas, destiérrese para siempre del calendario escolar, toda clase de ceremonias y concurrencias de carácter atentatorio y hasta abstracto a los fines de la escuela.

Inaugúrese en cambio la fiesta del Trabajo, la Fiesta del Hombre, la fiesta de la Voluntad, la fiesta de la Amistad, la fiesta del Arbol, de la Siembra, del Amor; fiestas en las que el niño, contagiándose apasionadamente de ese espíritu fecundo y extenso del universo, sea posible de dar la nota altísima del hombre máximo en la generación a que pertenece. Téngase al niño en un culto nuevo.

GUILLERMO MERCADO.

T A Q U I C A R D I A

DEL SUEÑO A LA CREACION

POR XAVIER ABRIL

PRIMERA PARTE

Todo el pasado mío por las calles con sus choques del alma y su asistencia a tiempo.

Embriaguez. Taquicardia. El vicio que nos hace caminar como locos. Porque en las pupilas llevamos los paisajes suspendidos. Y las visiones que nos asaltan de noche como en cajones de muerto. A veces, una mano— ¡nuestra mano!—que abre una puerta y uno está durmiendo en otra casa y hasta en otro sueño!

Y en las mañanas resulta que nos han cepillado los ojos y nos han amarrado las pestañas. Y no podemos salir de nuestro sueño como si hubiéramos entrado en casa ajena a dormir.

Y los viejos en los arcos de las puertas nos dictan estúpidamente la experiencia. Esto es cierto. Todo viene a nosotros—¿la razón?—cuando estamos durmiendo. Nos estiramos en la noche y oímos mejor el mundo. ¡Nos vamos! Pero viene una gran pena de nuestra carne que nos devuelve a la mañana.

Estamos en 2 naturalezas a un paisaje sin ruedas.

Derrepente, nos encontramos en un hospital. Y se quiere escapar. Pero en la sala han desaparecido las puertas y no hay salida.

Hasta el día siguiente.

(No se recuerda sino que se estuvo hablando y que nos tenían de las manos).

Por toda bondad nos han puesto un vaso de leche y un espantamoscas. Es todo nuestro presente en medio de la pérdida de nuestra memoria. Pero la llegada de un amigo ha traído el vicio nuevamente. Hemos abierto los ojos desde una caja blanca a un espejo y nos hemos quedado en suspenso.

Ni una sola noche se ha podido pegar los ojos. Y se espera amargamente el alba para dormir. Uno sabe que se ha de tener luz en los párpados para poder dormir libremente. Pues nuestros sobresaltos llenan de sombras y fantasmas la noche. Y porque tenemos un miedo blanco al sueño silencioso entre las sábanas.

Estamos angustiados sin noche suave para nuestra vida. ¡Si recordase todo, lloraría hasta por la carne!

Recuerdo: el cerebro chocaba contra el cráneo y no se veía ni la oscuridad!

Y salimos en busca de lo que hemos perdido pero no encontramos ni ruta ni camino. Y se vá hablando solo, y se quisiera estar en todas partes. Pero en una esquina han tocado un pito y hay que pararse como un automóvil o como toda la gente que podría ser otra cosa, porque nuestra humanidad está loca de búsqueda. ¡Un gramo la vida!

Todos los ascensores del Mundo principian a subir. Y un rasca-cielo se cae al primer piso.

Y qué es lo que pasa? ¡Que el dolor dá vueltas en nuestra cabeza! A algunos les trepana el cráneo.

Todo vá a la cabeza: el peso del mundo, la locura, la SIFILIS de Baudelaire!

A veces todo se ha vuelto ruedas. El blanco es el color de telaraña en que se ha caído. Y esto durmiendo. Quizás si movemos los ojos y hacemos muecas grotescas.

Y he pensado lleno de terror. ¡tantas noches!—si es tarán durmiendo dentro del colchón! Cuando se está nervioso se hace lo posible por no juntar las uñas porque el ruido se sentiría toda la noche y en la médula!

Han tocado una puerta. Pero tan despacio, que parece que el aire se hubiese vuelto un hombre tímido. Y tampoco se puede abrir por el miedo de no encontrarse con nadie. Porque a veces es que han tocado en otra parte y no han abierto!

Es la 20, la 40 noche que no se ha podido dormir. Hay una cama vacía junto a la mía—largamente blanca—en la que están durmiendo los vagabundos. Esto lo había sentido hacía tiempo. Se lo dije a un poeta amigo y se quedó callado. Me gustó la manera Juan José! Es como se debe quedar. Destino de toda garganta. ¡Lo último que diremos será: SANGRE!

Pero las camas vacías en la noche dán un terrible abandono. ¿Por qué caminos inéditos del sueño se habrán ido? ¡Por las ventanas abiertas del Alba dán a los caminos blancos!

Yo recuerdo las noches sin luna y sin sueño. Noches al fondo mismo de nuestra impotencia. Iba caminando. Las narices frías. Y tomándome el pulso por miedo a la taquicardia. Se ha sufrido bastante. Lo he sentido honradamente en el correr dificultoso de mi sangre.

Y siempre he esperado solamente estar bueno para la aurora del día. Parece que la noche nos intoxica más. La noche, ¡hay que matar la noche del mapa metafísico!

Muchas veces se ha querido morir en la oscuridad, a pesar del miedo y del temblor hasta los dientes. Pero las sábanas son frías y nos han cambiado. Se vuelve uno brujo. Y no se quiere pensar en lo que se piensa!

Se vé un paisaje de manos que ajustan las sienes. Se desgarran. El pensamiento, los nervios hacen ruidos y estos caminan eternamente sobre la noche!

La vida del hombre en la noche que prepara todas las trampas del día es la de un ratón.

Se ha olvidado la noche. Pero no sé que multiplicidad de manos amarillas abren las puertas de las sombras al insomnio.

¡Los esqueletos! Y con las sábanas nos hemos cubierto, vendando los ojos para que no penetren en ellos. Y estamos echados en cama de esqueletos!

Sin que lo sepamos nos hemos ido a otra parte. Nos ha llevado un color que ya en una hilera de noches queríamos atrapar.

La noche nos sigue hasta la cama. Entonces encendemos la luz para que nos vele. En tanto hemos oído nuestro nombre ¡Nos llaman! Vamos en busca de la puerta, pero las manos de la noche la han cerrado!

Salimos al balcón. Y en la calle ya no hay noche. Hay que esperar el día.

No hay miedo a la mañana. Entra la luz por los vidrios y las tinieblas se han refugiado en los vestidos negros de la percha.

Y hay un gran olvido de todo hasta el toque de las sirenas y el canto de los gallos. Después de esto la necesidad de vivir. Porque del sueño a la mañana nos damos de boca con la vida.

Pero yo voy embriagado de la noche con un cosquilleo de aire en las pestañas. Siento que pasan a mi lado los automóviles y la gente. Y en un sentir vago me parece que voy con toda la muchedumbre a un entierro.

Las 4 de la mañana y estamos detrás de los visillos viendo la muerte de la ciudad. Las luces se apagan y no se oyen los pasos en las calles.

Todo está a rás de las fachadas y a un lado blanco de los ojos.

Muy pocos saben lo que sucede en la noche. Los que duermen naturalmente no tienen sino buenas digestiones. Pero los que no dormimos y traspasamos la noche de nuestras miradas, sabemos a que exacta palidez nos vamos. Sabemos el destino de la noche y el económico del día!

La taquicardia nos va matando la carne. Ya no se puede con el pecho. Uno quisiera estar en el aire para no ahogarse. ¡Pegado al oxígeno!

Se pasan noches atroces. Y no se puede más. Pero también nos olvidamos. ¡Qué diablos, si uno es un hombre y no una cucaracha!

SEGUNDA PARTE

Se ha estado largo tiempo solo. Las gentes nos han dado asco. Es cuando se ha estado más sincero.

Huíamos de los ruidos. De las Masas y de las marchas del ejército. Esto último nos daba náuseas como un criadero de piojos con las cabezas blancas.

Había que salir por las calles, pero nos seguía la angustia del cuarto. Y hacíamos como que no pensábamos—¡pero maldita la idea!—si nos temblaban las manos y los pies nos pesaban como pegados a la tierra.

El cuarto nos seguía a todas partes. En las noches rondábamos la puerta, una, dos horas, antes de entrar. Atisbábamos por los visillos la soledad que se movía en viento por los rincones. ¡Y cuántas veces me ha sorprendido los rayos de la madrugada como un ladrón junto a la puerta!

Nos dá por las manías. Es un día que nos levantamos morados. Hablamos mal del arte y de sus secuaces. Mataríamos a cuanto imbécil que con un poco de inteligencia encontrásemos. Porque esto es lo peor: ese poco de inteligencia en los imbéciles.

Hay veces que se tiene ganas de decir: ¡Eso no me importa! Aquello tampoco. Es una necedad. Una estupidez!

Y se lo diría al primer transeunte de escarpines y guantes blancos.

También se quisiera interrumpir el tráfico y recolectar individuos gordos para una función de Circo.

Y todo esto para nada. Pues en la Realidad no se estira ni un jebe.

Las manos que abrían las puertas. ¡No había cosa más terrible! Sabía miedosamente que eran las que habían perdido los obreros en los accidentes de la fábrica.

Y me quedaba pegado contra la pared. No servían para nada los brazos ni las piernas. Solo los ojos atormentados y el cerebro apuntaba las vueltas en carroussel de las tragedias.

Había necesidad de irse por uno mismo. Trepase por la carne y asesinar los ojos!

De buena gana me escondería tras de mi pellejo hasta la muerte. Pero hay que vivir. Hay que sostener la casa. Y a diario tener limpia la camisa y el cuello!

Y para todo esto, los viajes que no nos alejan nunca de la playa más mísera. Porque al contrario, pensamos

K E S W A

*En la tierra comunista
aún danzan los Keswas.*

*Aún después de muertos
es de ellos la tierra.*

*Por el sol rojo
van cantando salvajes los indios.*

*Y en los monolitos
cantan muertos.*

*Por debajo de la tierra
volverán al Asia!*

*Hoy en la cumbre de nieve
2 vicuñas vírgenes pastan la antigüedad
y están los Keswas niños.*

XAVIER ABRIL

más en nuestra pobreza: en la casa cuya chimenea no ha de echar nada de humo!

Es un día que no hemos sentido nada. Ni un dolor reumático. Hemos estado descontentos pero no lo sabíamos, Como un descontento para los demás. No lo sabíamos hasta que un amigo nos ha preguntado por lo que tenemos y que en el acto no hemos sabido contestar. Porque en verdad, a veces no se sabe cuando se tiene algo!

Y después nos venimos a dar cuenta que es lo peor. Pues el pensamiento nos dá vueltas y vueltas.

Entonces es cuando uno mismo se quiere engañar. Y se olvidaría de lo que se piensa, sino fuera que el pensamiento es más fuerte.

Esto nos lleva a una gran tristeza. A una como condenación del propio YO en todos los espejos.

Es el día que nos iríamos desterrados por nuestra propia cuenta, ya que no se piensa en el suicidio, y hay que vivir!

Un golpe de mar o una tempestad en el Atlántico nos volvería duros para las empresas. Pues hay gran necesidad de algo más fuerte. De una trompa que venga como un golpe de tierra a cambiarnos esta piel de adolescencia!

Es una vergüenza. No se puede hacer otra cosa que pensar. Pero en cambio no podemos ni mover los brazos. Solo pensar y en la cabeza, porque de lo contrario nos encontraríamos llenos de cadenas.

"NO SE PUEDE ALZAR LA VOZ. ESTÁ TERMINANTEMENTE PROHIBIDO. AL QUE CONTRADIGERA ESTA ORDEN SE LE APALEARÁ DESNUDO A LA VISTA DE TODOS EN LA PLAZA PUBLICA." La autoridad.

Esto nos vá comiendo hasta los huesos. Sube un gran asco a nuestras narices!

Y de todos los dolores caemos un día al gran dolor SOCIAL del que saldremos muertos. Es la única manera de salir.

Ya estamos cansados de oír estúpidas maldades contra la clase intelectual revolucionaria. Que no crean en nuestra sinceridad, es lo de menos. En todo caso pensamos buenamente que nuestra SINCERIDAD no vale tanto como para que digan estupideces!

¿Por qué buscar la beatitud en una religión que solo es de músculos? Y que solo quiere la igualdad del hombre en todos los planos?

Se han equivocado. Aquí no se veneran santos de yeso. Lo de las vírgenes también es un cuento. Solo nos gustan para el matrimonio!

XAVIER ABRIL.

Desarrollo de las ideas socialistas y sindicalistas argentinas

POR OSCAR HERRERA

Está perfectamente comprobado que en los países más adelantados económicamente es donde más se han desarrollado las ideas socialistas y sindicalistas; debido principalmente a la facilidad que para su propaganda prestan las nuevas características de la producción, la necesidad de grandes contingentes de trabajadores y el sometimiento de todos ellos al duro régimen del salario.

La República Argentina es hoy uno de los más grandes mercados de materias primas del mundo, ocupa el tercer lugar entre los exportadores de cereales (solo le supera Canadá y Estados Unidos). La producción agrícola en general alcanza a la respetable suma de 5.400.000.000 de pesos m/n (cálculo de 1919). (1)

La Argentina de hoy hace muy duro creer en la Argentina de la mitad del siglo pasado. Después de la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852) comienza para las Provincias Unidas del Río de la Plata una nueva etapa de su vida. La derrota del tirano don Juan Manuel de Rosas abrió las puertas del país a la civilización europea, detenida por su brutal método de gobierno; la inmigración se volcó animosa y fecundó con su pujante esfuerzo el suelo argentino. Sus 300.000.000 de hectáreas de terreno solo estaban pobladas antes de 1852 por 800.000 habitantes, en menos de veinte años la cifra de la población casi se triplica, llegó en 1869 a 2.231.046 h., en 1895 ascendió a 3.955.110 y alcanzó según los cálculos de 1919 a 8.416.485 habitantes. Se ha fundado una nueva nacionalidad, una nueva argentinidad, porque el extranjero inmigrante no solo ha sido "simple mercancía", como afirmara don Fidel López, sino un importantísimo elemento de progreso colectivo. (2)

Las ideas socialistas y sindicalistas tomaron carta de ciudadanía conjuntamente con los nuevos hombres radicados en el país. Pero la gran República del Río de la Plata no había sido extraña a la propaganda de las primeras escuelas socialistas iniciadas en Francia a principios del siglo XIX.

Durante el cruel período de tiranía rosista se incubaron por reacción los gérmenes que habían de combatirla victoriosamente; las provincias argentinas afirmaron su unidad bajo el gobierno de Rosas, pero se coaligaron después contra el tirano empujadas por la necesidad de reconquistar lo ganado con la independencia de España, la libertad de comercio y el usufructo de sus ganancias que monopolizaba Buenos Aires.

Si el factor económico determinó la caída de don Juan Manuel, no es menos cierto que ella se debió a los geniales intérpretes que su época tuvo: Alberdi, Sarmiento, Florencio Varela, Echeverría, y todos los hombres de la Asociación de Mayo y los que siguieron sus derroteros, su "Dogma".

LOS SAINT—SIMONIANOS ARGENTINOS

La difusión de las revistas francesas, "Revue Encyclopedique" y "Revue Independent", de la Enciclopedia del siglo XIX y de las obras de los literatos, filósofos y políticos de izquierda de principios de la pasada centuria, dieron a conocer a la juventud intelectual de Buenos Aires las nuevas corrientes del pensamiento contemporáneo impregnadas del hoy llamado socialismo utópico.

Esteban Echeverría, admirador de la intelectualidad francesa, a la cual había conocido de cerca durante su estancia en París (1825—30), poeta romántico y noble varón, estaba llamado a ser uno de los devotos y propagandista de las nuevas doctrinas sociales y lo fué y ferventísimo.

El veintitrés de Junio de 1837, se fundó en Buenos Aires la Asociación de la Joven generación Argentina, con treinticinco hombres nuevos. Ese día Echeverría leyó sus "palabras simbólicas" que constituyeron el "credo" de la institución que después tomaría el nombre de Asociación de Mayo. (3)

Los hombres de la Asociación de Mayo eran jóvenes que tenían la virtud, audaz en aquella época, de pensar libremente, por sí mismos; habrían podido constituir al fin, como se lo proponían, un nuevo partido, a no haberlos arrastrado su bizarria a la lucha armada contra la tiranía imperante. Los unitarios les merecían el calificativo de "teóricos fracasados" y los federales el de "bárbaros" y realmente don Juan Manuel de Rosas no fué el "restaurador de las leyes" sino el "restaurador de la barbarie goda" el "restaurador del régimen colonial", su xenofobia no era sino el manto con que cubría la ambición criminal de los latifundistas que él representaba y dominaba.

Echeverría y Alberdi fueron el alma del naciente movimiento de la juventud libre que debía extenderse después a varias provincias argentinas y enrolar en sus filas a Sarmiento y Quiroga Rosas, Benjamín Villafañe, Rodríguez, Arberastain, Cortines, en San Juan; en Tucumán al talentoso doctor Marcos Avellaneda y Brígido Silva y otros jóvenes; en Córdoba a Paulino Paz, Enrique Rodríguez, don Abelino y don Ramón Ferreira y don Francisco Alvarez y otros tantos notables argentinos que la prosperidad ha consagrado. Posteriormente desterrados los más connotados elementos de la Asociación llevaron su propaganda más allá de las fronteras y así fué como se fundó en Chile y Uruguay la organización de la nueva generación americana, que ya no se inspiraba en los Enciclopedistas y en los ideologistas sino en los Saint Simonianos y en la filosofía social de Leroux.

Para don José Ingenieros "Esteban Echeverría fué un propagandista político y Alberdi un reformador social", con quien habría de coincidir en mucho Sarmiento, uno de los mejores elementos que la Asociación de Mayo desubrió y estimuló para emplear sus raras dotes de talento y probidad en una esfera de acción de mayor radio y más propicia que la de simple maestro de una escuela de provincia.

Los hombres de la Asociación de Mayo tuvieron más en cuenta lo social y lo económico que lo individual. Echeverría dice en El Dogma Socialista, libro que explica e interpreta las "palabras simbólicas"—"Los principios de una sociedad fundada sobre la desigualdad de clases jamás podrán fraternizar con los principios de igualdad democrática" y más adelante, repitiendo un concepto saint—moniano, agrega "Para conseguir la realización completa de la igualdad de clases y la emancipación de las masas es necesario que todas las instituciones sociales se dediquen al fin de la mejora intelectual, física y moral de la clase más numerosa y más pobre". Posteriormente en su "Plan Económico" recomienda a la Asociación el estudio de los problemas económicos nacionales como base para fundar una economía argentina. Fué en realidad don Juan Bautista Alberdi quien encaró esta cuestión, pues Echeverría diluyó demasiado su atención en múltiples campos de la actividad mental, pero de Echeverría son estas palabras: "Industrias que no tienden a emancipar las masas y elevarlas a la igualdad sino a concentrar la riqueza en pocas manos las abominamos". (4)

Alberdi, continuando a Moreno, "escrudiñó con verdadera genialidad los orígenes y los cimientos económicos de la nacionalidad". Por eso él hizo su bandera del

siguiente programa, que solo triunfó en 1890: federalización de Buenos Aires, libre navegación de los ríos, fomento de la producción nacional por la atracción de la inmigración europea, pacifismo internacional; programa de acción que expuso e interpretó en sus dos obras fundamentales "Bases" y "Estudios Económicos". (5)

Sarmiento después de 1852, encarna otro de los graves problemas de la nacionalidad, la instrucción pública-completando la actividad de Alberdi, sociólogo y economista. Fué entonces que conquistó la inmortalidad, como el educacionista más dinámico de América Latina.

LA LUCHA DE CLASES Y EL MARXISMO

Las nuevas condiciones económicas creadas en el país por el incremento de la población y de la producción nacional trajeron como consecuencia nuevos problemas sociales en todo identificables con los europeos. Apareció el proletariado rural y el proletariado industrial al mismo tiempo que la clase burguesa nacida como un producto de transformación de la antigua clase feudal o como el producto evolucionado del artesano. Los obreros criollos no habían intervenido en el movimiento ideológico del país, solo les sedujo el éxito personal e inmediato que tenían la esperanza de lograr en la monotonía aunque fuera jugándose la vida, les deslumbró otras veces el fraseario de los caudillos, pero no existe nada que haga imaginar que comprendieron el ideario. El movimiento, el choque de las ideas se operó entre las clases ilustradas entre las cuales no se contaban proletarios porque la educación intelectual era más que hoy un privilegio de los ricos. Pero después de las presidencias de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, se difundió la instrucción primaria entre las clases pobres; por otro lado el contacto con los trabajadores extranjeros, la propagación de conceptos más evolucionados de vida y aspiraciones políticas influenciaron el campo obrero y aparecen las nuevas modalidades de lucha de clases, se fundan las organizaciones gremiales, las de auxilios mutuos y las primeras organizaciones socialistas marxistas.

Desde mediados del siglo XIX habíase intensificado en Europa las nuevas formas de lucha entre asalariados y capitalistas, que hicieron de los obreros elementos conscientes dentro del campo político. En Gran Bretaña el gremialismo se robustecía, en Francia se debatían vehementemente las cuestiones sociales, en Italia y en España se arraigaban las concepciones místicas y violentas del anarquismo, a la sombra de la cultura y de la espantosa miseria. (6)

Como una consecuencia inevitable la clase gobernante de los diversos países europeos expulsaba a los más entusiastas, fué así como hacia 1874 arribaron a las costas argentinas, confundidos entre mansos inmigrantes, hombres que eran portadores de una nueva fe.

A mediados de 1884 existían en Buenos Aires 4 clubs socialistas: el club Vorwaerts, constituido por alemanes, el Club Les Egaux, constituido por franceses el Club Fascio dei lavoratori, formado por italianos, y La Agrupación Socialista española, fundada por españoles y argentinos que se llamó después Centro Socialista Obrero. En 1894 el hoy senador socialista don Juan B. Justo funda "la Vanguardia" que más tarde sería el órgano del partido socialista que se constituyó definitivamente después de celebrarse el primer congreso, con asistencia de 19 centros socialistas y 15 sociedades obreras, el 28 de junio de 1896. (7)

Si esto sucedía en el campo político proletario, en el campo sindical no había menos actividad, el año de 1890 se funda la Federación Obrera de la República Argentina, en 1891 se realiza el primer congreso obrero, con asistencia de 29 organizaciones de las cuales 15 pertenecían a la Capital Federal, desde el 12 de setiembre del 90 circulaba un periódico semanal titulado El Obrero. Las diversas organizaciones gremiales de resistencia declaraban huelgas con propósitos reivindicacionistas que orientaban los clubs

socialistas, desde entonces data por ejemplo la lucha por la jornada de 8 horas, por la abolición del trabajo nocturno; por la prohibición del trabajo de la mujer en las industrias que afectan su salud; por la prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años; por la inspección permanente de fábricas y talleres; por el seguro obligatorio sobre los accidentes del trabajo, etc. (8)

Después del primer congreso obrero se funda la F. O. R. A. (federación obrera regional argentina) la cual, "de acuerdo con la doctrina sindicalista, se ajusta a la acción directa antiestatal, pero no con mucha rigidez, pues, acepta recursos circunstanciales en beneficio de los trabajadores aún que no respondan estrictamente a esa doctrina". "La actitud de la F. O. R. A. lejos de ser de vigilante guardián de principios o teorías intangibles es la de estimulante entusiasta de las energías combativas" (9)

Posteriormente la F. O. R. A. se divide y por último, después del décimo congreso desaparece virtualmente del campo sindical y es reemplazada por la U. S. A. (unión sindical argentina) que no está adherida a la unión sindical internacional de Amsterdam, como la F. O. R. A., ni a ninguna internacional obrera.

La U. S. A. y la F. O. R. A. no son las únicas centrales obreras que figuran en la actualidad como organismos del proletariado de la República Argentina, existe además la C. O. A. (confederación obrera argentina) e instituciones amarillas independientes de gremios especiales.

Esta subdivisión de las fuerzas proletarias organizadas es paralela a la subdivisión de los matices doctrinarios de sus dirigentes y de la mayoría de sus afiliados a los diversos gremios que reúnen las tres centrales existentes. La U. S. A., o por lo mismo la Federación Local de Buenos Aires simpatiza con el socialismo comunista, la C. O. A. con el partido socialista y la desmembrada F. O. R. A. está dirigida por anarco-sindicalistas irreducibles.

LA OBRA DEL PARTIDO SOCIALISTA

Fundado el Partido Socialista Argentino por hombres de acción, de pensamiento vigorosos, como Juan B. Justo, don José Ingenieros, Mario Bravo, Enrique Dickmann, Müller y tantos otros, impulsó el movimiento obrero en su doble aspecto sindical y político con inteligencia e intrepidez. Los socialistas, tanto como los anarquistas, contribuyeron a la organización de las masas obreras y principalmente a su ilustración, con sus periódicos, conferencias y bibliotecas obreras. Los socialistas intervenían en cualquier conflicto obrero para orientarlo y ayudarlo a triunfar; en todo acto público, en toda fiesta, en toda manifestación de la vida del proletariado argentino siempre estuvieron presentes los miembros del partido socialista. En las demostraciones de solidaridad obrera del 10. de Mayo los oradores socialistas entusiasmaban las multitudes en los comicios públicos, su actividad era infatigable, así fué como pudieron obtener las simpatías de muchos miles de "ciudadanos", que admiraban su programa de reivindicaciones inmediatas y que se interesaban por el triunfo de sus candidatos. El año 1904 fué elegido el primer diputado socialista, el doctor Alfredo Palacios, cuya brillante acción parlamentaria afirmó su merecido prestigio personal y robusteció la fuerza de su partido.

Desde el año 1908 al 12 el socialismo no tuvo representación en el parlamento nacional, debido a la oposición arbitraria del presidente de la República doctor Figueroa Alcorta; la ley de elecciones dictada por Roque Sáenz Peña devolvió al Partido Socialista argentino sus posesiones parlamentarias.

La obra legislativa de los socialistas que se debe especialmente a la actuación del doctor Alfredo Palacios, es bastante amplia. Existe una ley sobre descanso hebdomadario, otra que reglamenta el trabajo de las mujeres y los niños, la de impuesto a la herencia para fines de educación, la ley de accidentes del trabajo, la ley de inembarga-

bilidad de los sueldos y salarios, la ley sobre procedimientos para la aplicación de las multas, la que reglamenta el pago de salarios y dispone que sean hechos en moneda nacional, la de trabajo a domicilio, la ley sobre arrendamiento agrícola, etc. Es curioso anotar que apesar de la prolongada campaña de los sindicatos obreros y del Partido Socialista no se ha dictado aún la ley que reglamente la duración del trabajo de los obreros. La jornada de ocho horas existe de hecho en la Capital Federal, debido a la acción directa del proletariado organizado, y de derecho sólo en algunas circunscripciones, debido a la presión obrera sobre las legislaturas provinciales. (Es oportuno indicar que el Parlamento Nacional Argentino sólo legisla para la Capital Federal y para los territorios nacionales) Esta circunstancia entraña la posibilidad de nuevas agitaciones obreras por este asunto, ya tan debatido, pero sobre el cual insisten los capitalistas llevados por su afán de un mayor rendimiento en el menor tiempo posible, lo cual es muy "científico" para ellos.

El partido socialista argentino ha cumplido con su misión histórica, nada tiene que envidiar a los partidos similares de Europa, pero en nada puede decirse que los ha aventajado. Ha tenido las mismas virtudes y los mismos errores, frente a la guerra mundial de 1914, se comporta como los partidos socialistas europeos y llevado por sus simpatías sentimentales fué aliadófilo. Posteriormente a la guerra se perdió en divagaciones y acusaciones y perdió su capacidad para orientar a las masas: la semana trágica de enero de 1919, fué para el proletariado argentino la más dura confirmación del tramonto del partido socialista. Los bravos líderes de 1908 y de 1909, que supieron cuadrarse contra los polizontes de Figueroa Alcorta no aparecieron en escena, ríos de sangre obrera enrojecieron las calles de la gran ciudad de Buenos Aires y el fascismo criollo encabezado por el doctor Carlés se organizó en la sombra, batió y derrotó a la multitud proletaria desorganizada y falta de objetivo definido.

El éxito electoral ha seguido favoreciendo al partido socialista, sus fondos han ido en aumento, le ha sido posible construirse un palacio en una de las más centrales avenidas de Buenos Aires pero su acción pública sigue siendo floja y cada vez menos marxista, sus hombres de acción y sus teorías han envejecido sin que haya esperanza de que sean reemplazados por jóvenes que les pueda aventajar. El partido socialista ha perdido la capacidad de renovarse y está condenado a morir. La nueva situación planteada a los países de nuestra América con el avance del imperialismo yanqui por la traición de sus clases gobernantes (11) no puede resolverse ya con un beatífico programa de humanitarismo o soolucionísimo socialista, no es posible esperar confiadamente que el desarrollo del capitalismo realice automáticamente el paso de la sociedad de la organización individualista a la organización socialista.

Varios de los líderes más connotados del Partido Socialista miran con simpatía el movimiento de la juventud revolucionaria de los diversos países de nuestro continente y no escatiman su ayuda cuando se les presenta la oportunidad pero dentro de su partido muy poco pueden hacer contra la mayoría pequeño burguesa que lo domina

EL SOCIALISMO EN LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS

El socialismo entró a las universidades argentinas con sus ilustres teóricos Juan B. Justo y Nicolás Repetto y con su noble líder Alfredo L. Palacios. Los primeros fueron expulsados de la Universidad de Buenos Aires al primer intento de procurar su reforma en un sentido democrático. El doctor Palacios más afortunado, ha llegado, vencidas las resistencias de la primera hora, a realizar una acción fecunda. Su libro "La Fatiga" lo consagra como un investigador serio y cultísimo y el hecho de que haya sido editado por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires consagra su triunfo como reformista. Lo mismo podríamos decir de su elección como Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Pla-

N A V I D A D

*Tus ojos
unen las manos
como las madonas
de Leonardo.*

*Los bosques de ocaso,
las frondas moradas
de un Renacimiento sombrío....*

*El rebaño del mar bala a la gruta
del cielo, llena de ángeles.*

*Dios se encarna
en un niño que busca los juguetes
de tus manos.*

*Tus labios
dan el calor que niegan
la vaca y el asno.*

*Y en la penumbra,
tu cabellera muelle sus pajas
para Dios Niño.*

MARTIN ADAN

ta, y de sus esfuerzos por crear los laboratorios de psicofisiología, cuyas investigaciones permitieran crear una ciencia del trabajo.

Pero la reforma universitaria y la estabilidad de Palacios y otros profesores que comparten con él sus conceptos sobre disciplina se debe principalmente a la acción de los estudiantes que levantaron su bandera de rebeldía francamente en consonancia con los más avanzados postulados pedagógicos revolucionarios. El movimiento tuvo su iniciación (1918) en Córdoba y de ahí se propagó a Buenos Aires (1919) y Rosario de la Plata y repercutió en Perú, en Chile, en Cuba, en Venezuela y en México. Hoy los estudiantes intervienen en el gobierno de sus casas de estudios. La nueva organización de la industria que proclaman los proletariados conscientes del mundo puede apoyarse en el ejemplo de la nueva organización de las Universidades argentinas; y que en la fábrica los obreros son algo así como los estudiantes dentro de la universidad y los técnicos y patrones como los profesores.

EL COMUNISMO EN LA ARGENTINA

Fundada la tercera internacional era imposible que en la República Argentina no tuviera su representación. Se fundó el partido comunista cuya actividad, a pesar de ser infatigable, no resulta mayormente trascendente. Parece predominar, además, en su cuerpo directivo un espíritu intransigente que malogra muchos sanos propósitos y resta muchos elementos valiosos; tal ha sido la lucha dentro del Partido Comunista, q' ya hoy existen dos partidos de la misma filiación ideológica, el Partido Comunista Oficial (llamado así porque pertenece a la Internacional Comunista) y el partido comunista Obrero; cada uno tiene su órgano de publicidad, los del sector oficial editan "La Internacional", antes diario hoy semanario, y los del Comu-

nista Obrero "La Chispa", esto parecería á primera vista que tiene alguna importancia para la difusión de los ideales comunistas, pero no hay tal, porque se observa el raro fenómeno de que una buena parte de los dos periódicos está dedicada á la polémica ofensiva, á la sátira gruesa de los de una capilla contra los de la otra.

LA U. L. A. LA LIGA ANTIIMPERIALISTA Y LA A. P. R. A.

El año 1925 don José Ingenieros, el malogrado maestro de la Juventud Americana, con el propósito de unificar la acción de los intelectuales de vanguardia fundó en Buenos Aires la Unión Latino Americana, dándole una orientación americanista, la institución se propone el estudio de las cuestiones sociales de nuestros países; su órgano de publicidad "Renovación", trata todos los asuntos, glosa todas las actividades de los grupos de izquierda, de nuestra América. El año 1926 se fundó en Buenos Aires la Liga Antiimperialista, cuyo objetivo principal es la lucha contra el avance del imperialismo yanqui. El año anterior se fundó una sección de la A. P. R. A. (alianza popular revolucionaria americana) partido político latino americano antiimperialista y revolucionario, organizado á fines de 1924 por Haya de la Torre y los desterrados de los diversos países latino americanos, para luchar por la justicia social. Este partido continental no obedece á ninguna central extranjera, y se rige por un programa internacional propio y por un Comité Ejecutivo autónomo.

He aquí su programa:—

Acción conjunta de los pueblos latino americanos:—

I—Contra el imperialismo yanqui.

II—Por su unidad política.

III—Por la nacionalización de las tierras y de la industrias.

IV—Por la internacionalización del canal de Panamá.

V—En favor de todos los pueblos oprimidos del mundo.

OSCAR HERRERA.

Buenos Aires, 1927.

(2)—Datos estadísticos tomados de la Revista de Economía Argentina, No. de Julio de 1926.

(1)—Véase: Tornquist, Carlos A., El desarrollo económico de la República Argentina durante los últimos cincuenta años.

(3)—Véase: José Ingenieros, "Los saint-simonianos argentinos", Revista de filosofía, 1915 y "Sociología argentina".

(4)—Para mayores datos sobre la Asociación de Mayo léase: Esteban Echevarría, "Dogma Socialista", Editorial La Cultura Argentina, 1915.

(5)—Véase: José Ingenieros, "Las ideas sociológicas de Alberdi", Editorial Adelante.

(6)—Para mayor ilustración consúltase: Juan B. Justo, "El socialismo argentino", ediciones de "La Vanguardia".

(7)—Más detalles en Democracia y Socialismo, por Enrique Dickmann. Editores: Serafín Ponzinibio y Cía. Buenos Aires, 1927 y colección de "La Vanguardia".

(8)—Para mayor información sobre el movimiento obrero argentino, consúltase: La Acción Obrera, por Enrique Julio Ferrarazzo, en revista de Ciencias Económicas, 1926.

(9)—Alfredo Palacios, "El Nuevo Derecho".

(10)—Alfredo L. Palacios, "La legislación del trabajo en la Argentina", Revista de ciencias Económicas, abril de 1926. Además puede consultarse el Almanaque del Trabajo, que se edita en Buenos Aires.

(11)—A los 4.100.000 de dólares oro americano que tenía invertido EE. UU. en América Latina hay que agregar por razón de empréstitos contratados el año pasado (1926) la suma de 5. 125.606.000, estos empréstitos a los anteriores se obtiene la cantidad de 424 540.000 o. a.



N E W Y O R K

Los árboles pronto romperán sus amarras
y son ramos de flores todos los policías

Coney Island Wall Street
La lluvia es una moneda de afeitar La brisa dobla los tallos
de las artistas de la Pa-
(ramount.

China Town

La casa de la municipalidad
cambia constantemente de sabor

El tráfico
escribe
una carta de novia

T
I
M
E

I
S

M
O
N
E
Y

Los teléfonos
son depósitos de licor

Diez corredores
desnudos en la Underwood

28 piso

CHARLESTON
RODOLFO VALENTINO HACE CRECER EL CABELLO
NADIE PODRA TENER MAS DE 30 AÑOS

Mary Pickford sube por la miradac del administrador
para observarla

HE SA LI DO
RE PE TI DO
POR 25 VEN TA-
NAS

debajo del tapete hay barcos

No cantes española
que saldrá George Walch dentro de la chimenea

AQUI COMO EN EL PRIMERO NADA SE SABE DE NADA

100 piso

El humo de las fábricas

retrasa los relojes

Los niños juegan al aro
con la luna

en las afueras

Los guardabosques
encantan a los ríos

y la mañana
se va como una muchacha cualquiera
en las trenzas
lleva prendido un letrero

SE ALQUILA
ESTA MAÑANA

OQUENDO DE AMAT.

A R T E V I T A L

POR ANTENOR ORREGO

Hay muchas artes poéticas, ¿por qué
no ha de haber un arte vital?

ESTANCIA I

Me declaro enemigo del pensamiento puro: del pensamiento supérfluo que no tiene más valor que un escueto valor especulativo.

El pensamiento es instrumento de la vida y, por ende, no puede excluirla.

El hombre piensa para comprender, y comprender es superar. Cosa comprendida es cosa superada.

La imperfección se vence por la acción y ésta no puede verificarse sin antes haber sido pensada.

Si el pensamiento no sirve para superar y mejorar la vida, ¡abajo el pensamiento!

Cada vida, cada partícula de vida no es sino un pensamiento, y cuando éste cesa, cesa aquélla.

Es preciso elastizar o amplificar el sentido de utilidad. La utilidad materialista, la utilidad *utilitaria*, o sajona nos ahoga. Filosofía de establo; cárcel demasiado estrecha para el espíritu.

Es útil todo lo que sirve a los fines o al designio de cada sér. En este sentido, el amor, el arte y el pensamiento son tan útiles como el dinero y el alimento.

Elasticemos, también, el sentido de interés que anda rebajado y vergonzante.

Cada sér tiene sus intereses propios, según el "contorno" que sirve de receptáculo a su vida.

Hay intereses de toda jerarquía: altos y bajos, mezquinos y generosos. El interés es un valor vital como todos los demás valores.

La vida no es nunca *desinteresada*; lo desinteresado es lo muerto.

La vida está cargada de intereses.

ESTANCIA II

Acabemos con la petrificación de la palabra.

La palabra no es sólida sino líquida como el agua, y como ella debe fluir.

Es más: es gaseosa, y nunca debe perecer en el significado. La palabra no *significa* sino que se la hace *significar*.

El yeso no vale como yeso, pero vale como fachada, hija de la imaginación y del capricho. Es decir, hija del Espíritu. Vale como mil, como millones de fachadas.

Hasta ahora hemos asesinado la palabra, hablándola. Es preciso que la vivifiquemos hablándola, es verdad, pero sobre todo, entendiéndola.

El diccionario es sólo la osatura del vocablo; el espíritu lo posee y lo insufla el artista.

Tratemos la palabra como un espíritu.

Hemos hecho algebraica la palabra, matándola de esta suerte. La hemos fijado en uno de sus gestos. Es preciso resucitarla espiritualizándola, haciéndola gaseosa, lista para cualquier plasmación.

Amor, no significa nada por sí. Significa cuando el corazón que la musicaliza y el cerebro que la piensa pone en el seno de ella un ímpetu estremecido.

Si cada palabra fuera una fórmula matemática nunca podríamos rebasarla; nunca podríamos expresar ideaciones o emociones nuevas.

En el principio el verbo fué de Dios, pero, el hombre se olvidó de que lo fuera y lo corrompió haciendo con él fórmulas o anaqueles. Nacieron entonces los diccionarios y las academias de la lengua.

La palabra fluye; pero jamás fija.

"Fija, limpia y da esplendor" no es sino una trampa o cebo paradójico, porque lo que está fijo no esplende porque carece de vibración, porque está muerto. Esplendor es vivacidad, fluidez, cambio, gaseosidad.

Jóvenes: haced vuestra palabra gaseosa, porque vasos sólidos sólo podéis hacer con arcilla.

Con palabra solo se hace espíritu y pensamiento.

Una cosa hace falta: *gasificar* la palabra. Es decir, vitalizarla.

El dogma es sólido, pero la sabiduría es gaseosa.

Poned la palabra al servicio de la sabiduría.

ESTANCIA III

Varón o hembra, es preciso que te expreses. Para eso has nacido.

El ojo de Dios te vigila. No hay cómo echarse a la bartola.

¿Tú crees que el sol se oculta cada tarde y que la aurora se desgarrá cada mañana para que tu sigas pegado a la roca de los parásitos?

Debes saber que no habrá más crepúsculos y que tampoco habrá más auroras sino arrojas los pies y las alas hacia el camino.

Dios no puede quedarse en tí petrificado. Por eso es que debes seguirle con los pies de tu carne y con los pies de tu alma.

Y éste debe ser el sentido de tu goce: sentido del camino. En el ser no hay más que camino. Sin camino no hay Sol que duerma cada noche ni hay tampoco aurora que despierte cada día.

La parada tiene su castigo eterno: desandar lo andado y andar de nuevo. Todo camino es inexorable para nuestros pasos.

Dios no parece oneroso, pero lo es. Lo cargas sobre tus espaldas. Nada hay más responsable que tu espalda.

Puedes no sentir la carga, si quieres, porque eres libre; pero volverás una y otra vez a recomenzar tu destino.

La carga gravitará siempre sobre ti para que llegues a sentirla hasta la madadura. Sólo entonces serás responsable.

Desde la cima de la responsabilidad ya será posible que vislumbres tu estética y tu ética.

Entonces habrás alcanzado a expresarte.

Tu eres camino y tu camino es expresión.

ESTANCIA IV

Expresado o cumplido ya, en tus múltiples responsabilidades, habrás finalizado tu ciclo militante pero, a la par, que te expresas habrás de enseñar o adoctrinar, ¿qué es lo que expresas?

Tu vida es grande porque es simultánea. Simultánea en su expresión y en su enseñanza.

Entonces entrará en función tu libertad y tu bondad.

Es perentorio que conozcas tu mensaje para enseñarlo. Es preciso por ello que tu conciencia asuma el señorío de tu destino y de tu mensaje.

Todos los seres y el mundo lo están esperando. Dios se revela por ti mismo y en ti mismo.

Te sentirás sagrado y humilde a la vez. Revelas y te revelan. Enseñas y te enseñan. Eres profesor y discípulo.

M A D R U G A D A

C A M P A N A R I O S

A XAVIER ABRIL.

Un vaso cortó el aire y estalló como una bomba, junto a una de las muchas mesas con gente beoda.

En medio del vocerío general, dos hombres se insultaban rotundamente. Afirmaban y negaban. Se defendían y se amenazaban. Los mozos se confabulaban contra el que debía.

De entre el vocerío salía la voz pacífica de ¡Calma! ¡Calma! ¡Hay maneras de entenderse!

El olor típico de la cerveza derramada se esparcía por todo el salón. Se hizo el tumulto. Los vasos se estrellaron en el suelo. Los hombres se encaramaron sobre las sillas para presenciar la lucha.

No pude resistir por más tiempo la densidad de la escena. Estrellé el vaso en que había bebido, contra la cabeza más lejana que elegí, y abandoné la taberna.

Ya en el camino, el cielo despertaba. La luz se extendía como una gota de aceite en un papel de seda.

Cuando ya era la mañana, lejos vi insinuarse un carretón, como una vieja aldeana obesa y brusca, seguido de una nube de polvo. Pocos minutos después pasaba ante mí. Unas caras aburridas me preguntaron el suceso de la taberna. Afecté no saber nada, y lejos de lo que yo esperaba, me dejaron en paz. Continué mi camino. La mañana se había vestido ya completamente. Por momentos esperaba columbrar la ciudad a donde me dirigía. Ardía en deseos de echar un sueño. Pero no un sueño teniendo piedras por almohadas. Tengo la idea que estos sueños no son reparadores. Siempre duermo así y por eso me encuentro tan viejo y tan raído. Espero una cama confortable y aérea. Sólo así, aunque se trabaje mucho, se puede vivir largo. Por esto el pobre muere pronto; se apaga como un farol de kerosene. El rico vive largo, es como una lámpara de gas. Si se apaga casi siempre es por rotura o por vejez.

Por más que mi imaginación era afecta a creer cerca a la ciudad, la realidad no la correspondía. Años antes, muchos años atrás, hubiera experimentado en esta circunstancia un furor extraño e incomprensible.

Tras de mí, he sentido un ruido lejano. Es el carretón que vuelve. Se acerca. Lleva dentro un muerto, un preso y las mismas gentes aburridas que pasaron enantes. Los amigos ni siquiera se han dignado acompañar al difunto. Y este ha podido ser cualquiera de ellos, hasta yo. Poca importancia se dan a sí mismos.

El carretón ha pasado. Y con su carga también mi pesadumbre. Porque estos hombres me enseñan a dejar pasar todo lo que sucede, como el labriego que inclinado ante el arroyo ve pasar veloz una hojita seca.

Mi camino se va prolongando. Creo ver, allá al fondo, la torre de una iglesia. Es la ciudad. Pronto dormiré en una cama aérea.....

ESTUARDO M. NÚÑEZ

ESTANCIA V

Varón u hembra, destierra para siembre la mentira. Tuércele el cuello como a la elocuencia.

No podrás nunca expresarte ni enseñar mintiendo.

El mundo te pide, a gritos, lealtad. Nada más anti-vital y anti-divino que la traición.

Si te traicionas te defraudas a ti mismo y al universo entero.

Tu armonía es lealtad y concordancia.

No rompas el anillo cósmico que ciñe tu vida individual.

Dios no gravitará sobre tus espaldas si gravita la mentua. Has que tu responsabilidad grave sobre la fluencia de tri sèr.

1

Todas las campanas nocturnas tienen sus lechos de plumas.

Todas se reclinan como novias en la dócil atmósfera.

Y hasta llegar a la cueva del sueño descienden cientos y cientos de metros.

Todas las campanas nocturnas cuando mueren suben al cielo.

2

Las campanas muchas veces preguntan al silencio si las quiere!

Llaman. Llaman y nadie responde.

Caen como mariposas engañadas en la Luz invisible de la noche.

Una campanada enferma tose y otra quiere subir a la Luna.

Ninguna campanada logra encontrar la senda de su cuna.

3

Ha llorado la Luna las cinco campanadas de la hora.

La noche siente en los tañidos.

La noche enamorada besa al silencio en la campana.

Fué el Señor

quien rimó la campana y le dió su temblor.

JOSE RIVAS PANEDAS.

Madrid,—1927.

Tu eres camino, tu camino es expresión, tu expresión es enseñanza, tu enseñanza es responsabilidad.

ESTANCIA PENULTIMA

En un "ARTE VITAL" nunca se puede decir la última estancia porque ésta sólo se dice en la hora de la muerte.

ANTENOR ORREGO.

LOS CRIMENES DEL INVIERNO

POR FELIX DEL VALLE

Cuando uno siente y piensa más en los desheredados es en invierno. Las clases acomodadas lo ignoran. El dinero, entre otras cosas, sirve para vivir, sin hacer mal papel, ignorándolo todo. En el Perú, en nuestra Lima, tibia, mórbida, donde todo es débil, desde el carácter hasta las estaciones, ni el obrero puede saber lo que es un rigor universal. Por azares de la fortuna, a mí me ha sido posible vivir dos inviernos en esta corte, sin recursos, abandonado a mí mismo. Ha habido instantes en que mi pensamiento no ha tenido sino dos caminos a elegir: volver a Lima o desaparecer. Para lo primero me ha sobrado cobardía; para lo segundo me ha faltado valor.

Un escritor, un hombre de conciencia y de corazón, no puede, no debe venir a Europa a conocer exclusivamente la superficie social, lo epidérmico y anecdótico. La vida es algo más que superficie y tránsito. El escritor, por insignificantes que resulten sus alcances, no puede ser turista. Tiene que entrar y registrar, observar y estudiar allí donde los otros pasan y no ven. Es fácil escribir, más o menos bellamente, con palabras de joyería y períodos de efecto para halagar a los señoritos del Palais y a las chiquillas de San Pedro. Tal es un público para el escritor que llamaremos de primeras letras. Quienes se quedan allí no tienen derecho para incorporarse, ni siquiera en calidad de adherentes, a cualquier movimiento que ambiciona los más altos propósitos humanos.

Para sentir estos propósitos, más que las ideas conocidas, más que los faros cardinales que las han expuesto, precisa vivir la miseria. Tonifica el alma a la par que deprime y desalienta el cuerpo. Este, después de todo, es el carbón que se quema. Aquella es la mirada humana más encendida y alerta a medida que nuestra carne sufre y va trocándose en cenizas. Cada día de miseria, en efecto, va consumiendo las energías del cuerpo, pero, a cambio de ello, la llama del espíritu se agranda y fortalece. En la miseria somos más humanos. La justicia se ha organizado casi siempre al margen de lo que debiera ser su verdadero fondo: la miseria. Las leyes sociales son inhumanas y duras. Juzgan, desde los mismos puntos de vista, al criminal de arriba que al de abajo. ¿Cabe algo más inhumano?. El crimen no podrá tener nunca justificación, si ustedes quieren, pero sí mayores disculpas en los de abajo que en los de arriba.

Y pienso desde aquí, desde mi cuarto frío y húmedo, desde mi cuarto, solo encendido por mi pensamiento, en el último crimen, cometido en Sevilla. He aquí a un hombre, un artesano sin trabajo, con ocho hijos. Dos habían muerto de hambre y de frío. Quedaban seis candidatos a la muerte en las mismas circunstancias. El hombre, precisado por la tragedia que vivía, entró a robar. Fué descubierto. Tuvo que matar. Ahora está en la cárcel. Interrogado ha dicho, sin cinismo, francamente:

—Me ha salido mal. Peor de lo que me iba no me podía ir. He matado, es cierto. Pero la sociedad, me ha asesinado a dos criaturas inocentes.

Las palabras son de un hombre honrado, convertido en asesino, empujado al asesinato por fuerzas extrañas a él.

Hay que meditar mucho en ellas. Hay, sobre todo, que ponernos en su caso. Nosotros tenemos mayor elasticidad de pensamiento, mayores recursos mentales para huir del crimen, pero a aquel pobre hombre, agotado por la miseria y por el frío, viendo desaparecer una a una sus criaturas, sin auxilio y sin apoyo, solo con sus músculos inútiles, ¿qué otra solución podía germinar en el cerebro que no fuese la del robo y, ya, en esta escala, la del crimen? No disculpo; expongo rápidamente el hecho. Ni siquiera trato de comentarlo como merece. Sólo

os digo una cosa, lectores: es preciso que se legisle desde abajo, viviendo los sufrimientos de los de abajo, y no desde arriba, cuando, si se han vivido, se han olvidado tales sufrimientos. La existencia no la podemos medir, dosificar, juzgar con nuestro pensamiento si nó lo llevamos á impregnarse de las peores calamidades. Solo entonces seríamos humanos, es decir, justos. Yo, en conciencia, sinceramente, no me atrevería a condenar a ese hombre del pueblo sevillano, tan noble, tan dócil, tan ignorante y resignado. Condenarlo se me antojaría cometer otro crimen, porque sé lo que son en España, el hambre y el frío, inspiradores, en verdad, de estos actos, que resultan, más que crímenes de los hombres, crímenes del frío y del hambre que aquellos no han creado.

FELIX DEL VALLE.

Madrid, 1927.

Júbilo del amigo nuevo

amigo luminoso y triste—aquí cantan
mis palabras rosadas y aquí estoy todo entero
—este grito de júbilo dóblalo entre tus sueños—

modernos piratas de humo en los aviones
de tu orgullo viajando la argolla de los horizontes
la alegría se hartaba de ruidos en tus labios—
y en tus mástiles ébrios —marineros salados
descargaban recuerdos de sus guitarras.

tu viniste a encender tus faroles en mi ánimo
tu quebraste la sombra y diste ala misa remos resecos
en mi barco de viento que giraba en la noche sin rumbo—
en ti estoy fardo triste y humoso tirado en tus puertos
con las rotas amarras llovidas de lluvias mohosas

torre violenta en mi vida—jaula de retorcidas emociones—
aquí estamos los dos juntos turbados
mirando al fondo opaco de esta noche sin ojos—
desmenuzados alegres aventureros grávidos de paisajes.
desde el trampolín de tu alma
rayaremos las tardes de humos huracanados

el vitral de tus ojos desdobra mis actitudes
algo cantan mis músculos y en los espejos suenan músicas
adormecidas

oh aquí estamos amigo y nuestro orgullo
navega las polvaredas de la lluvia
nuestras vidas andan solas por los caminos—en los amaneceres
rojos
juntos agitaremos deseosas banderas de ALEGRIA

OSCAR CERRUTO

Bases para reformar la Universidad del Cuzco

Ante Proyecto de un Nuevo Estatuto Universitario

PRINCIPIOS

I

La Universidad del Cuzco es un centro de estudios superiores dirigido a la formación de las capacidades encauzadoras de la vida colectiva, en las múltiples esferas de la actividad general y particular.

II

Proporciona el bagaje técnico para las profesiones y oficios, la orientación de éstos y aquellas en el sentido de aprovechamiento de los recursos físicos y las energías sociales del País, y provoca la difusión popular de la cultura.

III

Como centro de elaboración de ciencia nueva, dirigirá los estudios a investigar nuestras particularidades mesológicas, desde el punto de vista de todas las disciplinas. La Universidad creará, de este modo, la propia conciencia social de este sector de América.

IV

Integran la Universidad, facultades, institutos y secciones de diversa naturaleza, ya de tecnificación ya de ciencia pura; mas, preside este conjunto el sentimiento de la unidad del esfuerzo superior por la cultura.

V

La Universidad del Cuzco adopta el tipo de la Universidad Democrática: la ciencia no es privilegio de clases. A las aulas universitarias tendrán ingreso, cuantos anhelan nutrir su espíritu, adquirir conocimientos técnicos para el trabajo y la producción y dotar su personalidad de fuerzas intelectuales.

VI

La Universidad democrática es el mas fiel reflejo de la sociedad libre que entrevemos como ideal de sociedades; por esta razón, la vida universitaria, animada por el vínculo de amor a la ciencia, debe estrechar, en el franco intercambio de servicios, a los hombres de todas las profesiones, obreros intelectuales y trabajadores manuales.

VII

La Universidad del Cuzco no solo dará títulos académicos que consagran cierta tradición colonialista, sino que expedirá también diplomas y brevets de expertos para el ejercicio de especialidades no menos nobles que las llamadas liberales.

VIII

La Universidad realizará, en definitiva, el fecundo acuerdo entre la especulación y la tecnificación.

IX

Esta Universidad de puertas abiertas aspira a actuar en el medio nacional, aportando su contingente de verdades y experiencias a la dilucidación de todos los problemas.

No limita su actividad a lo estrictamente interno, sino que pretende extenderla por todos los confines de América, en la viva inquietud prometedora del nuevo ciclo cultural Amerindio.

PONENCIAS BASICAS

I

Se declara la docencia libre como cooperante del profesorado titular. El catedrático reduce sus obligaciones al envío del programa analítico de curso a la facultad respectiva.

II

La enseñanza no se circunscribirá ya a la tarea meramente expositiva de las materias del curso, sino que será en todo caso la elaboración conjunta entre maestros y discípulos.

III

El sistema de seminarios y conversatorios y la práctica dentro y fuera del claustro universitario serán obligatorios.

IV

Se suprime el examen de fin de año como prueba definitiva. Bastará la calificación de aptitud en cada curso por el catedrático respectivo para ser promovido al año superior.

V

Toda complacencia dolosa del catedrático o toda injusticia al calificar merecerán sanción punitiva aplicable por el Consejo Universitario.

VI

El alumno que pretendiese por medios vedados influir en la libertad de calificación del catedrático será suspendido o expulsado de la Universidad, según la gravedad de la falta.

VII

El estudiante que considere injusta su calificación apelará al veredicto de sus compañeros de clase y si éste le fuera favorable recurrirá en queja al Consejo Universitario. Si el catedrático se justifica, el alumno será suspendido por un año, y si es probada la parcialidad de aquel, el Consejo suspenderá del ejercicio de la enseñanza al culpable por el tiempo no menor de tres meses.

VIII

Para obtener todo título, diploma o brevete, el candidato deberá someterse a un examen riguroso teórico y práctico con presentación de un trabajo propio que evidencie la aptitud y plena preparación del candidato. Ninguna prueba tendrá duración menor de una hora.

IX

El doctorado exigirá precisamente la presentación de una obra de investigación original. Ninguna prueba doctoral durará menos de dos horas.

X

La suprema autoridad universitaria reside en el Consejo que está compuesto por los decanos de las facultades, los directores de los Institutos, los Jefes de las secciones y departamentos y los delegados de los alumnos. El rector es presidente nato del Consejo.

XI

El Rector y el Vice—rector serán elegidos en una asamblea constituida por delegados de las facultades, de los institutos, de los alumnos y de los exalumnos graduados en la Universidad.

XII

La reelección del Rector exigirá cuatro quintos del total de miembros de la asamblea.

XIII

Los "Doctores Honoris Causa" pueden ser elegidos Rector, o catedráticos titulares aunque carezcan de título profesional.

XIV

Deberá tenderse a que el ejercicio del rectorado sea incompatible con el de cualquiera otro cargo de la administración pública.

XV

El catedrático universitario deberá consagrarse exclusivamente al desempeño de su misión educativa. Para alcanzar este fin, el Estado y la Universidad, en su caso, procurarán al profesor adecuada renta.

XVI

Solamente podrán ser puestas en concursos las cátedras que no acumulen materias. Los serán las que comprendan un máximo de dos cursos conexos.

XVII

No habrá concurso con un solo opositor.

XVIII

Los catedráticos que se hayan especializado en la enseñanza, consagrándose a determinada materia, pueden obtener por designación de dos tercios de votos del Consejo Universitario una comisión por un año para perfeccionar sus conocimientos en un instituto extranjero. Los gastos de viaje correrán por cuenta de la Universidad que seguirá abonando su haber al catedrático comisionado.

XIX

Será de forzosa consignación en el presupuesto universitario la partida anual para dar cumplimiento a lo anterior, así como al sostenimiento del intercambio de profesores.

XX

Los catedráticos de la Universidad, gozarán de un descuento de 50 o/o. en los pasajes de ferro-carril y vapor dentro de la República y de pase libre para las excursiones y comisiones de carácter científico que se les encomiende.

XXI

El alumnado tiene el derecho de intervenir en la elección de las autoridades universitarias y en las liberaciones y acuerdos del Consejo y de las facultades.

XXII

La intervención regular del alumnado se reconocerá por medio de las delegaciones que acredite ante la Asamblea, el Consejo y las juntas de catedráticos de cada facultad.

XXIII

Se reconoce el mismo derecho de intervenir a los exalumnos graduados en la Universidad, en la elección de Rector o Vice-rector, mediante la delegación que acrediten ante la Asamblea.

XXIV

Los alumnos podrán hacer uso de su derecho de solicitar la separación de un catedrático por órgano de sus delegaciones y fundándose siempre en motivos reconocidos por la ley.

XXV

Para ser delegado de los alumnos se requiere cuando menos haber concluido los estudios universitarios. Los delegados de los exalumnos graduados acreditarán, en todo caso, título profesional.

XXVI

Créase veces en las facultades, institutos y secciones para estudiantes pobres y meritorios.

XXVII

Los alumnos que se hayan distinguido en su carrera estudiantil y obtengan el grado o título en condiciones sobresalientes, a elección de dos tercios de votos por el Consejo, gozarán como premio de una bolsa de viaje al extranjero. Deberánse matricular en cursos de su especialidad en un instituto superior que les expedirá certificados del año de estudios complementarios del Pos-graduados. Estos profesionales estarán obligados a servir como maestros auxiliares, no menos de un año en la Universidad o institutos de ella dependientes.

Serán preferidos en la elección de catedráticos interinos o accidentales.

XXVIII

Funcionará anualmente en la Universidad un Congreso del Magisterio de la Región de los grados primario, medio y superior en el que se definan orientaciones educativas y doctrinarias íntimamente conexas con el carácter ético, mental y efectivo ambientes.

La Universidad ejercerá control efectivo moral y dirección cultural orientadora en todos los grados de la enseñanza.

FORTUNATO L. HERRERA.— JOSÉ GABRIEL COSIO.—LUIS E. VALCARCEL.—J. URIEL GARCÍA.—LEANDRO PAREJA.—ALBERTO ARANIBAR P.—J. S. GARCÍA RODRÍGUEZ.



EL CUZCO CATOLICO

POR EMILIO ROMERO

En el Cuzco los indios estaban habituados a presenciar las grandes solemnidades religiosas incaicas. Se sentían sugestionados, atraídos al boato y magnificencia de las fiestas católicas. Los indios vibraban de emoción ante la solemnidad del rito católico. Vieron la imagen del Sol en los rutilantes bordados de brocados de las casullas y de las capas pluviales; y los colores del iris en los roquetes de finísimos hilos de seda en fondo violáceos. Vieron tal vez el símbolo de los *quipus* en las borlas moradas de los abates y en los cordones de los descalzos.... Así se explica el furor pagano con que las multitudes indígenas cuzqueñas vibraban de espanto ante la presencia del "Señor de los Temblores" en quien veían la imagen tangible de sus recuerdos y sus adoraciones, muy lejos el espíritu del pensamiento de los frailes.

Vibraba el paganismo indígena en las fiestas religiosas. Por eso los vemos llevar sus ofrendas a las iglesias, los productos de sus rebaños, las primicias de sus cosechas. Más tarde, ellos mismos levantan sus aparatosos altares del Corpus Christi llenos de espejos con marcos de plata repujada, sus grotescos santos y a los pies de los altares las primicias de los campos. Brindaban frente a los santos con honda nostalgia la misma jora de las libaciones del Capac Raymi; y finalmente, entre los alaridos de su devoción que para los curas españoles eran gritos de penitencia y para los indios gritos pánicos, bailaban las estrepitosas *cachampas* y las gimnásticas *kashuas*, ante la sonrisa petrificada y vidriosa de los santos.

El regionalismo cuzqueño tiene un sensualismo extraño, soberbio, voluptuoso. Los millares de indios que rodean la ciudad con sus ritos secretos, convierten a pocos años la religión en una mezcla informe, grotesca de fórmulas de gentilidad desvirtuada y de lo español mixtificado. Los indios cambiaron de fetiches pero adoraban siempre a Dios. Y en esa adoración desbordaba intenso sensualismo.

Así fué formándose el ambiente colonial cuzqueño digno del más alto interés y de detenido estudio. En las clases menos incultas, se formaba un sedimento de conservadorismo profundo, un amor intenso a todas las manifestaciones externas de la religión. De ahí tenemos el aspecto monumental de la ciudad. Las hornacinas tajadas en los soportales, las antiguas cruces de madera verde, los zaguanes sonoros donde aún resuenan ecos de avemarías monótonos y beatos....

Pero lejos de la ciudad, y aún dentro de ella, estaba la masa indígena, turbia y embrutecida, que significaba para la beata ciudad de las cien torres, la mano de Satán roja y encendida sobre las rotas murallas de Saksahuamán. Por sobre las ruinas de los palacios incaicos y por entre los muros, cubiertos de musgo del viejo arruinado templo de las *akllas*, el viejo sol pagano y bueno, iluminaba el Cuzco. La masa indígena era la tentación del Cuzco y debido a ella, el Cuzco adquiere un sello nacional, inconfundible, una fisonomía propia que dará con el tiempo gloria perecedera, a despecho de las procesiones penitenciales. La masa indígena, inconsciente de su gran papel del porvenir, ejercía en la evolución social una influencia más poderosa que los conventos. No en vano las indias espléndidas vivían cerca de los conventos de místicos frailes o de las parroquias, en las quebradas tibias; no en vano corría aún por los canales sagrados de las intihuatanas, la chispeante *sora* de los incas. Esta cercanía de los indios, desvía inconcientemente la historia del Cuzco hispánico. La esclavitud, la opresión, las castas, todo el bagaje feudal que traía la colonia, era derrotado palmo a palmo, sin saberlo, por la cercanía de los indios. Y con el correr de los años, un nuevo elemento nacional

iba a ser el que poblara las aldeas cuzqueñas con levadura de porvenir.

Y en efecto. No en vano en las proximidades de los conventos, en las húmedas sacristías y en las porterías de las casas religiosas, vivían las indias espléndidas y sazoadas. No en vano en las proximidades de la ciudad ex-imperial había un ir y venir de la masa indígena bajo el sol multimillonario que fecunda los maizales afrodisíacos en las quebradas de panllevar. La influencia del indio en el Cuzco hispánico se observa antes que en nadie, en los mismos frailes conquistadores de las conciencias.

Desaparecida la primera generación de frailes catequistas, de aquellos que como Tomás de San Martín penetraron en las sierras, caminando sobre los Andes salpicados de abismos y desvirgando las florestas, dando ejemplo de valor y de hombría digno de admirar; desaparecida esa generación de frailes fuertes hechos de la madera de Ignacio de Loyola y de Quijote de la Mancha, las generaciones de frailes posteriores pertenecen ya a una nueva cepa. A la cepa nacional.

Precioso tema el de las historias de curas. Los curas nuevos, aquellos que tenían ya algo del sol de los incas en las venas, son la primera muestra de la influencia indígena en el Cuzco hispánico. Descoyuntados de la metrópoli, en estos nuevos curas surgen los primeros gritos nacionales, aún dos siglos antes de que se piense en la independencia de América. Estos frailes que llevaban una vida plácida cargados de sobrinos; que no perdonaban el espeso chocolate de las mañanas preparado por las regordetas manos de la hermosa aya, son asáz pintorescos e interesantes, bajo sus viejas tejas verdosas, para la historia nacional.

Recordemos a aquel don Juan de Espinoza y Medrano llamado el "Lunarejo", pico de oro, autor de cuatro libros, el cual estando un día en la cátedra sagrada ante el pueblo que se apretujaba por oírle mejor, vió que impedían a empellones a una vieja india la entrada al templo. Este genial cura dijo ante el silencio emocionado de la multitud estas frases dignas de Vicente de Paul: "DEJADLA ENTRAR POR FAVOR, ESA INDIA ES MI MADRE"....

Y vemos ya en este gesto a la raza que gruñe sobre los muros de los conventos cuzqueños. Ya vemos a la raza cuyos biceps fuertes se delatan bajo las relucientes sotanas incensadas.

Aquellos curas que se rebelan contra los curas españoles. Aquellos que predicen desde los púlpitos un nuevo evangelio político; aquel canónigo Francisco Carrascón que fué antiespañol desde el fondo de su alma, son ya curas de la revolución mucho tiempo antes de la revolución misma. No fué en la casa de un cura donde estalló la rebelión del ínclito Tupac Amaru?

A veces surgen entre estos nuevos curas peruanos, tipos sentimentales y apasionados. Lo dice la leyenda trágica del *Manchaypuito* y de tantos otros que dominaban a los hombres simplemente con el badajo de las campanas parroquiales. Son curas que señalan una nueva época. Ellos entendían la religión en forma distinta, instintiva y prosaica. Ya no era el misticismo ni la fé visionaria de los primeros frailes. Era en ellos el primer grito de la raza india que pululaba hecho carne, por las calles evocadoras del Cuzco ex-imperial.

EMILIO ROMERO

EL PROBLEMA INDIGENA

POR LUIS CARRANZA

Juzgo que, desde el punto de vista nacional, ningún problema merece mayor atención que el referente a la elevación cultural de la raza indígena. Y lo creo así, porque una nación compuesta en sus 4/5 partes por aquel elemento, jamás podrá tener una conciencia homogénea y nacional, si los elementos directores del país, compuestos por los descendientes de españoles, los llamados criollos, persisten en la peregrina idea que ha dominado al Perú durante cuatro siglos o sea la de que los indios de las diferentes razas que pueblan nuestro territorio, especialmente en la región andina, son recalcitrantes a la civilización occidental, sin estudiar antes profundamente, cuáles son los obstáculos que se oponen para que formen un todo con los demás elementos nacionales.

Descendientes de los conquistadores, los habitantes de la costa mezclaron posteriormente su sangre con elementos africanos y chinos, y estos productos y sus mestizajes, tomaron carta definitiva de naturalización, una vez abolida la esclavitud, en el primer período de nuestra vida republicana. Los elementos autóctonos de la Sierra, menos mezclados que los de la costa, continuaron como segunda casta, y si bien nadie les negó ni les ha negado valor como elementos valiosísimos, para el sostenimiento de las industrias andinas y para la formación de nuestros ejércitos, se continúa discutiendo si debe o no intensificarse hacia el otro lado de los Andes, la cultura europea.

Los tres aspectos de la cultura son indispensables. Físicamente, el elemento indígena ha probado ya en nuestra larga historia, agrícola, minera y militar, que, por lo menos, en las condiciones climatológicas de su suelo, es un trabajador insuperable. Ninguna raza en el mundo, habría soportado con más resistencia que la indígena, sus condiciones de vida.

Es preciso pensar que la coca y el aguardiente de caña, por causa de la miseria de los salarios, constituyen gran parte de su alimentación, y que tal estado de cosas no puede ser atribuido sino a falta de protección de los elementos étnicos superiores, que en lugar de mirar en el indígena, a un compatriota y a un hermano, ven en él al eterno siervo. Es preciso pensar que su falta de rebeldía, virtud ancestral de la raza, y no debilidad, como se quiere hacer creer, ha sido la excusa para nuestra indiferencia. Se han contrapuesto dos caracteres antagónicos: el levantisco, perezoso e indolente del criollo, con la pasividad, el hábito de tenacidad y la actividad forzada del indio, y se ha deducido de lo que es mérito, el vicio de la raza.

Para mejorar las condiciones del indio, desposeído en su inmensa mayoría, de la propiedad del suelo de que es autóctono, no queda otro recurso que aumentar su salario en tal proporción, que pueda servirle para satisfacer sus más exigentes necesidades. Se ha hecho ya algo en tal sentido, pero creemos que el salario mínimo señalado por el Estado, de *veinte centavos diarios*, es tan exiguo, que no merece ser tomado en cuenta. Es preciso ser más humano y dar al trabajador de la sierra, lo necesario para su sustento. El día que se fije el salario mínimo en un sol, 4 millones de habitantes cooperarían al consumo de nuestras industrias y manufacturas, y se abriría para el mismo trabajador de la costa un mercado inmenso y se duplicarían los recursos fiscales. El secreto de la mayor prosperidad aparente del indígena de Bolivia, que considerada geográficamente es una prolongación de nuestro territorio, consiste en que los elementos étnicos se han amalgamado allí más estrechamente, y en que dominando la sangre de los autóctonos, ha tenido que mejorar de una manera general la estimación y el aprecio por la raza que puebla el altiplano de Bolivia.

Nuestras leyes, muy sabias en su concepción teórica, son inaplicables en la práctica; no son ejecutivas sino para una parte de la población; el resto escapa a sus beneficios y solo sufre sus rigores.

Moralmente, es preciso el buen ejemplo, el hábito de la justicia, de que por desgracia carecemos los criollos, generalmente apasionados y por lo tanto injustos. Claro, que hay excepciones; pero si descendemos de las clases superiores o más cultas, para echar mano de las autoridades que van a ejercer en la sierra sus atribuciones judiciales, políticas, administrativas o eclesiásticas, nos persuadimos de que tales elementos de dirección y control, contribuyen a mantener la falta de carácter del indio, puesto que queda siempre abandonado a su propia suerte, forzado por los mismos que debían servirle de ayuda, a continuar en su tristísima condición. Para este mal no hay más remedio que el buen ejemplo, la selección de las autoridades que deben desempeñar tales cargos, quizás el encontrar una fórmula mediante la cual, los indios tengan cierta autonomía económica, el manejo de sus municipios y hasta la forma de abonar ellos mismos, los servicios prestados por sus administradores temporales, porque de ese modo, las autoridades tendrían que humanizarse y proceder rectamente.

La cultura intelectual es mucho más difícil, y hoy por hoy, conceptuamos que entre los indígenas de la sierra, lo más urgente consiste en desanalfabetizarlos, enseñándoles el idioma oficial, la lectura y la escritura.

Tales son en nuestro concepto, las cuestiones que hay que resolver para encarar el problema indígena en el Perú. Que su resolución es urgente no hay que dudarlo, y ya que espíritus altruistas han emprendido la faena, precisa ahondar esos problemas, buscando prácticamente, sobre el terreno, el medio de conseguir tan benéficos fines. Nuestra raza indígena, necesita de un verdadero apostolado, que como los misioneros religiosos, se consagre por amor a la especie o a la nacionalidad, de una manera decidida, a redimir al indio; a hacerlo libre, feliz e independiente, condiciones de las que hoy está ciertamente muy alejado.

1927.



La Actual Etapa del Capitalismo

POR EUDOCIO RABINES

Un hecho mundial está llenando la hora contemporánea. Un factor irrefutable está determinando la era presente y la era que vendrá. La etapa histórica por la que atraviesa el mundo se presenta condicionada, cada vez más definida y evidente, por una realidad categórica: el Imperialismo. Lenin lo llamó "la última etapa del capitalismo".

La política mundial, la diplomacia internacional, el devenir de los acontecimientos económicos y sociales, y la concepción del mundo y de la vida, se encuentran determinados por un mismo hecho, característico de nuestra época y consecuencia y etapa final de un periodo, y de un sistema, que cancelan su gestión.

EL VEREDICTO DE LA INTELIGENCIA

Después de la paz de Versalles, nadie se atreve ya —salvo el caso de batir record de ignorancia— a discutir la realidad del imperialismo. La Inteligencia de todos los rangos, los exégetas de todas las teorías, están concordes en reconocer, no ya su acta de nacimiento, sino su rol omnipotente y mundial.

Cunow, apologeta del imperialismo y sus conquistas, razona, cínico y simplista: "el imperialismo es el capitalismo actual; el desenvolvimiento del capitalismo es inevitable y constituye un progreso: luego, el imperialismo es un progreso". Schulze Gaevernitz, economista y filósofo, propugnador del imperialismo alemán, estudia en "Britischer Imperialismus" (El Imperialismo Británico) las causalidades y consecuencias de la historia Británica en el siglo actual y denuncia a la Isla como la cuna y la madre del imperialismo. El economista inglés, de filiación liberal, J. A. Hobson, nos da en su obra, "The Imperialism" (El Imperialismo) una excelente descripción de las principales características, económicas y políticas, del imperialismo. El social-demócrata, Rudolf Hilferding, en "Finanz Kapital" (El capital financiero) hace un hondo y certero análisis de la "fase actual del desenvolvimiento capitalista". El historiador y político francés, André Duboscq, analiza los problemas del Extremo Oriente, en "Le problème du Pacifique" (El problema del Pacífico) señalando la misma causalidad a todos los fenómenos diplomáticos, económicos y militares: el Imperialismo. Oswald Spengler, —defensor de un imperialismo derrotado— en su "Declinencia de Occidente", sitúa el imperialismo en el Invierno de la Cultura, y la era contemporánea en el invierno de la Cultura Fáustica. Recientemente, los norteamericanos, Nearing y Freeman, presentan en "The Dollar Diplomacy" (La Diplomacia del Dólar) "no una historia del imperialismo, sino una descripción de ciertos casos típicos en que los intereses económicos y diplomáticos de los EE. UU. han chocado con los de ciertos países inexplorados" (1). La obra, severamente documentada, es un panorama de la acción del imperialismo yanqui sobre Haití, Santo Domingo, Cuba, Panamá, Nicaragua, México, Bolivia, La China, Hawai, Puerto Rico y Filipinas. Y, por último, Lenin, en "Imperialismo, última etapa del Capitalismo", nos expone, dialéctica, realista, incontestablemente, dentro del mas severo análisis y la mas estricta constatación de los hechos, la teoría y la praxis de esta etapa característica de la Historia actual.

Las opiniones vertidas vienen de todos los sectores, enfocan el problema desde los mas diversos puntos de vista, desde las mas opuestas concepciones. Pero todas, sin excepción, concuerdan y se unanizan en un punto innegable: el imperialismo es el hecho característico y determinante del momento contemporáneo.

LA EVIDENCIA HISTORICA

Inválida sería la tesis si ella no estuviera concorde con la realidad que presentemente previene ante nosotros. La lógica histórica no consiente asertos subjetivos, ni divagaciones metafísicas. Como ciencia está arraigada, sustentada por las leyes que emanan de la realidad y muy lejos de ser aquella "narración ordenada de los hechos memorables" o simplista, aunque carlailianamente, "la biografía de los grandes hombres".

La Historia de la Humanidad, desde los últimos años del siglo pasado, es la historia del imperialismo. La guerra hispano-yanqui —1898— la toma de Puerto Rico y Filipinas —1899— la anexión del Hawai —1893-98— la guerra anglo boer —1899-1902— la revolución de los Boxers —1900— la toma de la Zona del Canal de Panamá y la independización de esta república —1903— la guerra ruso-japonesa —1905— las ocupaciones de Cuba, por los EE. UU. —1899-1909-1912 y 1917— las guerras italo turca —1911— y turco balcánica —1912— la repartición de China —1895-1914— la Guerra Mundial —1914-18— y sus consecuencias: Tratado de Versalles, surgimiento de Polonia; Yugoslavia y Tchechoslovaquia, estrangulamiento de Austria, sometimiento y crisis de Alemania, Plan Dawes. Liga de las Naciones, Revolución Turca, ocupación del Ruhr, crisis francesa e italiana. Actual situación inglesa. Repartición del mundo colonial. Creación de los estados del Báltico. Revolución Rusa 1917— En América: Revoluciones de México —1910-17— Invasión de México —1914— ocupación de Haití —1915— y de Santo Domingo —1916— ocupación de Nicaragua, e imposición de un verdadero protectorado —1919-1927— El asunto Tacna y Arica, desde su sometimiento al arbitraje de Washington y sus proyecciones en la Historia Latino americana, y, finalmente, la Revolución China, el hecho mas grave y palpitante del momento, son evidencias irrefutables, culminantes del imperialismo y de su desenvolvimiento.

El Gran Hombre, representante, ha descendido del zócalo de semidios, en que el subjetivo de las multitudes con el consenso —menos Marx y sus prosélitos— de la Inteligencia, quiso colocarlo. Idénticamente que los acontecimientos, la acción de los semi-divinos, obedece al determinismo histórico. La trama dramática no es creada, a libre albedrío por el providencial superhombre. Se ha confundido autor con actor. El, marcha y acciona, en el escenario histórico, obedeciendo a las necesidades del ambiente, a los imperativos de su época. Puede tan sólo interpretar la realidad que vive, encausarla y dirigirla. Tal el límite de su papel histórico. La imaginación romancesca o la necesidad de un núcleo, han querido hallar aquí, lo misterioso y lo sobrenatural. Rezagos del opio mítico de la esclavitud y la servidumbre. Herencia reaccionaria del mesianismo y del milenio, nutrida cuidadosamente por quienes tienen interés capital en conservar sus mejores y mas sólidos baluartes.

En la hora que deviene: fuerzas cada vez mas nítidas, antagonismos cada vez más polarizados, intereses mas netos y clarísimos, el gran hombre, como las multitudes, tiene que situarse históricamente en pro o en contra del fenómeno. No puede evitarlo, ni trasmutarlo, ni escamotearlo. Ni resolverlo sino por un solo derrotero. Le es imposible crear realidades concordes con su idealismo subjetivo. Y así constatamos que la matriz feudal o pequeño burguesa es ya estéril para concebir el Gran Hombre, y que éste desenvuelva su acción —hoy lo vemos mejor que en las otras horas de la Humanidad— condicionada por la lucha ineluctable. O ella es filo-imperialis-

ta, o es anti-imperialista: Cecil Rhodes o Mc Kinley, Hindenburg o Roosevelt, Foch o Guillermo II, Wilson o Mussolini, Lenin o Sun Yat Sen, Trotzky o Ghandi, Eugenio Debs o Romain Rolland, Tchicherin o Chamberlain, juegan su rol en el drama histórico, sometidos al determinismo de la época. O realizan las posibilidades de la revolución o aquellas de la reacción, cada vez menores y solo episódicas. Poco importa el cariz que su voz, su fraseario, puedan tener. El hecho será ejecutado con ellos, o a pesar de ellos.

La actual política yanqui —por ejemplo— suban al poder demócratas o republicanos, gobiernen “los representantes del movimiento imperialista: Mac Kinley, Roosevelt o Lodge; el representante de la diplomacia del dólar, Taft; o el de la misión tutelar, imperialista, financiera y bíblica, Wilson” (2) será política de conquista y coloniaje. Sus grandes hombres —hechos por obra de la Prensa, el Cable, la Radio y el Anuncio— su política, su ideario y su acción, serán imperialistas. El apóstol Wilson declamará sobre el libre derecho de los pueblos, nos dirá su lamentación evangélica, enunciando que “estamos cogidos dentro de un régimen inhumano, que no tiene corazón” (3) pero ordenará la toma del “Ipiranga” y la invasión de México (4) apadrinará el Consorcio de los banqueros en China (5) hará desembarcar sus tropas de conquista, y tomará las aduanas y las poblaciones en Santo Domingo (6) enviará a Caperton a ejercer la diplomacia del rifle, a apropiarse de las Aduanas y del tesoro haitianos, a ejecutar la ley marcial en Haití (7) negociará e impondrá el coloniaje a Nicaragua (8) intervendrá militarmente en Cuba, en 1917 y tendrá al gobierno independiente de la hermana menor, bajo el control de la marinería yanqui, la que “aclimatándose para el servicio en la Guerra Europea, permaneció en la Isla hasta 1919” (9) meses después del armisticio. Es decir, servirá como Taft, como Harding, como Coolidge, los fines y propósitos violentos y conquistadores del imperialismo. Malgrado la dureza apostólica de los XIV puntos.

POSICION HISTORICA DEL IMPERIALISMO

Al hacer el análisis del fenómeno, comencemos por esclarecer sus características peculiares, definiendo su posición histórica y los rasgos que lo definen como el hecho típico de la era presente.

Hay una confusión pintoresca en la mayoría de quienes, en América, discurren sobre imperialismo. Un distinguido publicista colombiano, habla sobre un imperialismo peruano (10). Entre nosotros, es común repetir la frase de la existencia de un imperialismo chileno. Hasta en la “muy alta tribuna argentina, “Renovación”, se habló de un imperialismo argentino. Y, para finalizar la confusión, se trata de presentar un imperialismo ruso, de vastas y complejas proyecciones.

El Imperialismo no es el hecho militar. Ni el simple cambio de orientación en política internacional. Ni la quiebra o el encumbramiento de tal norma jurídica o moral. Son sus consecuencias. Metamorfosis de las fórmulas. El fondo y la raigambre del imperialismo es de carácter netamente económico. Es en la Economía donde tenemos que buscar la infraestructura de su realidad, “sin cuyo conocimiento la política, la guerra y la Historia, serán ininteligibles”.

El anexionismo o la conquista militar es un fenómeno típico de la etapa feudal. La población y las necesidades se acrecientan en un momento en que la tierra y sus productos son la riqueza primordial, y el hecho se realiza concorde con la realidad histórica del momento. Lo demuestran los acontecimientos del Medioevo y la Edad Moderna, en Europa, y los del siglo pasado en América. La compra de la Alaska y la Luisiana, la toma del Oregón, la guerra contra México y la anexión de Tejas, California y Nuevo México, por los EE. UU. La conquista de Antofagasta y Tarapacá por Chile, etc. Es-

ta acción se realiza, generalmente, a continuidad de las fronteras, en un movimiento económico y, a veces, además biológico de expansión.

El colonialismo es no solo la conquista de la tierra alejada de la frontera, sino además la conquista de un mercado comercial de donde se pueden extraer los productos y materias primas industriales, y a la vez un mercado de consumo para las manufacturas y artículos elaborados por el maquinismo desarrollado de la metrópoli. Importación de materia prima, exportación de materia manufacturada, es decir intercambio de mercancía, es lo que caracteriza, primordialmente, el colonialismo. Los intereses que se mueven son definitivamente comerciales e industriales. He aquí porqué el colonialismo aparece cuando el capital comercial ha desarrollado, cuando la manufactura ha saturado los mercados vecinales, cuando los primeros inventos dan nacimiento y base a la industria moderna.

En nuestra época, el capital no es ya, en su esencia, el antiguo capital comercial de la manufactura, ni el preponderante capital industrial de la libre-concurrencia. El es netamente financiero. No es la Bolsa del libre-comercio, quien dirige los destinos económicos del mundo. Es la Banca y la Finanza, es decir el capital financiero, quien controla, organiza, subyuga y desenvuelve la agricultura, el comercio, y la industria. Y este es el rasgo que caracteriza y define sustantivamente al imperialismo: el predominio y la omnipotencia del Capital Financiero. “El imperialismo actual se diferencia del antiguo, primero: en que él substituye a las tendencias de un solo imperio creciente, la teoría y la práctica de imperios rivales, guiados cada uno por las mismas aspiraciones de expansión política y de provecho comercial. Segundo: en que él marca la preponderancia de los intereses financieros sobre los intereses comerciales” (11).

Confundir pues, conquista de expansión y colonialismo con imperialismo, o imperialismo romano, con la etapa actual, es tergiversar la realidad histórica o desconocer la lógica que la rige y la infraestructura que la condiciona y determina.

El Perú, Chile, la Argentina y todos los países latino-americanos, se hallan muy lejos de ser potencias financieras, exportadoras de capital, propugnadoras de imperialismo. Las inversiones de capital extranjero, las concesiones, los empréstitos, etc. están demostrando precisamente que son colonias del imperialismo, o marchan hacia el coloniaje. Están soportando voluntariamente la invasión imperialista. Y Rusia, por el sistema económico que la rige, por la lucha que sostiene por elevar su economía, no tiene capacidad, consecuentemente ambiciones, para ser o convertirse en potencia financiera, conquistadora y por ende, imperialista.

EL ESCENARIO IMPERIALISTA

La escena, como el drama, tienen carácter mundial. La China y la India, Marruecos o Bélgica, el Perú o Nicaragua, todos los pueblos y lugares del planeta están envueltos por el fenómeno mundial. Los hechos históricos enumerados más arriba lo demuestran de modo irrefutable. El internacionalismo no es tan solo un credo de vanguardia revolucionaria. Es el ideario y la aspiración de la alta banca y la Finanza, para la expansión mas libre de sus intereses. Los banqueros, en su último manifiesto al mundo, propician la abolición de las fronteras aduaneras y la supresión total de los aranceles. Atacan, por reaccionaria, toda defensa celosa de las fronteras. “Nuestros vecinos, en la paz, son nuestros clientes, y de la prosperidad de ellos depende la prosperidad nuestra” (12). Objetivamente, vecino, en esta hora de motorships, T. S. H. y aeronavegación es cualquier consumidor o productor de cualquier punto del globo. Subjetivamente: “Existe hoy día una conciencia de la Humanidad. Ella se ha formado lentamente

Alabanza por los instantes puros

en los trenes nocturnos
van los viandantes de la angustia
locomotoras sedientas
han de desplazarse en el abismo
al primer encuentro con las luces

y el día se pondrá de pié para recibirte
¡oh grandioso instante de mi alma
hacia la pureza!

desvelada, sin fuerzas,
arrastrándote hasta
los umbrales de Dios

con estos ojos
ya podré mirar el rostro de mi madre
leche gozosa que beberá mi hijo.

¡alabanza por los instantes puros!

BLANCA LUZ BRUM.



en todos los países de la tierra. Ella ha hecho sentir a los pueblos su solidaridad" (13).

El Imperialismo es, pues, el fenómeno histórico irrefutable. Ni la ignorancia, ni el snobismo pueden negarlo. Y él es el capitalismo actual, la fase presente del desenvolvimiento capitalista. La última etapa del capitalismo. La Historia, con sus acontecimientos y sus hombres, estamos condicionados y determinados por él. Su escenario es mundial y la lucha en pro o en contra, asume proporción mundial internacional. Hombre de ninguna clase podrá aislarse, alegando una lírica neutralidad. Todos seremos obligados a tomar una posición definida y neta: servidores o insurrectos. Tal el dilema que el imperialismo nos impone. Todo hombre es obligado ya a mirar de frente la realidad objetiva. Y ella es una estela de sangre, de conquista, de crimen, en el pasado. La inseguridad, la crisis integral, la guerra, en el presente. La conmoción mas grande de los tiempos en el porvenir. Y el triunfo de la causa y del derecho de la clase a la que pertenece el porvenir.

- (1) Stcott & Nearing. Prol. "The Dollar Diplomacy",
- (2) Pereyra. "El Mito de Monroe" p. 12.
- (3) W. Wilson. "The New Freedom".
- (4) Tumulty "Wilson as I know him" p. 152.
- (5) Carnegie Endowment p. 74.
- (6) U. S. "Foreign Relations" p. 425-27.
- (7) U. S. "Haiti Hearings". y U. S. "Foreing Relations" 1915 p. 522.
- (8) Ob. cit. p. 1035, 1037.
- (9) Scott & Nearing "The Dollar Diplomacy" p. 214.
- (10) J. Antonio Uribe "Anales diplomáticos y consulares de Colombia."
- (11) Hobson "Imperialism" p. 324.
- (12) Manifiesto de los Banqueros e Industriales 21 Oct. 1926.
- (13) Romain Rolland. Carta al A.P.R.A. 11 de enero 1927.

¡ G R I T O !

¡esta inquietud de germen
con que distraigo al mundo donde reino,
¡este ulular de cierzo en estivales horas!
¡este galimatías de mi existir,
péndulo de un reloj en el desierto!....

i barajo las figuras de mi vida
en las horas discretas,
¡i todas me dejan un sabor acre de nicotina
en el pecho, las manos, las sienes y la lengua!

¡esta soberbia de negarnos como somos,
una mazorca de atavismos inconfesos,
frente al futuro de intangibles bridas,
para nosotros los de hoy!

atormetados en la retorta del presente,
fundiendo el oro i plata
del mañana i del ayer,
polichinelas del eterno guiñol evolutivo,
en esta alquimia de conceptos
me retuerzo, ardo, brillo,
sobre la fragua vespéral.
¡siglo veinte, MI SIGLO,
silba mi grito como un huracán!

¡siglo de abracadabra sociológica,
soi tu sacerdotisa,
i en el círculo mágico del pasado i el futuro
lanzo mis alaridos,
mis hondos alaridos de embrujada!

la escoba es mi caballo.....
en la noche macabra
cabalgaré sobre los aires
tal que una bruja desdentada.

¡siglo veinte, MI SIGLO,
todas en una GARBA,
vestales, sibilas y garzonas,
hacia la MONTAÑA, hacia la MONTAÑA
(¡ el mañana nos pertenecerá!)

TOTA la lámpara y el abracadabra,
corta la cabellera, coartada la maternidad
¿hacia dónde vamos mujeres de mi época?
¡hacia la simplicidad!
¡siglo veinte, MI SIGLO,
silba mi grito como un huracán!

GRACIELA GARBALOSA

México, 1927



El Problema religioso en Hispano América

POR DORA MAYER DE ZULEN

Aunque dudo que sea cierto todo lo que se le ha hecho creer al Papa sobre las barbaridades cometidas contra el clero episcopal durante la actual agitación religiosa en Méjico, no dudo que se hayan cometido muchas arbitrariedades contra sacerdotes y fieles católicos, en retorno de otras arbitrariedades inferidas anteriormente a la inversa de parte a parte. No hay que cegarse: el hombre es hombre, aunque alardee de ser socialista o patriota, cristiano o pagano, blanco o amarillo, alemán o francés, joven o viejo.

Supongo al mismo tier. o que en Méjico, igual que en otros lugares donde se hayan suscitado conflictos entre el Gobierno y la Iglesia, la mujer haya estado en término general con pasión del lado del clero.

Un cablegrama de Ciudad de Méjico de Setiembre 6 último dice: "El conflicto entre la Iglesia y el Estado se dirige rápidamente a un punto en las fuerzas del Gobierno tendrán que enfrentarse a la mayoría de las mujeres que se han plegado alrededor de las banderas católicas, apoyando a la clerecía. Durante un desorden en Guadalupe, las mujeres se negaron a disolverse, no obstante haber disparado las tropas al aire y al contrario atacaron a los soldados con cuchillos".

Quiere decir que, aunque haya en la época presente bastante mujeres anti-religiosas, ellas están en minoría exactamente como en el sexo opuesto forman en sentido contrario la minoría los hombres conservadores.

Esa actitud de las mujeres la explicarán los anticlericales como una consecuencia del atraso y la ignorancia de la mentalidad femenina, y de la sujeción de las conciencias femeninas ejercida por los consejeros espirituales, a la sombra del oscurantismo resultante o de contubernios pecaminosos.

Pero, niego que en tal explicación se condense la verdad. La mujer no ha sido dominada tan solo puniblemente por el clero, sino que le debe a éste una deuda legítima y positiva de gratitud. Todo aquello contra lo que se rebela hoy día el socialista: la iniquidad de las leyes, la servidumbre personal, el desprecio sufrido como categoría o clase, la explotación desvergonzada por el más fuerte, todo eso lo ha impuesto y lo impone todavía, ese mismo socialista, como hombre al sexo femenino, y en faz de todos estos agravios, la mujer no ha tenido a quien acudir sino a la Iglesia, al Clero, los que mal que bien, han restañado algunas de sus heridas; la han amparado al pie de los altares y en las puertas de los conventos; han procurado hacer valer sus reclamos de consagración matrimonial; han buscado como aliviar su pobreza; han rezado con ella, invocando un consuelo sobrenatural. La idea del templo está enlazada tiernamente con las hondas penas que un dolor extremo hace necesario, de la esposa decepcionada, de la madre abandonada y de la novia feliz que quisiera dar a sus ilusiones vida eterna. En los confesionarios, tan vituperados, con fundamento por desgracia, no todo es culpa e hipocrecía; también hay párrocos que tienen una hermosa foja de servicios, habiendo sabido ofrecer a las almas excelentes remedios, sugeridos por la amplia intimidad con el corazón humano que han adquirido durante su ministerio.

Es leyendo la famosa obra "Quo Vadis" que la inteligencia se da cuenta de la enorme transformación en el valor social de la mujer a que dió origen la introducción del cristianismo; y aunque con el andar de los años y siglos todos los bellos principios se adulteran, sin embargo, no obstante de ser empañada y oxidada por las impurezas de la atmósfera, el talismán de la fé cristiana

no pierde de un modo absoluto su virtud en manos de la Iglesia que lo guarda.

Ahora; si una mayoría de mujeres estuviese en un país del lado de la Iglesia Católica, habríase que ser muy poco liberal si se considerase el deseo de los liberales como resuelto favorablemente por la opinión común. La mujer forma el pueblo junto con el hombre y por fin ¿qué habría decidido el voto popular por mayoría? Es que el voto popular a veces no incluye el voto femenino, pero la vida social total sí incluye el sentir de la mujer.

¿Necesitaríamos continuar amontonando pruebas de que los libertarios son tan tiranos como los tiranos a quienes con furia pretenden derrocar?

Dice el notabilísimo artículo firmado por G. P. Eliñeda, publicado en "El Comercio" del 22 de noviembre pasado que "la ley de la conciencia es llevada en Méjico por nuevos misioneros laicos, profesores de escuela que van a la montaña y al remoto valle, a la aldea y a la tribu, construyen allí la escuela y dan instrucción a quienes no vienen a buscarla".

Como acción del Estado, aquel envío de apóstoles de la escuela oficial es excelente. Pero la excelencia de la medida termina donde comienzan los síntomas de exclusivismo que acusan el contagio de una disposición patológica generalizada en el género humano que causa las futuras mortificaciones.

En renglón anterior el citado artículo se refiere al Cristianismo del cual Méjico "*derivó incalculables beneficios para su homogeneidad y cohesión étnicas*", tanto de esa religión en sí, cuanto de los esfuerzos altruistas que al extenderla desplegaron los primeros misioneros en favor del indio.

El autor cree expirado el plazo en que la labor de los propagandistas católicos prestó ventajas a la raza azteca, y proclama llegado el día de la Emancipación del Estado de la Iglesia.

Indudablemente que es oportuno proceder en el momento evolutivo a que ha llegado el mundo, al establecimiento del derecho de la libertad del pensamiento, y que no se puede dejar de romper una lanza contra cualquier poder doctrinario que pretendiera poner en riesgo tal derecho. ¡Caso curioso, que con el ataque a la Iglesia Católica en Méjico se ha conseguido que ésta hable, en contra de todos sus precedentes, del derecho de libertad de conciencia!

Si embargo, la predilección que profesa el Presidente Calles hacia la instrucción laica, no quita a ningún padre, o madre el derecho de preferir para sus hijos una instrucción religiosa, y si el Gobierno de Méjico poseyera el sentido de la justicia estricta, no haría más que proveer los distritos de la República de la instrucción laica que él prohija sin impedir ni prohibir que los religiosos establezcan sus escuelas para quienes quisiesen patrocinarlas.

Y por cierto que, si eso de la religión no fuera un forcejeo de intereses de mando y caudales, ni al presidente Calles, ni al mismo Papa les importaría tanto lo que cree y hace la gente.

Los más ilustrados de los clérigos y los más ilustrados de los políticos tienen que saber, que no hay en el Universo entero dos cerebros que piensen de un modo exactamente igual y que se imaginen las cosas en forma rígidamente idéntica, y por consiguiente, tienen que comprender que hasta una revelación la verían de distinta manera los distintos cerebros.

G. P. Eliñeda habla de lugares que acusan una "congestión religiosa anormal" en Méjico, asegura que solo en

cuatro o seis, y no en los 31 estados federales que componen la nación mejicana, existe la resistencia popular contra la aplicación de la Constitución de Juárez en sus partes relativas a la limitación de las facultades eclesiásticas. Es en los estados del sur donde hay tal abundancia de templos y sacerdotes que su proporción asciende respecto a los templos, casi a uno por cada sesenta habitantes, y respecto a los sacerdotes, a algo como 500 por 4 ó 5000 cabezas de población; mientras que, en la región del norte apenas se encuentran sacerdotes suficientes para el servicio razonable de los feligreses. Y, agrega el escritor, "es precisamente en los Estados en que la Iglesia Romana posee mayor dominio que el fanatismo y analfabetismo crecen exuberantemente y donde, debido a la fertilidad de tierras y dulzura de climas mora aún mayoría de tribus indígenas".

En puntos como el aludido, los opositores del clericalismo confunden con frecuencia el orden de causa y efecto. Muchos anti-católicos pretenden insinuar que la religión es causa de atraso, estacionarismo o demás condiciones parecidas, de determinados grupos populares.

Nosotros creemos, al contrario, que la presencia del sacerdotismo católico de peor aspecto en ciertos medios no es causa, sino efecto, de la psicología reinante. Las pruebas lo enseñan, que el desenvolvimiento de la actividad humana, el impulso de los intereses del comercio y de la curiosidad científica, desalojan de los espíritus la concentración religiosa.

Las poblaciones indígenas no pueden sino tener un concepto religioso rudimentario; una susceptibilidad a las formas externas, realmente paganas del culto; una preferencia por decoraciones de mal gusto, por bailes y orgías, que siempre han sido ceremonias que acompañaban los aitos de los pueblos primitivos.

En este respecto, el culto católico, vasto y experimentado en sus métodos, ha podido satisfacer la idiosincracia de las poblaciones rurales mucho mejor que el simplificado y seco rito protestante y ha respondido al anhelo innato de la humanidad en general en forma muy superior al ateísmo, falto de poder sugestivo e inspirador.

El protestantismo y ateísmo, en el fondo nada más que gestos de rebelión contra los errores cometidos por la Iglesia Cristiana o por el sacerdocio de cualquier culto que fuera, serán infaliblemente batidos al fin de la jornada por el sentimiento místico de las mayorías, que justamente con este sentimiento poseen un fuego en el alma que fundirá las armas que se empleen contra ellas.

La Iglesia Católica no tiene la patente de retener a los pueblos en un estado de fanatismo, oscurantismo, e inmundicia. El fanatismo lo inculcan los protestantes y los ateos lo mismo que los católicos. Los explotadores de los elementos humanos explotables tienden todos, consciente o inconscientemente, a la conservación del oscurantismo; el sexo masculino ha procurado cercenar al espíritu de la mujer, para atarla a las obligaciones de su servicio doméstico y carnal; el empresario mercantil ha deseado la instrucción de las masas únicamente en el grado en que determinadas aptitudes se hacían necesarias para la debida ejecución de los trabajos, y en las demás oportunidades ha querido que la bestia humana de carga no tenga tiempo para ir a la escuela.

Por fin, la religión, que en los medios sociales sencillos no puede ser doctrina complicada y metafísica, se resuelve en una cuestión de agua y jabón. ¿Cuál religión lava mejor las caras? la religión de los sajones y escandinavos, que son protestantes, por tener una tendencia instintiva a la limpieza y las artes prácticas, y que no debe creerse que son limpios y prácticos por efecto de la religión protestante.

En una palabra, hay en el mundo razas y pueblos más o menos prácticos. Algún día nos cansamos de tanto misticismo y de las negligencias positivas que trae, y clamamos por las doctrinas y los doctrinarios liberales; otro día nos cansamos de la aridez del protestantismo y

ateísmo, y nos agolpamos bajo las portentosas bóvedas de un templo místico.

Hoy queremos traer agua y jabón a los indios aborígenes de Centro y Sud América; queremos encontrar hombres que sean bastante enérgicos para quitar a los indígenas catolizados, pues verdaderos católicos no son, las borracheras que padecen, tal como los primeros misioneros católicos quitaron a los autóctonos de Méjico la costumbre de libar a sus deidades la sangre humana que éstas demandaban.

El asunto social o político y el religioso se involucren. ¿Dónde hallamos separado el puro interés religioso del económico o nacionalista?

Llamo nacionalista el empeño de las colectividades o de sus guantes de mejorar las condiciones étnicas y locales con el propósito de conseguir un levantamiento moral y material de la heredad patria. ¡Noble objeto! El verdadero patriota ambiciona que su nación se iguale en cualidades a las naciones modelo, que desaparezcan de su terruño los lunares que ante el criterio mundial le causan vergüenza y no dejar el sitio vulnerable por donde pueda penetrar la insidia de un veneno mortal o de cualquiera acechanza contra la soberanía de la personalidad política.

Así lucha actualmente el patriotismo mejicano contra la voluntad del Papado y la amenazante vecindad del Coloso del Norte y el patriotismo chino contra la secular soberbia de las Potencias ciodentales.

Pues bien, tratamos ya de la Religión no en el sentido doctrinario, sino político.

El escritor Eliñeda parece que da por terminada la capacidad del Cristianismo de otorgar a Méjico, o a otros países semejantes en su condición a esta república, un incalculable beneficio para su homogeneidad o cohesión étnica.

Si Eliñeda piensa así, nosotros pensamos lo contrario.

Estados Unidos cuenta en su seno, es cierto, una fuerte proporción de elemento católico; pero, oficialmente es un estado no católico; es una cuna de un poderoso fanatismo protestante y albergue de un activo ateísmo obrero.

¿Qué tenemos nosotros, los nacionalistas centro y sud americanos, que defender contra la Gran República? Tenemos que defender la personalidad y autonomía política de nuestros respectivos Estados. Quien no aprecia la conservación de la personalidad propia, sea esta personalidad la individual o colectiva, ha cesado hasta cierto punto de vivir. La personalidad es la vida o sea el interés de la vida.

La diferencia entre Norte y Centro y Sud América se expresa en la raza, las costumbres, los hábitos, los ideales y propósitos, y la religión. La República Yanqui nació protestante, las repúblicas indo-hispanas nacieron católicas. Sea lo que sea aquello que se construya sobre los primeros fundamentos de un estado, esos primeros fundamentos constituyen el suelo que pisan las generaciones sucesivas. ¡La fé de los padres! Hay un poder sentimental mágico en esa fé. En sus mejores horas recuerda el norteamericano el versículo de la Biblia que aprendió en las faldas de su madre; en sus mejores horas recuerda el indohispano el rezo que le enseñó ante la imagen de la Santísima Virgen la mujer que le dió el ser. La temprana enseñanza religiosa hace de vínculo entre los desvinculados que se combaten mutuamente por míseras prendas materiales, pero que poseen un algo de analogía en su historia, un algo que es el espíritu católico o protestante que les ha infundido el alma de sus progenitores.

Hoy como ayer el cristianismo tiene el poder de traer "incalculables beneficios para la homogeneidad interna o cohesión étnica" no solo al pueblo mejicano, sino a los demás pueblos a cuyo primordial paganismo logró imponerse. El cristianismo dividido en dos, el catolicismo y el protestantismo, divide en dos a un par de grandes bloques étnicos, a cuya innata diferencia psicológica responde la diversidad externa de los cultos y credos.

La religión significa un atributo de oposición étnica y representa en este sentido un instrumento de ataque o defensa.

Estados Unidos de Norte América puede emplear el arma de la religión como un medio de disgregar las energías de sus vecinos, de disolver su unidad, y causar su mayor sometimiento a la Unión de las fajas y estrellas.

Centro y Sud América podría usar la religión suya como una réplica a la ofensiva de los emisarios norte americanos. "Italia, concentra tu sangre en tu corazón" cantaba el poeta Shelley hace cien años. Podríamos hoy repetir el verso, diciendo: "Méjico, concentra tu sangre en tu corazón, y siente la diferencia que te distingue, hasta en tu religión, de tu ambicioso vecino".

Méjico, el adalid de los países colombinos ¿será bastante maduro ya en su rigor para triunfar con su individualidad sobre la absorbente mole sajona, sin el apoyo de la religión que lo enlaza a todo un continente, y a España, y al poder papal que, aunque imperialista para sí, en lo demás es universalista y se prestaría a conciliar para los fieles, voluntades en la lucha contra el actual Amo del Mundo?

Y si Méjico pudiera emprender ya la campaña, solo con su escudo y su espada, ¿podríamos también nosotros hacerlo en esta misma época, nosotros, los sud-americanos, dispersos en difuso aislamiento en los espacios inmensos del territorio continental?

La cohesión de religión, la cohesión de lengua, es lo único que nos queda de defensa moral ante el nivelador empuje del mercantilismo norteamericano. ¿Deberemos entregar los postreros girones de nuestra individualidad al Comercio Extranjero que abre fauces inconmensurables; deberemos dejarnos devorar, consentir en nuestro anulación, saludar gozosos, la Nada envuelta en un festín de cabaret?

¡Oh, fin inícuo, muerte lastimosa de la estirpe de Montezuma y Manco! ¡Imaginaos la Historia, contando ese desenlace! La No Resistencia abyecta en contraste con la No Resistencia heroica de Gandhi en la India. El goce efímero de los logreros en lugar del sacrificio inmortal de los mártires!

¡Países, Continentes sin redención! Ni Montezuma, ni Atahualpa redimidos por la proeza de sus descendientes. De principio a fin la Raza Azteca y la Raza Incaica dominadas, encadenadas como sus emperadores indígenas, llevadas al patíbulo del trabajo esclavo por el Sindicato de Banqueros de Wall Street!

La iglesia nacionalista de Méjico sí es un ideal lógico y bueno. La Iglesia Nacionalista en principio, y no solo como una especialidad mejicana, significa la disgregación del poder papal, un poder, nos parece, que no puede existir sino en obediencia a conveniencias temporales, porque las conveniencias eternas no exigen que la fé humana tenga una cabeza, una autoridad humana.

Pero, la conveniencia temporal da razón de ser a la jefatura eclesiástica, tal como da razón a la existencia de toda otra clase de jefatura puesto que la acracia positiva solo podría realizarse en circunstancias en que toda cabeza humana fuese capaz de gobernar los actos individuales de una manera amoldada a la armonía general.

El más capaz gobierna, donde no todos son capaces. El que el gobernante sea bastante tachable, no quiere decir que no sea el más capaz entre los incapaces.

Un mundo católico dividido en tantas iglesias nacionalistas como hay soberanías políticas, se convertiría probablemente en un campo de Agramante de discusiones internas y voces externas. Sobre todo, manejado el fraccionamiento del complejo católico por hábiles manos diplomáticas en Washington, la cisión religiosa sería una mina inagotable de juego político para una Cancillería Rooseveltiana. El último factor de cohesión del bloque americano meridional roto, rebelde a la voz del Papa que aveces llama a la unión fraternal de todos los feligreses, el

sueño mal oculto de "América para los norteamericanos" se haría fácil realidad.

Seductora viene la "resurrección" de que habla Eliñeda. La "resurrección" que traen los misioneros protestantes, capituleros políticos y zapadores del imperialismo sajón en América, Asia, Rusia, Turquía, y doquiera que penetran, desarraigando dulces cultos ancestrales, ofreciendo un plato de lentejas en pago de abjuraciones inmorales o inconscientes; corrigiendo los hábitos corrompidos en las viejas parroquias católicas, como los primeros misioneros católicos corrigieron la barbarie al pié de las piedras sacrificadoras de los tencalís, para más tarde causar ellos otra "secular pasión", como lo hizo la Cruz de Valverde y no de Cristo.

En resumen, enmarcándonos estrictamente dentro de nuestra época, somos nacionalistas convencidos.

Tenemos por artículo de fé que vivimos con el deber de conservar nuestra personalidad individual y la colectiva, primero nacionalista que ampliamente social.

Las cimas del pensamiento en el Perú bien pueden divisar la luz de un socialismo sin límites de fronteras, de un humanismo sin contornos de raza o religión. Pero, hemos nacido peruanos, y nuestro deber inherente es para con el Perú. Nuestra mirada tiene la obligación de no extraviarse sobre Europa y Estados Unidos, sino de concentrarse sobre el indio de la tierra patria. Al ánimo del indio no la podemos elevar con nosotros en las expediciones científicas y especulativas de nuestra mente ilustrada. El indio no puede compartir con nosotros nuestros credos avanzados.

El alma del indígena es dueño de estas sierras y de estas montañas. No debemos exponerla al torrente arrollador de una civilización completamente extraña y fuertemente robustecida en lejanos climas. Si así la expusiéramos al choque mortal, seríamos, los esóritus dirigentes en el Perú, semejantes a los hijos de Jacob que vendieron a Josef a los egipcios.

El Comercio del Norte acecha al indio para destruirlo. Quiere su brazo para dar fortuna a los hombres blancos, que nunca se rebajan en ir a las lumbreras, ni jamás echan lampa en los matorrales del Amazonas. A los más aprovechados de los indios aquel Comercio dará buenos zapatos, bonitas casas, instrucción escolar, aseo, decencia; pero, le quitará al indio el arte, la leyenda incaica, el yaraví, la quena, el cuchillo labrador de maravillosos dibujos, aquel Comercio de los Millonarios que, incapaz de engendrar estética elevada, importa la música y las pinturas de los alemanes que detesta y de los italianos que desprecia y paga los bailes de los negros a quienes quema en la hoguera.

¡Alma y cuerpo; espíritu y materia!

¿A quién pondremos de guardián del indio sud americano, en el cual los reyes del mundo han puesto los ojos para que remen su galera?

¿A quién? ¿De qué fuerza disponemos en el caos de las pueriles luchas personalistas, de las discordias o indolencias internacionales, y de los desiertos rústicos, sin población y sin apóstoles?

De ninguna fuerza propia disponemos por ahora; el progreso material del Perú descansa en préstamos, y ese progreso material más a más no es progreso moral. La banca de Estados Unidos de Norte América es el dueño del progreso visible de Centro y Sud América. Méjico, en sus forcejeos de emancipación ¿podría vencer sin una América latina a sus espaldas? Méjico, en brega solitaria ¿no caería al fin abatido por la supremacía de los recursos de su contendor?

La Lengua de España, la Iglesia de Roma, dos elementos ajenos al aborígen sud americano, han formado, sin embargo, el principio de unidad que hace de las partes meridionales del Continente un bloque contrario a la parte septentrional inglesa y protestante.

Que Méjico luche como pueda, nosotros que contemplamos su campaña no debemos lanzarnos en pos de esa república, iniciando agitaciones religiosas. No quisiera o-

Las Ideas, los Motes, los Hechos

POR SANIN CANO

Tomamos de "Universidad", la notable revista colombiana que dirige Germán Arciniegás, este interesante y reciente artículo del pensador liberal Sanin Cano, una de las mentalidades mas serenas y preclaras de América. Sanin Cano explica el comunismo con una medida y un equilibrio muy suyos. Su artículo está dedicado, sobre todo, a una asustadiza "clase ilustrada", para la cual la palabra de Sanin Cano es, sin duda, de una autoridad insospechable.

En el Mensaje dirigido por el Presidente de la República a las Cámaras y en su alocución a los colombianos el día 20 de Julio, documentos en cuya preparación ha intervenido a no dudarlo una madura reflexión acerca del presente estado social de la República, hay frases perentorias en que el primer Magistrado se manifiesta inquieto, si no alarmado, por el peligro que representan para el futuro de la nación colombiana las teorías impropriamente conocidas con el nombre de bolchevismo o bolcheviquismo. Ni siquiera ha logrado el mundo occidental ponerse de acuerdo sobre la forma del vocablo con que se designa una orden de ideas que apenas se sospechan quienes la critican desde variadas posiciones.

Ni es el Presidente la única persona de alta posición en el gobierno del país a quienes desvelan estos cuidados. La designada para representar en el gobierno la instrucción militar y para atender a las necesidades de la defensa nacional ha expresado las mismas inquietudes en forma que contrasta con la actitud de cristiana admonición que encierran las frases del señor presidente. El señor Ministro de Guerra menos ecuanime que el sabio profesor de la Universidad y mas ocasionado a ceder irreflexivamente a los impulsos primordiales del ser humano ha creído ver

el anuncio de una guerra social y civil en signos por sobre modo elocuentes sin duda, pues no se ha atrevido aún a ponerlos a la vista del Congreso, no obstante el empeño que por conocerlos ha mostrado una minoría celosa del buen nombre del gobierno y adicta a la paz entre los hombres de buena voluntad.

Algunos diarios de la capital expresaron también su alarma ante el fantasma bolchevique, y ellos, el Presidente de la República y el Ministro de Guerra aunque colocados muy favorablemente para juzgar el espíritu del pueblo colombiano se han formado un concepto erróneo acerca de las tendencias y las ideas de algunos compatriotas porque alrededor de los altos funcionarios se agita sin cesar una legendaria camarilla empeñada en crear la noción del peligro en las mentes ajenas ya que han logrado hacerla encarnarse en la propia por un procedimiento muy conocido de autosugestión. El gesto repetido con frecuencia provoca la emoción que de ordinariamente está acompañado. Por lo que hace a la prensa asustadiza ella tendrá sus razones que el público ignora.

La designación usada por el Presidente y por sus aúlicos para llamar la atención del pueblo colombiano a los peligros que le amenazan muestra evidentemente que así como la información arbitraria, parcial y alarmante que él recibe de quienes están obligados a suministrarla serena, correcta y desapasionada es errónea, así son también equivocadas las nociones de éstos y tal vez las de la primera autoridad sobre el fenómeno social colombiano del momento.

El bolchevismo no es un partido político a la manera, por ejemplo, del llamado partido liberal en las naciones cultas, ni una teoría filosófica, como el comtismo y fourierismo, ni una escuela económica semejante a la de Henry George: el bolcheviquismo quedaría mejor calificado representándolo como un movimiento religioso. Me explicaré, sobre este punto, más adelante. La etimología misma de la palabra está mostrando el mediano conocimien-

tra cosa el Hermano Mayor para afirmar su hegemonía que hemos quebrado en las mil fracciones de iglesias nacionalistas, sectas opuestas, cismas ortodoxos y herejes. En un momento, aquello que pudo ser nuestro gran poder de defensa, la fé religiosa, se habrá convertido en nuestra mayor debilidad, en viruta, fácil combustible de hábiles intrigas.

La Iglesia Católica es nuestro baluarte, celemos esta fortaleza, refectionémosla, aprovechemos toda piedra que encontremos para enmendar sus desperfectos.

El ateísmo, el No Creer, es una fuerza, pero que no puede pasar de ser una fuerza demoledora. El Creer es la única fuerza capaz de ser fuerza constructora.

El credo protestante es para nosotros un culto antinacionalista, un instrumento de conquista manejado por una raza extraña.

Ateísmo y protestantismo no nos sirven sino para vedar a la Iglesia Católica el acceso a un grado de poderío que la haría una amenaza para el libre desenvolvimiento de la conciencia, y nos retrotraería a un régimen medioeval.

Mantenida la competencia de fuerzas espirituales que hoy mismo existe, la Iglesia no persigue a pensador alguno en los dominios legítimos de éste. Quien se deja oprimir por la Iglesia Romana lo hace porque quiere; ella no quema ya en la hoguera a incrédulos y brujos; sus excomulgaciones no afectan al rebelde, que tiene una sepultura asegurada por el Estado y aplausos reservados para él en anchos círculos sociales. El cura no ha hecho

pagano al indio, sino que el indio ha hecho pagano al cura. El indio no hace lo que la Iglesia quiere, sino que la Iglesia hace lo que quiere el indio.

La Iglesia Católica es astuta como explotadora, pero también sabia como educadora. Tiene un conocimiento profundo del corazón humano y una experiencia acabada en la organización disciplinaria. Es como una vieja maestra diplomada que entiende por medio de la práctica mejor que la nueva normalista teórica.

La Iglesia Católica ha vivido ya tan largo que ha adquirido el sentido de la adaptación. Ella se adapta a la mentalidad de las masas, y de las personas, y de las épocas. Cuando parece que no se adapta es porque los objetos sobre los cuales actúa no la obligan lo suficientemente a adaptarse. El mundo marcha y la Iglesia tiene que marchar, ésta en sus curatos tiene con que demorarse siglos en una aldea, pero en su teología tiene a la vez con que hacerles compañía, por miles de años, a las generaciones evolucionadas.

El asunto de la religión tiene su aspecto divino y su aspecto humano, su aspecto dogmático y su aspecto social.

Lo difícil es separar bien los ingredientes, porque es maravilloso como se fusionan hasta en las mentes más incisivas. En un próximo número de "AMAUTA" esperamos terminar con el tema, explayando todavía un par de consideraciones.

DORA MAYER DE ZULEN.

to que el mundo occidental ha podido obtener del fenómeno ruso. Los hechos aunque muy conocidos se desvirtúan por un proceso natural de la mente humana, consistente en comparar lo nuevo y lo desconocido con lo anterior y palmario; a lo cual se agrega que la "gran prensa" europea y norteamericana, institución creada para desfigurar científicamente la verdad, ha extremado en diez años con tenacidad de enajenado mental todos los recursos de la inteligencia para evitar que las gentes del mundo occidental se formen un concepto claro y humano de lo que pasa en Rusia. Hombres de gran talento y de buena voluntad se han dejado influir por esa mañosa campaña de la prensa, y como Burke en sus días denunció la actitud de los revolucionarios franceses que proclamaban los "derechos del hombre", haciéndolos aparecer como delirantes malhechores, así han denunciado a los directores actuales del pueblo ruso como enemigos del género humano y destructores de la civilización. Es difícil para el individuo sustraerse hoy a las insinuaciones cotidianas del periódico que se pone al corriente de la vida universal. Leyendo cada día el anuncio de las píldoras contra las males del hígado ese lector insofisticado acaba por convencerse de que su organismo está descompuesto y compra el específico. No de otra manera proceden los refinados psicólogos de la "gran prensa" para distribuir ideas falsas, desfigurar los hechos, crear unas reputaciones personales y demoler otras.

Inconscientemente y obedeciendo a una fatalidad histórica el Imperio de los Zares estaba empeñado desde mucho antes de 1914 en destruir la civilización. Las civilizaciones, según lo enseña la historia, no sucumben por la acción de elementos extraños a ellas sino por su propia obra. Y en este empeño destructor el Imperio de los Romanoff estaba auxiliado por otras naciones de Europa que en 1914 extremaron los recursos humanos para darle a la civilización occidental el golpe de gracia. Aunque eliminaron entonces las nociones cristianas de moral sobre las cuales estaba fundado el orden social no pudieron acabar con las amenidades materiales de que se compone, en gran parte, la vida civilizada, porque llegó el momento en que franqueó la resistencia nerviosa del hombre para completar el total exterminio: la intención, sin embargo, era manifiesta. Según confesión de algunos beligerantes los químicos habían hallado ya el gas que necesitaban para asfixiar en pocas horas una ciudad como Berlín, no sin reducir a escombros todas las habitaciones de gente indefensa.

Nada hay tan corrosivo, dijo Le Bon, como el polvo de las ideas muertas. La civilización anterior a 1914, vivía social y moralmente de ideas putrefactas, de hipocresías convertidas en régimen de gobierno, y esas mismas concepciones anticuadas estaban haciendo la obra de disolución. Rusia el pueblo más agobiado por aquellos cadáveres de ideas, fué la primera en sucumbir bajo el peso de sus mismas iniquidades. Hacer la guerra y sostenerla durante cuatro años resultó un esfuerzo superior a su resistencia. Un día la burocracia rusa, tan corrompida como inepta, descubrió que las energías de ese pueblo se habían agotado y, apesar de esa convicción hizo lo posible con el objeto de continuar en el siniestro empeño. Se gastaban los rieles en el transporte de tropas al frente y no era posible reemplazarlos; escaseaba el material rodante para llevar armas y municiones a los soldados y las fábricas no alcanzaban a suplir las faltas. Regimientos enteros se presentaban ante el enemigo hambreados y sin armas. El gobierno imperial cayó como suele un cuerpo suspendido el romperse la cuerda que lo sostiene. Nadie le hizo la guerra, y ello es tan cierto que al abdicar el zar y fugarse sus ministros no había en Rusia quien asumiera el mando. Kerenski y los radicales socialistas creyeron en su propia virtud, tomaron la dirección del estado, e incapaces de comprender la causa del desastre nacional que era la guerra, pretendieron continuarla. Estaba escrito que sucumbirían y cayeron por su propio peso o por su propia debilidad. El hombre que surgió entonces comprendió que, a seguir en la guerra, el pueblo ruso dejaría de

existir como habrían dejado de existir una a una las demás naciones europeas si la hecatombe y el esfuerzo destructor hubieran durado diez en vez de cuatro años.

A ese hombre se le llamó "bolchevique", más no por sus doctrinas ni por sus actos, sino porque lo seguía el mayor número de sus compatriotas. "Bolchevique" significa en ruso unidad de la mayoría, en contraposición a "menchevique", unidad de la minoría, nombre con que se distinguían los radicales socialistas, representados por Kerenski. Lenin quiso establecer un gobierno basado en las teorías de Marx, según corren expuestas en "El Capital", obra que empezó a publicarse desde 1867 y ha suscitado desde entonces variados comentarios que forman hoy una copiosa literatura. Marx sostiene que el desenvolvimiento económico de las naciones industriales conduce a una forma de organización política en que la propiedad del estado se extiende a los medios de producción, con lo cual como lógica consecuencia la renta procedente de la propiedad territorial habría de desaparecer a su tiempo, para conservar solamente la procedente del trabajo personal. Estas ideas que pueden ser verdaderas o falsas eran las de Lenin y antes de él no se denominaban "bolchevismo". Recibieron por un tiempo el nombre de principios de la "internacional", calificativo de que se hacía uso a manera de conjuro para execrarlas. Como las palabras se gastan, esa fue perdiendo sus prestigios de execración y las naciones constituidas según el régimen individualista (parcialmente apenas) tuvieron necesidad de otra palabra para abominar del régimen contrario. Inventaron, en presencia de la inesperada convulsión rusa la palabra "bolchevismo" que, vacía de sentido, servía mañosos planes de propaganda. "No mates al perro, le decía un cuáquero, a una mujer mordida por uno rabioso, "ponle un mal nombre". Lo llamó ella "perro loco" y no faltó quien lo matara en seguida.

Lenin fué, marxista al empezar su gobierno. Quiso poner en práctica aquellas teorías en el vasto campo experimental que el destino y no sus cálculos habían puesto a su disposición. Acaso Lenin y sus amigos llegaron a imaginarse que ellos habían derrocado el poder del zarismo y la efímera administración menchevique. Dos siglos de historia europea y de abominaciones moscovitas habían preparado el dominio de los socialistas rusos. La fruta cayó inopinadamente en sus manos. El uso que se han visto forzados a hacer de la situación bien prueba que no fue creada por ellos. El golpe solo genial de aquel hombre extraordinario fué comprender que la guerra debía terminar porque estaba acabando con el pueblo ruso. Su mérito, como político fué su valor para arrostrar la ignominia de la rendición, aceptar las innobles condiciones impuestas por enemigos soberbios e ininteligentes, para darse a la tarea de fundar un nuevo estado conforme a las teorías de Marx. Importa añadir que Lenin, como todos los grandes políticos fué oportunista: le dieron ejemplo César, Enrique IV, Lincoln, Gambeta, Gladstone, Lloyd George. Cuando vió que el marxismo era inaplicable en las actuales condiciones del pueblo ruso, morigeró la táctica y consintió en hacer acomodos con las doctrinas expuestas, recursos de hombre de estado que no le perdonan sus enemigos deseosos como era natural de verle caer en sus propias redes. No definiendo ni expongo teorías: explico.

Por lo que antecede puede verse que el "bolcheviquismo" no es una teoría científica, ni un sistema de gobierno, ni un cuerpo de moral política sino un mal nombre inventado por los enemigos de un régimen para destruirlo. Las crueldades y abominaciones que, según se dice, se han cumplido en Rusia y que llevan el necio apodo de bolcheviquismo, nada tienen que ver con las doctrinas colectivistas. Antes de 1914 en Rusia una casta arrogante imperaba sobre una casta humilde que aceptaba el dominio incondicional de la otra. De 1917 a esta fecha domina una casta de convencidos sobre la otra que conserva su arrogancia y no quiere someterse al nuevo orden de cosas. La casta insumisa conserva su arrogancia porque el resto del mundo simpatiza abiertamente con ella,

hasta el punto que las naciones occidentales de Europa han organizado cuatro expediciones (Kolchak, Judenich, Wrangel, Denikin) contra el gobierno de los soviets, sin declarar la guerra, a la manera en que los Secretarios de Estado, en Washington, organizan empresas de filibusterismo oficial sobre los países centro americanos e isleños del Caribe. No es de extrañar que en la defensa de su patria y de sus derechos se haya extremado la severidad y se hayan ejecutado sanciones horripilantes y aciagas para la civilización. No de otro modo han procedido antes de ahora las naciones cristianas que han tenido que habérselas en el interior con enemigos del estado dirigidos desde afuera y auxiliados por gobiernos extraños. A esto llaman traición los unos y los otros bolchevismo.

En el sistema política y de reforma social que tomó forma teórica en la mente de Lenín se hacía caso omiso de las intervenciones sobrenaturales. El se imaginaba ser un espíritu razonadamente irreligioso; pero por una ironía de los hechos, por la exaltación patriótica nacida de aquellas agresiones, su conducta, su política, sus antecedentes, vinieron a crear sin él saberlo una religión anti-religiosa. Un pueblo ignaro, donde el noventa por ciento de las gentes no sabían leer ni escribir, un pueblo sometido durante siglos al dominio espiritual, oscuro, incuestionable e irracional de un clero licenciado e ignorante, tuvo necesidad de crearse un nuevo culto al ver desaparecer el antiguo. Al pasar Lenín doblaban la rodilla y abatían las frentes como si pasara el "padre", el Zar. Y no fué solo entre los analfabetos donde cundió la nueva fe supersticiosa. Entre las nuevas clases directivas había un fervor sincero por las nuevas ideas que rayaba en lo místico. El pueblo ruso tiene esa inclinación. Las gentes colocadas en escala superior se acercaban al mujik para instruirlo en las cosas rudimentales de cuyo conocimiento iba a tener necesidad en la nueva vida que iba a surgir en su horizonte moral; las mujeres de la nueva burocracia vagaban de sus diarias ocupaciones para iniciar a las barrenderas de calles en el secreto de la lectura y la escritura.

La plebe era religiosa por ignorancia. Los más instruídos que vieron desaparecer un régimen abominado y tenido por indestructible hicieron subir su entusiasmo a las temperaturas del fervor místico. Aún los directores del movimiento han llegado a darles carácter religioso a sus ideas. El fenómeno es constante. Augusto Comte, dominado, fascinado por sus propias ideas positivas, llegó a imaginarse que con ellas podría formarse una religión ideal. Henry George también se dejó arrebatar por esta natural inclinación del espíritu humano y la última fase de sus actividades revela tendencias a iniciar un nuevo credo religioso.

Estos fenómenos espirituales explican en parte la tremenda excitación creada en el alma rusa por los nuevos sucesos políticos y económicos. Pero en Colombia los peligros señalados no existen. Nadie quiere subvertir en este país el orden establecido. Y si ese orden llegase a desaparecer, sería no por el impulso de los de abajo, sino como en Rusia, y en todas partes donde tal cosa ha sucedido, por la incapacidad, la corrupción o la conducta criminal de los que están arriba. Acaso no hay un pueblo compuesto de mayorías más sumisas. El elemento popular en Colombia suministrará un día con su amor al trabajo, su abnegación y su desinterés la base más sólida y propicia para la fundación de una gran nacionalidad, si se encuentran los hombres capaces de dirigirlo a su manifiesto destino. Faltan aquí en absoluto los síntomas que en Rusia inquietaban la mente de observadores desapasionados desde hace más de medio siglo. Nuestro clero no puede compararse con aquella voraz muchedumbre de explotadores de la ignorancia; las escuelas no son tan escasas en Colombia, ni se las puede llamar focos de infección; la corrupción administrativa y la indiferencia burocrática no han llegado a los extremos de que hay testimonio en la historia de los últimos Romanoff; las deudas interior y exterior no han llegado todavía, como



Dibujo de Picasso

De "900"

ya acontecía en Rusia antes de 1914, al nivel en que sobrepasan la capacidad productora y tributaria del pueblo; es cierto que se persiste en dividir la nación en dos castas, pero debemos confiar en que muy pronto cuerdas reformas legislativas le pondrán dique a una tendencia sobremodo inquietante y ominosa. Nuestro ejército no excede a nuestros medios económicos y por ventura carecemos de enemigos exteriores.

En esta situación económica y social disuena el empeño de hacer creer a la nación que existe un peligro bolchevique y por lo que hace al señor Ministro de Guerra cuyas palabras azuzan al soldado contra el pueblo y quieren hacer del trabajador un enemigo del orden establecido, importa recordar que así en Rusia, como en Alemania, en Europa como en Asia y en la América del Sur, las transformaciones políticas y sociales de fecha posterior a la guerra mundial, se han llevado a cabo, con violencias fastuosamente cruentas o sin mayor sacrificio de vidas humanas, por los ejércitos permanentes, por los defensores de la ley y los guardianes de la integridad nacional.

El estudio sereno y desapasionado de la historia contemporánea enseña, pues, que hay un gran peligro en acusar de bolchevismo a gentes pacíficas y sumisas, cualesquiera que sean sus ideas, e infundirle al soldado una noción exagerada y antisocial de sus prerrogativas y de su importancia.

B. SANIN CANO

ESCORZO DE ROMAIN ROLLAND

POR FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

PORTADA

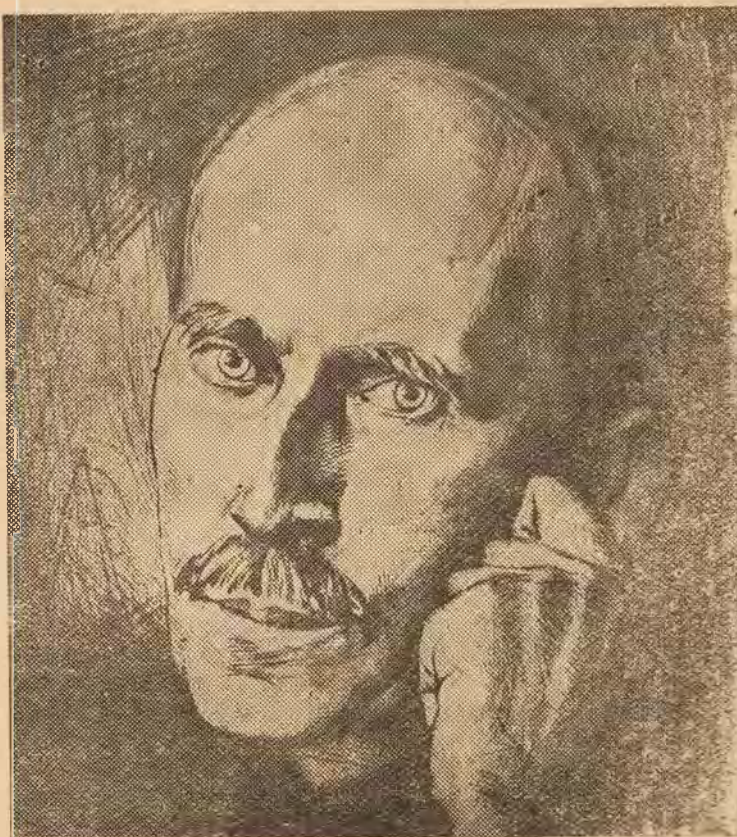
La obra literaria de Romain Rolland es la historia del continuado esfuerzo de un optimismo inquebrantable, el camino desembarazado de un pensamiento neto que no se traiciona. En su labor constante—pese a su exterior, en veces caótico—puede notarse una sólida unidad espiritual. Así como las ideas filosóficas que la animan están contenidas en una inencontrable tesis de juventud, las doctrinas políticas y estéticas que la informan no son producto de un culpable apresuramiento. Ante la obra estrecha y tendenciosa de sus contemporáneos, Romain Rolland representa al Europeo, al intelectual que aspira a no reducir su acción a una parcela del territorio político, sino a ser uno de los directores espirituales del hombre occidental.

No es éste un escritor que agrade al público fácil, que gusta de ser adulado. No es el autor del *snob*, ni de la *horizontal*. Ocupa en la moderna literatura francesa un puesto de excepción. Continuando la serie de vastos frescos que comenzaron Balzac y Zola, concibe grandes obras cíclicas, en las cuales— más amplio aún su pensamiento que el de los autores de la "Comedia Humana" y de la historia de los Rougon-Macquart—intenta mostrar, no un mundo tumultuoso de seres extraños, ni el estado de la sociedad de un país determinado, sino las características de la vida de una generación europea que se va, de la generación a que pertenece. Contemporáneo de los seres cuya vida nos muestra, la palabra de sus creaciones suena con un timbre humano y verdadero. Por su boca nos llega la voz de Rolland. Es así como plantea y escribe su colosal *Jean Cristophe*, magno ciclo que comprende diez volúmenes y, a su conclusión, cuando tememos que este esfuerzo pueda haberle agotado, le vemos proponerse la realización de otra "sinfonía" *L' Ame Enchantée*, cuyas dimensiones no han de ser menores. Nada pinta mejor que esta somera referencia, la capacidad de trabajo de este hombrecillo de salud frágil y de voluntad intensa, que tiende a ser el profeta de una época en que ya no hay profetas....

II

LA MUSICALIDAD EN ROLLAND

Romain Rolland es el único, entre los literatos de su generación y de su patria, que posee una sensibilidad eminentemente musical. Iniciado por los cuidados maternos, a la más temprana edad, en su conocimiento, allá en el solar paterno y borgoñón de Clamency, Romain Rolland crece y se desenvuelve sintiendo definirse—como una ley personal e instintiva—el poder creciente y el dominante influjo de los ritmos sonoros. Ellos le acompañan en la iniciación de sus estudios. Paul Claudel, su camarada de Louis-le-Grand, ha de recordar, mucho tiempo después, sus charlas sobre música, y más tarde, en aquel gran seminario de la calle de Ulm, que es la Escuela Normal, ha de oponer a la búsqueda preciosista de Andrés Suarés, o a la investigación psicológica de Georges Dumas, sus compañeros preferidos, el vago encanto de alguna melodía acariciante. A lo largo de los años, su gusto se afina y su cultura se amplía. Al placer educativo se une, ahora, el conocimiento profundo de las obras y de los autores. Y cuando llega el momento del egreso definitivo de las aulas, si su monografía latina versa sobre la pintura italiana del 1500 (1), su tesis francesa desenvuelve—por la primera vez en la docencia normalista—un tema musical, ilustrado musicalmente (2); obteniendo la *mention très hono-*



ROMAIN ROLLAND,

agua fuerte de A. de Szekely

nable, que era la más alta clasificación a que podría aspirar.

La música, que es "el canto de los siglos y la flor de la historia" (3), es su elemento natural. Tanto que, en un momento dado, piensa abandonarlo todo por ella. Pero, él mismo lo ha confesado, este pensamiento excesivo sólo le preocupa un instante. Y así como ha entrado victoriosamente en la literatura por el camino de la música, "es bien probable—exclama—que hubiese regresado a la poesía por el drama musical". Es que en él, la unión de ambas formas se opera de consuno. Romain Rolland piensa con sonidos al propio tiempo que con palabras. Es un auditivo y no un visual. "Mi estado de espíritu—dice en una carta publicada por Bonnerot— es siempre el de un músico y no el de un pintor." Muy joven aún, y desconocido, escribe a Tolstoy cuyas ideas sobre arte le han desconcertado, y el solitario de Vassnaia Poliania le responde largamente. Durante cerca de tres lustros, Rolland guarda celosamente aquella respuesta hasta que, dándola al público que Peguy había reunido en torno a sus *Cahiers de la Quinzaine*, la precede de un comentario en el que leemos: "....desde la infancia me nutría de arte, sobre todo de música; no hubiera podido pasarme sin ella; puedo decir que la música era un alimento tan indispensable a mi vida como el pan" (4). Esta apetencia musical ha de ser el objeto de sus mayores cuidados, la amplia portada por la que han de llegarle los más preciados dones. Ella le asegura la selecta amistad de Malwida de Meysemburg—la fraternal amiga de Nietzsche—ya entonces senescente, a la cual conoce en Roma bajo los auspicios de Gabriel Monod. Ella ha de recordar, en su diario íntimo, a aquel joven romántico que une a su conocimiento de los clásicos, su amor a los paseos por la selva encantada de los sonidos. Más tarde,

cuando ya la celebridad comienza, la Soborna le crea la cátedra complementaria de historia del arte, que dicta desde 1904 hasta 1912, con largas intermitencias, y en la que describe la vida y la obra de algunos de sus músicos preferidos, particularmente de Haendel, ilustrándola con audiciones en las que el conferencista cede la plaza al "virtuoso". Cuando, en 1910, un desgraciado accidente hace temer, por un instante, en la suerte de uno de sus brazos, lo que más le aflige, al comenzar su convalecencia, es que deba permanecer cerrado su "querido" piano. Es que "todo es música para el corazón de un músico... Todo lo que existe es música. No se trata más que de oírla." (5).—Y el autor de las *Vidas Heroicas* oye cuanto puede. No sólo del incomparable Beethoven, el más heroico de sus héroes, de Haendel—ese genial improvisador, cuya producción antes que a un público de *snobs* está dirigida al pueblo todo,—de Mozart, de Gluck, sino que—á través del oceánico Wágner, de quien siente fuertemente el influjo—llega a embriagarse con la sabia polifonía del Debussy de *Pelléas et Mélisande* del Strauss de la *Sinfonía Doméstica*, y de aquel genial Wolf cuyo talento se convirtió en locura, en plena juventud. Toda la obra de Rolland—o, al menos, su parte más representativa—será, así, gestada, bajo una suerte de inspiración musical.

III

JUAN CRISTÓBAL

Tal es evidente en su obra principal, en su *Juan Cristóbal*. Para ninguna como para ella parece estar escrita esta confesión de su autor: "Concibo primero como una nebulosa la impresión musical del conjunto de la obra, después los motivos principales y, sobre todo, los ritmos, no sólo de la frase aislada, cuanto de la continuidad de los volúmenes en el conjunto, de los capítulos en el volumen, de los párrafos en el capítulo. Me doy cuenta que ésta es una ley instintiva. Ella dirige todo lo que escribo". (6)

Claro está que los que han leído separadamente los diez tomos de su novela magistral, a medida que ellos iban apareciendo en librería, no pueden haber notado el carácter "sinfónico" de la obra. Este salta a la vista, sin embargo, para el lector que les hojea de corrido. Ya Seippel, su devoto biógrafo suizo, ha hecho notar que el motivo del Océano, el *Leit-motif* de la muerte, aparecen al comienzo y al final de la historia. Juan Cristóbal nace arrullado por el Rhin y se duerme para siempre, en su ancianidad gloriosa, con aquel arrullo inacabable en los oídos. Como el propio Rolland, ama a este río, barrera de razas, con un amor profundo que está en la esencia misma de su sangre. ¿Cuál de ambos le llama con más propiedad *Unser Vater Rhein*—nuestro padre el Rhin?

Juan Cristóbal—¿cómo no había de serlo?—es músico.

Como Rolland siente y piensa musicalmente. Para componer su tipo, el autor ha recurrido a varios músicos, cuya vida conocía íntimamente. A Beethoven para la niñez, a Wágner para la juventud, a Gluck y a Haendel para la edad madura. Pero es al primero, sobre todo, al que más se identifica. Juan Cristóbal es flamenco-rhenano, como el creador de la *Heroica*. Como él, sufre la extorsión de los padres, que le quieren hacer un *niño prodigio*, y llega a suponer que odia a la música, cuando lo que odia es la opresión. Como él, es un solitario que adora desesperadamente a la vida, que comprende su precio, que combate con todas sus armas contra el destino—¡ah, esa *Sinfonía en ut menor!*—y que en la tarde de su existencia, cuando ha muerto Olivier, su mejor amigo, y Grazia, la última mujer a la que ha amado, vuelve su rostro—¡por fin sereno!—hacia los hombres y les contempla melancólico y sonriente. Es el Juan Cristóbal de la *Nouvelle Journée*, el Beethoven de la *Novena* inmortal, que ha sabido llegar "Durch Leiden Freude"—*A la alegría por el dolor*—, y en cuyos últimos compases "en lo más fuerte del huracán, las tinieblas se desgarran, la no-

che es arrojada del cielo, y la serenidad del día devuelta por un acto de voluntad". (7). Es que "jamás la vida es más grande, más fecunda y más feliz, que en la pena" (8).

Se ha criticado fuertemente la arquitectura de esta novela. Entre nosotros, Paul Groussac ha manifestado, con la acritud intolerante que suele serle habitual, los reparos que le han opuesto, también, algunos otros críticos europeos. Juzgando al *descomunal* engendro, ha dicho: "Falto de plan orgánico y de cuya formación futura su autor, evidentemente, nunca trazó el más ligero esbozo, no puede presentar la unidad de composición y la armonía estética que deben concurrir en la obra de arte." Agregando, luego, que "no caben dos opiniones acerca del malogro general de aquella monografía en diez volúmenes—verdadero *monstruo por excessum*" (9). Sin embargo, ya Rolland ha definido su caso, en la explicación "a los amigos de Cristóbal" que aparece al comienzo de *Dans la Maison*. Solicitado por sus críticos que reclamaban una confesión y por sus amigos que le urgían a defenderse, el escritor borgoñés—ni Lamartine ni Piron, ni místico ni escatológico—severamente sereno, se analiza: "Es claro que yo no he tenido jamás la pretensión de escribir una novela. ¿Qué es, entonces, esta obra? ¿Un poema? ¿Porqué tenéis necesidad de un nombre? ¿Cuando véis un hombre, le preguntáis si es una novela o un poema? Es un hombre lo que hago. La vida de un hombre no se encierra en el cuadro de una forma literaria. Su ley está en ella y cada vida tiene su ley. Su régimen es el de una fuerza de la naturaleza. Hay vidas humanas que son lagos tranquilos, otras grandes cielos claros en los que navegan las nubes, otras vidas fecundas, otras cimas destrozadas. Juan Cristóbal se me ha aparecido siempre como un río" (10). Es un río, en efecto, de aguas ora mansas, ora tormentosas, tan pronto cristalinas, tan pronto turbias, según soplen sobre él las pasiones.... ¿Por qué enrostrarle, entonces, si alguna vez parece perderse entre las vueltas del camino? Una vez orillado el obstáculo—selva oscura o riente valle—ha de continuar su marcha ineluctable hacia el Océano a que todos vamos.

La labor enorme que el autor acomete requiere, por cierto, una vasta extensión. Realizar la semblanza de una generación europea, estudiar con espíritu imparcial las diferentes nacionalidades, para mostrar sus unidades componentes, sus mentiras convencionales, sus fuerzas ocultas, su rol mundial, es cosa que no puede hacerse a la vuelta de unas pocas páginas. Los cuatro primeros tomos son un análisis del espíritu germano (11). Vemos su parte mala: la sensiblería a la que conduce su idealismo llorón, su tonto enternecimiento, su pesado materialismo; pero no se nos rehusa la presentación del viejo Schulz (12), cuyo sano optimismo no le deja ver las fealdades y las tristezas de la vida, o la del tío Gottfried, en quien se resume la influencia tolstoiana (13). De igual manera, si en *La foire sur la Place* pinta con crudeza la Francia brillante y caótica, "lepra de los hoteles", en donde se codean, entremezclados, los pseudo intelectuales y los negociantes turbios, los políticos corrompidos y las dispensadoras de placer; pronto—en *Dans la Maison*—vemos el verdadero rostro de la Francia. El alma francesa está en los humildes, en los artesanos, en los obreros, que habitan en la misma casa que alberga a Juan Cristóbal. Allí, muy cerca suyo, están las inagotables reservas de la Galia. Verdad que están desunidos, que parecen indiferentes. Su aislamiento ha de desaparecer al primer anuncio de una amenaza exterior. Juan Cristóbal envejeciendo ha de reconocer que bajo el desorden francés hay "una lógica de raza que ocupa el lugar de la disciplina" (14) y, a favor de la cual, la nación crece. Y la obra se cierra, en la *Nouvelle Journée*, con una descripción de la sociedad italiana, tan llena de atisbos felices y de observaciones exactas, como las precedentes.

Se ha dicho que la obra carecía de plan, y ello no es excesivamente exacto. Con todas las digresiones que se desee encontrar, no es menos cierto que Romain Rolland sabe ajustarse a los contornos de la novela tradicio-

nal, cuando lo quiere. El caso de *Antoinette*, brillante desprendido de ese pesado joyel que es *Jean Cristophe*, puede probarlo. Por otra parte, antes de su publicación toda la obra—al menos en sus grandes lineamientos—existía ya en el cerebro de su autor. Entre 1897 y 1900 fueron escritos alguno capítulos de *L'Aube* y de *La foire*. En 1902, la crisis de pasión sensual y todo el fin de *Le Buisson Ardent*, y parte del final de la *Nouvelle Journée*. ¡Y qué son las digresiones de Rolland al lado de la morosidad de Proust o de la acumulación informe de Joyce!

IV

LAS "VIDAS HEROICAS"

El "perfecto lector" de Rolland, no debe leer el *Jean Cristophe*, sin completarlo con el conocimiento de las *Vidas Heroicas*. Sin ello corre el peligro de ignorar su pensamiento cabal. Insinuadas ya las semejanzas formales entre el héroe de la vida y el de la novela, entre Beethoven y Cristóbal, —¿cómo hemos de conocer mejor la profunda humanidad de éste sino buscando en la existencia de aquél? Por otra parte, no es al acaso que se debe el orden de su publicación. La "Vida de Beethoven" (1903) precede ligeramente la aparición de "L'Aube" y de "Le Matin" (1904), en cuyas dos obras la influencia del autor de la *Novena Sinfonía* se ejercita sin reatos. Ya "L'Adolescent" (1906), "La Révolte" (1906-7) y "La Foire sur la Place" (1908), son escritas bajo la advocación de otro héroe: Miguel Angel, cuya vida ha descrito, el autor, en 1906; en tanto que "Le Buisson Ardent", cuyo nudo central es el desarrollo y desenlace de una crisis moral, muestra claramente el influjo de Tolstoy, de quien, en el mismo año de 1911, Rolland nos ha contado la heroica existencia.

Las *Vidas heroicas* están escritas con el mismo sentimiento beethoveniano que la magna novela: la superación del dolor como fuente de íntima alegría. "A los que sufren—exclama cristianamente Rolland—ofrezcamos el bálsamo del sagrado sufrimiento." (15) Trátase de una empresa de beneficio social. Exaltar el amor a la vida y el sentimiento de bondad humana, resucitando el pueblo de los héroes. Pero no ha de entenderse por tales a los grandes capitanes que asolaron el mundo, ni a los poderosos conquistadores bajo cuya planta gimieron los pueblos. "No llamo héroes—define, magníficamente—a los que han triunfado por el pensamiento o por la fuerza. Llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes por el corazón." (16) Por eso ama, sobre todos, a Beethoven, que llegó al arte a fuerza de domar a la existencia y cuyos últimos *quators* son "una conmovedora sonrisa hecha de tantos sufrimientos vencidos" (17); por eso, al estudiar a Shakespeare—a quien tanto debe—trata "de poner en claro su visión intrépida de la vida". (18).

V

LA AVENTURA TEATRAL Y EL ESTILO

También Rolland ha sufrido la atracción de las tablas. Mas no se ha contentado con ser el teorizador de *Le Théâtre du Peuple*, ha querido sentir también el halago del aplauso sobre la escena misma. Ya allí, su falta de éxito ha sido una consecuencia lógica de su ignorancia del *metier*. Su primera obra, *Aert*, representada en el *Théâtre de L'Oeuvre*, el 3 de mayo de 1898, no obtuvo los honores de una segunda representación. Y la segunda, *Morituri*, escrita precipitadamente en los 15 días que median entre aquella fecha y la de su estreno, cayó bajo la gritería de una sala más tempestuosa que la del *debut* de "Hernani". Hoy bajo el título de *Les Loups*, forma parte del *Théâtre de la Revolution*. Había con ello con qué amilanar a alguien de voluntad menos firme que la de Rolland. Sin embargo, en Noviembre del mismo año,



Retrato por Frans Masereel

èste redacta su *Danton*, el cual es representado en el *Nouveau Théâtre*, el 29 de Diciembre de 1900, precedido por un vigoroso discurso de Jaurès. Esto hubiese bastado para imponer una pieza menos deficiente. Su única reprise, al día siguiente, en el *Théâtre Civique*, acabó de enterrarle. A esta serie de fracasos teatrales, hay que agregar el de *Le Triomphe de la Raison*, estrenado en el impenitente *Théâtre de l'Ouvre* el 21 de junio del año anterior. Por último, cuando todo hacía presumir que los engendros romainrollanos no llegarían nunca a la tercera representación, *Le 14 de Juliet*, escrito en 1899, le ofrece su desquite. Presentado en el *Théâtre de la Renaissance*, el 21 de Marzo de 1902, obtiene la suma, bastante elevada para una obra de tal carácter, de 29 representaciones.

De todos los descabros que hemos apuntado no tiene entera culpa la ignorancia o la displicencia del público fácil de "boulevard". Los personajes del teatro de Rolland son, con frecuencia, incongruentes y falsos. Sus reacciones no están regladas por la lógica sino por alguna mediocre "necesidad" teatral. En cuanto a su estilo es inflado y oratorio. Algo de esto señalaba Stoulling cuando, al hacer la crónica de una de sus obras, indicaba que el autor estaba admirablemente dotado como escritor y como orador. (19)

Ya Seippel y Bonnerot (20), sus dos biógrafos principales, han señalado las deficiencias generales de su estilo. Periodístico, poco castigado, voluntariamente libre de todo

preciosismo en el que se reconoce al artista hábil que cincela la frase. Groussac, magnífico juez en tal materia, ha notado, en el artículo que antes recordáramos, que "el estilo de Romain Rolland, con su retórica sonora y su fácil abundancia, queda tan distante de las exageradas cinceladuras de Andrés Buarés como, al otro extremo (para no apartarle de sus amigos normalianos), del vigoroso desaliño de Peguy". Este pecado de la "retórica para comicios agrícolas", que le enrostra, a su vez, Paul Souday (21), es su magno pecado. Su lirismo, que sin duda existe, no tiene la pureza del de un Maeterlinck—a quien le aproxima, sin embargo, su sufrimiento de unión entre los hombres. Y este paso atrás de su lirismo, que se torna oratoria, se echa de ver, con más frecuencia, en estos últimos tiempos. Romain Rolland se ha defendido, quizás sin quererlo, en un párrafo que ratifica nuestro juicio: "No te inquietes del verbo, de las búsquedas sutiles en las que se enerva la fuerza de los artistas de hoy. No son palabras lo que tu debes decir, son cosas. Tú hablas a todos, usas el lenguaje de todos. No hay palabras nobles ni vulgares; no hay estilo ni castigado ni impuro; no hay más que los que dicen o no dicen exactamente lo que tienen que decir. Ponte entero en lo que haces, piensa lo que piensas, siente lo que sientes. ¡Qué el ritmo de tu corazón arrastre tus escritos! ¡El estilo es el alma!" (22)

VI

EL INTERNACIONALISMO DE ROLLAND

Es que los hechos mismos van a obligarle a dedicar su vida a la proclamación sonora de las verdades que los demás callan. En 1913, al año siguiente de la terminación de la serie de volúmenes que integran su *Jean Christophe*, la Academia Francesa le concede el Gran Premio de Literatura. Obtenido contra los votos de los "inmortales" que sostenían a Emile Clermont y Ernest Psichari, este premio viene a sancionar la consagración de aquella gran obra, consagración de que ha de tomarse en definitiva con la adjudicación del Premio Nobel en 1916 (23). Pero, entre una y otra fecha, ha de señalarse la de la Gran Catástrofe.

Ya en algunas páginas de la novela, podía columbrarse la actitud futura de su autor. El impetuoso Olivier nos dice en *Dans la maison*: "Hemos venido a este mundo para difundir la luz, no para apagarla." Y agrega una frase que hará suya Rolland, un lustro más tarde: "Quiero guardar, en medio de las pasiones, la lucidez de mi mirada, para comprenderlo y amarlo todo".

Corriendo el año 1911, Romain Rolland escribía a Seippel: "Temo que el mundo tenga necesidad de una ruda lección, de un gran peligro común, que haga sentir a todos lo poco que pesan en la eternidad o en la nada." Al estallar la guerra, se refugia en Suiza no tanto para huir del acoso directo de su gobierno—cuenta, entonces, 48 años y pertenece a las clases que no han de ser llamadas a las armas—cuando para poder reflexionar en calma y publicar, con libertad, el fruto de sus meditaciones. Como su Juan Cristóbal, es un Europeo que no se cree con derecho a formular soluciones categóricas. El error no es la carga de una nación—o de un grupo de naciones—como la verdad no es el patrimonio de otra. Sin dejarse alucinar por el torrente de mentiras que cada Estado lanza sobre sus contrarios, Rolland advierte que esta guerra—la más cruenta de cuantas hayan existido—tiene su origen en la avidez del capitalismo internacional y en la rencorosa ineptia de los gobiernos europeos.

Su formación intelectual no depende de un solo país. Su afinidad sentimental no se dirige a un solo Estado. Años hace, que nos ha enunciado su verdad: "Nada de lo que hay en tí es tuyo. Tú no te perteneces. Tu eres solidario en el mundo. Tú le debes tu fuerza, tu voluntad, tu inteligencia—por poco que poseas". (24). Al igual de Goethe, siente la felicidad o la desgracia de los pueblos vecinos cual la del suyo. "Como tantos es-

píritus de entonces, sedientos de libertad, que se ahogaban en el círculo estrecho de las naciones enemigas, buscaba un rincón de la tierra donde pudiese respirar sobre Europa". (25). Parte, pues, para Suiza. Sabe que esto ha de desatar contra él a la turba de los vociferadores nacionalistas, exacerbados por el peligro del momento, pero no trepida. "¿Cómo hará aquel que ha recibido el don soberbio y fatal de ver la verdad y de no poder dejar de verla?" (26).

Allí reúne, en 1915, en un volumen, una serie de artículos con motivo de la guerra, dándoles el título, que hará época, de *Au-dessus de la mêlée*, y cuya segunda parte, cuatro años más tarde, se agrupa en el rótulo de *Les précurseurs*. Entre ambas fechas—1914-1919—la actividad literaria, propiamente dicha, no decae. Romain Rolland recuerda sus estudios especiales de historia, en la Escuela Normal, y su vieja simpatía por Empedocles de Agrigento, el pensador griego contemporáneo de los combatientes de Salamina. Trazando la silueta, con alusiones felices a los hechos actuales, nos ofrece, potente de entusiasmo, "su canto de esperanza y de paz, la espléndida sinfonía de la vida universal, cuyas crueles disonancias periódicas se resuelven en acordes de luz" (27). De igual manera traza la tragi-comedia *Liluli*, en la cual, bajo la forma satírica y simbólica de la vieja comedia italiana, vemos aparecer a las fuerzas ocultas que mueven a los hombres a la guerra, y—casi al mismo tiempo—desarrolla, con reprimida emoción, el platónico idilio de *Pierre et Luce*. Todo ello, sin olvidar ese *Colas Breugnot*, antecesor campesino de Romain Rolland, que ha merecido la execración de Groussac.

A los que le acusaban de traición, de "derrotismo", hemos de señalarles que todo su pecado reside en una inquebrantable fe en la independencia irreductible del espíritu. Así lo ha dicho él, al terminar su resonante "manifiesto a los intelectuales del Mundo", admirable respuesta al vergonzoso documento de los 93 germanos: "El espíritu no es el servidor de nadie. Nosotros somos los servidores del espíritu".... "Honramos únicamente la verdad libre, sin fronteras, sin límites, sin prejuicios de raza o de casta. No nos desinteresamos de la humanidad, trabajando por ella, pero por ella toda. No conocemos los pueblos. Conocemos tan sólo el Pueblo, único, universal, el Pueblo que sufre, que lucha, que cae y se levanta y que adelanta siempre por el áspero camino, húmedo de su sudor y de su sangre. ¡El Pueblo de todos los hombres igualmente humanos! Y para que tenga, como nosotros, conciencia de esa fraternidad, por encima de sus ciegas luchas alzamos el arca de la alianza. ¡El espíritu libre, uno, múltiple, eterno!" ¿No es, acaso, patriota, el hombre que se yergue ante su pueblo, para decirle las duras verdades que considera imprescindibles? Rolland ha exaltado siempre las positivas cualidades de su nación. En vísperas mismas de la guerra, ha exclamado: "Sabemos que las más viejas razas tienen renovaciones inesperadas y que en ningún pueblo del mundo este milagro se ha realizado de una manera más reiterada que en nuestra Francia. Diez veces en el curso de los tiempos, una juventud heroica ha sucedido a los períodos de agotamiento, en los que la Europa espiaba su declinación brillante y acicalada" (28). Y al terminar su Juan Cristóbal se había vuelto hacia su pueblo y le había dicho por la boca amable de Grazia: "Hay pueblos mediocres a los que los salva su buen corazón o su vigor físico. Los franceses son salvados por su inteligencia. Ella lava todas sus debilidades. Ella les regenera. Cuando se les cree caídos, abatidos, pervertidos, encuentran una nueva juventud en la fuente perpetuamente surgiente de su espíritu." (29)

Juan Cristóbal estaba dedicado "a las almas libres, de todas las naciones, que sufren, que luchan y que vencerán". (30). El sentido de esta dedicatoria se precisa al leer la que encabeza el volumen de *Les Précurseurs*: "A la memoria de los mártires de la Fé nueva: de la Internacional humana. A Juan Jaurés, Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Kurt Eisner, Gustavo Landauer, víctimas de

la feroz bestialida y de la mentira asesina, libertadores de los hombres que les han muerto". Rolland señala, ávidamente, allí, los indicios de una próxima confraternidad de los pueblos. Bajo el castigo del fuego, algún soldado que sólo vé bajo la sombra de las banderas enemigas el rostro lívido de los hermanos, fraterniza con sus adversarios más próximos. Es por el camino de la acción aislada por el que se puede llegar a grandes resultados, ya que la fatalidad que hoy pesa sobre todos, está hecha de la abdicación de cada uno. Son los intelectuales, los escritores, los que deben indicar, a los pueblos enloquecidos la ruta a seguir: "Los que tienen una pluma deberían tener escrúpulos de aportar jamás un sufrimiento más al conjunto de los sufrimientos". (31). Deberían evitar "el espectáculo afligente de esos millares de escritores, artistas y pensadores que han, en algunos días, abdicado de su papel de guías y de defensores de los pueblos, para seguir a los tropes delirantes, enloquecerlos aún más con sus gritos y precipitarlos al abismo" (32). A la acción de esos falsos conductores, Rolland opone el ejemplo del puñado de "hombres de coraje que, en todos los países han sabido mantener su pensamiento libre y su fe internacional". (32). En cuanto a él mismo, "mi tarea—exclama—es recordar a los hermanos enemigos de Europa, no lo que ellos tienen de malo, sino lo que tienen de mejor". (34).

VII

"CLERAMBAULT"

Para ello, para hacer sentir la perversidad y la vergüenza de esta otra carrera a la muerte de que no nos habla Edouard Rod, Rolland escribe, en 1920, su magnífico *Clerambault*. La novela lleva este subtítulo que la define: "Historia de una conciencia libre durante la guerra". Trátase del relato de las peripecias de un espíritu común, de un patriota nacionalista, al que el dolor hace, por fin, ver con sus ojos, no con los ojos de su gobierno, la tremenda catástrofe de la guerra. Su autor, previniendo posibles sospechas, sostiene en una "advertencia al lector" preliminar, que la obra no contiene nada de autobiográfico. Pero, convencido, sin duda, de que no ha de creérsele, confiesa, por último, que ha traspuesto a su héroe algunos de sus pensamientos. En una obra de tal naturaleza, esto es, precisamente lo más importante. Ciertamente, no es indiferente la realización artística y la justeza técnica—que, afortunadamente son, en este caso, de noble metal. Pero, en el momento en que fué escrita, valió, sin duda, antes que por ello, por las ideas que el autor había puesto en boca de su personaje, con la vehemencia oratoria habitual en él. En cierta manera es un complemento de *Le Feu*, la colosal novela de las trincheras. Es la tragedia silenciosa de los no combatientes, la sombra lucha interior de la población civil abocada, a sangre fría, a la matanza. Viendo desangrarse a la nación, vaciarse sus hogares, sin que les sea permitido exhalar una queja y gritar al rostro de las gentes su infortunio, sin que haya medio alguno que permita detener el ensangrentado mecanismo en marcha. El menor reproche, el más elemental impulso de justicia han de verse paralizados. Es que "se ha formado un catolicismo del pensamiento guerrero que no admite heréticos" (35).

Desde el punto de vista técnico, es también un complemento de la obra de Barbusse. Su *journal d'une escouade* carece de protagonista. Todos los personajes, presentados con una gran objetividad, aparecen como parte integrante de esa gran masa humana, enferma y dolorida que se debate. Rolland, en cambio, hace que todo ocurra en torno a Clerambault. En su contorno, o en él mismo; puesto que lo más importante—y lo más admirable—del relato, es la evolución de la mentalidad de aquel hombre, a quien la desdicha arranca las vendas de sus prejuicios con esa rudeza inhábil que sólo tiene la vida.

Clerambault fué escrito durante una crisis del sentimiento. A las acusaciones, a los insultos de sus enemigos,

que eran a la vez sus compatriotas, se unía el dolor enorme de la pérdida de su anciana madre. Rolland había tenido que abandonar su refugio de Suiza y acompañar desde París, sus restos, hasta el lejano cementerio borgoñés. A su retorno comenzó su libro. Presentándonos a Clerambault, Romain Rolland, pone en su boca, como últimas palabras, aquella que quizás quisiera para sí. Asesinado por un turbio sujeto que le odia, cayendo víctima de un atentado nacionalista—no hubiese sido extraño que Rolland temiese por ese entonces, el final de Jaurés. Clerambault, agonizante, sueña: "No hay más enemigos". Con ellas, se aproxima a Jesús.

VIII

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN ROLLAND

Es que el pensamiento de Rolland tiene un fondo profundamente religioso. Henri Massis (36) puede, en nombre del clero católico, negarle su condición de creyente. Es justo, puesto que sus creencias no son rigurosamente ortodoxas. Pero sería imposible negar el lugar que ocupa la divinidad en el conjunto de su obra. Dios, *su* Dios, no es otra cosa que su propio yo agigantado hasta "hacer estallar los límites del ser". No es un diletantismo místico el suyo, como querría hacernos creer el autor de *Jugements*. Es, más bien, una necesidad ardiente y sincera de su espíritu. La única forma de fe que le permiten las características de su inteligencia, enemiga de todo dogma.

Quien recorra su obra, con espíritu imparcial y mirada atenta, ha de notar el corte netamente cristiano de numerosas reflexiones. Pero donde verá—por extraña paradoja—más acentuado este carácter—es en el relato de la vida de un Jainista, de un Hindú. Con la vida de Tolstoy, el gran cristiano, Rolland había cerrado el relato de sus *Vidas heroicas*. Ahora la reabre, fiel a su pensamiento inicial, con la descripción de la existencia de otro gran hombre, que es "héroe por el corazón". Trátase de Mahatma Gandhi, "ese místico de ojos exactos" (37) cuyas soluciones políticas, de carácter y fundamento puramente religioso, han transformado la vida social de la India, despertando entre los aborígenes la santa apetencia de la libertad. Desde 1916, Rolland sostiene que la guerra ha de acelerar el acercamiento de los dos hemisferios del pensamiento: Europa y Asia (38). Para colaborar en su logro, nos da, tras de la *Vida de Tolstoy*, esta otra *Vida heroica*, bajo ciertos aspectos tan profundamente tolstoiana.

Su autor está bien preparado para describir la insigne aventura de este sostenedor de la no-violencia. Es que él mismo lo ha sido, a su manera. ¿Es Rolland o Gandhi, el que publica en Londres, en Mayo de 1915, este mensaje de amor a todos los hombres?: "¡Haced la paz en vosotros, ante todo! Arrancad de vosotros el espíritu de combate ciego. No os mezcléis en las luchas. No es haciendo la guerra a la guerra cómo la suprimiréis; es preservando ante todo vuestro corazón, salvando del incendio *el porvenir, que está en vosotros*. A toda palabra de odio ente los combatientes, responded por un acto de caridad y de amor para todas las víctimas. Sed, por vuestra sola presencia, el calmo desmentido infligido a la turbación de las pasiones, el testigo cuya mirada lúcida y compasiva nos hace enrojecer de nuestra sinrazón. Sed la paz—la Antígona eterna—que se rehúsa al odio y que, cuando sufren, no sabe distinguir entre sus hermanos enemigos." (39).

Gandhi es el sostenedor ardiente de esa no-resistencia apasionada que le es propia. "Quisiera sufrir todas las humillaciones, todas las torturas, el ostracismo absoluto y la muerte misma, por impedir a nuestro movimiento convertirse en violencia o en precursor de violencia". (40) En ello reside el dramatismo admirable de esa vida de resignación y de sacrificio. "La verdadera Desobediencia Civil—que Gandhi preconiza—no comporta ninguna excitación. Es una preparación al sacrificio mudo". (41), Rolland describe, en un *in-crescendo* maravillo-

so, la del autor de ese "Evangelio del amor heroico" (42), que es el *Hind Swaraj*. Así vemos a este profeta del nacionalismo de los pueblos asiáticos oprimidos, comenzar su prédica en Sud Africa y tras veinte años de lucha retornar triunfante a la India, ocultando en la modestia de su ropaje aborigen el creciente prestigio que le otorga la masa popular. Y así, paso a paso, bajo la denigrante dominación inglesa, cuya mala fe se pone en claro, sentir encarnarse en él a la conciencia de su pueblo esclavizado. Su lema —*sufrimiento y no violencia*— cobra, así un carácter netamente revolucionario y, bajo la aparente pasividad de su acción, se oculta un fermento de destrucción anti occidental.

Rolland acoge como una revelación la fórmula del Mahatma: "Si el espíritu de la India acaba de surgir de sus templos y de sus bosques, es que aporta al mundo la respuesta predestinada que el mundo esperaba". (43). Esta respuesta, está hecha de dolor y de angustia. No se eleva un protesta, no se escucha un grito. Los vencidos esperan que el silencioso espectáculo de su tragedia ablande el corazón de sus verdugos. Toda la India es una sola pena. Es que "parece que es necesario siempre, para que el mundo se renueve, que un pueblo se sacrifique". (44).

IX

COLOFON

No creemos en los beneficios de esta nueva posición de Rolland. Su biografía del Mahatma, que es un estudio del alma hindú hecha por un espíritu cristiano, es muy bella como obra literaria, más peligrosa como ejemplo a seguir. Nuestros pueblos, por su doble carácter de latinos y de jóvenes, harían falso camino si derivaran sus energías hacia una destructora introspección, en vez de buscar sus éxitos por la ruta positiva de la áspera lucha. Nuestro ideal no puede ser nunca ese faquirismo de la acción, que es la no-violencia. Este género de heroísmo, sobrehumano para nuestra constitución mental, sólo nos llevaría al agotamiento estéril, en un desolado soliloquio interior.

Para el habitante del Oriente, cuya vida entera gira en torno de una preocupación religiosa, la fórmula *gandhiana* puede ser —y es— una gran fuerza de concentración y de disciplina. Pero nuestra conducta en la lucha social ha de ser otra. A la inercia esperanzada del hindú, hemos de oponer el dinamismo tumultoso de la acción.

Mucho tiempo antes de que Rolland definiese sus ideas de quietismo en la vida de Gandhi, sentimos concretarse en nuestro yo una protesta por su alejamiento de la lucha. A su posición oponíamos, confusamente, la actitud batalladora de Barbusse. Puede que la explicación estuviese en estas palabras confesoras—"la gran división de la humanidad es la de las gentes sanas y la de las que no son" (45)— y que la fragilidad de su salud le impidiese llegar a "la acción directa". Sea, como fuere, más de una vez hubiésemos deseado verle, menos "audessus de la mélés", avanzar al combate con "le couteau entre les dents".....

(1) Romain Rolland, "Cur ars picturae, apus italos XVI Saeculi deciderit", París, Fontemoing, 1895.

(2) Romain Rolland. "Les origines du theatre lyrique moderne." "Histoire de l'Opéra en Europe avant Lully et Scarlatti." París, Fontemoing, 1895. Tesis del doctorado en letras.

(3) Romain Rolland, "Musiciens d'autrefois", París, Hachette, p. 9.

(4) Romain Rolland. Prefacio a la carta inédita de Tolstoy, en los "Cahiers de la Quinzaine". 9e. cahier, 3me. série.

(5) Paul Seippel. "Romain Rolland. L'Homme et l'oeuvre." 3e. éd. París, Ollendorf, 1913, p. 83-84.

(6) Frase de Romain Rolland, reproducida por Seippel, Obr. cit., p. 82-83.

(7) Romain Rolland, "Vie de Beethoven". 9ème. éd., París, Hachette, 1920, p. 80.

(8) Romain Rolland, "Vie de Beethoven", p. VIII.

(9) Paul Groussac, "El caso de Romain Rolland", en "La Nación" 27 y 28 de julio de 1919.

(10) Romain Rolland, "Dans la Maison", p. 17-18.

(11) "L'Aube" (1904), "Le Matin" (1904), "L'Adolescent" (1905) "La Révolte" (1906-1907).

(12) Eu "La Révolte".

(13) Al final de "L'Aube".

(14) Romain Rolland, "La Nouvelle Journée", París, Ollendorf, 83e. éd., p. 69.

(15) Romain Rolland, "Vie de Beethoven", p. VI.

(16) Romain Rolland, "Vie de Beethoven", p. VI.

(17) Ibid, p. 74.

(18) Romain Rolland, "La vérité dans le théâtre de Sakespeare", en la revista suiza "Demain", Abril 1916.

(19) Stouling, "Annales du Théâtre", t. XXV, 1899, p. 375-376.

(20) Jean Bonnerot, "Romain Rolland, sa vie, son oeuvre". París, E dition du Carnet Critique, 1921, p. 92-93; Seippel, obr. cit., p. 115-117

(21) Paul Souday, en "Le Temps", Noviembre 1912 (citado por Groussac).

(22) Romain Rolland, "Les Amies", p. 80.

(23) Correspondiente a 1915, pero otorgado el 9 de novbre. de 1916.

(24) Romain Rolland, "Le théâtre de la Révolution". París, Ollendorf, 1901.

(25) Romain Rolland, "La Nouvelle Journée", p. 8.

(26) Romain Rolland, "Vie de Tolstoy", París, Hachette, 1906, p. 20.

(27) Romain Rolland. "Empédocle d'Agrigente et l'Age de la Haine" Genève, Cahiers du Carmel, 1er. Rérie, 1918, p. 11.

(28) Romain Rolland. "Le Théâtre du Peuple", París, Ollendorf, préface de 1913.

(29) Romain Rolland, "La Nouvelle Journée", p. 74.

(30) Romain Rolland, Dedicatoria de "La Nouvelle Journée" (1912).

(31) Romain Rolland, "Les précurseurs", p. 14.

(32) Romain Rolland, "Les précurseurs", p. 45-46.

(33) Ibid, p. 7.

(34) Ibid, p. 15.

(35) Romain Rolland, "Les précurseurs", p. 57.

(36) Henri Massis, "Jugements", París, Plon Nourrit, 3e. éd. 1924. Ver el capítulo titulado "Romain Rolland ou le dilettantisme de la foi", p. 135-154.

(37) Romain Rolland, "Mahatma Gandhi". París, Stock, 1924, 40e éd. p. 74.

(38) Romain Rolland, "Los précurseurs", p. 18.

(39) Romain Rolland, "Les précurseurs", p. 33.

(40) Ibid, p. 152.

(41) Romain Rolland, "Mahatma Gandhi", p. 124.

(42) Ibid, p. 21

(43) Romain Rolland, "Mahatma Gandhi, p. 178.

(44) Ibid, p. 178.

(45) Romain Rolland, "L'Adolescent", p. 23.



UNA NOCHE TERRIBLE

POR MIGUEL ZOSCHENKO

CAPITULO III (1)

Boris Ivanovich Kotofeyev vivió así hasta los 37 años. Muy probablemente vivirá todavía largo tiempo. Es un hombre sanísimo, robusto, de ancha osamenta. Si Boris Ivanovich cojea ligeramente, en modo apenas perceptible, es porque, bajo el régimen zarista, se laceró el pié.

Pero el pié no le había impedido vivir. Vivía siempre igualmente y bien. Todo era adecuado a sus fuerzas. Y no tenía duda acerca de nada.

Nó; tenía solamente una duda, la duda sobre la inquebrantable firmeza de la vida. Esto había empezado en Boris Ivanovich en los años de la juventud. Y, como el autor lo ha dicho ya, precisamente en la época del acontecimiento amoroso.

La novela algo infortunada con la corista había forzado a Boris Ivanovich a reflexionar sobre su vida. Y en un pequeño círculo de compañeros, alguna vez, Boris Ivanovich comenzaba a hablar un poco nebulosa y desordenadamente de esta duda.

—Todo es extraño, señores,—decía Boris Ivanovich. Por ejemplo, yo he tenido, como Uds. saben, una novela con Lisetta, con la corista....Permítame señores que les pregunte por qué esto ha sucedido precisamente con Bibikova Lisetta y no con Marietta Jegorova.

Habitualmente, ante esta pregunta, los interlocutores comenzaban a reírse de Kotofeyev, hacían chasquear la lengua, y concluían interesándose por los detalles de la novela y tentando de saber si no había habido también alguna cosa con Marietta.

Entonces Kotofeyev se mortificaba, gesticulaba para que lo dejaran en paz y callaba, pensando cómo en la vida todo es casual, poco claro e inestable.

Y, verdaderamente, ¡oh lector, cómo todo es casual en nuestra vida! Es casual nuestro nacimiento, es casual la existencia, compuesta de circunstancias estúpidas y casuales, y la muerte es casual. Todo esto hace pensar de veras que no haya sobre la tierra ninguna ley rígida. Y, ¿porqué los hombres no quieren confesarlo? ¿porqué los hombres atribuyen fines extraordinarios a la Humanidad? Sin embargo lo piensan. Y si lo confesaran, ¿sería acaso mejor para todos? Y así, no se hace sino tonterías. Verdaderamente, ¿cuál rígida ley puede existir, cuando todo cambia bajo nuestros ojos, todo vacila, comenzando por las cosas más grandes hasta las más mezquinas reflexiones humanas? Muchas generaciones y hasta pueblos enteros han estado educados en la tesis de que el amor existe y de que, pongamos, el Zar es un fenómeno inexplicable. Y ahora un filosofuelo cualquiera, con una ligereza extraordinaria, de un solo rasgo de pluma, demuestra lo contrario. O bien la ciencia. Aquí ya todo parecía terriblemente persuasivo y justo, pero mirad atrás —todo es falso y todo cambia con el tiempo. El autor es un hombre sin cultura superior que se la pasa difícilmente con la cronología y con los nombres propios y por esto no se mete a hacer inútiles demostraciones. Pero tú ¡oh lector! créeme, que cuanto digo es verdadero. Así es en toda nuestra vida, hasta en nuestra vida bruta —triste hasta el llamo—también en ella todo es casual, inestable e inconstante.

En esto, Boris Ivanovich seguramente no pensaba, Aunque no fuese estúpido y tuviese una cultura media, no era mentalmente tan desarrollado como ciertos literatos. Sin embargo, en cierto plano mezquino de su existencia cotidiana, había notado una páfida trama. Y aún había comenzado desde hacia algún tiempo, a temer por la estabilidad de su Destino. Esta duda había penetrado

en su alma en los años de la juventud. Pero una vez, esta duda se convirtió en una flama.

Regresando a su casa por la Avenida Posterior, Boris Ivanovich, se dió de manos a boca con una figura oscura.

Lo figura se paró delante de Boris Ivanovich y con voz delgada pidió limosna.

Boris Ivanovich, se metió la mano en el bolsillo, sacó algunas monedas y las ofreció al mendicante.

Este se confundió y se cubrió con la mano la garganta como si quisiera excusarse de no tener cuello ni corbata. Después con la misma voz flaca, dijo que era un expropietario arruinado por sus ideas políticas y que antes también él había dado a los pobres dinero a manos llenas, pero que ahora, a causa del curso de la nueva vida democrática, se veía obligado a pedir limosna.

Boris Ivanovich comenzó a interrogar al mendigo, interesándose por los detalles de su vida pasada.

—Y bien,—dijo el mendigo lisonjeado por la atención. —He sido un propietario terriblemente rico, un rico despreocupado y ahora, en cambio, como vé usted, me encuentro en la miseria, estoy mal y no tengo qué comer. Todo, buen ciudadano, cambia en la vida a su tiempo.

Después de dar una moneda al mendigo, Boris Ivanovich se encaminó lentamente a su casa. No tenía piedad del mendigo, mas una cierta vaga inquietud se apoderaba de su ánimo.

—Todo en la vida cambia a su tiempo, borbotaba el buen Boris Ivanovich regresando a su casa.

En su casa Boris Ivanovich contó a su mujer Lucheria Petrovna, el encuentro que había tenido, cargando las tintas y agregando algún detalle de su propia invención, como, por ejemplo, que el expropietario, había arrojado un tiempo el oro a los mendigos y que hasta les había roto las narices con sus pesadas monedas.

—¿Y qué?—dijo la mujer—Ha vivido antes bien y ahora mal. En esto no hay nada de tan terrible y sorprendente. No hace falta buscar muy lejos los ejemplos. También nuestro vecino está en las más escuálida miseria.

Y Lucheria Petrovna, contó cómo el exmaestro de caligrafía, Ivan Semionovich Kuschakef, se había quedado sin nada en la vida. Y también él había vivido bien y hasta había fumado puros.

Kotofeyev tomó igualmente a pecho el caso de este maestro. Comenzó a preguntar a su mujer porqué y cómo había caído en la miseria. Se apoderó de él el deseo de ver al desdichado. Lo dominó de improviso un cálido interés por su vida de miseria. Y rogó a su mujer, Lucheria Petrovna, ir lo mas pronto a buscarlo para conducirlo a la casa y ofrecerle el té.

Luego de injuriar a su marido, para no faltar a la regla, y de llamarlo zonzo, Lucheria Petrovna se puso un chal y fué a buscar al maestro dominada por una terrible curiosidad.

El maestro Ivan Semionovich Kuchakev vino casi inmediatamente. Era un viejecito pequeño, un poco canuto y seco, vestido con un largo y consumido *stiffeli* sin chaleco. La camisa sucia, sin cuello, sobresalía sobre el pecho toda amontonada. Y el botón de metal, de un amarillo terriblemente pronunciado, se destacaba exajeradamente delante.

La barba grisásea crecía sobre las mejillas del maestro de caligrafía, que no se había afeitado quién sabe cuánto tiempo, como un pequeño césped.

Entró en la estancia, frotándose las manos, mientras acababa de masticar alguna cosa. Saludó reposadamente, pero casi alegre a Kotofeyev. Después se sentó a la mesa y, acercándose el plato con el pan y las pasas, comenzó a masticar, sonriendo apenas bajo la nariz.

Cuando el maestro acabó de comer, Boris Ivanovich empezó a interrogarlo con ávida curiosidad sobre su vida pasada y cómo y porqué había decaído tanto y andaba sin cuello, con la camisa sucia y el botón de metal desnudo.

El maestro, frotándose las manos, alegre, pero malignamente, principió a contar, cómo en verdad había vivido bastante bien y hasta había fumado cigarros puros, pero al disminuir la demanda de bella caligrafía y, a consecuencia de un decreto de los comisarios del pueblo esta materia había sido excluida del programa escolar.

—Pero yo ya me he habituado,—dijo el maestro—me hecho ya el ánimo. Y no me quejo de la vida. Y si me he comido el pan ahora ha sido por fuerza de la costumbre y no por hambre.

Lucheria Petrovna, cruzadas las manos sobre el delantal, reía suponiendo que el maestro había comenzado a divagar y que pronto se pondría a decir tonterías. Le miraba con disimulada curiosidad, esperando de él algo de extraordinario.

Boris Ivanovich, meneaba la cabeza escuchando.

—¿Y qué? —dijo el maestro, sonriendo de nuevo sin motivo,—así cambia todo en nuestra vida. Hoy han abolido la caligrafía, mañana la pintura, y después, lo verá, llegarán hasta usted.

—Ud. exajera, dijo Kotofeyev con una ligera sofocación.—Cómo pueden llegar a mí..... Yo trabajo en el arte..... Toco el triángulo.

—Qué importa,—dijo el maestro con desprecio—la ciencia y la técnica, hoy día van adelante. Inventarán el modo de tocar ese instrumento eléctricamente....Y ya está Ud. servido....Han llegado....

Kotofeyev sintió otra vez que se ahogaba ligeramente; miró a la mujer.

—Muy simple,—dijo la mujer—especialmente si la ciencia y la técnica adelantan tanto....

Boris Ivanovich, se levantó y se puso a caminar nerviosamente por el cuarto.

—Y qué importa, así sea,—dijo—que suceda como Uds. dicen.

—Así sea un cuerno,—dijo la mujer—yo pago después las consecuencias. Tú vivirás a mis costillas, pobre mártir—pilatos....

El maestro se movió inquieto sobre la silla y dijo en tono conciliador:

—Así es todo: hoy la caligrafía, mañana la pintura.... Y el hombre vive, prendido del cordón umbilical y el cordón se rompe....Todo cambia, queridos señores.

Boris Ivanovich, se acercó al maestro, le estrechó la mano y, después de haberle invitado a cenar para cualquier día, aunque fuera el de mañana, se ofreció a acompañarlo hasta la puerta.

El maestro se paró, saludó y, restregándose alegremente las manos, dijo de nuevo en la antesala:

—Esté Ud, tranquilo, jovencito, hoy la caligrafía, mañana la pintura y luego caerán también sobre Ud.

Boris Ivanovich cerró la puerta sobre el maestro y, vuelto a su dormitorio, se sentó sobre la cama abrazándose las rodillas.

Lucheria Petrovna entró en el cuarto con pantuflas destalonadas de fieltro y comenzó a prepararse para ir a la cama.

—Hoy la caligrafía, mañana la pintura, borbotaba Boris Ivanovich, meciéndose ligeramente sobre el lecho.—Así es toda nuestra vida.

Lucheria Petrovna se volvió hacia su marido, escupió con furor al suelo mientras se desenredaba los cabellos, enmarañados durante la jornada, en los cuales había prendido unos pedacitos de madera.

Boris Ivanovich miró a su mujer y dijo de improviso con voz melancólica:

—Oye Lucheria, y si verdaderamente de pronto aplicasen la electricidad....Hablo del triángulo. Imaginemos un botoncito sobre el atril del maestro....El maestro lo presiona con el dedo y el triángulo suena.

—Será muy simple—dijo Lucheria Petrovna,—Muy simple....¡Ah! tú vivirás a mis costillas....Lo sé que te cogerás de mí....

Boris Ivanovich cambió de sitio, se sentó en una silla y se hundió en reflexiones.

—Te afliges, cierto, dijo Lucheria Petrovna.—¿Estás pensando? Te has dado cuenta....Si no tuvieses mujer y casa, a dónde irías a dar pobre diablo? Por ejemplo, si te votasen de la orquesta.

—La cuestión, Lucheria, no es que puedan despedirme—dijo Boris Ivanovich.—La cuestión es al revés....Porque, Lucheria yo toco el triángulo....y en general....Si se eliminase la música de la vida ¿cómo vivir entonces? ¿Qué cosa, además de ésta, puede importarme?

Lucheria Petrovna, tendida en la cama, escuchaba a su marido, esforzándose en vano por adivinar el sentido de sus palabras. Y suponiendo en ellas una ofensa personal o una pretensión sobre sus bienes inmuebles, dijo otra vez:

—¡Oh! te cogerás de mí. Te cogerás de mí, mártir-pilatos, gato, hijo de un perro.

—No me cogeré, dijo Kotofeyev,

Y, ahogándose de nuevo, se alzó de la silla y se puso a caminar de arriba abajo por el cuarto. Una agitación terrible se adueñó de él. Después de pasarse la mano por sobre la cabeza, como esforzándose por librarse de vagos pensamientos, Boris Ivanovich se sentó nuevamente. Y permaneció largo tiempo sentado, inmóvil, en la misma actitud. Luego cuando la respiración de Lucheria Petrovna se transformó en un ligero roncar, acompañado por un débil silbido, Boris Ivanovich se alzó y salió del cuarto. Tomó su sombrero, se lo puso en la cabeza y, presa de una insólita agitación, salió a la calle.

IV

Eran solo las 10 de una bellísima y serena noche de agosto.

Kotofeyev andaba por la avenida gesticulando largamente con los brazos. La extraña y vaga agitación no le abandonaba. Llegó así sin darse cuenta a la estación, Pasó al buffet, tomó un vaso de cerveza y, ahogándose todavía y sintiendo que le faltaba la respiración salió otra vez a la calle.

Caminaba ahora lentamente con la cabeza inclinada con tristeza, pensando en cualquier cosa. Pero si se hubiese preguntado en qué cosa pensaba, no habría sabido qué responderse. El mismo no lo sabía.

Se alejó de la estación siempre en línea derecha. En una alameda del jardín público, se sentó en una banca y se quitó el sombrero.

Una muchacha de anchos flancos, con una falda corta y las medias claras, pasó delante de él una vez, después regresó, luego una vez más y, finalmente, se sentó a su lado dirigiéndole una mirada.

Boris Ivanovich se estremeció, miró a la muchacha, hizo un movimiento con la cabeza y se marchó rápidamente.

De pronto todo le pareció terriblemente disgustante e insoportable. Toda su vida fastidiosa y estúpida.

—¿Y porqué he vivido?....-borbotaba dentro de sí. —Un fuerte estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Boris Ivanovich. Casi corriendo, siguió adelante. Al llegar al cancel de la iglesia, se detuvo. Después buscó con la mano el cancel, lo abrió, y entró en el cercano.

El aire fresco, las piedras sepulcrales, calmaron en seguida a Kotofeyev. Se sentó sobre una de las piedras y permaneció sumergido en sus pensamientos. Luego dijo en alta voz:

—Hoy la caligrafía, mañana la pintura. Así toda nuestra vida.

Boris Ivanovich, encendió un cigarrillo y se puso a pensar cómo viviría en el caso de que le ocurriese algo.

Viviré de cualquier modo.—murmuró dentro de sí, pero donde Lucheria, no regreso. Mas bien me humillaré ante la gente hasta el suelo. He aquí, les diré, el hombre perece, ciudadano. No lo abandonéis en la desgracia....

Boris Ivanovich tembló y se puso de pié. De nuevo el estremecimiento y el frío envolvieron su cuerpo. Le pareció de repente que el triángulo eléctrico había sido inventado hacía ya muchísimo tiempo y era mantenido en secreto, en un terrible secreto, para de pronto, de un golpe, abatirlo a él.

Presa de una angustia espantosa, salió casi corriendo del cercado a la calle y siguió adelante, arrastrando rápidamente los pies.

En la calle todo estaba tranquilo. Algunos transeúntes rezagados, se apresuraban hacia sus casas.

Boris Ivanovich permaneció un rato en una esquina; luego, casi sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó a un transeúnte, y quitándose el sombrero dijo con voz sorda:

—Ciudadano....Pido limosna. Tal vez el hombre perece en este instante.

El transeúnte miró asustado a Kotofeyev y se alejó de prisa —¡Ah! ¡Ah! —gritó Boris Ivanovich, dejándose caer sobre la acera.— Ciudadano....Pido limosna...Por mi desgracia....por mi ruina....

Algunos paseantes rodearon a Boris Ivanovich observándole con miedo y sorpresa.

Un guardia del lugar se acercó, tocando inquieto con la mano la funda del revólver, y sacudió a Boris Ivanovich por el hombro.

—Es un borracho—dijo uno de los presentes con placer.—Se ha emborrachado, demonio, en un día de trabajo. ¡Ah! para estos no hay ley.

Una muchedumbre de curiosos circundó a Kotofeyev. Alguno mas compasivo trató de levantar al borracho. Boris Ivanovich se libertó de la gente con violencia y saltó a un lado. La gente le abrió paso.

Boris Ivanovich miró extraviado en torno suyo, lanzó un grito de espanto y de improviso se echó a correr en otra dirección.

—Agarradlo, muchachos. Cogedle, gritó uno con voz flaca.

El guardia lanzó un áspero silbido que sacudió toda la calle.

Boris Ivanovich se lanzó tras de una esquina y, alcanzado el cancel de la iglesia, lo saltó.

—Aquí,—gritaba la misma voz.—Acá, hermanos. Corred acá. ¡Ligero!

Boris Ivanovich, subió hasta el pórtico, exclamó algo en voz baja, mirando tras de sí, y empujó con todas sus fuerzas la puerta.

La puerta cedió y se abrió con un chirrido de sus goznes enmohecidos.

Boris Ivanovich penetró corriendo.

Por un minuto permaneció inmóvil, en seguida cogiéndose la cabeza con las manos se arrojó por tierra, sobre las secas y crugientes gradas.

—¡Aquí!—gritaba el perseguidor voluntario.—Agarradle hermanos. Rodeadle todos....

Una centena de transeúntes y de habitantes del lugar, irrumpió en la iglesia.

Todo estaba oscuro.

Entonces alguien encendió un fósforo y prendió un cabo de cera en un enorme candelero.

Los altos muros desnudos y los míseros utensilios y ornamentos de la iglesia fueron iluminados por una pobre luz amarilla vacilante.

Boris Ivanovich no estaba en la iglesia.

Y cuando la multitud, atropellándose, acompañada por el rumor de las voces, retrocedió presa de un extraño miedo, de lo alto del campanario se oyó derrepente el sonido de la campana de alarma.

Los golpes, primero raros, luego cada vez más frecuentes, se extendieron en el aire tranquilo de la noche.

Era Boris Ivanovich Kotofeyev que, moviendo con trabajo el pesado badajo de bronce, tocaba la campana como para despertar a toda la población.

Esto duró un minuto. Enseguida ululó otra vez la conocida voz:—¡Aquí, hermanos! ¿Queremos talvez dejarle escapar? ¡Corred al campanario, coged al yagabundo!

Algunos hombres se lanzaron en su persecución.

Cuando Boris Ivanovich fué conducido fuera de la iglesia, una muchedumbre de hombres medio vestidos, un pelotón de policías y de bomberos del barrio estaba delante del cancel de la iglesia.

En silencio, a través de la multitud, Boris Ivanovich, sostenido de los brazos, fué llevado al cuartel de la milicia.

Estaba pálido como un muerto y temblaba con todo el cuerpo, las piernas le arrastraban, sin obedecerlo, sobre el pavimento.

CAPITULO V

Mas tarde, muchos días después, cuando le preguntaban a Boris Ivanovich por qué había hecho todo eso, y por qué sobre todo, había subido al campanario y se había puesto a tocar las campanas, él se encogía de hombros o respondía con un rabioso silencio, o decía que no se acordaba de los detalles. Cuando le precisaban estos detalles, se confundía y rogaba que no se hablase más de ellos.

Aquella noche Boris Ivanovich había sido retenido en el cuartel de policía, hasta la mañana. Después de haber compilado contra él, un poco claro y nebuloso protocolo, le habían dejado marcharse a su casa, no sin firmar antes la declaración de que no abandonaría la ciudad.

Con el traje roto, sin sombrero, todo abatido y amarillo había regresado a su casa Boris Ivanovich.

Lucheria Petrovna, había chillado desesperadamente y se había golpeado el pecho maldiciendo el día en que Boris había nacido, y su desgraciada vida con semejante deshecho de la humanidad.

La misma noche, Boris Ivanovich, como de costumbre, vestido con un *stiffelius*, se sentaba al fondo de la orquesta y hacía tintinear de cuando en cuando, melancólicamente, el triángulo.

Estaba como siempre limpio y peinado, y nada traicionaba en él la noche terrible que había vivido.

Solo dos profundas arrugas que bajaban de la nariz a los labios, aparecían en su rostro; antes estas arrugas no habían existido; antes Boris no había tenido tampoco este modo de sentarse tan encorvado.

Pero todo se molerá y dará harina, dice el proverbio. Boris Ivanovich Kotofeyev vivirá todavía largo tiempo. Vivirá, querido lector, más que nosotros. Puedes estar seguro de esto.

(1) Concluye en este número el cuento del notable escritor ruso Miguel Zoschenko que, continuando una labor de divulgación de la nueva literatura rusa, empezamos a publicar en el número anterior de "Amauta"



(VIENE DE LA PAGINA 28)

—Los restos de la Exposición de 1925. Me fastidia mostraros estas viejas cosas. Se les va a demoler.

En una América siempre nueva, donde una construcción es reemplazada, mucho antes de su caducidad, por otra más grande, Dorothy no había visto nada que le pareciera tan antiguo.

—Pienso que Roma es así.

Quiso golpear un pedestal de yeso, tirar de una lona que se desgarró en su mano.

—Construcción barata,—dijo.

Pero el parque del Presidio no tardó en mostrar sus cuarteles, sus hospitales limpios y netos, colocados como unas gorras sobre los prados. Anchos terrenos de golf, que terminan abruptamente en la ribera, caen en las olas sublimes: última grada de la América visitada sin cesar por las proas que vienen del más antiguo al más nuevo de los continentes. El estrecho de la Puerta de Oro, que abre al Pacífico la puerta y la bahía de San Francisco, aparece ahí en toda su longitud: río marino que el Sol, empresario de alumbrado del cielo americano, remonta cada tarde, arrojando a las olas y a las nubes, el oro ganado en toda su jornada de trabajo, para regresar a los países donde torna a ser un dios.

Miraban los palos blandidos por los jugadores, los saltos de la bola.

Una maravilla, las líneas de casas de estilo colonial o estilo misión, detrás de las palmeras o los zarzales de cactus: techos de tejas rojas casi chatos, domos hispano-moriscos, pilastras y chimeneas monumentales. Largas calles de fantasía, aquí y allá suspendidas por la ciudad de las cien colinas. El verdadero excitamiento se produjo cuando Ralph frenó de golpe delante del cable de un gran tractor: sobre ruedas de madera, remontando una pendiente bastante empinada, avanzaba por enmedio de la calle una casa. Ventanas cerradas, stores bajos; a través de los encajes se adivinaban los muebles en sus sitios, los grabados colgados de los muros. Sobre el tractor se leía "Compañía de Transporte de Casas".

—No tenemos esto en Duluth.

Y la mujer de Middle-West, miró al californiano con respeto.

¡Qué no vieron en dos días! El puerto, docks repletos, aglomeración de proas, chimeneas, toldos, cordajes, mástiles, a través de las cejas de Dorothy hasta su nuca afeitada; el Centro Cívico (prado donde mujeres en pantalón juegan con el pie a la pelota) bordeado por la enorme masa de la Biblioteca, del Auditorium que semeja una estación y del City Hall, falsa cúpula de los Inválidos, izada sobre una falsa columnata de Mansard; la Misión Dolores, humilde y sólida capilla de piedra de los tiempos españoles (¿QUÉ PROGRESO HASTA LOS BUILDINGS, exclamaron los dos juntos); y los buildings, precisamente, en los barrios de los negocios: los unos hinchados como cajas fuertes, otros jaulas de cristal y de acero, algunos que danzan, desnudos, coronados de guirnalda, otros fortificados de almenas, otros lisos, tensos, que apuntan no se sabe qué en el cielo. Tras una plaza cargada de palmeras magníficas, bancos ocupados por BUSSINESMEN que van a respirar ahí un instante, la fachada del hotel "Mammouth" a la cual se había ligado años atrás, una "ballena de escándalo": aquella historia que había hecho tanto ruido hasta más allá de Duluth mismo, gentes de cinema, alcohol, violación, asesinato. Y Chinatown, pagodas y bazares donde, oro sobre rojo, negro sobre blanco, los caracteres orientales trepando derecho e invadiendo toda superficie vertical u horizontal hormiguan, más bien filas de insectos que marcas humanas; mujeres con kimonos bordados de flores; comerciantes con pantalones de seda que os llaman con un acento silbante cual si también las sílabas pudieran ser rasgadas como los ojos, agudas como las miradas.

En la noche, regresaban a pie, cuando ella dió el nombre de su hotel a un taxi.

—Esperad aquí—dijo ella a Ralph descendiendo.—No puedo recibir a un hombre en mi cuarto.

Diez minutos después reapareció en el umbral con una pequeña maleta en la mano. A juzgar por sus maneras netas y cortantes, parecía haber tomado no se sabe qué decisión. Dió al chofer una dirección que Ralph no entendió.

El joven, petrificado, no pudo articular una palabra en todo el trayecto. Dorothy hasta entonces, no había cesado de guardar una perfecta reserva: ¿iba ahora a abusar de él?

El taxi, en efecto, se detuvo delante de otro hotel.

En tanto que el portero tomaba de manos de su compañero el ligero equipaje, ella inscribió en el registro:

"Mr. y Mrs. John Fergussen, de Sacramento."

Un latino se figura que el ascensor que lo eleva al lado de una mujer, hacia alcobas fáciles de cerrar y solicitudes horizontales, es algo como el ascensor del Paraíso. No le ocurría lo mismo a Ralph. En el primer piso, le pareció que la jaula rápida, atravesaba no un pavimento sino los duros artículos de las "leyes azules" que salvaguardan la virtud americana: dos o tres años de prisión por usar una mujer sin ser su esposo, tal es la tarifa. El segundo piso fué para Ralph de naturaleza bíblica: epístolas de San Pablo, Decálogo. El tercero, medicina, microbios con gorra y recién nacidos con trazas de enfermeros. Es difícil decir si Ralph pasó verdaderamente el tercer piso antes del cuarto. Tan grande fué su desorden interior que se sentía, por decir así, regresar, descender, a medida que se elevaba. En la agonía de su terror, sonrió sin pensar al negro del ascensor como si se hubiera tratado de un hombre verdadero: hubiera sonreído lo mismo a un perro o al último de los hombres, esto es a un individuo que no supiera inglés.....

Cuando abrió la puerta del cuarto para dejar pasar a Dorothy, le pareció volver la página de un diario. La página 35 de su CALIFORNIAN DAILY NEWS, al reverso de la cual está la sección más leída después de la de la bolsa: los escándalos. Condenas por inmoralidad, proceso de divorcio, seducción de esposos, ruptura de promesa, corazón destrozado. Por un instante Dorothy volvió a ser para Ralph la desconocida de cuatro días antes y se imaginó ver en ella una virtuosa del chantaje o una POLICE-WOMEN que iba a sacár su carnet y arrestarle.....

¡Oh! cabreros y pastores de Sicilia, mecanógrafos y obreras de París que os amáis tan naturalmente, los unos bajo los olivares, los otros en vuestras buhardillas, cómo una alta y púdica civilización sabe perfeccionar vuestros gestos ingenuos! ¡Que algún día pueda invadir toda la Tierra y los rayos del Sinaí, los tribunales y el treponema pálido ocupen el pensamiento de los amantes!

La puerta cerrada tras ellos, Ralph permaneció inmóvil, con la maleta en la mano.

—Dejad eso, ordenó la mujer.

Ella ciega esperanza, la esperanza del condenado que, con la cabeza en el filo de la guillotina, espera todavía que no funcione la palanca, atravesó el alma del desgraciado. Tal vez Dorothy le agradecería. Pero no, ella comenzó a desvestirse con tranquilidad y seriedad.

Y bien, derrepente, lo que gobernó a Ralph no fué más el americano disciplinado. Tengo vergüenza de decirlo, no sé cual íntimo "piel roja" (danzando con o sin scalp) tomó el comando.

Ella se había extendido sobre la cama. Cien películas habían educado a Ralph, quien no pudo ni acercarse sus labios a los labios femeninos. Pero un poco del sadismo del niño persiste en el hombre mejor educado: su beso intentó forzar esta barrera cerrada. Ella volteó la cara con una mezcla de pudor, de repugnancia y de higiene y se echó totalmente de espaldas.

III

El amor, juego viscoso, casi intestinal. Menester, sin embargo, sportivo, con un lujo de movimiento. ¿Era ver-

daderamente un placer este desgarramiento supremo desde el tobillo hasta la nuca?.... Ralph pensaba en todo esto de manera confusa, sin palabras, con retazos de recuerdos dotados de un poder interrogativo, esperando afectar definitivamente esta realidad nueva con un MAS o un MENOS, según un hábito de cuya legitimidad no sospechaba, y de colocarle en su crédito o su debe, en las ingenuas cuentas corrientes de su alma. Los viejos esquemas bíblicos, bien o mal, sombra o claridad, Ormuz y Arimán, han encontrado aliados imprevistos: el álgebra y su inocente compañera la contabilidad, como si las necesidades de clasificación de nuestro espíritu no fueran suficientes a asegurar su imperio.

Ralph levantó la cabeza. Con gran sorpresa, cuando se creía en lo alto de Market, se vió en Sutter Street, cerca de Jones. Había marchado dos millas sin darse cuenta, ocupado por su sueño. El cerebro, emplazado en la unión de los brazos enérgicos y del tronco, ¿no es entonces solamente una máquina de determinar los actos? Ralph pensó de pronto en que llevaba, en el ángulo de los muslos, haciendo PENDANT con la cabeza, otro centro de voluntad casi tan importante como ésta. Extraviándose su imaginación, el joven creyó a pesar suyo sentir que su rostro cambiaba su aspecto con el de aquel otro centro y bajó vivamente el borde de su sombrero.

Era demasiado. Ralph recuperó el control de sí mismo. Además, incontestable evidencia, un policeman pasaba: gorro chato, aire frío y duro. Por primera vez en su vida, Ralph se sintió mediocrementemente tranquilizado por la vecindad de la ley.

¿Se había tornado peor o mejor?—se preguntó de nuevo. Un singular trabajo debía haberse operado en él, pues esta vez no le pareció absolutamente que semejante pregunta comporte una respuesta cierta. Detrás de esta cuestión, confusamente, aparecían muchas otras como imágenes múltiples en espejos que se miran los unos a los otros.

Súbitamente, Ralph se sintió aislado, arruinado. Pensarse a sí mismo, es decir concebir ideas que no son válidas sino para sí mismo, ¿no es crear una especie de moneda imaginaria? En América, más que en ninguna parte, las verdaderas ideas de valor, aquellas consentidas por todos y aceptadas sin descuento por los demás, son oficialmente hechas por la multitud. A ellas les toca prescribir los sentimientos que clasifican en la estima pública, los actos solventes.

Pero esta inquietud no tardó en borrarse ante un fenómeno diversamente potente. En una de las calles trasversales que, perpendiculares a Sutter Street, cortan en bloques regulares sus 2.700 casas (es esta una calle de longitud ordinaria en San Francisco: Geary tiene más de 8.000 Nos), Ralph se puso a observar uno de los funiculares que le pareció.... ¿cómo decir? dotado de una alegría extraordinaria. Sí, este tramway tomaba la pendiente de su carrera con un gozo evidente. Y el cemento de las casas, a derecha y a izquierda, estaba ebrio de su tinte ocre, como de un vino blanco; este hotel que cargaba tan gallardamente sus cornisas dóricas, no podía ser habitado sino por personas felices. Este buen hombre que marchaba con dos o tres autos bajo el brazo como si la perspectiva hubiera sido de pronto dotada de realidad; esta miss que para subir a una acera hendía el aire con un talón que hubiera segado las Montañas Rocosas le aparecieron a Ralph como fragmentos de una verdad evidente y universal. Todas las formas bajo el cielo desbordaban a la vez una potencia parecida a la voluptuosidad, y de una misteriosa certidumbre....

Ralph caminaba todavía. Se encontró bien pronto en el barrio de los negocios.

Al principio dos grandes buildings, uno gótico coronado de balaustres floridos, el otro rectilíneo y cúbico tocado de almenas, por el dorso de los cuales rampaba el zig zag de las escaleras de seguridad. Ambos se lanzaban del corazón de Ralph hacia el cielo, los dos caían del zenit a sus pies. Un poco más lejos, otro imponente aspecto: encima de una torre de fachadas abul-

tadas, los flancos de altos edificios, WELLS FARGO BANK, UNION TRUST anunciaban con letras gigantescas las cajas fuertes de sus sótanos: plantadas profundamente en el suelo, razones inquebrantables.

Ralph se encontró de pronto en medio de masas de flores: los vendedores de San Francisco pueblan, aquí y allá, las aceras. Por acostumbrado que estuviera a este espectáculo, Ralph se sobresaltó, sumergido hasta el pecho entre ramilletes amarillos, blancos, rojos. Recordó prudentemente lo que dicen los botánicos de los elementos masculinos y femeninos de las plantas y, luego, súbita e involuntariamente, con horror, se sintió asaltado por estos órganos de hábitos extraordinarios. Tuvo miedo y huyó.

El resultado de estas emociones, de estas complicaciones y de cien más en las cuales se vió hundido, envuelto y liberado, fué una certidumbre. Había seducido maliciosamente a una joven: debía una reparación. Entró donde un joyero y firmó un cheque. Anillo de bodas. Cuando regresó al hotel, con un ligero estuche y, una frase laboriosa, la "víctima" completamente vestida, inclinada delante del espejo se ponía un poco de ROUGE.

Ella lo miró de la manera más ordinaria.

—¿Buen tiempo, no es cierto? le preguntó.

No parecía haber pasado nada entre él y esa persona amistosa y reservada. Lo mismo que las parejas arriban de buena gana en Norte América, sin la menor caricia previa, al acto del cual no se habla, lo mismo, en seguida, nada en las maneras de la mujer ni en las del gentleman, aunque se encuentre solos todavía, debe revelar que la cosa ha pasado ni ha sido posible un solo instante.... Se levanta uno pronto ¿Por qué demorar? Y un momento después, con la ayuda del eterno YOU, no ha existido nada. No hay que conmoverse porque un cerrajero ha puesto la llave en la cerradura.

Ralph dejó escapar todavía, tres o cuatro veces, durante los paseos del día, la ocasión de ofrecer el estuche que le inflaba generosamente el bolsillo. La noche, Mr y Mrs Fergusson subieron de nuevo sus pisos en un ascensor, que, a los ojos del hombre, se mostró mucho mas normal.

En tanto que Dorothy, de nuevo, dejaba caer esos vestidos femeninos que tan poco apego tienen al cuerpo, el joven, con la frente baja y los puños apretados, como si se tratase de concluir un negocio o se tratase de tomar por asalto un tren, se disponía a quitarse el saco. Un minuto después, acostada ya, ella lo contemplaba: pensativa, con el borde de la sábana blandamente suspendido por los senos, mientras, retocando sus dedos ligeros la cabellera, el brazo izquierdo dejaba ver la piel tierna y un poco verde de la axila rasurada.

—Querida Dory, logró decir él, para interrumpirse en seguida.

Dorothy lo observaba con ojo interrogador, callada, dudando de disipar con palabras la sed que empezaba a sentir en sus labios.

—¿No estáis enfadado? ¿Tampoco indispuesto?

Se inquietaba con gentileza, y, en ese momento, con un poco del servilismo inherente a la posición que su sexo toma durante el amor.

—Yo....pienso que he faltado. Estoy pronto a reparar—

Se oyó pronunciar a Ralph con una voz sorda y sin timbre como la de un profesor que se aburre.

Sin embargo continuó:

—Y así, creo que el matrimonio....

—¡Querido! —exclamó ella arrojando la sábana.

Para que las cosas fueran mas expeditivas, ella había alzado la camisa por anticipado. Se recubrió y besó al hombre con ímpetu.

Después, un pequeño país de color de ternura se formó entre dos bocas y cuatro orejas y dos pechos. Ralph no sentía ya horror. El animal femenino diferente de él, tan temido, cuya vecindad le aportaba antes una angustia insuperable, se había transformado súbitamente. Esta mujer comenzaba a ser, sobre todo en la parte escondida bajo la sábana, la verdadera prolongación de Ralph: una po-

LA CAPITAL PROLETARIA

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

¡Oh Moscú, ciudad de las blancas blusas y de los rojo pañolones!

¡Aia de naciones, alma del Universo, músculo de la vida futura!

¡Oh Moscú, la visionaria, engalanada de banderas comunistas y resonante de las estrofas de la Internacional!

¡Moscú, que gritas a tus soldados: agredidos, nunca agresores, y proclamas guerra a la guerra!

¡Recíbime, ciudad apocalíptica, con tus murallas acribilladas de metralla y tus piedras ensangrentadas!

¡Recíbeme, arcaica y novísima ciudad de los ensayos, de las locuras realizadas, ciudad de contradicciones, paradójica, inverosímil, grito clavado en el ombligo de Dios!

¡Oh ciudad que has sido cantada por las broncas voces de tus jóvenes soldados bolcheviquis!

¡Por tus hermosos soldados rojos, que se instruyeron en las fábricas y fueron filósofos dentro de las cárceles!

¡Moscú, eje del Mundo hoy, hija de Espartaco, cuyo alarido repercute a través de los siglos y de las generaciones!

¡Con tu mano elevada arrojas estrellas soviéticas sobre los pueblos esclavos!

¡Tiemblan de pavor los burgueses, con sólo oír nombrarte, como el palúdico ante el pantano, y quien te ama es perseguido inexorablemente!

¡Moscú, argolla de naciones, brazo fraternal de pueblos, ubre única y gigante para amamantar proletarios rebeldes!

¡Ciudad sonora de ímpetus, polen de pólenes, que avientas tu savia a los raquíuticos, y haces de los abortados, colosos, y de los gusanos, águilas!

¡Ciudad que sacude paralíticos, exalta indiferentes, por quien deliran los cuerdos, a cuya evocación se hunden murallas de Jericó y saltan diques del mar Rojo!

¡Ariete de fronteras, mazo de privilegios, corrosivo de clases, urna para guardar el sueño de Lenin, cuna de reconstrucciones, polo magnético de todas las brújulas!

¡A tu nombre se unen los trabajadores del mundo, bandera de las insurrecciones!

¡Los pueblos de América, frente al peligro del imperialismo sajón, vuelven los ojos a ti, protectora de oprimidos como a un salvador refugio!

¡Tus soldados rojos se desparramarán por el mundo en un inesperado Apocalipsis, y la Virgen Libertad aplastará la cabeza del Leviathán del Capitalismo!

¡Dáme, ciudad de las revoluciones, el valor necesario para secundarte en tu programa, sin vacilación, henchido el pecho de tu voluntad y endurecidos los músculos en un sano esfuerzo renovador!

¡Oh ciudad de las blancas blusas y de los pañolones rojos, ciudad santa de la nueva religión, en cuyo río hombres y mujeres desnudos completamente se bañan bajo el cielo azul, como en aquellos inolvidables tiempos del reinado de Pan!

¡Así quiero exhibir yo mi cuerpo juvenil, menudo y elástico, en la clara luz, al aire libre, entre camarades desnudos y mujeres castas que hayan renunciado al pudor falso de las burguesas!

¡Así quiero cantar, no ya esclavo, ni entre oprimidos, sino en una universal independencia!

¡Oh Moscú, ciudad de una alquimia fantástica, retorta para la piedra filosofal de las libertades futuras, que haces exclamar a Constantino Fedin:

"¡Volver a nacer otra vez, una sola vez, Dios mío! Dentro de cien años. ¡Para ver llorar a los hombres al sólo recuerdo de estos años, para arrodillarse en cualquier parte ante el girón pasado de una bandera, para leer un comunicado del ejército rojo a los obreros y campesinos! El viento desgarrar, azota con la lluvia un periódico pastoso despegado de la pared. ¡Y dentro de cien años, un pedacito de esta hoja será guardada como una reliquia, como el santo de los santos. ¡Nacer dentro de cien años y decir de pronto: ¡Yo viví entonces, yo viví durante aquellos años!"

RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

sesión todavía bastante mezclada en él, para ser efectiva, a toda una parte del mundo. En cuanto al rostro, apoyado sobre el brazo comestible le era indispensable: el rostro cuya sonrisa que se conservaba tan joven, ennoblecía que había de algo marchito en la boca y en torno de los ojos experimentados. Ralph comenzaba a conocer una a una las manchas de este rostro: las de los pómulos, las que insidiosamente se habían posado en la comisura de los labios, una pequeña, espiritual, bajo el ojo izquierdo. Tal como los almacenes que rodean la entrada del NORTH AMERICAN BANK, le proponían cada una un artículo especial. Miró el anillo en uno de los dedos doblados entre los bucles y, pensando en el matrimonio próximo, tuvo la satisfacción de verse obrar como los demás.

Dorothy consideraba al novicio con una dulzura que escondía mal el asombro.

—¡Ralphie!

—¡Dorrie!

—Sois un gran muchacho.

—Nos casaremos mañana. La luna de miel en el campo, viviendo en una tienda. Yo aserraré la leña y cargaré el agua.

—Mucha agua para mí, Ralphie. (se ensombrecía por instantes y hablaba entonces en voz baja como si temiera quebrar las formas de un ensueño frágil). No olvideis la lámpara de alcohol para mi ondulación.

—Yo cocinaré: vos reposaréis en la hamaca.

—¿Deveras? Me dejaréis sin embargo lavar un poco la vajilla.

—Enjugar una cucharilla de café con un pañuelo de sedá tal vez.

Ralph miró un rato mas allá de ella, en el porvenir.

—Dentro de ocho días, de nuevo en el Banco. Vos no trabajareis: comienzo a valer algo. Se alquila departamentos en los Jones Buildings. Un poco lejos acaso, cerca de Marina, pero confortable. Camas que se guardan en los muros, cocina eléctrica y teléfono sin hilos.

—Yo querría un pequeño bungalow con una palmera. Y un techo de tejas....

—Bien. Haciendo un préstamo, yo podría complaceros.

Ella lo miraba siempre: adicionando los dólares dentro de sí, rápidamente. Pero algo de fresco y de perfumado, un ice-cream-soda, estaba detrás de la pastilla seca de su seno izquierdo.

—Sois un joven honrado, hecho realmente para ser un marido.

Y de golpe las lágrimas subieron a los ojos de la mujer: inexperadas, irresistibles, abundantes. Pegaban las pestañas, corrían a las orejas.

No venían todas del fondo del corazón. Había algunas que arribaban de mucho mas lejos que la memoria misma, provenientes de ese espacio interior en los confines del cual se modela superficialmente lo que cada uno de nosotros cree ser. Abismo encondido a nuestra vista, inaccesible a nuestros alcances y que no comporta ni destinos individuales, ni países limitados por fronteras.

Donde no hay ni Dorothy Tumbridge ni América.

LUC DURTAIN

GIBROS Y REVISTAS

BIBLIOGRAFIA, CRITICA, NOTICIAS LITERARIAS, CIENTIFICAS Y ARTISTICAS



Año II

LIMA, DICIEMBRE DE 1927

Número 12

EN EL DOMINIO DE GÜIRALDES

A OLIVERIO GIRONDO, POETA--TRANSEUNTE

Pertenece con su obra y espíritu al presente y al futuro. Su fallecimiento implica ausencia, no muerte. Hay literaria y artísticamente, demasiados muertos en la literatura americana. La obra indica si su autor está ya muerto antes de aparecer.....Cuidémosnos de los muertos con prestigio, con gloria, con popularidad.....Las guitarras de la pampa enlutaron sus voces. Güiraldes es solo un ausente.

PERSONALIDAD

No fué promesa sino realidad, varia, poliforme. Cuando el simbolismo absorbía, volvió los ojos a la pampa, a lo propio. Con "El cencerro de cristal" y con sus "CUENTOS de MUERTE y de SANGRE" llegó temprano. Por eso la juventud argentina le ha llamado "el precursor". En la novela creó personajes, innovó la técnica novelística al uso. No tendió a la historia ni a la sociología: sus novelas son de completa realidad artística. A mas de un artista había en él un esteta. En su obra se une lo popular a lo culto, con pasión, tierra y viento. Su amor a la Argentina no le hizo perder las posibilidades de lo continental: XAIMACA. Ensayista, poeta en cada página, en cada silencio que colocaba con pausas. Desdeñó lo viejo y llegó a lo nuevo por superación. No fué el advenedizo o analfabeto que, con el comprobante de su juventud, surge con frecuencia. Ni snobista ni ignorante. Viajero por continentes y por culturas literarias, con un sentido oriental de la vida. Gran amigo de Valery Larbaud, de Romain Rolland, de Soupault. Era para ellos el americano que traía la América. Como voluntad artística fundó "PROA". Combatió, con gesto de gran señor, contra la mediocridad erigida en mayoría directora. Hizo circular nuevos vientos en la grandiosidad nula de la Argentina. Pero más que la polémica le sedujo la obra. El idioma fué su preocupación. Contribuyó a enriquecer la futura lengua americana con vocablos populares. Larbaud veía en él a un emperador del dominio americano de la lengua. Estuvo con los jóvenes, que lo tenían como un camarada. Fué un joven.

AMERICANISMO ARTISTICO

Sin embargo la obra de Güiraldes no es lo americano auténtico. Es la traducción de América hecha por un espíritu europeo. En sus novelas dió su mejor versión de la pampa, de la ciudad americana, con espíritu francés. No está demás hacer notar que en la actual literatura francesa tiene un pariente en Jules Supervielle. Mientras Güiraldes nos dá una pampa con personaje severo y pausado, Supervielle nos presenta una pampa humorística. Don Segundo Sombra es serio y un poco fatalista, Guanamirú es alegre y deportivo. En cuanto a las versiones de los Gálvez, Larreta etc, son de calidad.....distantes. Lo americano auténtico no era de Güiraldes.

La novela suramericana — incluso México — siempre fué una intención. Reflejaba el espíritu literario de Euro-

pa. Así, hay novela romántica, (Isaacs) caballeresca, (Larreta) naturalista, (Arguedas, Blanco Fombona, Barrios, etc,) modernista, (Díaz Rodríguez) etc.....A pesar de los paisajes, de tipo y costumbres. Novela localista o provinciana. La novela americana pertenece a la traducción. Güiraldes, con un poco de alma americana, es también una traducción. En México, recientemente, Mariano Azuela dá otra versión.

Entre Güiraldes y Azuela — la pampa y la revolución, — hay diferencia entre lo vivido y lo sentido. "Don Segundo Sombra" y "Los De Abajo" son dos trozos de América.

PERSONAJES Y PAISAJE

Con Don Segundo Sombra, que es en si novela con junta y local, con atmósfera propia, crea al personaje permanente de la pampa, sucesor de Facundo y Martín Fierro. En el escenario en que se desenvuelve, se destaca don Segundo, central, único.

Fabiano Cáceres, gaucho joven, "Raucha" etc, son personajes secundarios. Raucha es la pampa juvenil. Es el pampero a quien seduce la ciudad: Buenos Aires, París. El hombre — potro, quien ama el horizonte. Nina, casi vampiresa, de languideces cosmopolitas, para quien el primitivo gaucho, es un excitante. Don Leandro es hermano de don Segundo. Marcos Galvan, de "XAIMACA", es un viajero apasionado que va recorriendo países. Paraleliza su existencia entre el amor por Clara Ordoñez compañera incidental, y la visión de las ciudades, pueblos, puertos de los Andes, costas del Pacífico (Chile, Perú, Ecuador, Panamá, Jamaica). Multicolorante emoción marina en las mañanas, en los días, en las noches....Desfiles de puertos. Cinta filmica del trópico....

Una de las características de la novela americana es su sedentarismo. Sólo Güiraldes y Edwards Bello (en "Cap Polonio") sitúan al personaje en diversos países (con algún otro antecedente). En cierta manera realizan el cosmopolitismo americano semejante al europeo de Larbaud, Morand, McOrlan, etc, "Xaimaca" novela de viaje que se resuelve en poema. Emoción erótica del paisaje.

El paisaje existe amplio en Güiraldes. Utilizando la metáfora, transcribe atmósferas, superficies, distancias. Su método para el paisaje es sintético. Rápidas pinceladas, seguridad, tiempo, color, aire. Güiraldes introdujo el paisaje americano como no lo han hecho otros.

LA CRITICA DE MAÑANA

Don Ricardo GUIRALDES: Lo supongo a usted esperando con sonrisas los comentarios de los que antes no le atendieron. Pero usted tenía su seguridad. Muy bien, como decía, creí que era otra cosa por fé de viveza criolla.

Adalberto VARALLANOS

INTERVIEWS URUGUAYAS

ACABO DE VER A:

JAIME L. MORENZA

Para "Amauta"

Las ocho y media; al lado de un bastón caminan las piernas de Morenza; le rebrillan a don Jaime los lentes heridos de firme por el sol ancho de la plaza Independencia. Morenza tiene una opulenta figura; camina con agilidad y soltura. Su expresión espiritual es de reposo. Todo en él es mesura; todo en él es impulso hacia la densidad de la acción. "Acciones rellenas de utilidad" parece un lema apropiado para este hombre que va llegando alegremente a los cuarenta años. Son las ocho y media de la mañana. Autobuses van; autobuses vienen. Un ligero polvillo se hamaca en los hilos dorados del sol, sobre la tersura azulada del asfalto. Bajo los soportales mejicanos que rodean la plaza Independencia, frente al espectacular Artigas italianizado, al lado de un fino e isócrono bastón de vuelta, camina Jaime L. Morenza.

Nueve menos un cuarto. El "Tupí-Nambá" no sabe qué hacer con tanto perfume de café. Lo distribuye por la plaza ahuyentándolo con los portazos luminosos de sus puertas de resorte; se lo presta a las flores de los primorosos canteros de la plaza; lo enhebra en las ventanillas temblorosas de los autobuses fugaces. Son las nueve menos un cuarto. Morenza desciende la escalerilla del café. Da un recio "buenos días". En los rostros que le observan (los mozos, el cajero, el gerente, los parroquianos, el mismo dueño del café) hay un escaparate de simpatía. Don Jaime se aposenta sobre una sillita que bajo su persona parece endeble sin serlo. Un mozo—¡salud, amable Manuel Prieto!—le trae los diarios y se los deja sobre la pila de libros y revistas que de la preñez de la casilla de Correos (364, no lo olvidéis) extrajo la mano ávida de Morenza.

La vida pasa por allí afuera, codeándose con las vidrieras del café. Por frente a la plaza; junto al rascacielos de Salvo; por debajo de la casa de Gobierno que sale a dar unos pasitos de vejez ayudándose con unas muletas de columnas mejicanas.

Las nueve y media. Morenza ha terminado su café con leche; ha comido sus tostadas. Ha hojeado los libros; ha abierto la correspondencia; ha despegado las revistas; ha repasado las anchas planas de los periódicos. El café se perfuma con olor a tinta de imprenta y a papel nuevo. De repente don Jaime toma su bastón y vuelve a la calle. Morenza está todo afeitado. Tiene la cara redonda. Camina a pasos elásticos. De golpe una fuerza extraña lo clava en la vereda. Las repentinas paradas de Morenza son clásicas; ya no despiertan curiosidad en sus acompañantes. Enseguida, cuando todos se vuelven hacia él, don Jaime echa a andar de nuevo. Va a las librerías; compra libros; los paga enseguida; saluda a los amigos; sigue hasta la imprenta; vigila la impresión de "La Cruz del Sur"; vuelve por la calle Sarandí (Mercaderes en Lima) hasta la plaza. Y otra vez va al café. Allí se está unos momentos como meditando. Enseguida se pone a leer y lee, lee, lee sin tregua. Este hombre se pasa la vida atesorando erudición. De vez en cuando escribe un artículo con mucha médula. Y sigue leyendo, leyendo, leyendo. Muchos suelen preguntarle:

—¿Cuándo sale su libro, Morenza?

Morenza lanza una ancha carcajada que le descubre dos hiladas de fuertes dientes blancos. Vuelve a reír sonoramente.

—¿Qué libro?—pregunta al fin de la risa.

—¡Ah!... Pero ¿usted no está preparando un libro?

—Yo no preparo nada—dice Morenza; y tras un breve silencio añade:—Demasiado tiempo se me va en leer lo que escriben los otros; apenas si puedo apéchar con todos para dar, de allá en allá, una opinión cualquiera.

Y echa a andar de nuevo junto a su bastón por esa calle Sarandí, por esa plaza luminosa, por esa avenida 18

de julio, entrando a ese mundo de librerías que hay en el camino.

Epílogo con olor a nafta: un automóvil "Packard", tipo sport, ruedas aladas de firme disco rojo, espolón afinado, agresivo, audaz, husmeando distancias, fuertes deseos de correr, nerviosidad en la pintura gris, recoge a Morenza. Es su coche. Allá va el "Packard" por entre el enorme tránsito de la ciudad turbulenta. Allá va el "Packard"... ¡A ver!... Allá, doblando el recodo de la plaza, entre el "batifondo" de los autobuses, va el "Packard" enfilado hacia el este.

ALFREDO MARIO FERREIRO.

CRONICA DE LIBROS

E. MORSELLI

"LA PSICOANALISI"

Fratelli Bocca, Torino

Morselli, alumno y luego sucesor de Lombroso, fué en Italia y en Europa, de los primeros en seguir y estudiar el movimiento que tomó el nombre de Freud. Con vivo interés se acoge por esto su reciente estudio que resume el resultado de sus investigaciones y define, aparte de su punto de vista crítico, en cierto grado también el de la escuela psiquiátrica italiana.

En la introducción de la obra declara que no quiere hacer "una nueva y entera exposición del Psicoanálisis", efectuada ya por otros entre los cuales cita a Honorio Delgado, de cuyos escritos, "precisos y sustanciosos", dice haberse servido utilmente. Esboza, sin embargo, en sus lineamientos generales la doctrina de Freud, en su desarrollo histórico y su contenido, y expone después sintéticamente su juicio crítico general.

Luego de haber subrayado el "mérito de Freud al convencerse de la importancia inmensa del subconsciente en la creación y formación de los síntomas neuróticos", señala el camino, por el cual llegó Freud al terreno de la Psicopatología o sea a la "valorización de los hechos menudos de la vida psíquica de todos los días y la interpretación, por medio de ellos, de las manifestaciones y características de la psiconeurosis": de donde nacieron las investigaciones sobre los sueños, sobre el chiste, sobre los lapsus y enseguida sobre los instintos especialmente sexuales, como también sobre los orígenes de las inhibiciones sociales que hacen rechazar las tendencias menos lícitas emergentes de la subconsciencia; inhibiciones cuyas razones primeras se encuentran en la historia de los pueblos primitivos bajo forma de tabú.

El autor separa netamente y reivindica el elemento original propio de Freud de las bases clásicas de Janet a las cuales querrían algunos retrotraer casi íntegramente el psicoanálisis. Estudia y precisa después las influencias del Freudismo sobre la ciencia contemporánea, conviniendo en que son notables y serán duraderas en psicología general, mientras resultarían menores en psico-patología y bastante escasas en Psiquiatría.

El cuerpo del libro está distribuido en dos partes que tratan respectivamente de la doctrina y de la práctica del Psicoanálisis.

No es posible internarse en el examen cuidadoso y concluyente que hace Morselli en otros tantos capítulos, de los puntos salientes de la doctrina de Freud, cuales son el inconsciente, el libido, el conflicto, las pruebas de la psicología normal individual. Pero un capítulo en el cual puede ser particularmente interesante detenerse es el dedicado a las "relaciones del Psicoanálisis con la Psicología colectiva y diferencial". Esclarece aquí Morselli las relaciones del Psicoanálisis con todo el conjunto del saber y, por ende, con la Sociología, la Etnografía y la Mitografía. En estas páginas, ricas de doctrina y de subs-

tancia, Morselli denuncia severamente "la desoladora inferioridad" del libro de Freud sobre la psicología de las masas y de las colectividades, en comparación con las obras de la escuela sico-sociológica italiana. (Sighele, P. Rossi, Miceli, Stratico). A este respecto recuerdo una loa que el autor dedica a Pasquale Rossi por haber sostenido, contra la afirmación de otras escuelas, que "la muchedumbre no tiene solamente aptitudes destructivas, sino también productivas". Y más adelante Morselli tiene el aire de burlarse no poco de la "neurosis revolucionaria" de que hablaba el doctor Cabanes, concepto que debe ser absolutamente rechazado por anti-científico.

En seguida nos dá una densa exposición de las antedichas ciencias; refuta aquí las concepciones de Bopp y de Max Muller, contraponiéndoles los trabajos de la escuela antropológica de Táyler, Lang, Frazer—"de quien Freud ha tomado la importancia del tabú y del totem"—y los estudios, también recientes, de Levy Bruhl y de Rank.

Estudia, en gran conocedor, el problema del arte y de la literatura consideradas a la luz del Psicoanálisis, situando en más modestos términos su valor neo-exegético y analítico. No obstante, señala con simpatía el hecho de que el Psicoanálisis ha buscado en el arte las reminiscencias infantiles y primitivas que el artista pesca en su inconsciente, donde dominan los reflejos de las "impresiones y creencias del alma colectiva".

Recorriendo en fin el campo de la Caracterología, esboza las concepciones de la escuela psiquiátrico—antropológica, de la escuela "constitucionalista" italiana (De Giovanni, Viola) y la concepción harmónica de los biotipos individuales (Pende). Indica las relaciones de la Psicoanálisis con la Psicotécnica clásica y con la Metapsíquica. Preconiza finalmente los servicios que puede prestar en este campo una iluminada aplicación de la doctrina.

Más pleno y más profundo se muestra Morselli en su examen crítico cuando estudia específicamente las aplicaciones del Freudismo en la práctica; en la cual, aunque de dominio exclusivamente médico, se pueden siempre señalar puntos salientes de interés general.

Formula Morselli dos acusaciones principales. La primera es la de Hipersicologismo, proclamando la urgencia "de reclamar la Neuropsiquiatría a sus verdaderas fuentes", en el sentido ya indicado por Janet y confirmado por Murri de no "descuidar el elemento orgánico que existe bajo cada neurósis". La segunda acusación, la de Hiperafectivismo, no nos sorprende en un hombre de ciencia que ha defendido largamente las posiciones de la Psicología "idealista"; pero posteriormente—según el mismo nos declara—tuvo que darse cuenta de la influencia innegable de los factores de orden efectivo en la vida psíquica individual y colectiva hasta reconocer entre estos, como fecundo, el concepto del libido. Y es perfectamente justo aunque innecesario para quien conozca su actitud siempre serena, que Morselli se defienda a este respecto, con apropiada ironía de eventuales tachas de resistencias, regresiones o arcaísmos.

Recalca luego Morselli la acusación de Pansexualismo que universalmente se hace al Psicoanálisis, demostrando que "los conceptos generadores de las neurosis no son siempre de naturaleza sexual" y relevando—algo que hizo entre los primeros—la importancia de otros factores efectivos como el instinto del miedo, el dolor, la cólera, etc.

Reconoce a Freud el mérito del "estudio de la actividad psíquica infantil a la cual aplicó la tan discutida ley de recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis, vinculando así la disciplina psicoanalítica a la gran teoría de la evolución". Pero al mismo tiempo desvaloriza un tanto la originalidad de las regresiones o arcaísmos identificándolos con el viejo atavismo de la escuela positivista y con el periodo prelógico de Levy Bruhl, junto con las concepciones defendidas por la misma escuela, por obra de Tanzi especialmente.

Continúa su examen de la técnica psicoanalítica—con-

Librería é Imprenta "El Inca"

Camaná, 429 — Apartado 1277

Nuevo y selecto surtido de libros en castellano e inglés. Especialidad en obras pedagógicas y de religión. Biblioteca de grandes novelas. Vidas de hombres célebres. Obras de Samuel Smiles y de O. S. Marden. Everymen's library. Wayfarer's library. Collin's classics.

OBJETOS DE ESCRITORIO

Especial atención a los pedidos por correo.

fesiones, onirológia, asociaciones provocadas—aceptando casi exclusivamente cuanto era ya patrimonio de la psicología clásica. Refuta la famosa triada nosológica de Freud, defendida rígidamente sobre todo por sus secuaces, de las neurosis actuales (¿neurosis puras?), neurosis de traslación o psiconeurosis, peurosis y psicosis narcisísticas. Restablecen sus términos justos las pretensiones del psicoanálisis en relación con la psicoterapia; esclarece la arbitrariedad del concepto de los conflictos comprobada por la incoherente aplicación de los métodos de resolución; indica los peligros de la traslación (no siempre es una sublimación) dirigida a debelar la resistencia descubierta; y hace votos porque una recta aplicación de las indicaciones terapéuticas del método produzca sus frutos en la regulación de la vida neuropsíquica del enfermo y sobre todo en la educación del niño. Concluye reconociendo los méritos de Freud, pero afirmando al mismo tiempo: "cuando el Psicoanálisis cree remontar el vuelo en las más altas esferas de la especulación, nosotros las seguimos simpáticamente con la mirada, pero continuamos con los pies firmes sobre el terreno de los hechos, o sea... los modestos datos que nos son proporcionados por la observación clínica y las respuestas de aquel método experimental que no es efímero y que jamás traiciona o engaña a quien a él se confía".

El libro de Morselli no representa un documento de erudición o el esfuerzo cumplido felizmente de darnos una crítica orgánica, continuamente reavivada por la elegancia de su estilo polémico. Tampoco es solamente la reacción positivista de un espíritu itálico frente a las abstracciones especulativas y un tanto nebulosas de una doctrina nórdica.

Es sobre todo la expresión serena de un científico monista, delicadamente receptivo de los valores humanos integralmente considerados, el cual—por esto mismo—no pierde nunca de vista la realidad de la experiencia sino anhela por el contrario, en todo momento, extraer de las luces del conocimiento aquellos dictados prácticos, los únicos que pueden encaminar a la humanidad por los senderos fecundos de su devenir.

HUGO PESCE.

JULIO R. BARCOS

COMO EDUCA EL ESTADO A TU HIJO

Buenos Aires 1927

Un libro para el pueblo y para los profesionales de la enseñanza, pese a la advertencia del autor de que escribe para el primero y no para los últimos. Para el pueblo porque interpreta con la doctrina sus vigorosos y justos anhelos de socialización de la cultura, y plantea nitidamente su derecho a intervenir en la organización y dirección de la enseñanza. Y para los hombres del magisterio, porque reivindica para ellos la dirección técnica de la enseñanza, porque les señala la responsabilidad de su misión y su deber de transformarse de guardianes in-

conscientes que son, en su generalidad, del viejo espíritu de una sociedad que trasmontaron sembradores de ideales vivos, de las ideas tutelares del nuevo mundo moral que alborea ya en la conciencia humana.

Julio R. Barcos, que es una de las mentalidades más estimadas del pueblo argentino, y que lucha y sufre por su causa, estudia en su reciente libro, "Cómo Educa el Estado a tu Hijo", el problema educacional argentino, que es el mismo, con mayor gravedad, salvo el caso de México, para los demás países latino-americanos: obra en la que se revela ampliamente documentado y que trata con bastante derecho, desde que él mismo es un maestro, que ha participado en la instrucción de su país como inspector de las escuelas de la provincia de Buenos Aires, cargo del que el conservadorismo oficial lo destituyó por publicar sus modernas ideas pedagógicas sin someterlas a censura, y que ha prestado también una colaboración importante en la reforma educacional de Costa Rica, cuyo animador principal ha sido el gran García Monge.

En "Cómo Educa el Estado a tu Hijo" vierte el autor sus ideas pedagógicas capitales. Es una obra de crítica a la manera como se organiza por los estados modernos la educación general. Dentro del bárbaro engranaje de la instrucción oficial, al que no permanece en la ignorancia, extraño a las satisfacciones superiores del espíritu, se le mata moralmente, se le acostumbra a la obediencia pasiva, se le enseña a que no piense, reflexione, juzgue, ni critique, sino de acuerdo con un sistema de ideas, que lo convertirá en adversario de los movimientos renovadores que se gestan fuera de las aulas. Se sustrae su vigor mental haciéndolo aprender para el examen cosas que no tienen nada de común con las variantes de la vida hasta dejarlo agotado, limitado en sus entusiasmos y sus ímpetus naturales, que no le permitirán mas tarde aportar energías a una gran obra colectiva. Es el sentido de clase que tiene hasta ahora el poder y que encuentra en el contralor de la instrucción su principal base de defensa. Pasará mucho tiempo para que llegue a imponerse la idea de que la escuela debe desenvolverse por encima de todo proselitismo religioso o político, sin otra devoción ni otro interés que la verdad y el bienestar humano.

Si la humanidad con todos los esfuerzos negativos estaduales marcha siempre adelante, no es porque la escuela o la Universidad creen las fuerzas renovadoras, sino porque el choque con la vida, a pesar de la escuela y la Universidad, las despierta y las crea. Así se gestó la Reforma Universitaria, que ha hecho en un breve plazo por la cultura superior lo que capacidades consagradas de la vieja generación no quisieron o no pudieron hacer en más de un siglo. Y el avance que significa la Reforma Universitaria en América Latina, es una manifestación elocuente de lo que pueden las colectividades cuando no renuncian a sus derechos de intervención y están animadas por un fervor idealista.

El ensayo que dedica el autor a los derechos del niño es una hermosa defensa de los derechos y libertades de la infancia que los hombres adultos han olvidado. "Proteger y cultivar amorosamente al niño—escribe Barcos—sin torcer su carácter, sin explotar su debilidad, es un deber que será mañana el culto en masa de los pueblos civilizados". Esta es una de las características de la pedagogía contemporánea, el mayor respeto por los derechos del niño, que lleva en sí los gérmenes superiores del espíritu del futuro. Y el respeto a esos derechos hay que predicárselos a los padres y sobre todo a la so-

Dr. Juan Francisco Valega

MÉDICO DEL HOSPITAL LOAYZA

Consultorio en Belén 1085—Teléfono 33-80

Domicilio, Chacarilla 430—Teléfono 11-09

De 2 a 6 p. m.

Librería Peruana

FILIPINAS 546

D. MIRANDA

LIMA

Casa especialista en obras de
indole científica



Medicina, Farmacia, Ciencias
Naturales, Ingeniería, Cons-
trucciones, Artes, Jurispru-
dencia, Economía, Filosofía,
Pedagogía, Literatura, Útiles
de Escritorio, Etc,



A LOS PRECIOS MAS BAJOS DE PLAZA

Obras completas de Gómez Carrillo, Bernard
Shaw, Segmund Freud, Spengler, Dostoiewsky,
Pitigrilli, Oscar Wilde, etc.

ciudad y al Estado que no amparan plenamente ni el derecho a la vida del niño que nace en la miseria.

Campea en todo el libro una idea central, la que reclama para el pueblo el derecho a intervenir en la organización y dirección de la enseñanza, insinuando medios prácticos para convertirlo en realidad. Traduce indudablemente el autor un anhelo de la época. El pueblo tiene la intuición de que alcanzará su liberación espiritual, y como consecuencia el respeto a sus derechos fundamentales, si se socializa la cultura. Las clases dirigentes también lo saben y por eso se les vé a través de la historia oponerse siempre a este anhelo.

Si a algo negamos nuestra adhesión en el interesante libro de Julio R. Barcos es a la devoción que demuestra por la organización de la instrucción norteamericana como forjadora del carácter nacional; donde, si es verdad que triunfa la enseñanza particular, las fuerzas conservadoras se han apoderado de todos los órganos de la cultura y modelan el espíritu de la juventud de acuerdo con sus intereses. Así como tampoco nos seducen las prédicas idealistas de sus hombres, que en la acción se revelan los más fuertes adversarios del Ideal.

L. C.

NOTA:

Por falta de espacio, dejamos de publicar numerosas notas sobre libros, así como la Crónica de Revistas. Desde el próximo número quedará, definitivamente organizada esta sección bibliográfica, con la colaboración de autorizadas firmas.

DISPENSARIO

ANTITUBERCULOSO

Diagnóstico por los Rayos X de las enfermedades del
Pecho, corazón, pulmón y bronquios. Neumotorax

DR. MAX ARIAS SCHREIBER

CORAZON DE JESUS No. 375

De 11 a. m. a 1 p. m.—De 4 a 7 p. m.

De 8 a 4 consultas especiales previo aviso-Telfs. 1268-3479

Dr. DANIEL ALFARO CALLE

MEDICINA GENERAL

Práctica de muchos años en el tratamiento de las afeccio-
nes del Pulmón:—Partos y enfermedades de Señoras

Consultas de 2 a 5 p.m. San Francisco No. 344
Teléfono 31-13

Dr. LUIS D. ESPEJO

MEDICO CIRUJANO—MEDICINA GENERAL

Teléfono 39-82 — Pobres 986 (altos)

Horas de Consulta de 3 a 5 h. p. m.

Dr. AURELIO BAO S.

MEDICINA Y CIRUJIA GENERAL

Consultas de 2 a 6 — Ormeño 1045—Teléfono 45-97

Dr. EDUARDO J. GOICOCHEA

M E D I C O

Especialista en enfermedades de niños.—Graduado en las
Universidades de Londres, Madrid y Lima

Consultas de 2 a 5 p. m.—Paseo Colón, 346 Teléfono 348₂

Dr. JOSE MANUEL CALLE

A B O G A D O

Divorciadas 618

Teléfono 4714

Dr. CARLOS A. BAMBAREN

Médico del Hospital "Dos de Mayo"

Enfermedades Mentales y del Sistema Nervioso

CONSULTAS DE 1 A 5 P. M.

Domicilio: AVENIDA WILSON 494

Teléfono 31-55

Dr. LUIS PESCE

INSTITUTO CLINICO "UNANUE"

Negreiros 594

Teléfono 244

Dr. CARLOS E. ROE

CIRUJIA Y PARTOS

LIMA — Amargura 975 — Teléfono 3036

CALLAO — Saenz Peña No. 3 — Teléfono 175

Dr. RAFAEL M. ALZAMORA

Consultas de 3 a 5 p. m.

Monzón, 178

Domicilio: Miraflores, Bellavista 207

Teléfono 2645

Teléfono 629

Dr. MARCOS B. LOZANO

Médico Jefe de Laboratorio en la Maternidad de Lima

Medicina interna general—Practica toda clase de análisis
clínicos. Laboratorio y Consultorio: Boza 808—Teléfono 2182
Atiende al laboratorio desde las 8 a. m. a 12 y de 2 a 7 p.m.

Consultas de 2 a 5 p. m.

Dr. AMADOR MERINO REYNA

Cirujano del Hospital Arzobispo Loayza

Consultas diarias de 3 a 6 p. m.

Calle de Moquegua 355

Dr. GODOFREDO LOLI

NOTARIO

Negreiros 521

Teléfono 1731

B. R. PARRA

Fábrica de Sellos y Planchas Comerciales

Acuña de medallas y grabados en general—Casa
premiada con medallas de oro y plata en las Exposiciones
del Perú y Bolivia 1924—1925—Calle de San Antonio 648
LIMA - PERU

Taller de Joyería "LA ECONOMICA"

De SAMUEL B. ZORRILLA

Calle Estudios No. 405 (Jirón Ucayali)

Se hacen y componen toda clase de alhajas al último
estilo del arte de Joyería, en platino, oro y plata—Se en-
gastan brillantes y toda clase de piedras preciosas—Se
compra brillantes, perlas, chafalonía de oro y plata, etc

Precios Económicos.

Laboratorio Dr. Ribeyro

BELEN 1085 TELEFONO 3380

Examen de Sangre. Reacción de Wassermann.
Análisis de orina. Autovacunas.

Sueros y Vacunas del Instituto Pasteur y de Parke Davis

**Entre las mejores Cervezas
Nacionales, prefiera Usted**

**CRISTAL
EXPORT-LIMA
EXTRACTO DE MALTA
y
MALTINA**

(EXTRACTO DOBLE DE MALTA)

Garantizamos: Malta i Lúpulo europeos de la mejor calidad.
Agua artesiana de 498 pies de profundidad i
la mejor *Dirección Técnica* en el Perú.

**Cervecería Backus & Johnston
Ltda. - Lima**